

ANTOLOGÍA BENÉFICA

FUERA DE TIESTO



FUERA DE TIESTO

Antología benéfica

Título: Fuera de tiesto

Autor: Varios autores

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Copyright de la presente edición: © 2018 Fuera de tiesto

Fecha de publicación: 26 de diciembre de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Prólogo de la asociación](#)

[Los retornados \(Género Z\). Sara Halley](#)

[Destino \(Fantasía épica\). María Thomas](#)

[Y que el mundo siga girando \(LGTB\). Lorena Pérez Nolasco](#)

[Una historia jamás contada \(Histórico\). J Eduardo Jiménez](#)

[Odio los viernes \(Chick Lit\). Martin McCoy](#)

[El árbol de la ladera \(Romántico\). Maru Freiheit](#)

[Los descartados de Sial \(Distopía\). Andrea Golden](#)

[La fibra sensible \(Erótica\). Gemma Herrero Virto](#)

[La princesa y el elfo \(Fantasía\). Ann Heal](#)

[El reencuentro \(Romántico\). Manuel Ostos Muñoz](#)

[Los infieles y el Silbón \(Terror\). Bella Hayes](#)

[La teoría acerca de la metamorfosis \(LGTB\). Jordy Vargas](#)

[La cruz o la espada \(Religioso\). Pablo Fogos](#)

[Sexo prohibido \(Erótica\). Ainara V. San Martín](#)

[Luke \(Infantil\). Leno Bermúdez](#)

[La pesadilla \(Terror\). Noni García](#)

[Pasión en la sangre \(Erótica paranormal\). Salvatore Di Martino](#)

[La cueva de las pasiones \(Superhéroes\) María Gallego](#)

[Pasado de moda \(Chick Lit\). Ager Aguirre](#)

[La condesa sangrienta \(Ficción histórica/Terror\). Tricia Ross](#)

[Los afluentes del dolor y otras ñoñerías \(Erótica\). Agustín García Aguado](#)

[Los Dinae \(Paranormal\). A.R. Cid](#)

[Sueños de libertad \(Drama\). Samir Dabian Guerra](#)

[Por un mensaje \(Romántica juvenil\). Pedro Carbonell](#)
[¡Sí, quiero! \(Romántica\). JL Prieto](#)
[Destino: Nueva Tierra \(Distopía\). Montse Godrid](#)
[El chico de enfrente \(Género Z\). Dublineta Eire Perceval](#)
[La colección \(Terror\). Martha Faë](#)
[Lo demás ya llegará \(Romántico juvenil\). Maribel C. Gómez](#)
[El preso 309 \(Ciencia ficción\). Luz Maestre](#)
[Te pasa por porrero \(Humor\). Dani Huertas García](#)
[Incompatible \(Drama\). Tomás Auchterlonie](#)
[Tu alma \(Ciencia ficción\). Roser A. Ochoa](#)
[Las peripecias del subinspector Ga Ga \(Humor\). Patricia Diez Diez](#)
[La sangre clara \(Ciencia ficción\). Marta Sebastián](#)
[Recuerdos a contraluz \(Chick-lit\). Pablo Ernesto](#)
[A.L.M.A. \(Ciberpunk\). Dulce Merce](#)
[Los cuatro \(Erótica LGTB\). Alba Cortés Serrano](#)
[El egoísmo \(Ciberpunk\). Macarena Brittos](#)
[Un eterno amor en silencio \(Romántico contemporáneo\). Emi Negre](#)
[¿Soy un experimento? \(Ciberpunk\). Nessa Rodriguez](#)
[Eulogio y Zenka: Amor incomprendido \(Romántico\). Walter Gerardo Greulach](#)
[Cuerdas \(Ciencia ficción\). Susana Aguilera](#)
[Fugaz \(Drama\). Adrian Silva](#)
[Ciudad Esperanza \(Ciencia ficción\). Kaera Nox](#)
[Bon appétit \(Terror\). Diana Golay](#)
[Lena \(Ciencia ficción\). Anne Aband](#)
[La entrevista \(Humor\). Maite R. Ochotorena](#)

PRÓLOGO

Por Martin McCoy

Me voy a arrepentir de esto.

Eso fue lo primero que pensé en cuanto la idea de esta antología me vino a la cabeza. Me voy a arrepentir de esto. Horas de gestionar un grupo de gente, de juntar, motivar, contactar... Pero las cosas más bonitas de la vida vienen así: de golpe y sin darte opción a echar a correr.

Empecé a moverme por las redes sociales proponiendo a diestro y siniestro la posibilidad de participar en el proyecto Fuera de tiesto. ¿Cómo iba alguien a negarse? Te ofrecen la oportunidad de hacer el ridículo escribiendo algo que esté tan lejos de tus géneros habituales como se pueda imaginar. Imposible decir que no. Te vas a comer un mojón, Martin. No se va a apuntar ni Dios.

Pero se apuntaron. Se apuntaron tantos que incluso algunos se quedaron fuera. En el mundillo de la literatura indie hay más locos de lo que yo había imaginado. Tres finalistas del Premio Literario Amazon, autores de renombre en la literatura independiente, novatos... Un grupo tan heterogéneo como se pueda imaginar. En medio de todos ellos, el tonto que decidió juntarles.

Los días de elección de género fueron los más divertidos. Imagina sesenta escritores de todos los géneros, edades, nacionalidades y maneras de ser posibles. Imagínales comentando en el grupo de Facebook sobre lo que podría ser más difícil para un compañero u otro. Cuando lo hayas imaginado,

multiplica la locura por diez y tendrás un breve atisbo de lo que sucedió. En medio, yo iba abriendo y cerrando encuestas hasta que tuvimos todos asignado el género para nuestro cuento. Todos participamos en todo. Todos elegimos lo de todos. El que diga que los escritores son ególatras, prepotentes e incapaces de trabajar en equipo, se equivoca. Aquellos días crearon amistades, hicieron surgir proyectos y nos acercaron un poco más entre nosotros, convirtiéndonos en una comunidad más que en un grupo. Una comunidad desquiciada, eso sí.

Los géneros elegidos fueron de lo más dispares. Desde la erótica al género zombi. Desde la romántica al terror. Desde la ciencia ficción a los superhéroes. Decidimos organizar el libro de manera aleatoria para transmitir parte de esa locura a quien lo tenga en sus manos.

Luego empezaron a llegar los relatos. Los íbamos colgando en el grupo para que todo el mundo pudiera opinar. Ahí fue cuando le pedí a la tierra que me tragara. El nivel era impresionante. Los compañeros dejaban ver tantísimo talento en sus textos que me quería morir de vergüenza. Creo que fue en esos días cuando empecé a sentir verdadero orgullo de haberme juntado con semejantes bestias literarias. He aprendido más de este noble oficio leyendo a mis compañeros en sus textos y comentarios que en el resto de mi vida. Pero todavía no había llegado lo mejor. No había llegado el video.

La ONG que había resultado ganadora de la votación para elegir a quién irían destinados los beneficios de la obra era la Asociación Nacional del Síndrome de Treacher Collins. A todos nos sonaba a chino hasta que nos hicieron llegar un video promocional junto a una carta en la que nos trasmitían su agradecimiento por elegirles a ellos. La compañera que hizo de enlace dijo que los padres se habían emocionado mucho al saberlo y ahí nos dimos cuenta de que no solamente echábamos un cable a los chavales,

también le hacíamos saber a sus padres que no estaban solos, que le importaban a alguien. Viendo aquel video, cada uno delante de su ordenador, nosotros también lloramos. Todos y cada uno. Eran lágrimas de alegría, de emoción, de saber que, al menos por una vez en la vida, estábamos haciendo algo que realmente merecía la pena. Algo IMPORTANTE.

Ahora tú, que lees estas líneas, formas parte de esta comunidad que se ha unido para ayudar a estos niños y estos padres. Ahora tú también les estás mandando un abrazo en la distancia para que sepan que no están solos. Muchísimas gracias de parte de todos los autores que han participado en esta locura de una manera u otra. Muchísimas gracias de parte de todos los miembros de la Asociación Nacional del Síndrome de Treacher Collins. Comprar este libro es algo que merece la pena.

Es algo IMPORTANTE.

Martin McCoy

PRÓLOGO DE LA ASOCIACIÓN NACIONAL SÍNDROME TREACHER COLLINS

Cuando me propusieron la idea de escribir el prólogo de esta obra, me sentí enormemente emocionada y agradecida.

Este libro, que no te dejará indiferente, es extraordinario no sólo por su contenido, sino también por su propósito al ser creado. Y te sorprenderá la propuesta divertida y arriesgada de sus autores.

Un grupo de escritores independientes que se hace llamar "Fuera de tiesto" crean esta maravillosa obra saliéndose para ello de su habitual zona de confort y dando así lugar a un libro atípico y sorprendente con temas diversos como la ficción histórica, el terror, la ciencia ficción, la literatura erótica o el género romántico...

Esta obra destinará sus beneficios íntegros a la ANSTC, Asociación Nacional del Síndrome de Treacher Collins, de la que formo parte como madre de un niño afectado por este Síndrome, que consiste en una malformación craneofacial que afecta a casi la totalidad de los sentidos, pero no a la capacidad intelectual.

Quienes conformamos esta pequeña familia, luchamos porque nuestros seres queridos puedan sentir y percibir el mundo que les rodea con la plenitud de sus cinco sentidos. Personalmente, como madre de un divertido, inteligente y cariñoso niño, os pido una reflexión: que tratemos de incorporar el amor en nuestra forma de ver las cosas.

Por último, agradezco el espacio para compartir con los lectores los

sentimientos generados y felicitar a los escritores por arriesgar y salir de su zona de confort.

Verónica Gómez



Si quieres más información o ponerte en contacto con ellos, puedes hacerlo a través de su página web: <https://www.treachercollins.es>

SARA HALLEY

Soy Sara Halley, autora de la saga romántica Chicago Cops de la que, hasta el momento, hay dos libros publicados. Como soy un poquito aprensiva, a mis compañeros les pareció una maravillosa idea sacarme de tiesto enviándome al Género Z. Veremos cómo se me da...

LOS RETORNADOS

Cierro los ojos y dejo escapar un tembloroso aliento. Tengo miedo de que lo escuchen. No importan los húmedos sonidos provenientes del pasillo, la succión, los gemidos lastimeros, los gruñidos... Siento que mi sola respiración resuena entre estas derruidas paredes, con tanta fuerza, que me he convertido en un faro en la oscuridad. Apenas soy capaz de distinguir algo, solo lo que la plateada luz de las farolas ilumina allá por donde es capaz de colarse; en realidad, lo agradezco, prefiero no ver todo cuanto me rodea o me volveré loca.

«Corre. Corre. Corre». Es lo único que mi mente me grita una y otra vez. Pero no puedo. Estoy paralizada. ¿Por qué estoy aquí?

Un ligero apretón en mi mano responde a la pregunta. Miro a la niña que permanece acuclillada junto a mí, casi no puedo distinguir sus preciosos y dulces rasgos, pero no importa, los conozco de memoria. Se suponía que estaba aquí para rescatarla y es ella quien en este momento me está salvando a mí, se ha convertido en la boya a la que aferrarme, esa que me mantiene a flote en medio de todo este maldito océano de destrucción.

Le devuelvo el gesto y coloco un dedo sobre mis labios ordenando silencio, antes de instarla sin palabras a que se enderece.

—Tenemos que salir de aquí —susurro, tan bajito, que incluso a mí me cuesta escuchar mi voz.

Abre los ojos, espantada, y asiente. Ninguna de las dos queremos movernos solo por evitar lo que sabemos que vamos a encontrar.

No sé cómo demonios lo haremos, sin embargo, tengo que creer que lo conseguiremos. De modo que, armada tan solo con un viejo rifle colgado de mi espalda, una barra metálica en mi mano derecha y una niña de once años agarrada a mi izquierda, me aventuro con cautela hacia el lúgubre pasillo de lo que una vez fue un instituto lleno de vida, de risas y riñas. De populares, *freaks* e invisibles. Algo que hoy parece tan lejano, que incluso me llego a plantear si alguna vez existió. Es como si no pudiera recordar nada de antes de que todo se fuese al garete. No quiero olvidar. No puedo ni debo hacerlo, porque esos recuerdos serán los que me ayuden a luchar por seguir viviendo, los que me empujen a no rendirme y pelear por conseguir recuperar lo que una vez fue.

Eso es algo que me asusta más incluso que *los retornados*. Así es como los llamamos porque de algún modo vuelven, existen, no vivos ni muertos sino como algo diferente, oscuro y aterrador. Putrefactos cascarones de lo que una vez fueron, nada más.

No he dado ni dos pasos cuando Emma da un pequeño tirón a mi mano.

—No podemos irnos sin ellos.

—¿Ellos?

No quiero que lo diga. Si no lo escucho, podremos largarnos sin un peso extra en mi conciencia.

—Había más personas —responde al borde de las lágrimas—. Estaban aquí, pero... yo traje a esas cosas, me siguieron. —Aumenta el agarre—. Están en peligro por mi culpa, Shayla.

—Tú no has hecho nada malo, ¿me oyes? —susurro con fiereza. Me niego a que cargue con una culpa que no le corresponde.

—Pero si yo no hubies...

—Tú, nada —zanjo. Tomo una respiración profunda y veo a uno de

los retornados caminar por delante de una ventana con paso renqueante. Aunque no saben que estamos aquí, lo presienten.

—No podemos dejarlos.

Lo sé.

Maldita sea, lo sé.

Cierro los ojos y peleo conmigo misma. Mi instinto de supervivencia me grita que agarre bien fuerte a Emma y nos saque de ahí lo antes posible. Mi conciencia me suplica que haga cuanto esté en mi mano para ayudar. No soy más que una mujer de veintitrés años. Nada más.

Desde que toda esta mierda explotó, he perdido demasiado. A mis padres, a mi hermano, mis amigos, todo. Ni siquiera sé cómo pasó. Un día estaba trabajando y de repente todos los canales daban la misma noticia: alguna especie de pandemia se había extendido, comenzando en Sudamérica, y lo único que se nos pidió fue precaución. Llegó al sur de los Estados Unidos, siendo California la primera en caer y la más afectada y, aunque aún no se conocía su alcance ni repercusiones, nos instaban a permanecer en los hogares. Seguros. A salvo.

¿Lo siguiente que supe? En menos de dos días vi como personas a las que conocía desde que tan solo era una niña se convertían en cadáveres andantes, seres carentes de emociones o conciencia que atacaban de forma indiscriminada a desconocidos o incluso a sus esposas e hijos. Lo sé porque ni veinticuatro horas después de que mi padre sufriera una herida por una de esas... cosas, me vi obligada a matarlo yo misma para salvar mi vida. Acabé con el mismo hombre que me cargaba sobre sus hombros cuando era niña, ese que aparcaba cualquier otro asunto para dedicarnos tiempo a nosotros, el mismo al que le debía mis ojos azules y cuya profunda y ronca risa jamás volvería a escuchar.

Casi un mes ha transcurrido desde entonces.

Y cada vez que lo pienso, me muero un poco más por dentro.

Por eso huí cuando vi los signos de infección en mi madre y mi hermano. Jamás podría vivir con ese peso en mi alma. Sin embargo, también me mata ser consciente de que por no haber sido capaz de acabar con los cascarones en los que a buen seguro se han convertido, ahora vagan sin rumbo segando vidas inocentes.

Abro los ojos y clavo la vista en la pared frente a mí. Nos encontramos justo bajo el marco de la puerta, aún dentro del fino hilo de seguridad que nos proporciona el aula; un paso más y deberé decidir: largarme con Emma sin mirar atrás o buscar a esas personas que se esconden entre estas mismas paredes, tan solos y asustados como nosotras. No necesito mucho tiempo para pensarlo, después de todo, vine a por ella, ¿verdad? Cuando le perdí la pista tras el último ataque que sufrió nuestro grupo, creí volverme loca. De ninguna manera podía seguir adelante sin asegurarme de cuál había sido su destino. Así se lo hice saber al resto, pero, por desgracia, el egoísmo y el miedo primaban y no obtuve la respuesta que esperaba.

Ni siquiera de Jase.

—No podemos arriesgar a todo un grupo por una niña que, con toda probabilidad, ya estará muerta a estas alturas —habló Adam, el autoimpuesto líder del grupo, con determinación en la voz.

—Ella importa tanto como cualquiera de nosotros. Me niego a abandonarla a su suerte —repliqué con furia apenas contenida—. «No abandonamos a los nuestros. Somos uno». ¿No es lo que repites siempre?

—Shayla, sabes tan bien como yo que esa niña ya está perdida, es imposible que haya conseq...

—Ni siquiera lo digas —atajé. Apreté los dientes y paseé la mirada por el resto del grupo. Algunos me la devolvieron, pero la mayoría agachó la cabeza, incapaces de mirarme a los ojos, sabiendo tan bien como yo que todo

aquello era una absoluta mierda. Pero ¿lo que más me dolió? La reacción de Jase.

—Shayla... —Jase dio un paso en mi dirección y, de inmediato, retrocedí.

—Ni se te ocurra tocarme —espeté sin dejar de mirarlo a los ojos en ningún momento—. Sois todos unos hipócritas y unos cobardes. Ahora veo que el bien común prima, siempre y cuando sea el pellejo de otro el que está en peligro. Supongo que, con suerte, nos veremos en Fort Angels. Quizás lo hagamos en otra vida, no me importa.

Cargué las provisiones mínimas en una mochila, cogí un arma y, sin una segunda mirada, me fui. Nadie me siguió.

Aún duele recordar lo sola que me sentí en ese momento. También traicionada. Dos días han pasado desde la última vez que los vi y, sin embargo, parece muchísimo más, pero supongo que el miedo y la incertidumbre tienen ese efecto por el que los minutos parecen horas y estas a su vez se transforman en días. Es como si nuestro cerebro tuviese la necesidad de alargar el tormento, estirándolo como una goma de mascar, poniendo a prueba nuestra cordura para ver hasta dónde es capaz de llegar antes de romperse.

Doy un pequeño tirón a la mano de Emma y, aunque una vez en el pasillo mi cerebro exige girar a la izquierda, finalmente me dirijo hacia la derecha. No puedo irme sabiendo que hay alguien más aquí. Caminamos con cautela. Apenas se distingue nada en esta asfixiante oscuridad. Esquivamos todo cuanto pueda alertarlos, pero los cristales, restos de madera y otro sinfín de cosas en las que prefiero no pensar, no nos lo ponen nada fácil. Nuestras respiraciones salen en forma de pequeños y entrecortados jadeos, mi corazón bombea con una fuerza inusitada, tanta, que creo que cualquier criatura en dos kilómetros a la redonda es capaz de escucharlo. No sé cuánto tiempo

transcurre, pero a medida que nos adentramos en el corazón del edificio, los ruidos se intensifican y el olor a muerte se vuelve insoportable; el hedor a putrefacción es tal, que se siente casi como una asfixiante manta de la que por más que peles, jamás lograrás deshacerte. Escuchamos ruidos, gruñidos y gemidos mezclados con fuertes golpes. *Los retornados* han localizado a su siguiente presa y luchan por llegar hasta ella. Me detengo en seco, escuchando, atenta a todo cuanto me rodea y lucho para que mi determinación de hacer lo correcto no caiga bajo el terror que me embarga en este momento.

Oigo el metal chirriar, madera crujiendo y un estrépito que eriza cada vello de mi cuerpo justo antes de los gritos, algunos angustiados y otros furiosos, de quienes han sido atrapados entremezclados con los de quienes se niegan a rendirse y declaran la guerra. No sé qué demonios hacer, pero de alguna forma mi cuerpo se mueve en automático y, cuando me quiero dar cuenta, me veo justo ante la batalla. Ni siquiera pienso, solo reacciono.

—Quédate a mi espalda —ordeno a Emma, antes de apuntar con el rifle al primero de ellos.

Doy en el blanco, un disparo limpio a la cabeza y se desploma. Eso es todo.

Caos. Sangre salpicando por todas partes. Son muchos, demasiados, todos apiñados, luchando por llegar hasta «la comida». Horrorizada, veo que uno de ellos agarra a una mujer joven y muerde su hombro como si de un perro rabioso se tratase, arrancando gran parte de la carne. Siento la bilis elevarse por mi garganta, no solo por lo que le han hecho, sino por el aspecto del *retornado* que la ataca: piel grisácea, ropa ensangrentada y hecha jirones, diversas heridas y mordiscos allá donde la piel se muestra y, cuando gira, alcanzo a ver que uno de sus ojos cuelga fuera de la cuenca. Ella grita, se retuerce y ese segundo, ese instante en el que el dolor la ciega, se olvida de

luchar, dando acceso libre a su atacante y a los que esperan la oportunidad de alimentarse. Está perdida. Furia e impotencia se baten en duelo junto con el miedo y vuelvo a disparar, esta vez a ella, para acabar con su agonía. Mientras la lucha sigue en pleno auge, cayendo más de los nuestros que de los suyos, algunos de *los retornados* giran hacia nosotras, ahora conscientes de la presencia de carne fresca.

—Mierda... —Desesperada, miro a mi alrededor. Tras nosotras veo una puerta—. Retrocede, Emma. ¡Rápido!

Comenzamos a caminar hacia atrás. Sigo disparando y es distracción suficiente para que alguno de los supervivientes logre colarse entre ellos y llegue hasta nosotras. Uno de ellos abre la puerta que da a otra aula, se adentra y un par más lo siguen.

—¡Moveos de una maldita vez! —La orden la da un hombre de unos cuarenta años que se ha colocado junto a mí y que nos acaba de autoproclamar como la última línea de defensa. Me quedo sin balas tras ver como mi último disparo esparce el cerebro de uno de ellos salpicando a otros dos. No es que eso les importe en lo más mínimo. No se detienen. Perdí la barra de metal, así que utilizo el rifle para golpear a todo cuanto se ponga a mi alcance. El hombre junto a mí, quien ahora me doy cuenta de que es una auténtica mole, también los golpea con saña con lo que creo que es una *katana*.

—¡¡Shayla!! —El grito de Emma casi me distrae—. ¡Entra! ¡Entra ya, por favor! —Su desgarradora súplica me provoca ganas de llorar porque puede que no logremos salir de aquí con vida. Mi único consuelo es saber que estaremos juntas cuando suceda.

—Ve con ellos, yo te cubro. —Mi más reciente compañero habla entre dientes debido al esfuerzo. Mi voz, al responder, es reflejo de la suya pues ambos seguimos moviéndonos, luchando, evitando que nada llegue a las

personas que queremos.

—De eso nada. —He arriesgado mi pellejo por estas personas, que me condenen si abandono ahora. Golpea a uno de ellos y le destroza el cráneo, provocando que una materia húmeda y pegajosa salpique mi rostro.

Dios, voy a vomitar.

—Chica terca... —Escucho murmurar por encima del caos, justo antes de que grite a pleno pulmón—: ¡¡Ian!! ¡¡Mac!!

—¡Aquí! —grita alguien a nuestras espaldas.

Me agacho cuando una de esas malditas cosas está a punto de alcanzarme, demasiado ágil incluso faltándole un brazo.

—¿Listos? —Tras la respuesta afirmativa de estos, me da una rápida mirada—. Muy bien, niña, prepárate a la de tres.

—No soy una niña —replico, molesta.

No sé si ha contado, no tengo ni la menor idea de cómo sucede, pero lo siguiente que sé es que ese tiparrón me iza en el aire y en apenas dos segundos escucho gritos, el estruendo de una puerta al cerrarse, golpes, sonidos de arrastre y suspiros de alivio.

Un pequeño cuerpo se estrella contra mí en el momento que mis pies tocan el suelo.

—Estás bien —susurra Emma, con el rostro escondido en el hueco de mi cuello. La abrazo con fuerza y cierro los ojos, hasta que me empuja y con voz emocionada dice—: ¡Vamos, tenemos que irnos!

Es entonces cuando me doy cuenta de la cantidad de luz que ilumina la derruida estancia. Pongo una mano frente a mi rostro al girar hacia las ventanas. Es una furgoneta. Alguien baja del asiento del conductor y se cuela por entre los destrozados cristales de uno de los huecos. Reconocería esa silueta entre un millón.

Jase.

Sin pensar, me lanzo hacia él mientras lágrimas de alivio surcan mis sucias mejillas. Emma tarda poco en unirse a nosotros. Escucho las voces del resto a nuestro alrededor, felices por el momentáneo respiro, de reojo los veo apresurarse y entrar en el vehículo, pero la que más me importa es la que susurra junto a mi oreja:

—Fort Angels nos espera.

Así que, después de todo, no era ninguna utopía.

Existe.

MARÍA THOMAS

María Thomas es una escritora novel argentina de relatos. Empezó a escribir en el año 2016 y publicó su primera antología, *Relatos impensados*, en 2018. Sus historias tienen mucho de suspenso, pero abarcan variados géneros, siempre con un estilo sencillo, conciso y breve.

Es por esto que ha sido todo un desafío escribir Fantasía épica.

Aquí va el relato:

DESTINO

El sol entraba de lleno por el alto ventanal y la suave brisa matutina agitaba de manera casi imperceptible las etéreas cortinas de satén morado que rozaban el piso de mármol blanco. Al fondo de la habitación, el joven príncipe se alistaba para marcharse.

El cabello blanco le caía hasta los hombros a ambos lados de su anguloso rostro y sus ojos grises mostraban un agónico desconsuelo. Siempre deseó vivir y morir dentro de las murallas de Zidangård, la ciudadela que lo vio nacer. El reino de sus ancestros que ahora gobernaba Gellar, su hermano mayor, no solo era el hogar del pueblo élfico, sino que además se la consideraba un faro de sabiduría ancestral, el único capaz de detener con su luz la oscuridad que, desde todas direcciones, acechaba la tierra conocida.

Gizah lo observaba con los ojos húmedos y la expresión severa que siempre la había caracterizado. Su altivez le impedía mostrar debilidad, ni siquiera en un momento tan difícil como aquel, cuando estaba viendo partir a su hijo menor, quizá para siempre.

El joven Guldar no temía por su inminente destino, sino que se sentía profundamente triste. Se vestía despacio en un vano intento por postergar lo inevitable.

Miró de soslayo a la mujer que aguardaba pacientemente en una esquina del recinto y vio reprobación en su rostro. Decidió que ya no volvería a mirarla. En aquel momento necesitaba el apoyo afectuoso que su progenitora era incapaz de proveerle.

El príncipe se colocó la cota de malla que Mitra le había obsequiado la noche anterior. No era lo que esperaba como regalo de despedida de su amante, sin embargo, intuía que la hechicera se había ocupado de poner su magia en aquella prenda, que se sentía tan liviana y reconfortante como el cálido abrazo de una doncella.

Por último, se echó encima la pálida túnica con el blasón de Gellar bordado en granate y se ajustó el ancho cinturón de cuero de nuar. Observó su reflejo en la lámina de bronce bruñida que la reina madre había mandado traer desde sus aposentos.

La guerra contra los huercos los había obligado a pelear; su padre primero y todos sus hermanos después, uno tras otro, habían caído y ahora le llegaba el turno. No podía deshonorar su noble estirpe. Debía defender el reino o morir en el intento. El único que estaba exento era Gellar.

Aquél daba órdenes desde la seguridad de la fortaleza, pero su sangre no se derramaría en esta guerra. En cambio, su conciencia se desgarraba con cada decisión que tomaba; cada legión que mandaba a pelear y a morir, se recargaba sobre su alma.

Tantos elfos masacrados, incluidos sus propios hermanos menores, habían hecho mella en el espíritu guerrero del soberano. Decían que ya no comía ni dormía. Decían que vagaba por las torres del castillo como un espectro. Decían... Porque hacía largo tiempo que Guldar no lo veía. El día anterior había solicitado audiencia con el único hermano que le quedaba. Quería despedirse antes de partir, pero le informaron que estaba indispuesto y no podría recibirlo.

Mientras se ajustaba la capa con un broche de cobre y nácar sobre el hombro izquierdo, su madre le extendió un pergamino.

—Te lo envía el rey. Es un honor que te haya escrito —dijo inexpresiva.

—Por supuesto, madre —respondió, pero no desenrolló la hoja. Se limitó a guardarla en el morral de gamuza que llevaba colgado del cinto.

—Veo que ya no es necesario que me quede —concluyó secamente y se marchó rauda, acompañada del sonido de roce de las sedas ricamente bordadas que cubrían su cuerpo y dejando tras de sí una estela de aroma a jazmín que emanaba de las pequeñas flores blancas, entretejidas en su nívea melena.

—Adiós, madre —suspiró, sabiendo que aquella que una vez le cargara en su vientre, ya estaba demasiado lejos para oírle.

Abrió el cofre que descansaba sobre la mesilla y levantó con ambas manos la espada *Líbreá* de su estuche de terciopelo azul. Admiró por un momento aquella hoja forjada hacía siglos por los maestros antiguos. Observó el exquisito marfil tallado del puño, con gemas preciosas engarzadas, rojas como la sangre, e imaginó la suya propia derramada y su cuerpo olvidado tras la contienda, muy lejos de su hogar.

Este pensamiento lo perturbó y sacudió la cabeza para alejarlo. Colocó el acero en la vaina que pendía de su cintura y observó por última vez su reflejo. Abandonó la recámara hacia el patio, donde los cuernos llamaban a aprestarse para la partida. Allí lo esperaban sus hombres, sobrevivientes de una guerra que ya llevaba demasiadas batallas.

El príncipe traspasó la puerta y salió a la galería que rodeaba el patio. Desde allí podía ver a sus generales montados en sus feroces úrsidos de guerra, aguardando por su comandante. A su orden romperían filas y cada uno se dirigiría a la delantera de su legión y de allí, lo seguirían más allá de la muerte, de ser necesario.

Estaba por cruzar la última arcada del corredor, cuando una mano se posó sobre su hombro obligándolo a detenerse.

—¡Genur! —exclamó sorprendido y, tras un instante, se fundió en un

fuerte abrazo con el gran mago.

—Escúchame —susurró el hechicero en su oído, sin soltarlo—, no debes partir con tu ejército. Dales las órdenes que esperan, pero tú dirígete hacia el cañón de Zetrof, allí donde se pierde la luz del día y no penetra el resplandor de la noche.

Guldar se desprendió del abrazo de quien fuera como un abuelo para él y lo miró consternado.

—Nunca abandonaría a mis hombres. Sé que quieres protegerme, pero por favor, no me pidas que deshonre mi estirpe rehuyendo la batalla.

El viejo le apoyó la mano en el hombro y, con la voz quebrada, le respondió:

—Tu pueblo se extingue, es inevitable. Tu muerte no detendrá la guerra. Los elfos seguirán pereciendo hasta que ya no quede ninguno. Está escrito en los cielos y me lo han confirmado las runas...

Guldar se sorprendió, pero enseguida su ceño se frunció.

—Si conocías el designio del destino, te diría que has tardado demasiado tiempo en revelarlo.

El mago dejó caer sus hombros, abatido. El largo cabello, alguna vez rojizo, se mezclaba con la generosa barba, ambos ahora blancos. Su postura y expresión dejaron ver al anciano débil y cansado en el que se había convertido. El príncipe se arrepintió de sus duras palabras y sintió compasión por el viejo hechicero.

—¿Qué más hubiera querido que poder salvar a tu padre y tus hermanos? ¿Evitar el derramamiento de tanta sangre élfica? Pero no había modo de impedir la matanza porque no hay forma de burlar el destino. Sin embargo, aún puedes salvar a tu pueblo de la muerte. Trascender es la única manera.

El joven elfo no entendió lo que quería decirle, pero el gran mago

nunca se equivocaba, así que asintió resignado y escuchó con atención lo que el maestro de las artes mágicas tenía para decirle. Cuando terminó de hablar, le entregó un pergamino lacrado y un pequeño envoltorio de cuero, que el príncipe guardó en su morral, junto a la misiva del rey.

—No lo abras hasta que llegues al cañón. Allí encontrarás la clave para salvar a tu gente del olvido. Te espera un gran desafío... —Y, como si hiciera un gran esfuerzo para decirlo, acabó—: sé que tú serás capaz de enfrentarlo.

La despedida fue sentida y tras ella el muchacho se alejó, entre el orgullo y el espanto, hacia la misión que tenía por delante. Se paró frente a sus generales y les dio la orden de marchar contra el enemigo, los caminos que debían tomar y los lugares a evitar, todo ello siguiendo las instrucciones que le había dado Genur, pero sin revelarles que conocía el resultado de la guerra. Era mejor así.

Sus hombres no dudaron y partieron enseguida al galope, incitando sus feroces monturas con silbidos. Tenían sus órdenes y un largo camino hasta el campo de batalla. Los vio alejarse. Todos iban a perecer, pero no por eso iban a rendirse. Por el contrario, enfrentarían a la muerte mirándola a los ojos y de pie, jamás de rodillas.

Sin pérdida de tiempo montó su fiel úrsido de pelaje plateado y negra armadura esmaltada. El animal lo recibió con un suave gruñido. Lo llamaba Zibbah; tenía siete años y mil doscientos kilos de peso. Lo había criado desde osezno y su mirada evocaba a la de un perro-lobo, pero su tamaño era imponente y estaba armado con enormes garras y descomunales fauces. La bestia amagó a seguir a sus compañeros, pero Guldar le tiró de las riendas y lo obligó a dar la vuelta para salir hacia el lado opuesto.



La travesía les llevó semanas. Cada día, Guldar imaginaba los

enfrentamientos y a sus legiones muriendo. Varias veces estuvo a punto de renunciar a su misión y regresar para unirse a sus hombres. Se sentía un cobarde por no derramar su sangre junto con su ejército, pero cuando lo invadían aquellos pensamientos, las palabras de Genur resonaban en su mente y lo mantenían en camino. Tenía una misión que estaba por encima de su propia vida: la trascendencia de su pueblo.

«¡Regresa, por favor!», Mitra lloraba y suplicaba. Guldar se despertó sobresaltado. El mismo sueño se había repetido todas las noches. Pronto amanecería, el resplandor del sol se perfilaba en el horizonte. Se sentó apoyándose en el mullido vientre del úrsido, que aún dormía profundamente, y dejó que su respiración acompasada lo acunara. Sacó los pergaminos que llevaba en la bolsa.

Las dos cartas quemaban en sus manos, implorando por ser leídas. Había prometido a Genur que no abriría la suya hasta que llegara al lugar indicado y aún faltaba un día de camino, así que volvió a introducirla con cuidado en el morral.

Tomó el escrito de Gellar y le hizo saltar el lacre con la navaja que escondía en su bota. Muy despacio, desenrolló la crujiente hoja, reseca por el agobiante calor de las últimas jornadas, y se dispuso a leer el mensaje del rey:

«Hermano, no he tenido el valor de despedirme. Partes y ya no volveremos a vernos. El destino ha hablado, pero puede ser interpretado de diferentes formas. Gellar».

Guldar volteó el pergamino para comprobar que no había más y lo enrolló, confuso y desilusionado. Esperaba alguna palabra sentida del rey, pero, en lugar de ello, encontró aquellas frases que parecían más dirigidas hacia sí mismo que a su hermano menor. Quizá era cierto lo que decían: tanta responsabilidad y tanta pérdida, le habían llevado a la locura.

Se levantó; no podría volver a dormirse por lo que alistó todo para

partir; ya no quedaba tiempo que perder. Zibbah rezongó cuando lo despertó. La noche les había sido corta, pero enseguida se pusieron en marcha, abandonando las provisiones que les quedaban. Solo se llevaron uno de los odres, que al salir de Zidangärd rebosaba del mejor vino del reino, pero que ahora solo contenía un poco de agua.

Pasado el mediodía lograron salir del desierto Rojo, el último obstáculo que los separaba del cañón de Zetrof.

Para el anochecer lo divisaron. Si se levantaban muy temprano, arribarían para el mediodía del día siguiente. Aquella noche casi no durmieron. Guldar no podía dejar de pensar con qué se encontraría al llegar. Afilaba la hoja de su espada, aunque ésta no necesitaba ser afilada. Zibbah dormitaba intranquilo y gruñía de a ratos.

Con las primeras luces iniciaron la marcha y, como había previsto, llegaron a la entrada del cañón cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Pararon bajo un saliente de roca que les protegía del inclemente calor y Guldar supo que había llegado el momento. Sacó con cuidado el pergamino de Genur y, tras reunir el valor suficiente, lo abrió rompiendo el lacre.

«Guldar:

Está escrito en las estrellas que el último sobreviviente de siete príncipes del linaje reinante de los Elfos, será el único capaz de salvar a su pueblo del olvido.

El rey decidió que fueras tú quien cumpliera esta misión de acuerdo con la profecía. No ha sido capaz de verte por última vez, porque no quería que cargaras con su muerte, ni mucho menos, manchar sus manos con tu sangre. Siento no haberte contado la verdad, pero sé que no habrías aceptado. Gellar fue quien lo dispuso de esta manera. Para cuando leas esto, el rey ya estará muerto. Esa ha sido su última voluntad. Ahora depende de ti.

Cuando llegues al lugar indicado lo sabrás porque, en medio de las tinieblas,

hallarás una luz brotando de la roca como un manantial. Rocía la mezcla que te he dado en el líquido refulgente y un portal se abrirá ante ti.

Con valor debes traspasarlo y te encontrarás en un nuevo mundo, uno donde nuestra leyenda se perpetuará. Busca al escriba, sólo él podrá verte. Él sabrá qué hacer.

Que los ancestros te acompañen.

Genur».

Guldar cayó de rodillas. No podía creer lo que decía la carta. ¿Su hermano se había quitado la vida para que él viviera?, ¿y en vez de regresar y tomar su lugar como legítimo heredero del trono para guiar a su pueblo, debía abandonarlos a todos a merced de la muerte y marcharse hacia otro mundo? Era inconcebible.

Sintió que las fuerzas lo abandonaban y se derrumbó en el suelo. El llanto no le dejaba ver con claridad. Su cuerpo entero se sacudía, convulsionado por el pánico y la desesperanza. En su mente se sucedían imágenes de su niñez, jugando con sus hermanos; de Mitra, cuando lo amaba sin condiciones; de Genur, su viejo maestro y amigo...

En eso una cálida caricia lo trajo de vuelta al presente. Zibbah no entendía qué le sucedía, pero intentaba darle consuelo a lengüetazos. El príncipe abrazó a su fiel compañero y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Anochecía cuando el joven Guldar sintió que ya era hora. Se puso de pie y liberó a Zibbah, quitándole el arnés y la montura. No podía llevarlo a donde iba. El gigantesco úrsido dio un gruñido lastimero tras ordenarle que se marchara.

Ya nada lo retenía. Se internó en el cañón y caminó hasta entrada la noche, cuando en medio de la absoluta oscuridad distinguió el fulgor del manantial de luz. Roció el polvo contenido en el saco de cuero que le diera

Genur y, tal como le indicara, un portal se abrió ante sus ojos.

Reunió valor y lo atravesó. Del otro lado se encontró con un bosque de extraños árboles y animales nunca vistos. Vagó un rato hasta que halló a un hombre sentado sobre una raíz. Tenía papeles en su regazo y una pluma en la mano.

—¿Eres el escriba? —preguntó—. Si puedes verme, es tu destino inmortalizar a mi pueblo.

El hombre lo miró como si nunca hubiera visto algo tan bello.

—Soy escritor... —le contestó—, y con gusto narraré la historia de tu gente... Puedes llamarme Tolkien.

LORENA PÉREZ NOLASCO

Soy Lorena Pérez Nolasco, juntaletras por afición y devoción y lectora empedernida.

De momento tengo un único bebé literario: un libro de relatos titulado Cinco destinos, catorce paradas, a la venta en Amazon, tanto en versión digital como en formato físico, donde se tratan distintos géneros: romántica, terror, ciencia ficción y aventuras, drama y thriller.

Dentro de este gran proyecto, me ha tocado darle vida y forma, a un relato de temática LGTB.

Y QUE EL MUNDA SIGA GIRANDO

Hay personas que quizás no sabrían gestionar lo que me está pasando. He de decir que yo tampoco sé cómo hacerlo. Las palabras se me amontonan en la garganta cada vez que le tengo delante, porque me encantaría poder decir a boca llena lo que estoy sintiendo. Lo que ambos sentimos. Me niego a creer que aquel beso que nos dimos hace una semana en medio de una borrachera no significara nada para él. Y puede que quizás no lo recuerde, pero yo sí. Recuerdo perfectamente cómo acomodó su boca con la mía y cómo su cuerpo reaccionó a ese contacto. No fueron más de dos minutos, probablemente, pero unas voces cerca de nosotros nos hicieron parar y hasta entonces. Y no me lo puedo quitar de la cabeza porque antes de ese beso, nunca, jamás, me había fijado en alguien de mi mismo sexo. Y todo pasó tan rápido que, a veces, tengo que decirme a mí mismo que sí, que de verdad sucedió, que no lo he soñado ni me lo he imaginado. Sé que nadie de nuestro entorno sospecha lo que pasó, pero eso es algo que ahora mismo carece de importancia alguna. Lo único que quiero y necesito es tener un momento a solas con él y el momento es ahora, así que le sigo al baño del bar en el que, con nuestro grupo de amigos, celebramos cualquier cosa con la excusa de echarnos unas copas.

Cuando entro, le encuentro de frente a mí; sabría que vendría así que me estaba esperando. Por suerte estamos solos.

—No sé por qué estoy haciendo esto, pero no te confundas, Marcos —escucho sus primeras palabras—. Lo que pasó hace unos días no ha sucedido, ¿me comprendes? Fue un error, estaba borracho, no pensaba con la suficiente claridad como para poder decidir por mí mismo.

—Qué curioso, no recuerdo haberte forzado a hacer nada, ni de haberte persuadido de alguna forma.

—¡No me toques los cojones, joder! ¡Yo no soy gay!

—Yo tampoco, Álvaro. No me siento atraído por otros hombres. No sé que me ha pasado contigo.

—Vale, no te preocupes. Hagamos una cosa, olvidemos que esto ha sucedido. Nos pasamos con las copas y ninguno de los dos éramos conscientes de lo que hacíamos.

—No me has entendido, Álvaro. No quiero olvidar nada porque para mí no ha sido un error.

Avanza hacia la puerta, pero yo aún estoy junto a ella y bloqueo la salida con mi cuerpo. Necesitamos este momento y si deajo que salga de aquí, Álvaro nunca volverá a dejar que nos quedemos a solas.

—Apártate, Marcos, no te lo diré dos veces.

—No voy a apartarme. Tenemos que hablar de esto.

—¡No hay nada de qué hablar! ¡Habíamos bebido, estábamos ebrios! ¡Joder, Marcos!

—Nos acordamos, así que no me vengas con esa gilipollez del alcohol. Eso solo nos sirvió para desinhibirnos, pero no para obligarnos a hacer nada.

—Álvaro se aleja de mí unos pocos pasos. Me acerco—. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada. —Me encara.

—Sí lo tienes. Tienes miedo a sentir algo diferente, te asusta que tu cuerpo te pida tocarme, te aterra la necesidad primaria que tu cuerpo demanda sobre

el mío. Temes a lo mismo que yo, solo que yo ya lo he aceptado.

—Nuestros amigos están ahí fuera —murmura, mientras estamos cada vez más cerca.

—Sí, viviendo sus vidas. Vivamos nosotros las nuestras.

No le doy tiempo a responderme porque mis labios atrapan los suyos con una mezcla de ansia y desesperación. No me sorprende comprobar que él me corresponde de la misma forma, su mirada me ha demostrado segundos atrás que él también lo desea. Nuestras manos tocan por encima de la ropa y algo despierta al sur de nuestros cuerpos y noto como su erección presiona la mía.

—No quiero echar un polvo rápido en el baño de un bar cualquiera —digo junto a su boca cuando sus manos intentan desabrocharme el pantalón.

—¿Qué propones?

Mete la mano por el hueco que le ha dejado el botón y la cremallera del pantalón. Que me roce por encima de la ropa interior me hace gemir muy alto y empujarle dentro de uno de los cubículos.

—De verdad que no quiero hacer esto aquí. —Vuelvo a insistir aunque mi autocontrol está mermando con cada roce de su mano.

Mete la mano por dentro del bóxer, me agarra la polla y empieza a masturbarme. Estoy a unos segundos de derribar barreras e importarme una mierda dónde nos encontramos.

—Para. —Freno su mano con la mía, con la poca fuerza de voluntad de la que dispongo.

—¿De verdad? ¿Vas a darme tiempo a que decida no querer hacer esto?

—Tú ya has decidido, paremos ahora o no.

Nos despedimos de nuestros amigos alegando que el alcohol me ha sentado mal y que Álvaro se ha ofrecido a acompañarme a casa. Pillamos un taxi; cuando salimos por ahí nadie del grupo lleva su coche porque sabemos que vamos a beber y apreciamos mucho nuestras vidas. Subimos al taxi

dando la dirección de mi casa. Estamos sentados muy juntos y poco tardan nuestras manos en rozar aquello que demanda nuestra atención. No nos da tiempo a necesitar dentro de aquel vehículo más que unos roces por encima de la ropa porque apenas hay tráfico y pronto tenemos delante el portal de mi edificio. Bajamos del coche pagando con un billete al conductor sin esperar el cambio. Las llaves tiemblan en mis manos, o son mis manos las que tiemblan por las ganas y no atino a dar con la que abre el portal.

—Date prisa, Marcos. —Álvaro se pega a mí por la espalda, tocándome.

La puerta se abre al primer giro de llave y entramos con ganas de arrancarnos la ropa. El edificio tiene instaladas cámaras en el portal y en los ascensores, así que hay que esperar a llegar a mi piso. No entra en mis planes darles de qué hablar a algunos de mis vecinos y a otros la visión de algo que, seguro, utilizarían en soledad. No es que todos tengan acceso a las cámaras, pero ya se sabe como son las comunidades de vecinos.

La puerta de mi casa tampoco tarda en abrirse, aunque estuve a punto de no usar la llave y echarla abajo. La situación me está volviendo loco y al entrar en casa, la cosa se desmadra aún más. De cintura para arriba, nuestros cuerpos estuvieron desnudos antes incluso de cerrar la puerta. Mi piso no es muy grande, pero cualquier superficie donde poder acoplarnos en otra posición está demasiado lejos dadas las circunstancias, así que la entrada de casa me parece buena idea y con unas paredes bastante sólidas para apoyar su espalda contra una de ellas y volver a devorar su boca. Él me devuelve el beso con la misma vehemencia, lamemos y mordemos nuestros labios mientras las manos de uno acarician el cuerpo del otro. No decidimos perder la cordura, simplemente esta desapareció y solo quedamos nosotros dos y nuestros instintos, que se hacen con el control de todo, para poder sentir sin pensar en lo que vendrá después. Lo que tenga que ser, será, pero a mí solo me importa el aquí y ahora. Me importa él, conmigo.

Los pantalones caen al suelo, nos deshacemos de ellos, estorban. La ropa interior sigue el mismo destino. Entre nosotros ya no hay nada que limite el contacto piel con piel. Y necesitamos mirarnos, conocer que ambos sabemos lo que hacemos, que estamos seguros de lo que está pasando y con quién, de lo que sigue a partir de este instante. El beso que sucede a continuación derriba todas esas frases construidas desde las dudas y esa palabra pierde fuerza y se esfuma con cada gemido.

Quiero sentirle y quiero que me sienta a mí, quiero que esta noche quede grabada en su memoria y en la mía, por si para volver a vivirla tenemos que recordarla.

—Nunca he hecho esto —le susurro mientras mis rodillas se flexionan, haciendo que mi cuerpo descienda por el suyo—. Dime si te gusta como lo hago.

Álvaro acaricia mi cabeza con una mezcla de cariño y deseo. Abro los labios y chupo con suavidad el glande, lamo y trazo círculos con la lengua sobre la punta y le miro; le gusta, lo sé. Agarro su miembro con la mano y la muevo arriba y abajo mientras mi lengua viaja a ese punto entre sus bolas. Gime, muy alto. Repito el movimiento y siento como sus piernas flaquean. En un segundo estamos en el sofá del salón, él sentado y yo entre sus piernas. Esta vez le introduzco en mi boca y con la mano le acaricio esa parte de la anatomía masculina tan sensible. Su mano vuelve a posarse en mi pelo, ejerciendo presión, mientras los gemidos se convierten en gruñidos y me hace necesitar aún más contacto.

Mi boca abandona su labor y le dejo solo por un momento. Vuelvo con un bote de lubricante que nunca había utilizado en una situación como esta. Jamás con un hombre. Dejo el bote a un lado y primero me dedico a humedecerle con saliva, esa zona que se supone que tanto placer nos da a los hombres. Da un respingo aún sabiendo lo que va a pasar y que ambos

estamos deseando que suceda. Dejo que mi saliva haga su función y con el dedo intento ensanchar un poco esa cavidad que nunca ha sentido este tipo de contacto.

—¿Te hago daño? —le pregunto.

—No lo sé, es... diferente —su voz suena entrecortada.

—¿Pero te gusta? —me aseguro.

Asiente cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior e intenta ahogar un gemido que se abre paso por su garganta, calentándome hasta límites insospechados, cuando muevo el dedo dentro de él. Me incorporo y hago que se dé la vuelta. Agarro el condón que traje cuando fui a buscar el lubricante y me lo pongo. Me acerco y le beso la espalda.

—¿Estás seguro? —le pregunto, aún a riesgo de que lo haya pensado mejor y me diga que no.

—Sí —murmura—. Hazlo. Hazlo, Marcos.

Su seguridad y consentimiento me dan luz verde. Con la mano, introduzco mi pene poco a poco. Gime y yo paro porque quiero asegurarme de que ha sido por placer.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—Me gusta, me gusta. Sigue.

Poco a poco, continúo la invasión a su cuerpo. Noto como su interior se ensancha acoplándose alrededor de mi miembro, apretándome, matándome de placer. Un pequeño empellón más y ya está dentro.

—Estoy dentro de ti, por entero. ¿Lo notas? Joder, Álvaro, dime que lo notas.

—Te siento, joderrr. Te siento muy adentro —gime más que habla—. Muévete, Marcos.

Muevo mis caderas hacia atrás, haciendo que mi polla salga casi por completo de su cuerpo y de una embestida me clavo de nuevo en él, esta vez

con más brío. Repito el movimiento porque sus gemidos son la confirmación de que le ha gustado. Sigo y cada vez mis acometidas son más fuertes y rápidas. Salgo de él y le pido que se dé la vuelta porque quiero verle, mirar a los ojos a la persona con la que estoy teniendo el mejor sexo de toda mi jodida existencia y que él pueda verme también. Introduzco la punta y arremeto dentro de su cuerpo con fuerza. Nuestros gemidos llenan el salón y toda la casa. La mano de Álvaro va directa a su miembro y cuando empieza a tocarse, cerrando los ojos y pasándose la lengua por los labios repetidas veces, empiezo a sentir que el orgasmo se abre paso. No quiero terminar tan rápido así que salgo de él y vuelvo a concentrarme en las dos esferas situadas junto a la base de su pene, que ahora mismo masajea rítmicamente.

—Dentro, Marcos, te necesito dentro —me indica después de unos minutos.

Vuelvo a adentrarme en su interior, con embestidas certeras que nos hace gemir a los dos cada vez más alto, más rápido.

—Álvaro, dime que estás a punto porque yo ya no aguanto más.

—Córrete, Marcos, córrete —abre los ojos y me mira.

Su mano comienza a moverse más veloz, al mismo tiempo que aumento el ritmo de mis estocadas. En pocos segundos noto como me vacío dentro de él y poco después su orgasmo se esparce por su abdomen.

—¡Jo-der! —gruño, sintiendo los últimos resquicios del orgasmo.

—Sí —murmura—. Joder. Increíble.

Me dejo caer y apoyo mi frente en la suya. Sonreímos.

La ducha de después se nos hace más larga de lo esperado. Álvaro se ha arrodillado y ha hecho maravillas con la boca. El agua terminó por llevarse los restos de nuestros orgasmos y cualquier duda que aún albergara nuestra conciencia.

—¿Qué les diremos a los demás? —pregunta, mientras compartimos un

pitillo acostados sobre mi cama.

—No tenemos que dar explicaciones a nadie de lo que hacemos con nuestra vida —argumento.

—No hablo de dar explicaciones. Pero antes de que pasara... esto, tú y yo solo éramos amigos.

—¿Éramos? —pregunto dándole una calada al cigarrillo.

—Somos. Somos amigos. No sé qué más seremos a partir de ahora, de lo que ha pasado, pero lo que sí sé es que no solo nos unirá el mismo sentimiento de amistad.

—Cierto, seremos algo diferente a lo que hemos sido hasta ahora, pero idéntico a lo que tendrán cualquier otro par de personas que hayan decidido unir sus vidas.

—¿Y si no lo entienden?

—¿Quién? ¿Nuestro entorno? Que les den, que les den a todos. No voy a renunciar a lo que siento porque alguien no entienda que dos hombres puedan tener una relación de pareja. El armario es para la ropa.

—No quiero que nos escondamos. Pero presentemos nuestra nueva relación como debemos, cómo hacíamos antes cuando la otra persona era una mujer.

—Así haremos, no te preocupes —susurro cuando apaga el cigarrillo y se da la vuelta hacia mí—. Pero quiero estar seguro de que no te afectará el qué dirán. Que no será importante lo que piense el resto de la gente. Quiero que me digas que esto va a salir bien. Yo lo tengo claro, pero necesito oírtelo decir.

—Marcos, esto que tenemos, no solo va a salir bien. —Agarra mi cara con ambas manos y clava su mirada en la mía—. Esto va a ser la relación más jodidamente perfecta que hayamos tenido nunca. Ahora lo sé.

Nos besamos, pero esta vez no hay desesperación. Hay ternura,

sentimientos que se agrandan en el pecho, que parecen hacerlo reventar de pronto. Pone su mano en mi pecho y sonríe.

—Late rápido.

—Es por ti. Por tu cercanía.

—No quiero abandonar esta habitación, esta cama. Pero en algún momento tendremos que volver al mundo. Juntos.

—Y lo haremos. Pero ahora,  lvaro, en este justo momento, la vida fuera me importa una mierda. En ese instante, solo importamos nosotros. Para mí, entre estas cuatro paredes, el mundo se ha detenido. Que siga girando fuera si quiere.

J EDUARDO JIMENEZ

Eduardo Jimenez es un escritor de géneros como: Ciencia ficción, acción y aventura, fantasía, humor y erótica. En esta ocasión hace un intento de salir de su área de confort con un relato del género histórico.

Autor de las novelas:

- Ur: Una vida diferente
- Las crónicas de los chicos del barrio “El cuarto de los regueros”
- Rojstvo

UNA HISTORIA JAMÁS CONTADA

La brisa sopló desde estribor, atravesó su cabello y acarició con suavidad su nuca, regresándolo a la realidad; su mirada permaneció clavada en el horizonte marino y recordó todas esas historias que habían forjado su espíritu de navegante; esas historias nacidas de falsas aventuras y fantasías, maquilladas con detalles de héroes y mártires luchando contra monstruos salidos de las profundidades oceánicas; proezas increíbles que hacían del más escéptico, espectador silente y soñador de riquezas y fama. «*Algo de esto debe ser cierto*», se dijo con un susurro, y un escalofrío recorrió su espalda cuando sintió que el aumento de aquella ventisca, era la antesala de la construcción del sueño de su vida, aquel que nunca abandonaría, sin importar lo que pudiera suceder. No sólo las promesas de riquezas habían inundado su espíritu, también la idea de ser recibido como héroe le impulsaba en dirección a lo desconocido.

Como era sabido, la brisa cambió su dirección y aumentó a la hora que se suponía, haciendo que la fuerza se hiciera sostenible y progresiva desde barlovento.

«*Es la hora*», pensó el capitán de la embarcación.

—Creo que es el momento, ¿no? —intervino un curioso allegado acercándose por la espalda. Una frase un tanto insensata y poco cuidada como para ser dirigida a la máxima autoridad de la nave.

—Tienes razón —contestó el Almirante sin voltear.

El jerarca del navío entendió aquella pregunta en el contexto correcto; no la representó como un mandato, sino como una pregunta de esas que se hacen por pura ignorancia.

El Almirante movió sus ojos sin girar el rostro y observó las manos del invasor, que, ignorantes a su destino, se posaron sobre el madero. El dueño de aquellas manos no tenía la más mínima idea de la aventura que, junto a los demás tripulantes, estaba a punto de realizar.

—¿Por qué hace esto, señor Escobedo? —preguntó el Almirante, elevando la mirada hacia a la cara del baldragas.

—Porque me lo pidieron —respondió el incipiente marinero inclinado el rostro hacia el patrón de la expedición—. Pero no es lo único; quería confirmar si es cierto que yendo por el oeste daremos la vuelta al océano y llegaremos a la India —concluyó señalando al horizonte.

Una sonrisa cruzó el rostro del Almirante; suspiró, giró su cuerpo por completo y le prestó atención al escribano.

—Los eruditos dicen que la distancia es mucho mayor a la que usted supone y, más aún, algunos debaten que este viaje es absurdo pues esta intención de irnos por el oeste supone un viaje demasiado largo como para ser navegado.

—¿Y no le da miedo que sea real lo que dicen; que moriremos en este viaje?

—No, pero, si morimos, sin dudas habrá valido la pena y nuestros nombres serán inmortalizados en todo lo que yo escriba. —La comisura de los labios del escriba se flexionaron, mientras sacaba de uno de los bolsillos una irregular botella de cristal.

El Almirante de la expedición no argumentó nada sobre la botella. Todos los tripulantes sabían el significado de ese tipo de contenedores. Los marinos

acostumbraban a escribir cartas, o sus acciones diarias, en papel; la botella era la que debería inmortalizar aquellas memorias en caso de un eventual naufragio.

—¿Y crees que yo puedo salvarte la vida? ¿Crees que tengo el poder de los reyes para disponer de las fuerzas y los caprichos de la naturaleza?

—No. Eso lo sé.

—Rodrigo —dijo el marino luego de una prolongada exhalación— sé que los escribas buscan también sus propios méritos. Cambian las cosas a pedido de sus propietarios o, simplemente, de darse la oportunidad, enaltecen al mejor postor. Está bien que protejas lo acontecido durante el viaje, pero yo requiero que pongas en ese papel todo lo que yo te diga que escribas; sin cambios.

La mirada de Rodrigo en dirección a los profundos ojos del Almirante, delataron lo que pensaba el escriba.

—Intentaré honrar su solicitud, señor —respondió con la misma expresión de caballerosidad.

Sin embargo, en esas últimas palabras del Almirante, había algo más que previsión y precaución por aquello de no perder las vivencias. No fue algo que Rodrigo, con su poco conocimiento de los asuntos del mar, pudiera discernir, entre otras cosas, porque sus votos se debían a la corona, que era la socia innegable de la expedición. Lamentablemente, los marineros eran dueños de las creaciones de sus propios mundos, fueran estos reales, o no. Éste detalle daría un giro a la verdadera historia, tal y como la conocemos.

—Recuéstate de algún rincón, si no estorbarás a estos hombres —dijo Colon, señalando en dirección a una de las puertas que daba entrada a la zona de la bodega.

El brazo de Cristóbal cruzó el rostro de Rodrigo y apuntó al tonelero encargado de administrar el agua; quien había terminado de acomodar el

último tonel de Posca, que no era más que agua avinagrada; la única fuente de agua fresca de toda la travesía. Delante de los dos espectadores, la muchedumbre de hombres duros desataba amarras y halaban otras hacia sus propios cuerpos: carpinteros, despenseros, marineros y grumetes se movían insistentes cruzándose en afán; algunos en las alturas, soltaban las velas de bauprés y las del mástil del trinquete, buscando aprovechar el progresivo impulso ofrecido por el viento que golpeaba a babor el costado izquierdo de la nave.

—...La bodega está completa con víveres y animales; mazamorra, capón y almodrote. La Pinta y la Niña han desatracado también, Almirante.

Y con las palabras del grumete Martín de Urtubia subiendo las escaleras de la proa, los hombres voltearon, contemplando cómo las dos naves más pequeñas se alejaban del muelle, mientras la brisa empujaba en la delantera a la más grande de las tres naves: la Nao Santa María, hacia lo desconocido.

La brisa nunca paraba de soplar desde la popa, llevando la nave en dirección al interminable horizonte. Esa noche, varias semanas después de haber zarpado desde las Canarias, Rodrigo se recostó del mismo madero donde sostuvo su primera conversación con el Almirante; su mirada quedó perdida en el infinito. A pesar de las tareas rutinarias muchas cosas habían cambiado, lo supo cuando colocó sus manos deterioradas y raídas encima de un grupo de cuerdas enrolladas sobre el tranco del borde izquierdo de la proa; y un recuerdo proveniente de aquella primera conversación le ordenó prestar atención a sus dedos; hasta ese momento, no había caído en cuenta que en medio de aquella travesía se habían transformado por completo: sus uñas amarillas, largas y gruesas, parecidas al caparazón de las tortugas marinas, estaban rellenas de material verdoso, igual al color de las algas que poblaban

ciertas superficies carentes de brea, de esa utilizada para proteger la madera del navío; levantó su mano y peinó con sus dedos la creciente barba, chamuscada y dañada por el salitre, que escudaba su rostro de las inclemencias del tiempo. Su nariz también se había acostumbrado; el olor nauseabundo a mezcla de almizcle, salitre, y mariscos al sol, había ayudado a camuflar el hedor de los cuerpos saturados con sudor, amoniaco y sal. Su mente regresó a esa primera conversación y un impulso por escribir cosas fantásticas se apoderó de su ser.

El escriba inclinó hacia abajo, en dirección a los marineros tirados a lo largo de la cubierta, durmiendo junto a los animales o recostados contra cajones, buscando abrigarse de los advenimientos temporales. Otros, realizaban los quehaceres de orden, aquellas tareas que cada tres horas deberían tributar para mantener el correcto funcionamiento de la Nao Santa María; fue entonces que su mirada se cruzó con la de alguien que se aproximaba subiendo la pequeña escalera, hasta la parte más alta de la proa, donde se encontraba Rodrigo.

Quizás, si no hubiera puesto sus narices más allá de los propios intereses, nada de eso habría sucedido. Era una persona muy especial y sus funciones estaban destinadas a velar por otras necesidades que no eran las propias...ni mucho menos, de la tripulación.

—¿Qué está pensando, Escobedo? Me parece que nuestra conversación después de la tormenta lo ha preocupado —dijo Colón acercándose al escriba real que estaba en la deshabitada y más remota zona de la proa.

—Me parece que usted sabe que yo conozco muy bien los puntos observados sobre el tratado de santa Fe, donde se dice que las tres naves eran del mismo tamaño. Entiendo que lo que se quería, era cumplir con el requisito de que las tres naves alquiladas fueran carabelas, debido a que esto es lo que dice el tratado; pero esta es una Nao, no una carabela. No lo sé; no

creo que sea bueno que usted continúe pidiéndome que escriba algo diferente a lo acontecido. Poner en los registros que este viaje ha sido más tranquilo de lo normal, es aceptable; pero no veo muy oportuno que usted escriba en el diario de navegación menos leguas que las que se han transitado realmente; recuerde que las demás naves tienen sus propios tránsitos y estos no van a coincidir con los registros de la Santa María. Ahora usted me está pidiendo que jure por la virgen, que el gobernador de la nave ha visto una pequeña luz en el horizonte, para con esto justificar que ha sido el Almirante el que ha declarado ver tierra...cuando todos saben que lo ha hecho el marino que va a bordo de la Pinta, el que es llamado Rodrigo de Triana. Es imperante que lleve la historia de lo acontecido a los Reyes.

Cristóbal Colón suspiró y, con el estorbo del sonido de los hombres en medio de las faenas y la algarabía por el descubrimiento de tierra, respondió al escriba.

—Señor Escobedo, seré honesto con usted: Este es el primer viaje de una nueva ruta a estas tierras; la India debería ser la entrada a muchas riquezas y lo hemos alcanzado. Algunos han visto la expedición como un fracaso; pero lo más preocupante es que los demás marineros atentaron contra mí en esa desafortunada revuelta, cuando comenzaron a desconfiar de la expedición. Espero que escriba que todo ha sido muy calmado y elimine los escritos sobre la solicitud para sustituir mi gobernanza sobre estos galeones; así como las peticiones para regresar a España, justificando que todo esto fue un error. Se lo exijo como el nuevo gobernador de estos mundos y de estas naves. Si continúa con su insistencia no tendré más remedio que sustituirlo de sus funciones por alguien de más confianza. Espero que lo entienda, porque de lo que se registre, va a depender que se continúe con los viajes en el futuro.

—Lo siento, Almirante, pero no puedo hacer eso. Mis votos se deben a los Reyes y debo llevar lo acontecido durante esta travesía. ¿Cómo piensa usted

ocultar el hecho de que la nueva ruta es una zona de muerte, y más insegura que las otras rutas que nos llevan hasta la india? ¡Ha visto como la tormenta estuvo a punto de destrozar la Santa María! Tuvimos suerte que ningunas de las naves se separaron.

—Deja la parte de como contar la historia a tu Almirante, Escobedo. Creo que tengo una idea de cómo solucionar eso —respondió Cristóbal Colón dando una palmada sobre el hombro del escriba real. Un suspiro proveniente del nuevo virrey cerró esa última conversación que sostendría con aquel estólido majagranzas.

Después de aquella conversación, Rodrigo bajó hasta una zona remota de la bodega; abrió el raído cofre que atesoraba sus pertenencias, miró de rejos una esquina y contempló la botella con el pergamino en su interior. Él había entendido, como todos, que la experiencia a bordo de la Nao, y de las demás carabelas, era dura en extremo; con una alimentación mala e insuficiente, pero no alcanzó a comprender las razones que llevaron al Almirante a hacer tal solicitud: suprimir la mayoría de los acontecimientos del viaje, la inconformidad de la tripulación, los falsos registros de las distancias, la poca provisión disponible, la tormenta que tuvieron que enfrentar; que catapultó la idea de fracaso que embargaba a la mayoría de los treinta tripulantes de la Santa María; sin embargo, el sello de lealtad en sus palabras fue desde siempre el motivo de la confianza que los Reyes habían depositado en él. Escobedo, recostado de un rincón dentro de la bodega, asió la botella y la abrazó, miró hacia la escotilla del techo negro y acarició con sus ojos el lechoso poblado de estrellas del firmamento. Suspiró apretando los parpados y se obligó a sí mismo a conciliar el sueño.



A pesar de la novedad del descubrimiento de tierras desconocidas, ya la

travesía había hecho estragos en los cuerpos de todos los tripulantes; las cosas no habían mejorado para el liderazgo del nuevo gobernador, posterior al tercer avistamiento de una gran isla de características similares a la isla de Juana, el Almirante invitó a pasar a su camarote a Pedro Alonso Niño e hizo una extraña pero justificable solicitud al piloto de la Nao Santa María.

—...Pero ¿qué haremos luego que la nave encalle en las costas? —preguntó el piloto de la Nao, luego que el Almirante le explicara el porqué de su resolución.

Aunque las tupidas barbas impedían entender a priori los gestos sutiles; la sorpresa exhibida por Pedro Alonzo Niño fue captada por el hábil navegante.

—Hay que asegurar que la Nao encalle y quede no apta para la navegación, pero bien cerca de la orilla; con suerte podremos usar la madera para crear una fortaleza como protección y, allí, dejaremos a los responsables de la rebelión...también a aquellos que sabemos atentarán contra las futuras expediciones. Con esto podremos justificar el regreso a España con la ausencia de la tercera parte de la tripulación. Llevaremos a los demás a bordo de las otras naves.

—Lo entiendo, pero ¿No hay otra manera? —intervino Pedro.

—No la hay, este viaje debe abrir las puertas a otros territorios descubiertos en la india. Seremos los gobernadores y virreyes de estas tierras.

—Pero... después que regresemos, todos los que dejemos estarán acá, esperando. ¿Cómo arreglarás eso?

—Hay que dejar en la isla a todos los que se rebelaron y, más importante, al señor Escobedo. Es una amenaza pues está determinado a contar lo sucedido a los Reyes. Si todo sale bien, debería haber una rebelión, ya sea entre ellos mismos o contra los indios.

—¿Y qué tal si no es así y a nuestro regreso aún están vivos? —preguntó Alonso entornando sus ojos hacia Colón.

—Si aún están vivos cuando regresemos, me temo que tendremos que ser los verdugos. Es la única manera de eliminar esa amenaza y mantener todo en orden —concluyó el sicofanta parándose de su butaca.

El Almirante abrió las puertas de su camarote, la luz penetró iluminando el rostro del piloto de la nave más importante de la expedición, que sería sacrificada con tal de cambiar la historia, marcando con esto un antes y un después en los albores de la humanidad: la colonización de un nuevo continente.

MARTIN MCCOY

Soy un escritor novato que ha publicado su primer libro (Seb Damon 3 14) hace medio año. Es una novela negra con trasfondo de ciencia ficción. Como el lenguaje que uso en ella es bastante burdo y mis personajes un tanto brutos, mis compañeros han creído que sería una gran idea hacerme escribir un relato chick lit.

ODIO LOS VIERNES

Odio los viernes. Cuando veo que vuestros *stories* se empiezan a llenar de mensajes diciendo «Mañana es viernes», me dan ganas de haceros tragar los memes. Y los corazoncitos. Se me hace el estómago bola pensando que el día siguiente es el Casual Friday en la ofi. Antes me gustaban los viernes tanto como a cualquiera. El Casual Friday ya ni te cuento. Eso de poder ir con unos *jeans* a trabajar no se paga con dinero. Luego la empresa de perfumes en la que trabajo cambió de dueños. La compraron unos niños de papá que no tenían ni treinta años y empezaron a llenarla de veinteañeras monísimas de la muerte. Un día una de ellas decidió que si el Casual Day no había reglas de vestuario, iba a ir vestida como a una puñetera pasarela. Aquí las mujeres demostramos que somos tontas.

A veces, las mujeres podemos ser muy tontas.

El viernes siguiente todas las cuquiniñatas iban de punta en blanco. Un día, Vero de contabilidad llevó incluso una pamela a trabajar. ¡¡¡Una pamela!!! Qué fuerte. Yo, que les saco diez años a la mayoría, intenté resistirme. Coleta, camisa holgada y vaqueros. A muerte con mi *look*. Luego empecé a ponerme unos pantalones más ajustados, los que me hacen un culo de infarto y han despeñado a más de un albañil. Fue el primer paso a cagarla del todo. Ahora me levanto dos horas antes que cualquier otro día para prepararme. Incluso me compro ropa para el Casual Friday que solo puedo volver a ponerme cuando me invitan a alguna boda.

Y es que si las mujeres somos tontas con esto de ir más mona que la de al lado, yo me llevo la medalla de oro. Me he levantado y, sin desayunar, a la ducha. He usado tantos botes que ya no sé si me he echado desodorante de pies como acondicionador. Luego hidratante, *serum*, y hasta una carísima ampolla *flash* para estar más radiante que cuando tenía dieciséis. Una locura. Planchas, cepillo ionizado y a maquillarse. Acabas y el pelo, que estaba liso como una tabla, tiene más ondas que el micro. Alisar otra vez y ya no tengo tiempo para desayunar. Mejor, no vaya a estropear el maquillaje, que hoy he quedado espectacular.

Así que aquí estoy, en el ascensor de la ofi embutida en un puto *bodycon* a bandas negras y blancas. Sí, yo tampoco sabía lo que era un *bodycon*. Lo llamaba vestido de putón y me quedaba tan ancha. Desde que trabajo con este hatajo de zorriones, he aprendido mucho. La banda negra, por suerte, va en la cintura y estiliza que no veas. Con esta ropa voy a rentabilizar las clases de *spinning* a las que me he vuelto a apuntar por el maldito Casual Friday. Estoy mirando mi reflejo cuando entran dos compañeras antes de que se cierre la puerta. Joder. Parezco una anciana pordiosera a su lado. Sonrío y saludo con los dientes apretados. Yo valgo más que cualquiera de estas. «Venga, Nima, que tú puedes».

Nima. Esa soy yo. Nima Gutierrez. Jeronima Gutierrez. Gracias, papá. Gracias, mamá. Una mujer que con sus treinta y tres años está subida a unos *stiletos* de once centímetros, vestida con un *bodycon* a bandas y llevando un *clutch* en la mano. Ya. Yo también los llamaba tacones, vestido de putón y bolso, pero eso era antes, cuando los viernes eran un buen día. ¿Te puedes creer que incluso estoy estrenando un precioso conjunto de ropa interior que me llegó ayer? ¡Como si alguien fuera a verlo! El *bralette* blanco es una delicia, aunque el tanga es de esos a los que les quieres poner una denuncia por violación en cuanto consigues encasquetártelo. ¿Tanto cuesta poner un

poco más de *lycra*?

—Qué guapa, Nima —dice mi compañera Carmen, la otra pata del departamento de *community management*, cuando llego a mi mesa—. El pelo rizado te queda de fábula.

Hija de la gran puta. Ya se me ha vuelto a rizar el pelo.

—Se llaman ondas imperfectas, Carmen —contesto con una sonrisa más forzada que la cerradura de un piso okupa—. Tú también estás muy guapa.

Las narices está guapa. Carmen es la mayor de la empresa. Con sus cuarenta y tantos, parece que tenga sesenta. Lleva vestidos flojos llenos de floretes y el pelo rubio en melenita, como mi madre. No puedo ni verla, pero me toca trabajar a su lado. Compruebo mis “ondas imperfectas” en el móvil y veo que, oye, no quedan tan mal. Parece que me lo hubiera hecho queriendo.

La mañana pasa leenta mientras las compañeras de la ofi pasean sus modelitos por delante de mí y el sonido de los tacones lo inunda todo. Hay que ponerse tapas, chicas. Inundo las redes sociales de la empresa con mensajes de «¡Feliz viernes!». Y muchos corazoncitos, claro. Eso es fundamental en mi trabajo. Por fin se acerca la hora del descanso y veo pasar a Santi, el director de *marketing*. Mi jefe. Es cinco años menor que yo y, sin embargo, tengo que hacer lo que él diga. Maldito niño rico.

Los tíos sí que saben. Viene vestido con unos vaqueros holgados que solo le aprietan en la cadera para marcar ese culito de gimnasio en el que se podrían cascar nueces. Una camisa con un par de botones desabrochados completa el conjunto con unas Vans. Qué cómodo, joder. Cuando pasa por delante de mi mesa, sonrío y me saluda. Yo también sonrío y agito la manita como una princesa, pero no me salen las palabras. No sé qué colonia se habrá

echado, pero se me cierra la garganta. Huele a madera, pero no a cualquier madera. Huele tan bien que te dan ganas de ponerte a chupar la mesa y hasta darle mordiscos.

Santi pasa de largo y yo me inclino hacia delante en la silla para mirar ese culito respingón un poco más y, entonces, el viernes se jode del todo. ¡Zas! Un chasquido y dejo de sentir el tanga cortándome la piel en la cadera derecha. ¡No me jodas! Toco el costado derecho y allí no hay nada. El puñetero tanga ha explotado. Por suerte, llevo siempre unas bragas de repuesto en el bolso. Una nunca sabe cuándo las puede necesitar. Lo malo es que los baños están a reventar. A mis compañeras les debe dar cosa ir a mear en horario laboral, así que van en manada a las once en punto. Miro desesperada a todas partes y veo la puerta de la habitación de la fotocopiadora.

Ya nadie usa la fotocopiadora. Tenemos escáneres por todas las mesas, así que ese cuarto es una especie de almacén. Cojo el bolso, perdón, el *clutch* y voy para allí decidida. Entro, cierro y me levanto el maldito *bodycon* hasta amorcillararlo en la cintura. Es la única manera de bajarte las bragas con estos vestidos. Cuando consigo desincrustar los difuntos restos del tanga y hacer que caigan por la pierna, empiezo a buscar las de repuesto en el bolso, pero, como era de esperar en mí, se me cae y toodo su contenido se desparrama por el suelo. ¿Cómo entran tantas cosas en un bolso tan pequeño? Me pongo en cuclillas para recoger y, cuando estoy acabando, oigo ruido en la puerta. ¡Joder! Llevo el vestido en la cintura y tengo las bragas en el suelo. No es el mejor momento para que nadie venga a ver si la fotocopiadora sigue en su sitio.

No me preguntéis cómo, pero consigo ponerme en pie y bajar el vestido en un solo movimiento. Cuando se abre la puerta, ya estoy presentable. Santi.

Maldita sea mi estampa. Es Santi el que abre y se queda apoyado en el marco con un café de máquina en la mano mientras me sonrío como si supiera algo que yo desconozco. Me da vergüenza y miro al suelo. ¿Sabéis lo que hay allí? Exacto. Mi tanga. Le doy una patada para mandarlo debajo de un archivador, pero el zapato decide seguirle en su viaje. ¡La bendita madre que me parió! Santi me mira divertido como si no se hubiera enterado de nada. Camino tan dignamente como puedo, teniendo en cuenta que una de mis piernas es once centímetros más larga que la otra, y me arrodillo delante del archivador. Otra vez con el culo en pompa. Saco el zapato, pero no me atrevo a sacar el tanga roto. Seguro que lo ve. Me calzo y voy hacia la puerta, pero Santi no se aparta.

—¿No se te olvida nada? —pregunta cuando ya estoy a su lado.

—Hmmm... No —respondo haciéndome la loca. Joder, ¿por qué, siendo tan gilipollas, tiene que oler tan bien?

—¿Seguro? —insiste mientras, con la mano que sujeta el café, señala a una esquina del techo. Una cámara de seguridad. Hay una puñetera cámara, con su lucecita roja parpadeante y todo. El cabrón me ha visto. Le encaro y, cuando nuestras narices casi se tocan, le digo:

—Yo estoy bien así, Santi.

Se queda pasmado y tengo que ponerle una mano en el pecho para empujarle un poco y poder salir. Buaaala. ¿Este tío es de piedra o qué coño pasa? Salgo apretándome contra él, que sigue pasmado y con la boca abierta. El restriegue me pone burra. Muy burra. Demasiado burra para no llevar bragas. Taconeo a la velocidad de la luz hasta el ascensor y bajo a tomarme un café. Mejor un café con mucho hielo.

El resto de la mañana es más tranquilo. Me he podido poner mis bragas de

repuesto en el baño del bar y tomarme un café de dos tragos. Saber que tengo el chichi abrigado, quieras que no, me da seguridad. Todo va bien hasta que, media hora antes de salir, llega un mensajero preguntando por Nima Gutierrez. Me entrega un paquete y veo que viene de Victoria's Secret. Yo no he pedido nada ahí. Menos aún al trabajo.

—¿Qué es? —pregunta la cotilla de Carmen.

—Un secreto, Carmen —contesto levantándome para ir al baño a abrirlo. Si cree que voy a darle el gusto de poder enterarse, va lista.

Me siento en la taza y abro el paquete. Es un jodido tanga blanco. Casi igual al que se me ha roto, pero mucho más caro. También tiene una nota.

“Es una pena que no puedas llevarlo, con lo bonito que era. Si quieres, lo podemos romper juntos en la sala de juntas a las 15:10.

S.”

El muy imbécil me ha comprado un tanga. Supongo que, tras salir en estampida, se ha asomado debajo del archivador y lo ha encontrado. O eso o me ha visto quitármelo por la cámara, claro. Ahora se piensa que, por haberme regalado unas bragas, vamos a echar un polvete. Menudo cretino de mierda. Voy a entrar en su despacho y le voy a tirar el tanga a la puta cara mientras le monto una escena de padre y muy señor mío.

Estoy taconeando decidida cuando una idea me viene a la cabeza. Giro y me meto de nuevo en el cuarto de la fotocopidora. Esta vez cierro bien, con pestillo y todo. Miro a la cámara y lanzo un beso y un guiño. Me subo el vestido hasta quitármelo por completo sin dejar de mirar a la cámara. Luego me quito las cutrebragas de repuesto y, dándome la vuelta, me pongo las nuevas asegurándome de sacar bien el culo para dar un espectáculo mejor. Cuando acabo, me apoyo en la fotocopidora de espaldas a la cámara y

escribo en un papel.

“A las 15:10 en la sala de juntas. Rómpeme el tanga y lo que quieras. Espérame desnudo.”

Me pongo el vestido tan dignamente como puedo, voy hasta la cámara y enseño la hoja. Imagino la cara del pobre Santi. Ha reventado los botones del pantalón. Seguro.

Cuando dan las tres y las chicas empiezan a recoger, las llamo.

—He traído pasteles para todas —digo cuando las tengo reunidas—. Son bajos en calorías, no os preocupéis. He dejado la bandeja en la sala de juntas. Coged todos los que queráis.

—¿Es tu cumpleaños? —pregunta la tonta de Raquel, de recursos humanos.

—Algo así —contesto mientras las guio hacia la sala de juntas. No me voy a perder el espectáculo. Abro la puerta y allí está él, en pelota picada, plantado en mitad de la sala. Cuando se da cuenta de lo que está pasando, se pone rojo como un tomate y se tapa la entrepierna con las manos. Las chicas de la oficina asoman la cabeza por donde pueden para no perderselo mientras sueltan gemiditos. Le guiño un ojo y me voy taconeando hacia el ascensor. Ya no soy la única que odia los viernes.

MARU FREIHEIT

Max Antonio Rudín Álvarez

Alias: Maru Freiheit.

Maru son las iniciales de mi nombre, 'Freiheit' es Libertad en alemán.

Escribo mayormente historias de terror, gore, ciencia ficción y fantasía, y también fantasía para niños. Tengo publicadas una novela corta de género novela negra y otra sobre combates entre seres humanoides.

Mi reto consistía en crear un relato de romance puro, con drama, sin elementos sobrenaturales, ni terror, ni violencia explícita. Se me hizo difícil desarrollar algo de ese estilo, sin poder insertarle ninguno de esos elementos de horror que tanto me gustan y que se me hacen más fáciles de escribir.

Al final, logré conseguir lo que se me pedía, pero no creo que vuelva a desarrollar algo de ese género.

EL ÁRBOL DE LA LADERA

La oscuridad reinaba, únicamente interrumpida por dos antorchas, una que yo llevaba y otra que sostenía mi padre. Ni siquiera resplandecían las estrellas, sólo el satélite menguante hacía un vago intento por iluminar nuestra travesía. Sin embargo, aquella tiniebla perpetua era ideal para nuestro propósito.

Caminamos por el reducido trecho que recorría el bosque, en dirección al Mar Negro. Ella iba de mi mano. La idea era que cruzara el lago y llegara hasta la región de Sebastopol en un bote que teníamos preparado para ese fin. No había nada en el mundo que yo deseara más que ella permaneciera conmigo, pero eso era imposible: la situación política de Rumanía se había tornado sumamente peligrosa y yo, como uno de los líderes de la resistencia, no podía acompañarla.

Continuamos por los límites de la ciudad de Constanza, hasta llegar a un pequeño puerto, alejado de los militares y de las fuerzas del gobierno. Divisamos el batel. Ella no quería soltar mi palma y yo no quería que ella se fuese. Nos acercamos al desembarcadero, y mi padre se alejó para darnos un último momento a solas.

— Este no es un adiós — le dije, limpiando sus lágrimas con las yemas de mis dedos; aunque en realidad era mentira: estaba seguro de que no volveríamos a vernos.

— ¿En serio? — preguntó, sin creerlo.

— Te lo juro. Apenas esto termine, iré por ti.

Nos consolamos mutuamente en un abrazo cargado de falsas

esperanzas.

— Me vas a hacer mucha falta, Benjamín.

— También me harás falta, Ileana. — Me golpeó suavemente en el hombro.

— Eres un idiota — me reclamó con voz entrecortada y se recostó en mi pecho, llorando. Yo la estreché para intentar confortarla, pero sus sollozos no paraban de mojar mi chaqueta de camuflaje.

Las luciérnagas danzaban a nuestro alrededor, en un desfile mágico de luces y saltos. La luna se reflejaba sobre la superficie del mar y brincaba entre las ondas de agua creadas por la cálida brisa que paseaba en el ámbito. Con dos dedos elevé su rostro, la miré a los ojos y la encaré con un ósculo apasionado, sublime, deseando que la noche nunca acabara. Cuando nuestros labios se separaron, la tranquilidad retornó a su cuerpo y pude, por fin, sosegarla.

— ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? — pregunté. Ella volteó su rostro hacia la nada, y, al cabo de un minuto, respondió.

— Ese día llegaste a pedir mi mano a papá, sin un centavo en el bolsillo.

— Sí, y tu padre me echó como a un chucho. — Ambos reímos—. Me ordenó no volver hasta que tuviera dinero o un título.

— Esa noche me escapé por la ventana, ¿recuerdas?, y me esperabas en el árbol de la ladera — Rememoramos con nostalgia aquel bello momento, en el que decidimos pasar el resto de nuestras vidas juntos.

— Eso fue hace siete años, y dime, ¿te he fallado desde entonces? — Ella bajó su cabeza.

— Sé que no. — Me acarició el cabello —, pero esta guerra... Es muy arriesgado, temo por lo que pueda ocurrirte. — La besé nuevamente.

— Te prometo que volveré por ti, cariño, pero por ahora debes irte, es

lo mejor para ti y para el bebé. —Le acaricié el vientre. Ella cumplía cuatro meses de embarazo—. Ellos te buscarán y, si te encuentran, no quiero ni pensar lo que podrían hacerte. Te matarán y se llevarán a nuestro hijo.

—Ellos no serían capaces.

—¡Claro que lo son! De eso y de cosas peores.

Ella descendió la mirada y lagrimeó en silencio. Sus ojos carmesíes brillaban con la luz del farol.

—Amor, debes irte. El timonel no puede esperar más tiempo por ti, podrían hallarnos los soldados.

Una última carantoña y, tras promesas simuladas de volvernos a encontrar, se fue en la barca, en medio del frío del nocturno. Nunca más la vi de nuevo.

A los pocos meses, el ejército invadió nuestro campamento y arrestaron a todos en mi grupo. A mis compañeros los fusilaron: Albert, Camil, Emilian y ochenta más; los recuerdo a todos por su nombre. Eran todos mis amigos, camaradas, colegas del alma, juntos hasta la muerte en la lucha contra el comunismo. Pero, al final, todos perecieron. A mí, por ser uno de los caudillos de la revolución, me mantuvieron preso por más tiempo, como una especie de «trofeo», o como advertencia para los demás grupos rebeldes que continuaran luchando en su contra.

De Ileana no he sabido nada en un año. Luego de sesenta días de su partida, recibí una carta suya. Estaba a salvo, aunque no me especificó dónde, probablemente por miedo a ser localizada. Decía vivir en una casa en el campo, con todas las comodidades necesarias para subsistir. Incluso había encontrado un médico que se ofreció para ayudarla durante el resto del embarazo. Me alegré mucho por ella. Le envié una correspondencia indicándole, con el dolor del alma, que era mejor no volver a escribirnos, ya

que los lacayos del régimen de Ceausescu podrían ubicarla y capturarla; probablemente la recibió, porque nunca más me carteo. Ahora, mientras aguardo en el corredor de la muerte, sólo espero que ella encuentre a alguien que la ame tanto como la amé yo y que llegue a ser feliz.

Los guardas me han avisado, mañana será mi turno. Me han permitido escribir una despedida, aunque no sé a quién dirigirla: no tengo familia, todos mis conocidos han sido ajusticiados, y no puedo remitirla a Ileana. ¡Qué muerte tan cruel! Solo, incluso en mi lecho. Al menos he tenido una última cena.

Si me arrepiento de todo lo hecho: No. Pero sí me aflige el no haber podido pasar más tiempo con ella: Ileana, mi vida, mi pasión; Ileana, tu recuerdo será mi consuelo en el camino a la horca, y te esperaré en el cielo.

ANDREA GOLDEN

Libros publicados:

- La vida en tus Palabras (Ficción histórica/Romántica/Aventuras).
- Los Secretos de un Recuerdo (Ficción histórica/Romántica/Suspense).
- Tocando el cielo de Manhattan (Romántica/Aventuras).
- Colaboración libro benéfico: 40 Relatos de amor.

RETO:

Por una maravillosa causa, sacrifico mi interés por la romántica histórica y me lanzo con gusto al reto propuesto por el grupo de escritores que componemos este libro: un relato sobre distopía.

Espero disfruten tanto su lectura como yo al escribir este corto relato.

LOS DESCARTADOS DE SIAL

Oscuridad, tan tétrica que es la primera vez que siento estar bajo tierra. Esa superficie que, un día me contaron, era la diosa de la fertilidad y fecundidad se encuentra cercana, a tan solo diez metros de donde me hallo, al final de un túnel vertical que se extiende hacia arriba, rodeado su diámetro de endeble peldaños metálicos —escalera de la esperanza para mí—, y finalizado, en el extremo opuesto, por un portón blindado —de acero macizo—, completamente sellado.

Silencio, mudez rota por el suspiro de madre que coincide con el estridente aviso sonoro que anuncia su apertura, señal inequívoca de que mi vida en Sial llega a su fin.

Entrelazadas nuestras manos las apretamos mientras madre mantiene el castigo de sus palabras acalladas hasta en el último instante, mutismo provocado por una traición familiar que parece no perdonar. Solo reza, es extraño oír cómo su boca emite palabras memorizadas sobre un antiguo benefactor del que, en Sial, no nos contaron nada.

Preparados para este momento —el contacto con ese mundo exiguo que mis antepasados dejaron de habitar—, aparto la mirada del torrente de luz que mana de aquella ventana abierta hacia el exterior. Aguardamos recostados en el suelo hasta que se nos ordene marchar. Madre sigue a mi lado, solo me acompaña en este trance, ella no volverá al lugar que abandonó muchos años

atrás. Nos contaron sobre el amanecer y sus peligrosos rayos solares sin capa protectora que los mitigue y sobre el anochecer, momento en el que los Descartados debemos salir.

Silencio otra vez.

En esa espera, que se siente interminable, nadie habla. Algún quejido angustiante escucho, pero ahora todo se limita a confiar que los primeros Descartados —desterrados hace un año a la superficie terrestre— aparezcan.



Cuando devino la extinción, provocada por una capa de ozono que avisó durante años que se estaba desgastando, se produjo una selección natural que fue terminando con las especies paulatinamente; la naturaleza se marchitó debido al calor constante, los enfermos no soportaron los efectos del calentamiento global, los ancianos y los niños se deshidrataron y, por último, los pocos vivos que quedaron restringieron el acceso a las «Arcas de conservación» a clérigos y delincuentes. A unos se les vetó por sus creencias, por la posibilidad de radicalizar a una población con una falta inequívoca de esperanzas; a los otros, por sus actos, y así evitar a personas conflictivas que pudieran dañar la armonía que se necesitaba en el espacio condensado donde vivirían el resto de sus días.

Las «Arcas de conservación» fueron emplazadas bajo tierra, cada país construiría las suyas. Una, para los vegetales comestibles alimentados con luz artificial; otra, para animales de granja; y la última, para los humanos sanos que habían soportado el azote de una radiación solar a espuestas.

Esos primeros colonos llamaron a nuestro nuevo hábitat de vida: Sial.

En un corto periodo de tiempo, consiguieron conexión con las Arcas cercanas. Y, aunque nuestra nueva sociedad tecnológicamente parecía haber

retrocedido años, tras muchos esfuerzos —trabajosos pasadizos excavados y laberintos esquematizados en rústicos mapas—, el contacto fue fluido entre todas ellas.

Las normas de convivencia en esos primeros momentos fueron fuertemente marcadas. Se necesitaba engendrar niños para la continuidad de la especie. Los matemáticos calcularon el número exacto de ellos que podían tener cabida. Así fue como nacimos cinco hijos de la unión de mis padres.

El hándicap de una vida recluida en espacios limitados era el obligado cambio continuado, adaptándolo a las circunstancias.

Yo pertenecía a la primera generación nacida en Sial, pero las reglas de convivencia pronto cambiaron.

A los enfermos y heridos se les dejó de atender, no solo la vejez haría disminuir una población que ya no necesitaba crecer más. Padre nos dejó pronto al no ser tratado por una grave neumonía surgida.

Las personas que incumplieran con los preceptos o que voluntariamente quisieran abandonar Sial serían desterradas de aquí, invitadas a salir en la época, invierno terrestre, y el momento, anochecer terrestre, marcados de forma anual. A estos se les denominaron los Descartados, que a la vez se convertirían en testadores, sielenses enfrentados a un mundo que, veinticuatro años atrás, los terrestres tuvieron que abandonar.

A los jóvenes oriundos de allí nos condicionaron el nacimiento de nuestros hijos.

De las mujeres fértiles de cada familia surgida, un único vástago fue permitido: el primero que naciera de un embarazo. Condenando al aborto o a la castración sistematizada a las mujeres miembros del mismo clan familiar después del alumbramiento.

Era la mayor de mis hermanas, me correspondía dar el fruto que se

esperaba de mí, sin embargo, fue la menor la que anunció a la familia su *buena nueva*.

Deseaba, pretendía ser yo la que engendrara esa nueva vida. Por edad me pertenecía esa misión. Quería ser madre por encima de cualquier cosa.

Entre los forasteros llegados, comerciantes de bestias, delineantes de túneles... se encontraban los fecundadores. Nombre que se dio a los hombres que solo querían embarazar a las mujeres que deseaban tener hijos. Un complemento perfecto. Ellos se aseguraban la continuidad de su estirpe, en ese momento de nacimientos calculados, y ellas, las que vivían sin pareja y estaban destinadas a procrear, se aprovecharían de ello. Tras cumplir con su misión, partirían hacia nuevas Arcas donde continuar con su proceso de propagación genética.

Ocultada a mi familia la pretensión de utilizar a un fecundador, apenas un mes después de conocer que mi hermana menor había quedado encinta, anuncié mi embarazo.

La batalla por ser la primera en dar a luz había comenzado.

Las autoridades informadas —como era el deber—, nos aislaron en las cámaras de crecimiento. Transcurridos los meses, se me informó de que mi hijo sería sietemesino, mi placenta no aguantaría un embarazo completo de nueve meses y provocarían el nacimiento antes de lo previsto. Mi hermana, obligada, tendría que abortar y por consiguiente ser castrada.

Era un bebé engendrado por el amor. Desde niños se observaban, se quisieron desde el primer momento. Y la culminación de esa pareja sería sesgada por una obsesión, mi obsesión.

Bastó conocer el día de su intervención para recular, para aclararme que no lo podía permitir, que esa batalla había terminado para mí y yo había

perdido.

Entonces tomé la decisión, aunque solo existiese una mínima posibilidad de supervivencia para mi hijo, me agarraría con uñas y dientes a ella.

Me convertí en una Descartada de Sial.

Ha pasado un año desde la última apertura hacia el exterior. En ese tiempo no se ha tenido contacto alguno con los primeros Descartados. Se desconoce si siguen sobreviviendo en un mundo terrestre abandonado hace años y si alguna condición de vida les mantiene a salvo.

Silencio y, nuevamente, oscuridad.

Los rayos intensos desaparecen paulatinamente, la negrura del anochecer se cierne sobre esa puerta abierta al exterior, y por vez primera en meses madre me habla.

Susurra.

—¿Ves? —Apunta su dedo hacia los diminutos focos que se ven lejanos—. Hija, eso son estrellas... —carraspea, desentumeciendo su voz angustiada.

Solo asiento mientras quedo embelesada, observando a través de la abertura esa parpadeante luz natural que nunca tuve la oportunidad de contemplar en Sial.

Los moradores del bien nos vigilan, apuntan con sus rifles a cada uno de nosotros, y ahora balancean sus cañones, de abajo arriba, obligándonos a ponernos en pie.

Afinamos los oídos al escuchar sonidos en el exterior.

Una cara ennegrecida asoma por la parte de arriba.

El murmullo se acentúa.

—¿Vivís?! —pregunta desesperado un morador.

—¡Solo unos pocos! —contesta.

Tras la respuesta, muchos pretenden huir, el jaleo se acentúa. El miedo a, tal vez, morir lleva a muchos desterrados a temer por sus vidas en el exterior.

Pero a mí, esa respuesta, me da esperanzas.

Alzo mis brazos y los llevo firmes hacia uno de los finos peldaños de la escalera.

Madre estremece su cuerpo y, en el último instante, en ese breve *impasse* de tiempo que le esclarece que me perderá para siempre, se arrima con fuerza hacia mí.

—¡Yo habría hecho lo mismo por ti, mi vida! —exclama entre sollozos.

Con la emoción de sus últimas palabras aceptando mi decisión, emprendo una pausada ascensión hacia el mundo desconocido.

Según me voy acercando al final de la escalera, mi cabeza entretiene mi tensión canturreando una corta cantinela: Tú sí que sabrás lo que son las estrellas, hijo. Sobreviviremos.

GEMMA HERRERO VIRTO

Soy Gemma Herrero Virto, escritora de novela policíaca, thriller sobrenatural y terror. He publicado dos libros de relatos y doce novelas, entre las que destacan *La red de Caronte*, *¿Tú me ves?: La maldición de la casa Cavendish* y *Los crímenes del lago*, novela finalista del Premio Literario Amazon 2017.

Como mis escenas sexuales suelen acabar en un elegante y poco comprometedor fundido en negro, mis “amables” compañeros han decidido que debería atreverme con un relato erótico.

LA FIBRA SENSIBLE

El dolor de cabeza es insoportable. Ya sabía yo que seis chupitos de tequila eran demasiados, pero no hubo manera de convencer a mis amigas. Jamás pensé que pudiera correrme una juerga más gorda que la de mi despedida de soltera, pero mi despedida de casada ha sido aún más desenfundada.

Me arrastro hasta el salón y contemplo confusa las cajas de cartón cerradas desparramadas por todos los rincones. Algún día tendré que terminar la mudanza y convertir mi casa en un lugar habitable, pero hoy no va a ser ese día. Va a ser imposible encontrar la que contiene el botiquín y no tengo fuerzas para ponerme a abrir caja tras caja. Necesito un ibuprofeno de forma urgente. A lo mejor dos...

Recuerdo que tenía unos cuantos en el bolso, así que regreso a la habitación. Lo encuentro en el suelo, enredado con el vestido y los altos tacones que me amargaron la noche hasta que estuve lo bastante borracha como para decidir llevarlos en la mano. Me juro a mí misma que no volveré a dejarme enredar por las locas de mis amigas y me siento en la cama, el único mueble de mi nueva casa que está en su sitio, para buscar las pastillas.

Una tarjetita plateada cae del bolso. La recojo y el recuerdo vuelve a mi mente. Es el regalo de bienvenida a la libertad de las desquiciadas de mis amigas. Me acuerdo de las carcajadas que se echaron las muy puñeteras mientras me lo entregaban al ver la cara que ponía. Es un vale para canjear en una página web llamada *empotradores.com*. Sí, una página de gigolós o de prostitutas o como se quieran llamar. Mis amigas se han gastado una pasta para que pueda “echar un polvo en condiciones después de llevar tantos años

casada con el muermo de Iñaki”. Palabras textuales. Son unas cabronas. Saben que en la vida voy a atreverme a canjearlo.

Mientras me tomo las dos pastillas con un trago de agua del lavabo, no puedo despegar la vista de la tarjeta. La verdad es que tengo curiosidad. No pasará nada por echarle un ojo a la página y ver cuánto dinero se han dejado estas chaladas en un regalo que nunca voy a utilizar.

Como todavía no tengo internet en casa, no voy a poder mirar la página desde el portátil, pero supongo que el móvil servirá. Lo saco del bolso y escribo la dirección en el buscador. En un par de segundos se abre una página con el mismo estilo del vale. Letras negras que me dan la bienvenida sobre un fondo plateado. Todo muy sobrio y elegante, diseñado para no asustar. Lo primero que me piden es que introduzca el código del vale para poder acceder a la página. Tras escribirlo, se abre un formulario en el que tengo que indicar mi nombre, dirección y teléfono. Eso me echa un poco para atrás. No tengo ninguna intención de utilizar el vale. Tan sólo quería cotillear un poco. Estoy a punto de cerrar la página y olvidarme, pero la curiosidad es demasiado fuerte. Tampoco va a pasar nada malo por poner mis datos...

Tras escribirlos, la página por fin me muestra lo que quería ver. Tengo delante todo un catálogo de chicos musculados en posturas sugerentes. Debajo de cada foto pueden verse sus nombres, pero son muy pequeñas y no se aprecian en detalle. Supongo que, al pulsar en cada una, se abrirá una página con más imágenes y algunos datos de esos que en realidad no sirven para nada, en plan “amante de los animales, le encanta la naturaleza y es muy amigo de sus amigos”. Decido abrir una al azar para seguir cotilleando y el siguiente mensaje de la página me hiela la sangre en las venas:

¡Gran elección! Julien estará en tu domicilio en dos horas.

Muchas gracias por haber escogido nuestra página.

Esperamos que quedes totalmente satisfecha.

Me quedo paralizada leyendo el mensaje una y otra vez. No puede ser. ¿Qué he hecho? Y, lo que es peor, ¿qué voy a hacer? Busco desesperada algún botón en el que cancelar “mi pedido” o algún teléfono o *email* de contacto, pero no encuentro nada.

Me quedo mirando la foto del chico que he contratado. Aunque es muy pequeña, puedo apreciar que está muy bueno, mucho mejor que Iñaki, que ya lucía una barriguita incipiente y al que empezaba a clarearle el pelo. No sé si todavía estoy borracha, pero decido que tampoco pasa nada si recibo al tal Julien. No pienso tirármelo, pero podríamos tomar un par de copas y tontear. Después de todo, yo soy la cliente y puedo decirle que se marche si en algún momento empiezo a sentirme incómoda.

Sin pensarlo más, corro a la ducha para ponerme presentable. Sé que podría recibirle con mi pijama de Minions y las zapatillas de peluche, pero me apetece ponerme guapa, sentirme deseada... Me apetece hacer locuras. Llevaba quince años casada con Iñaki, atrapada en un matrimonio que más que muerto estaba momificado. Y del sexo mejor ni hablar. No soy ninguna experta, pero estoy segura de que pueden hacerse muchas más cosas de las que hacíamos en nuestras aburridas sesiones de sábado por la noche.

Hora y media después estoy duchada, depilada, maquillada como una puerta y vestida con un *babydoll* negro con encajes rojos (otro regalito de mis amigas que no tenía pensado usar) y unos tacones negros de quince centímetros que me compré en un impulso sin pensar que no sabría andar ni diez metros con ellos.

Cuando suena el timbre, mi respiración se acelera y mis piernas tiemblan. No son sólo nervios, es mucho más. De repente, pensar en un completo desconocido que va a entrar en mi casa dispuesto a follarme me excita mucho más que lo que nunca habría imaginado. Noto un calor que me sube desde el bajo vientre y una sensación cálida y húmeda entre mis piernas.

Me olvido de la vergüenza, del miedo y de la moral, y camino hacia la entrada con paso decidido sobre mis altos tacones, dispuesta a abrir la puerta y dejar que ese tío calme estas ganas de las que ni siquiera era consciente.

En cuanto abro, me quedo paralizada. Frente a mí tengo a un morenazo de metro ochenta apoyado contra el umbral. El gesto de aburrimiento que lucía en su cara cambia de inmediato al verme para ser sustituido por una sonrisa pícaro que adorna sus labios carnosos. En sus increíbles ojos verdes veo un brillo de admiración y de algo más... ¿Será deseo? Espero que sí, porque contemplarle aviva aún más el calor que me consume.

Le agarro por la pechera de su camiseta blanca y tiro de él hacia el interior de la casa. Se deja llevar y arroja al suelo el maletín negro que llevaba en la mano. Supongo que llevará ahí sus juguetes sexuales, pero me da la impresión de que no voy a necesitar nada más que a él. En cuanto sus manos quedan libres, me agarra por la cintura para atraerme, se inclina y me besa. Yo estoy enloquecida y me froto contra su cuerpo mientras dejo que mi lengua se encabrite en su boca, pero él levanta las manos, me agarra la cara y me inmoviliza. Pasa su lengua suavemente por mis labios, la introduce un poco para acariciar mis dientes y tan sólo permite que la punta entre en contacto con la mía. Está jugando conmigo, intentando controlarme. Lejos de enfadarme, su conducta acrecienta mi deseo y me vuelve aún más loca.

Forcejeo con su camiseta y consigo quitársela. Necesito sentir el tacto de su piel en mis dedos, recorrer su torso con mi lengua. Él se deja hacer mientras contempla erguido cómo recorro su pecho, lamiéndolo y mordiéndolo. Voy agachándome para seguir disfrutando de sus abdominales y después me desvió para recorrer uno de sus músculos oblicuos hasta llegar a la cintura de sus vaqueros. El bulto que los adorna consigue que una nueva descarga de líquido caliente empape mi ropa interior. Esas cosas no se fingen, me desea de verdad. Levanto la cabeza y veo que sigue mirándome con una

sonrisa de incredulidad en la cara. Acaricio con la punta de los dedos la bragueta de su pantalón y él echa hacia atrás la cabeza y se muerde el labio inferior. Eso me excita aún más y despierta en mi interior un diablillo travieso que no sabía que vivía ahí.

Empiezo a soltarle los botones del pantalón con los dientes, uno a uno, muy lentamente. Escucho un gemido ahogado escapando de sus labios y me sorprende. Este tío tiene que follar un montón de veces al día. No debería impresionarse con algo así, pero notarle tan excitado hace que mis ganas de poseerle se acrecienten. Dejo de jugar con sus botones y suelto con las manos los que quedan. Saco su polla y contemplo admirada su tremenda erección durante un par de segundos, después vuelvo a elevar la cabeza hacia él y le sonrío traviesa antes de empezar a pasear mi lengua desde la base hasta la punta. Él suelta un gruñido y me agarra del pelo, pero se deja hacer. Le torturo durante un par de minutos, paseando mi lengua de una forma cruelmente lenta por toda la superficie, regodeándome en su placer y en su sufrimiento, antes de metérmela en la boca.

Él empieza a gemir y empuja mi cabeza para metérmela más dentro a cada embestida. Le agarro por las ingles para frenarle e indicarle que estoy al mando. Él suelta un gruñido frustrado, pero obedece. Voy acelerando el ritmo poco a poco, haciendo giros con la punta de la lengua mientras entra y sale. De repente, me detengo y me incorporo. Me da la impresión de que se lo está pasando demasiado bien y se supone que la que tengo que disfrutar soy yo. Él parece entenderme, porque me coge en brazos y empieza a andar.

—¿Dónde está la cama? —pregunta con una voz ronca y profunda que me hace vibrar.

Le señalo el final del pasillo y me lleva hasta allí para arrojarme sobre las sábanas. Se queda admirando mi cuerpo mientras termina de desnudarse, anticipando las sensaciones que vamos a disfrutar. Después se tumba sobre

mí y empieza a besar mi cuello, bajando muy poco a poco. Sé lo que está haciendo. Ahora es su turno de torturarme. Recorre con la lengua el borde del escote y después va depositando besos ardientes sobre mi vientre, sin apartar la tela que lo cubre, para que sólo pueda sentir el calor de su aliento sin que sus labios rocen mi piel. Cuando llega a mi pubis, sigue besándome por encima del tanga, pero sus besos se hacen más intensos. Presiona con sus labios y su lengua, entreteniéndose en mis ingles, rozando mi clítoris con la calidez de su aliento. Me está volviendo loca. Tengo que contenerme para no tener un orgasmo antes de que llegue a quitarme las bragas o seré el primer caso de eyaculadora precoz femenina.

Levanta la cabeza y me clava una mirada divertida. Sabe que me tiene a su merced, que muero por el roce de sus labios en mi clítoris, que necesito sentir su lengua jugueteando... Pero no lo hace. Se venga de mí agarrando el tanga con los dientes y bajándolo muy poco a poco. Me gustaría fingir que no me importa, que mantengo el control, pero un sonido, mezcla de gemido de placer y de lloriqueo suplicante, se escapa de mi boca.

Cuando por fin me lo quita, pone las manos en mis muslos para separarlos y se inclina entre mis piernas. Estoy tan excitada que no sé si es su lengua la que me humedece o es él quien bebe de mí. El primer roce de su lengua contra mi clítoris hace que me arquee y envía descargas eléctricas de alta intensidad a cada célula de mi cuerpo. No puedo soportar la lentitud con la que me está lamiendo e intento mover las caderas para obligarle a acelerar el ritmo, pero él sigue sujetando mis muslos para evitar que me mueva y someterme a su voluntad. Yo me agito desesperada y presiono mi pubis contra su cara y él se apiada de mí y me suelta. Introduce un par de dedos en mi vagina y empieza a moverlos dentro y fuera, tocando en un punto exacto que hace que el mundo se nuble y que todo mi cuerpo estalle en el mayor orgasmo que he experimentado en mi vida.

Me retuerzo sobre las sábanas, tratando de recuperar la respiración y regresar al mundo, pero él no se apiada de mí. Con un brusco movimiento, me gira sobre la cama, me pone a cuatro patas y me penetra con una violenta embestida. Me agarra por las caderas, apretando con fuerza, mientras entra y sale de mí. Noto su deseo, su necesidad, su desesperación, y eso alimenta mis ganas y me hace seguir sus movimientos de manera frenética, mientras siento que otro orgasmo se acerca.

—¿Carmen? ¿Estás ahí? —pregunta una voz de hombre desde mi salón.

Nos quedamos paralizados. Me maldigo por haber olvidado cerrar la puerta mientras intento adivinar quién será el visitante inesperado que ha tenido que aparecer en el momento justo para joderme el mejor polvo de mi vida.

—¿No será tu marido? —susurra mi acompañante con voz asustada.

—No, tranquilo... Estoy divorciada.

Escucho el ruido de unos pasos acercándose por el pasillo. Estoy tan confusa que ni siquiera se me ocurre moverme o taparme. Tan sólo puedo escuchar esos pasos y preguntarme quién será.

—¿Carmen? Soy Julien, de *empotradores.com*. Vamos, no seas tímida...

En la puerta de la habitación aparece un joven moreno, alto, fuerte y bien trajeado. Se nos queda mirando con el ceño fruncido mientras yo me giro hacia el tipo que tengo detrás.

—Y, entonces, ¿tú quién eres?

—Yo soy Álex, el técnico de Jazztel. Venía a meterte la fibra —contesta, encogiéndose de hombros.

—Hijo, pues me has metido de todo menos el cable —bromeo sin saber qué más decir.

—A mí estos rollos raros no me van —dice el tío de la puerta—. Yo me marcho, que cobro igual.

Al escuchar la puerta de entrada cerrándose de golpe, nos da la risa a los dos. Cuando conseguimos contenerla, Álex se inclina hacia delante y muerde mi cuello mientras empieza a moverse de nuevo dentro y fuera de mí. Parece que la interrupción no ha disminuido en absoluto sus ganas.

—Si no te importa, la fibra te la instalo mañana —me susurra al oído—. Tengo cosas mucho más interesantes entre manos.

—No hay prisa —le contesto entre gemidos—. Tengo internet en el móvil.

ANN HEAL

Annec GR es una escritora de suspenso y terror. Cuenta con dos novelas publicadas:

- Enigma Cero
- Rojo Carmesí

Su reto es escribir un relato de fantasía.

LA PRINCESA Y EL ELFO

El viento bramaba con fuerza; como una poderosa tempestad. La noche era particularmente sombría y las ramas de los árboles viejos se mecían como huesos de esqueletos sin vida. Un torrente de hombres cabalgaban bajo la escasa protección del fuego. Habían viajado durante días hacia las tierras del sur, en busca de una cura; la encomienda de su Rey.

—¡Llegamos señor! —gritó un hombre que se encontraba en las primeras filas.

—Esperen aquí. —Bajó del caballo—. Yo iré sólo a partir de este punto. Si no regreso al amanecer regresen con nuestro Rey —ordenó antes de perderse en la oscuridad de una cueva.

El hombre caminó por la negrura sin vacilar un solo paso. Minutos después vio la luz de la luna brillar en la distancia. Un bosque grande y espeso cubría todo alrededor. El hombre siguió su camino hasta toparse con un árbol viejo; no tenía más hojas, sólo ramas y raíces que seguían luchando por existir.

—¿A qué debo este inmenso honor, Caballero de Tarco? —masculló con sarcasmo un joven que se mecía entre las ramas del viejo árbol.

—He venido en representación del Rey Agnes.

—Vaya, que interesante, pero tu Rey no tiene nada que me interese, así que ya te puedes ir.

—¿Ni si quiera la mano de una princesa?

El joven se rio con tanta fuerza que cayó de las ramas donde estaba

sostenido.

—¿La misma que quiere salvar de las brujas? —dijo con diversión desde el suelo.

—Su nombre es Ella, y sí, bien sabes que es la única princesa del reino de Agnes.

—Tu Rey es bastante peculiar, ¿no te parece? Quiere salvar un bebé de las garras de las brujas, pero a cambio la va a entregar a otro ser igual de corrupto.

—Sólo sigo órdenes. Mi opinión no es relevante aquí.

—Eres bastante aburrido. —Lo observó con detenimiento por unos cuantos segundos—. Bien, muy bien, es muy simple. Necesitas la ayuda del Elfo Oscuro; el Elfo sin nombre.

—¿Por qué un ser tan despreciable ayudaría en una labor tan importante? —Lo miró con desprecio—, ni siquiera su propia raza acepta pisar su mismo suelo. —Escupió a un lado.

—Los Elfos son seres de la naturaleza, nacidos de entre las raíces del gran árbol *Galdur* y la tierra *Svart*. Al nacer tienen su piel negra como el ébano y los ojos verdes como lama.

—¿Tratas de engañarme, *mendax*?

—¡Osas llamarme por ese nombre! —Sus ojos brillaron con odio mientras se levantaba con furia contenida—. A mí, Arian el gran mago, quien posee el conocimiento ¡*Omniaenta*! Tú, un simple humano que no ve más allá de su espada; un vulgar derramador de sangre.

—Mi nombre es Everard. El único caballero con el escudo de Tarco; el más valiente y leal caballero del reino del norte.

—Tu nombre, tu escudo y posición no importan en el bosque. Desde que pisaste esa cueva dejaste atrás los títulos. Las leyes de los humanos no gobiernan aquí.

—¿Crees que por ser humano no puedo reconocer un Elfo? — preguntó con fastidio.

—¿Y cómo son? Oh, gran ilustre —hizo una reverencia.

—Piel blanca como la nieve, cabello plateado como el metal y ojos azules como turquesas. —Bufó molesto.

—Así son, por supuesto —Sonrió con altanería—, después del ritual élfico.

El caballero se quedó callado y desconcertado.

—Bien, es todo. Ya te puedes largar. —Incitó al caballero a que se marchara con un gesto de su mano derecha.

—¿Es todo? Ni siquiera has escuchado cuales son los síntomas de nuestra princesa.

—Por eso no me gustan los humanos, sólo tienen fuerza bruta. Ya te lo dije, busca al Elfo sin nombre. Él tiene la cura.

—Si acaso estás mintiendo...

—Debería temer al Rey Agnes bla, bla, bla... —Le sonrió con descaro—. El que debería temer eres tú Everard. En cuanto amanezca, no podrás salir de aquí. —Movi6 sus dedos—. Así que empieza a correr como el temeroso venado que eres.

El caballero le lanzó una última mirada con disgusto antes de comenzar a correr a toda velocidad. Unos segundos más tarde y la cueva lo hubiera engullido.

—Mi... señor... —Un hombre mal herido se arrastraba entre la tierra.

—¿Qué ha pasado aquí?

La legión que comandaba yacía en el suelo. La sangre de sus camaradas estaba esparcida por cada milímetro del bosque. El único que había sobrevivido estaba dando su último respiro.

—¿¡Fuiste tú!?! —sacó su espada al percibir algo en la lejanía.

Una gran sombra caminaba entre los cuerpos despedazados.

“He sido llamado aquí por la Luna y Arian” dijo sin mover los labios
“Yo soy al que buscas”.

—El Elfo sin nombre —susurró sorprendido.

“Tus compañeros han sido asesinados por las brujas que persigues”
Arrastró sus dedos por los árboles y probó la sangre.

—¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Quién me asegura que no fuiste tú quien le dio caza a mis compañeros? —Seguía apuntando su arma contra el Elfo.

“La princesa Ella nació hace tres noches. Sin embargo, el Rey no sintió amor por su progenitora; una bebé de piel blanca como la nieve, cabellos plateados y ojos turquesas. Tu Rey cegado por la ira estuvo a punto de matar a su hija y a la Reina con sus propias manos.”

—Estás equivocado, mi Rey no es esa clase de hombre.

“Tu Rey es como cualquier otro simple humano; con los mismos defectos que tú. No, no me mires con esa cara de incredulidad. Ese hombre al que llamas Rey con tanta devoción, hubiera acabado con la vida de dos inocentes sólo por preservar su orgullo”.

—Eso no puede ser. La princesa nació enferma y nosotros, sus caballeros, salimos en busca de la cura. Esa fue nuestra encomienda.

“Dime algo, Everard: ¿viste al bebé?”.

—No —Titubeó por un segundo—. Por su grave enfermedad no está permitido ver a la princesa en este momento.

“Eres ingenuamente devoto como cualquier otro caballero. Sólo te diré algo: si no hubiera sido por las brujas que llegaron para llevarse a la princesa, tú no estarías aquí”.

—¿Y dónde estaría?

“En un sepelio”.

Ambas figuras se miraron por un largo momento hasta que el caballero guardó su espada.

—¿Cuál es el plan? No tenemos más hombres, ni provisiones y el reino de Agnes está muy lejos para ir sin caballos. Sin mencionar que desconozco la ubicación de la princesa. En pocas palabras tenemos todo en contra.

“Me tienes a mí, es todo lo que necesitas”.

—Ya lo veremos. —Sonrió.

Con el sol sobre sus hombros, el caballero siguió al Elfo durante todo el día, sin descanso hasta que la noche los cubrió por completo. Adentrados en el bosque tomaron un descanso entre árboles muertos. El Elfo extendió su brazo sobre las ramas secas, dándole vida al contacto con su piel negra. Manzanas de diferentes clases cayeron a los pies del sorprendido caballero, quien hambriento las devoró sin pensarlo.

—¿Es cierto? —habló de pronto.

“¿Qué de todas las cosas?”

—De todo, quisiera escucharlo.

“Tu Rey creyó que su Reina lo había engañado con un Elfo y que de esa traición había nacido la princesa. Sólo por su apariencia fue juzgada por su propio padre, quien desconoce que su hija fue elegida por la propia luna. Ella gobernará algún día entre humanos y seres mágicos.”

—De acuerdo. —Mordió otra manzana—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia, Elfo sin nombre?

“Para ser alguien que no cree más allá de la palabra de su Rey eres bastante curioso. Pero está bien, si sobrevives a esta aventura, será una buena historia para contar a tus hijos. Arian ya te contó el secreto mejor guardado de los Elfos. Nosotros nacemos diferentes a ustedes los humanos, nosotros somos hijos de la naturaleza; de la tierra y los árboles. Después de tres días

de nacidos nos preparan para...”

—El ritual élfico —lo interrumpió—. ¿Es algo muy importante?

“Más de lo que un humano podría comprender”

—¿Por qué no tuviste un ritual? ¿Acaso te abandonaron?

“Mi raza no me abandonó, fue la luna quien decidió darme la espalda.

Para ellos yo soy un error de la naturaleza, algo nunca antes visto”.

—Como la princesa.

“Y como algo nunca antes visto, ellos me temen”.

—¿Por tu apariencia?

“Por lo que puedo hacer”.

El caballero se quedó callado, tomó otra manzana y se sentó en las raíces del árbol que instantes atrás estaba muerto.

—¿Qué clase de cosas puedes hacer?

“Lo acabas de ver. Gobernar a la naturaleza no es un don en mi raza, es una maldición”.

—Yo no le veo nada maldito a tu habilidad, al contrario.

“Romper las leyes de la naturaleza es una aberración, no puedes alterar el ciclo sólo porque sí”.

—Así que este ritual es para...

“Aceptar la luz en la oscuridad. Ser uno con la naturaleza, respetarla y escucharla. La luna y el agua del lago purifican tu cuerpo, tu espíritu. Todos los Elfos son bañados con la luz, excepto yo. Aquella noche la luna se escondió tras nubes grises y perdí mi lugar con mi raza”.

—Tienes un pasado complicado. Lamento mi intromisión.

“El pasado ya no importa. La luna ha regresado a mí para regresarme el lugar que me corresponde”.

—¿Eso qué significa? —Lo miró con desconfianza.

“Por eso estoy aquí, caballero, y por eso las brujas se llevaron a la

princesa de Agnes. Esa pequeña tiene el poder de la luna en su interior”.

—Si crees que voy a dejarte ponerle un dedo encima —Se levantó y sacó su espada.

“Tranquilo Everard, a diferencia de las brujas, yo no como carne humana. Yo sólo necesito bañarme en el agua del lago como el ritual élfico que perdí”.

—Explícate —exigió aún con la espada en mano.

“La princesa debe ser bañada en el lago para que el agua tome la luz de luna que reside en su cuerpo. Ella tomará su verdadera forma y yo tomaré el mío”.

—¿Sólo eso?

«Sólo eso. Claro, si llegamos antes de que ellas se coman al bebe».

Ambos continuaron su viaje sin perder el tiempo. Un día más de camino sin descanso, hasta que la noche llegó de nuevo.

«¡Agáchate!» Lo jaló hacía las rocas.

—¿Qué es eso? —señaló unas bolas de fuego que se mecían en las copas de los árboles.

«Las brujas. Hemos llegado a su territorio, ¿estás listo?».

—Por supuesto, un caballero siempre está listo para la batalla.

«Espero que también para la muerte» Le sonrió con descaro.

El Elfo sin nombre tocó las rocas que formaron rápidamente un monstruo. Los árboles a su paso también cobraron vida como si fueran guerreros.

El Caballero sacó su espada que pronto fue cubierta por fuego azul.

«¡Corta sus cabezas!» gritó mientras peleaba con una bruja que había llegado a su encuentro.

Everard cortó todas las cabezas que pudo, pero no se daba abasto, un ejército de flamas rojas estaba llegando a toda velocidad.

«Sigue al gólem de piedra, él te llevará a la princesa. Cuando el fuego desaparezca ve al lago».

—¡Te veré allí! —gritó antes de perderse en el espeso bosque.

«Ninguna va a pasar de aquí. Esta noche el sacrificio serán ustedes».

El Elfo conjuró un poderoso fuego azul. Cada bruja fue consumida por las llamas. Murieron lentamente, agonizando y gritando de dolor. Las pocas brujas que quedaron desaparecieron en el cielo. El caballero encontró a la pequeña no muy lejos, escondida entre ramas secas. Sólo tuvo que esperar hasta que el impresionante fuego azul, que cubría la mayor parte del bosque, se apagara.

«¿La tienes?» habló cansado el Elfo.

El Caballero asintió mientras abrazaba una manta blanca.

—¿Ahora qué debo hacer?

«Sumerge a la pequeña en el lago y deja su rostro para que pueda respirar».

Everard titubeó un momento, pero hizo lo que el Elfo le dijo. En cuanto la princesa tocó el agua, esta comenzó a brillar en azul turquesa. Los árboles cercanos relampaguearon sus hojas. Las hadas curiosas comenzaron a bailar entre las flores del pasto. En el lago la piel negra se desvaneció como la oscuridad frente a la luz. El cabello azabache se pintó de plata y los ojos brillaron como turquesas. Al mismo tiempo, el bebé recobró su piel canela, su cabello rojizo con los ojos almendra, toda la belleza digna de una reina humana volvió a su cuerpo.

El bosque festejó el regreso de su hijo, a quien había extrañado con demencia y las criaturas mágicas sonrieron por su nuevo amigo.

—Supongo que este es el fin del camino —dijo exhausto el caballero mientras arrojaba a la princesa entre sus brazos.

—No, sólo es el inicio.

—Se siente bien escucharte hablar con mis oídos y no en mi mente, pero ¿de qué inicio hablas?

—Ella nos observa. —Miró al cielo.

—¿La luna o las estrellas?

—Ninguna de ellas —contestó Arian, que apenas se veía entre las ramas de los árboles.

—Tú de nuevo —respondió Everard, ligeramente molesto.

—Ella, la creadora de esta historia. Tal vez algún día escriba de nuevo sobre este mundo, aunque quizás tú ya no existas para ese entonces. Después de todo, no eres más que un simple humano.

—Las criaturas mágicas son realmente extrañas. —Los miró con fastidio—, pero aun así les estoy agradecido. Me aseguraré que nadie olvide su valentía en el reino de Agnes.

—Nos veremos de nuevo —respondió el mago.

—Sin duda —sonrió el Elfo.

—Hasta nuestra siguiente aventura.

Dicho esto el Caballero de Tarco emprendió su viaje de regreso. El Elfo y Arian observaron la luna, quien les sonreía a lo lejos, pues ella sabía que no era el final y ellos esperaban lo mismo.

MANUEL OSTOS MUÑOZ

Manuel Ostos Muñoz, nacido en tierras gaditanas, es un escritor de misterio, aventuras y fantasía.

Actualmente tiene publicados dos libros que conforman la bilogía HASTA EL ÚLTIMO SEGUNDO (Hasta el último segundo y El diario de Mandy)

Su reto es escribir un relato de romance empalagoso.

EL REENCUENTRO

Miré sus ojos aún cerrados y me deleité con la calmada respiración que acompañaba a su dulce y angelical rostro. Aparté de su cara un fugitivo mechón de su oscuro cabello y traté de llenarme con la misma tranquilidad que ella desprendía.

Me pareció mentira recordar que unas horas antes me estaba subiendo por las paredes intentando encontrar un atuendo apropiado para acudir a la cita que tantas y tantas veces soñé en el pasado; cuando estábamos en el colegio, con apenas catorce años, para ser más exactos. Dicen los que entienden el amor, que las personas predestinadas a estar juntas están envueltos en un aura mística que brilla más cuanto más cerca está el momento de que se unan para siempre, así tarde una vida entera en llegar ese instante. Yo no sé si aquello era cierto o no, pero días antes de volver a reencontrarme con Sarah, todo lo que me iba sucediendo se convertía en alegrías y buenas noticias, como si mi aura se estuviera preparando para no estar sola nunca más.

Acabamos la velada en uno de mis lugares favoritos; en un mirador desde el que se podía ver la totalidad de nuestra hermosa ciudad, cuyas luces parecían brillar aquella noche con más intensidad que nunca.

Casi cinco años después de acabar mi última relación, como si el destino se empeñase en no romperse, me choqué de frente con un recuerdo pasado que quería convertirse en una realidad presente. Ocurrió como cada día

ocurre entre millones de personas de este mundo, solo que muy pocas levantan la mirada para comprobar si la persona con la que se han chocado está bien, yo lo hice, y tengo que confesar que nunca antes lo había hecho. Frené mi marcha y allí estaba ella, recogiendo del suelo unos papeles que habían caído de sus manos al chocarnos.

Me agaché a su lado sin ver aún su rostro, cubierto por una larga y lisa melena negra:

—Discúlpame, iba con prisa y...

Cuando me miró, sentí que el resto de palabras que me faltaban por decir se perdían en un limbo del que difícilmente podrían salir. No había olvidado aquellos ojos marrones ni aquella tez blanquecina, ni el aroma que, de pronto, embriagó todos mis sentidos.

—¿Sarah? —atiné a preguntar tímidamente.

Ella entrecerró los ojos para observarme mejor. No pasaron más de cinco segundos cuando una sonrisa comenzó a dibujarse en su boca y sus mejillas.

—¿Rob?

Mi sorpresa fue mayúscula cuando se abalanzó sobre mí, rodeando mi cuello con sus brazos. Fue entonces, en ese preciso instante, cuando pude sentir que aquello era lo que siempre había añorado en mi vida; ese calor que se siente cuando tu piel contacta con la de esa persona a la que idolatras en tus pensamientos, la chispa de energía que te atraviesa el alma y te arrastra hacia una dulce condena que, inexorablemente, te obliga a gritar en silencio por la felicidad de saber que el mayor de tus sueños ya se ha cumplido.

Pero la realidad era que hacía demasiados años que Sarah y yo no cruzábamos ni una sola palabra, ni siquiera un simple «hola». A decir verdad, le perdí la pista muchos años atrás, cuando ella se fue de nuestra ciudad natal para estudiar en la universidad. Yo también lo hice, y jamás volvimos a coincidir en ningún sitio, o tal vez sí, pero nuestros cuerpos no chocaron y

nuestras miradas permanecieron fijas en las pantallas de nuestros móviles, y nuestra mente absorta en pensamientos que nos impedían ver que el destino se cruza con nosotros cada segundo de cada día, y que, sintiéndose ignorado, nos abandona.

—Vaya sorpresa me acabo de llevar... —dije, rogando porque aquel reencuentro no acabase jamás—. No podía ni imaginar que habías vuelto a casa.

Sarah se apartó de mí, lo suficiente para poder mirarme a los ojos.

—La vida da muchas vueltas, Rob, pero al final casi todos volvemos, como tú, imagino.

La miré, completamente hipnotizado.

—En realidad, hace mucho que volví a casa... Justo después de terminar mi carrera.

—Yo hace un par de semanas que regresé, pero no sé aún por cuánto tiempo —replicó ella.

Asentí, entendiendo que su vida debía distar mucho ya de cómo había sido cuando apenas éramos unos críos que empezaban a descubrir el mundo. Pero, lanzándose a lo desconocido, Sarah decidió que aquel fortuito encuentro no acabase en mera casualidad.

—Podríamos compartir un rato para ponernos al día, no sé... ¿tal vez tomando un café? —sugirió ella—. Aunque, imagino que alguien podría molestarse...

—¿Qué dices? —la interrumpí—. ¿Quién podría molestarse por tomar un café?

—No sé. La vida da mil vueltas y quizás...

Mi corazón palpitó más rápido.

—Para mí ha dado tantas vueltas que he acabado solo, así que, por mi parte, nadie se va a molestar —aclaré, interrumpiéndola.

Sarah sonrió de nuevo y un brillo se encendió en sus ojos. Pero no aquel brillo de cuando una persona se siente feliz, era algo diferente, algo ligeramente opuesto.

—Entonces, si nadie se molesta, mejor una cena que un café. Así tendremos más tiempo.

Sus palabras fueron música para mis oídos. No dudé en asentir.

Aquella tarde, mientras contaba cada minuto que faltaba para llegar a la hora de nuestra cita, me sentí de nuevo como aquel niño que suspiraba cada vez que veía pasar frente a él a la chica de sus sueños. Nunca fuimos más que amigos y confidentes, pero yo sentía que por ella era capaz de parar el tiempo, porque así ocurría. Cuando estábamos a solas, nada más existía a nuestro alrededor, nada interrumpía mi embelesamiento mientras escuchaba atentamente las alocadas aventuras que ella decía querer vivir algún día. Me sentía completo con su presencia, aunque no hubiera besos ni caricias, aunque no pudiera decirle todo lo que sentía por ella.



Miré por la ventanilla del coche y observé el cielo. El nudo que momentos antes se había instalado en mi garganta se soltó. No quise despertar a Sarah, pero traté de recomponerme cuando sentí una de sus manos posarse sobre mis piernas.

—Disculpa —dije—. Siento haberte despertado.

Ella pasó un dedo por mis ojos, limpiando mis lágrimas.

—No debes preocuparte, Rob, estamos aquí.

—No me importa el lugar, me importas tú.

Sarah apoyó su cabeza sobre mis piernas y acaricié sus cabellos, dejando que estos se enredasen entre mis dedos mientras a mi cabeza volvía uno de los momentos que habíamos vivido durante la cena.

—Esta mañana, cuando tropezamos, algo llamó mi atención —comencé a decir—. ¿Es posible que aún sigas usando el mismo perfume que hace años?

Sarah, sorprendida por mi pregunta, abrió sus ojos tanto como pudo.

—No puedo creerlo... ¿Aún lo recuerdas?

Cerré los ojos y dejé que su aroma me transportase a un mundo maravilloso, mientras respiraba profundamente.

—Imposible olvidar ese acaramelado aroma...

Sarah soltó una carcajada.

—¡Es cierto, nunca he dejado de usarlo, me encanta!

Abrí los ojos y la miré de nuevo.

—A mí también...

Las mejillas de Sarah comenzaron a colorearse de forma muy notable.

—Está deliciosa esta carne —dijo ella, tratando de recuperar la serenidad—. Hacía mucho que no cenaba tan a gusto y eso es culpa tuya.

Ambos sonreímos, pero volví a ver en sus ojos aquel extraño brillo que vi por la mañana, esta vez, de forma más notable. Sarah apretó sus labios y tragó saliva.

—¿Te ocurre algo? Ya sabes que puedes contármelo. Aunque hayan pasado muchos años, no me importaría seguir siendo tu confidente.

Sarah soltó los cubiertos al lado del plato y apoyó sus muñecas sobre el borde de la mesa.

—Nunca he sido justa contigo, Rob —dijo, con la voz quebrada.

Me levanté y me senté en la silla que quedaba junto a ella. Agarré una de sus manos y la acaricié con dulzura.

—No digas eso, siempre fuiste mi mejor amiga, la única persona en la que tenía plena confianza.

Sarah cubrió mi mano con la suya.

—Precisamente por eso nunca me atreví a dar el paso...

—murmuró ella, mientras yo la miraba con sorpresa—. No sabía si dos personas tan amigas podrían tener un buen futuro y eras con quien únicamente me atrevía a desahogar mis pesares. Temía perder aquello que me dabas, por eso nunca te dije que...

Sarah dejó de hablar.

—Por eso nunca dijimos que nos habíamos enamorado —completé.

Sarah rompió a llorar.

La abracé, pensando que, si la leyenda era cierta, aquel era el momento en que nuestras auras se estaban fusionando.

—Da igual el pasado, lo que hicimos o lo que no hicimos, ahora estamos aquí —susurré a su oído, tratando de hacerle ver que no todo había sido un error.

Sarah sujetó mis manos y, con la cabeza agachada, negó varias veces.

—Volví aquí porque sentía que mi vida siempre había estado incompleta y cuando te vi esta mañana lo comprendí todo —susurró ella.

—Nunca te he olvidado, Sarah.

Ella levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Lo eché todo a perder, Rob, y me di cuenta demasiado tarde. Debí volver antes.

—No, Sarah, no debes culparte. Todo llega justo en su momento. Ahora podemos tener todo el tiempo del mundo para recuperar aquello.

El brillo triste de sus ojos volvió a aparecer.

—No sé cuánto tiempo tengo, Rob. —Aquellas palabras hicieron que todos mis sentidos se pusieran alerta—. Hace dos meses recibí un golpe muy duro.

Temblé.

—Si necesitas hablar de lo que sea, estoy aquí para escucharte —me ofrecí.

Sarah soltó mis manos y se dejó caer sobre el respaldo de su silla para respirar hondo.

—Estoy enferma, Rob.

Al escuchar aquello, sentí una opresión en el pecho.

—No saben cuánto tiempo me queda, pero me dijeron que puede que no más de un año —continuó ella.

Temblando, sujeté de nuevo sus manos y agaché la cabeza, tratando de asimilar aquellas palabras y de contener la rabia que causaba en mí aquel confuso momento.

El silencio se apoderó de nosotros. Ya no podía escuchar ni siquiera el incesante murmullo proveniente de los otros comensales que había en el restaurante, solo quedaba aquel doloroso e impotente silencio.



Mientras jugaba con su pelo enredado en mis dedos, trataba de imaginar una fórmula mágica para que Sarah no tuviera que estar pasando por aquel duro trance, pero el miedo me atenazaba. Nunca la había tenido de aquella forma, nunca había sentido la fortaleza y la emoción que ella había provocado al confesar que siempre estuvo enamorado de mí.

Cuando salimos del restaurante, quise llevarla al lugar que yo visité a solas durante muchos momentos de mi vida, soñando que algún día estaría allí con ella, pero nunca imaginé que cumplir aquel sueño sería tan duro. Pero ella estaba allí, me necesitaba, y yo sentía que no había un lugar mejor donde estar en aquel momento.

—Tengo miedo —dijo ella.

Tragué saliva, intentando que el doloroso nudo de mi garganta no se

soltase de nuevo.

—Lucharemos juntos —dije, observando las luces de la ciudad.

Sarah, aún con la cabeza apoyada sobre mis piernas, asintió.

—Te quiero, Rob.

Asentí varias veces mientras el dolor se apoderaba de todo mi ser.

—Y yo a ti. Desde siempre y para siempre.

BELLA HAYES

Bella Hayes es una escritora de novela romántica, ha publicado tres libros. El primero de ellos El Castigo es una novela independiente. El segundo y el tercero (La Historia de Nahla: La Hija de Nadie y La Historia de Jameela: Sueños Rotos) pertenecen a la trilogía Hermanas Sfeir. Su próximo libro saldrá publicado en el mes de diciembre y se titula De Cuando Jade se Enamoró de Nasser.

Su reto fue escribir un relato de terror, para lo cual se basó en una leyenda de Venezuela, su país de origen.

LOS INFIELES Y EL SILBÓN

Rafael abrazó a Mónica mientras continuaba hablando con Elías y Marian, la otra pareja que los había acompañado a la escapada de fin de semana en los páramos venezolanos.

Eran compañeros de trabajo en una importante compañía de software, hombres casados que había dejado a sus esposas cuidando de los niños. Se habían inventado una convención y fueron con sus amantes a probar la nueva camioneta de Rafael.

Venían de Valencia, atravesaron parte de los llanos hasta entrar en los andes venezolanos, subieron por el Paso del Cóndor y llegaron al chalet que habían alquilado varios kilómetros antes de llegar a Apartaderos, en plena carretera transandina. La casa estaba solamente acompañada de la neblina incesante y los frailejones.

La noche era cerrada cuando regresaron de la pizzería en el pueblo. El frío calaba los huesos, por lo que la chimenea estaba encendida en la pequeña terraza externa que daba al precipicio. No los calentaba totalmente, seguramente estarían más calientes en la sala, pero el ambiente estaba muy ameno para retirarse dentro de la vivienda. Además, el ron que estaban tomando y las mujeres que tenían en sus brazos les calentaban el cuerpo. Con el transcurrir de las horas, la música fue bajando de intensidad y las risas creciendo en volumen. Elías rompió las bromas cuando cambió la música por un relato de terror. El silbido característico del Silbón salió por la bocina del aparato de música. Más de uno saltó asustado y las carcajadas surgieron ante

la broma inesperada. A medida que el narrador contaba la leyenda y los silbidos llenaban la sala, las mujeres reían nerviosas y se apretujaban en los brazos de sus respectivos amantes. Los hombres por su parte se burlaban de su nerviosismo y aprovechaban para manosear a las mujeres. Tras la grabación de La Leyenda del Silbón, los hombres continuaron contando relatos de terror, por lo que ambas mujeres estaban nerviosas. Entre risas y burlas la noche cerró con sexo intenso y apasionado.

Marian despertó a las tres de la mañana desesperada por ir al baño. Se levantó a oscuras para no despertar a Elías. A pesar del frío, continuó desnuda su caminó hasta el aseo, encendió la lámpara y cerró la puerta. Una vez que alivió su necesidad, la luz se apagó.

El suave silbido le puso los pelos de punta. Se quedó inmóvil, aterrorizada. Su cuerpo comenzó a temblar y una fina capa de sudor lo cubrió. La puerta se abrió abruptamente y una sombra se perfiló en el umbral haciéndola gritar aterrorizada.

—¡Coño, mujer, deja de silbar! —le dijo furioso Elías.

—Papi, no soy yo —respondió temblando—. Se me apagó la luz y me asusté—dijo nerviosamente Marian, mientras el suave silbido se volvió a escuchar.

—Ese debe ser el desgraciado de Rafael, quédate aquí —dijo Elías colocándose un jean y los zapatos.

—¡No! Voy contigo. Ese silbido me tiene asustada —Marian tomó la cobija de la cama y salió pegada al hombre.

El silbido seguía oyéndose a lo lejos. Marian se agarró al brazo de Elías, que atravesó la sala rumbo a la habitación de Rafael. El hombre llegó a la puerta y la abrió. El cuarto estaba en penumbras. Los ronquidos de Rafael resonaban, por lo que Elías pensó que era Mónica quien silbaba. Furioso,

encendió la lámpara despertando de improviso a la pareja que dormía.

—Rafael, despierta —dijo Elías, ahora sí asustado ante el incesante silbido.

—¿Qué coño quieres? Déjame dormir —protestó Rafael.

—¿Escuchas eso? —preguntó angustiado Elías.

La pregunta despabiló a Rafael quien, con cara de confusión, se sentó en la cama. La mujer a su lado también se sentó cubriendo su desnudez con la pesada cobija.

—¿Quién coño silba? —preguntó Rafael.

—Es el Silbón —dijo Mónica asustada.

—No seas estúpida. El Silbón no existe. Es solo una leyenda —respondió Rafael.

En ese momento todas las luces se apagaron y se oyó a alguien que arrastraba algo pesado. Una sombra se vislumbró en la ventana provocando los gritos de las mujeres.

—Ya va a ver el *güevón* que molesta con quién se metió —dijo Rafael saltando de la cama.

Se puso un pantalón y abrió la mesita de noche sacando una pistola. Mónica voló del lecho impulsada por el miedo. Apresuradamente se empezó a vestir y le pasó de su ropa a Marian.

Los hombres salieron de la habitación gritando que tenían un arma e iban a matar a quien se atrevió a entrar en la propiedad. Elías abrió una ventana para mirar al exterior. La luna llena les proporcionaba una buena visión del patio y del precipicio que había más allá.

Una figura de más de dos metros se veía parada detrás del cercado de alambre. Su figura era muy delgada, de brazos y piernas muy largos y un sombrero ocultaba sus facciones. Rafael accionó el arma y la figura comenzó a moverse lentamente en dirección a ellos. Volvió a disparar y el espectro

siguió acercándose, traspasó la cerca de alambre y desapareció. Despavoridos, los hombres empezaron a gritar y las mujeres salieron de la habitación gritando.

—¡Nos vamos de aquí! Es el Silbón —gritó Rafael.

Corrieron por el pequeño chalet hasta encontrar las llaves de la camioneta y los abrigos contra el frío, abrieron la puerta y apresuradamente se montaron en la camioneta con Rafael al volante. El lejano silbido comenzó de nuevo informándoles de la cercanía del Silbón, ya que la leyenda decía que mientras más lejos se oía el silbido más cerca estaba. Nadie se atrevía a bajarse para abrir el portón y dejar pasar la camioneta. Marian gritó señalando una silueta.

—¡Allí está! Es él, es el Silbón.

Rafael arrancó el vehículo y pisó el acelerador tumbando el portón. Con un giro de los cauchos tomó la carretera y condujo violentamente hasta el pueblo. Los rezos y los llantos de las mujeres llenaban el interior de la camioneta.

—Para en la iglesia, allí estaremos protegidos —dijo Mónica en medio de su llanto.

Rafael rodeó la plaza Bolívar. La neblina cubría las calles, el silencio solo era roto por el ruido del motor de la camioneta. Llegaron a la iglesia, los faroles iluminaron la figura de un hombre que, sentado en los escalones, tomaba de una botella. Los asustados pasajeros se apearon del vehículo corriendo hasta la puerta de la iglesia. Intentaron abrirla, pero como era de esperarse a esa hora, estaba cerrada.

—Buenas noches —dijo el hombre con voz de borracho. Todos a excepción de Mónica ignoraron el saludo

—Buenas noches, señor ¿sabe a qué hora abre la iglesia?

—A las seis de la mañana está el cura abriéndola. ¿Qué les ocurre? ¿Por

qué su apuro de entrar? Pareciera que hubiesen visto al mismo demonio.

Ante las palabras del hombre, las mujeres se persignaron y Marian llorando le contestó:

—No, no hemos visto al demonio, pero sí al Silbón.

Para ese momento ya los hombres estaban más calmados y empezaron a prestar atención a la conversación de las mujeres con el borracho.

—Es raro —dijo el borracho—. El Silbón es un ente de Los Llanos. Que los haya seguido hasta Los Andes solo indica que algo lo molestó mucho para traerlo hasta acá.

—¿Qué pudo haber molestado tanto a ese espanto para venir tras nosotros? —preguntó Mónica.

—Las dos cosas que más molestan al Silbón son los ebrios y los infieles —dijo el borracho ante la incomodidad de los hombres.

—Nosotros bebimos un poco, pero mucho menos que usted se lo aseguro —respondió Rafael altivamente.

—¡Ah! entonces deben ser infieles —respondió el borracho levantándose.

—¿Quién se cree usted para venir a insultarnos? ¡Un pobre borracho de pueblo! —se respondió Elías a sí mismo, atacándolo

El borracho esbozó una sonrisa y, ante el asombro de todos, su cuerpo empezó a temblar. Primero sus piernas se alargaron, dejando sus pantorrillas y tobillos al descubierto. Su torso creció en menor medida, sus brazos se alargaron y sus manos se volvieron inmensas. Su cabeza se alargó y un sombrero apareció ocultando su rostro. En las sombras solo se apreciaban los ojos que refulgían en un amarillo fosforescente, irreales, diabólicos. En sus manos apareció un saco que se movía y sonaba como si mil almas se estremecieran dentro. Las cuatro personas quedaron petrificadas de miedo, cuando el espectro con voz de ultratumba gritó:

—Yo soy el Silbón.

JORDY VARGAS

Mi nombre es Jordy Vargas, soy un escritor de México. Con veinticuatro años de edad, aún no me había animado a publicar nada, sin embargo, en junio de 2019 sale mi primera novela, titulada *El Dios de las mentiras*, una novela policiaca que es la primera parte de una trilogía.

Si alguien disfruta leyendo este relato tanto como yo disfrute al escribirlo y desean conocer más de mi arte, el próximo junio volveremos a vernos.

Hasta entonces, gracias por leer.

LA TEORÍA ACERCA DE LA METAMORFOSIS

1

Escuche la puerta de mi habitación abrirse, seguida de por lo menos tres pares de pies acercándose a mi cama. Ser ciego de nacimiento ha conseguido que mi oído compense en gran medida lo que mis ojos no pueden hacer.

Sin embargo, había algo raro. Generalmente solo entraban dos personas a la habitación —el médico tratante y la enfermera de turno—, pero en aquel momento había al menos alguien más en la habitación conmigo. Una de aquellas personas lloraba.

—No quiero mentirle, señor Myers —decía el doctor con un tono de voz cargado con una compasión que de entrada no me agradaba del todo—. Hemos logrado estabilizar a Charlie, pero su cuerpo está repleto de quemaduras muy graves. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero no quiero darle falsas esperanzas al respecto. Es probable que no vuelva a despertar.

Por alguna razón, escuchar aquello no me asustó en absoluto. Más bien, el sollozo del pobre señor Myers al oír la noticia hizo que mi propio corazón se partiera en mil pedazos. Quería levantarme y abrazarlo, decirle que todo iría bien, pero por más que intentaba decir algo, aunque solo fuese un simple “estaré bien”, nada lograba salir de mi garganta.

—Por favor —dijo el aludido, sollozando—, no dejen que lo pierda a él también.

En un principio no logré entender sus palabras, pues mi mente había comenzado a nublarse junto con el palpitante dolor de mi cuerpo. Había llegado la hora del cóctel de sedantes matutinos. Pero antes de perder el conocimiento del todo una voz cruzó como un trueno en mi cabeza.

«*No te muevas, Charlie...*»

—...o vas a asustarla.

Tenía que reconocer que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para hacerle caso a Ivy. Sea lo que fuere que se había posado en mi nariz había comenzado a moverse y me hacía cosquillas.

—Está caminando sobre mi nariz, Ivy. Dime por el amor de Dios que no es una abeja.

—Solo quédate *quieto* —soltó esa última palabra casi en un susurro que apenas pude escuchar pese a que ella estaba sentada justo a mi lado y podía oler el olor a vainilla de su perfume.

De pronto sentí el roce de las frías manos de Ivy en mi nariz y aquella cosa que había decidido tomar el sol sobre mi cara se había esfumado. Agradecido, pude soltar el estornudo que estaba guardando por miedo a recibir el piquete de una abeja enojada sobre mi nariz.

—¡Listo! —Su voz era de genuina alegría—. Nunca pensé encontrar una igual en mi vida.

—¿Era una abeja?

—No. Es una polilla leopardo. No son precisamente lo que se dice comunes y mucho menos aquí en Maine.

Debería haberlo sabido, pues Ivy tenía una extraña fascinación por esa clase de insectos. Por lo que sabía, la mayoría de los demás trabajadores del circo —incluyendo al mismo señor Myers— sentían por ellas una especie de repulsión. Sin embargo, Ivy las adoraba y tenía una colección entera de ellas que guardaba en una lata de galletas, la cual cargaba consigo a cada ciudad a dónde íbamos. *Para llamar a la buena fortuna*, es lo que me había respondido la única vez que pregunté al respecto.

—El señor Myers dice que esas cosas auguran tragedias. —Me aventuré a decir mientras me limpiaba la nariz con un kleenex.

—Si quieres mi opinión, el señor Myers puede meterse sus ideas donde mejor le quepan. Las polillas no son ningún tipo de heraldos del Apocalipsis. —Escuche un par de ramas crujir cuando se puso de pie—. Son solo criaturas incomprendidas.

Escuchar eso le daba mucho sentido a las cosas. Ivy Maitland, que había nacido hacía veinticuatro años bajo el nombre de Isaac Maitland, había decidido a los dieciséis que a pesar de su nombre de chico, su ropa de chico y su voz de chico, era una mujer atrapada dentro del cuerpo equivocado. Al parecer sus padres —unos metodistas bastante fanáticos— no se lo tomaron muy bien y la echaron a la calle. Para su fortuna, durante aquel episodio el circo del señor Myers daba su show en la ciudad natal de Ivy y tras expresarle a este su situación actual, él aceptó a incluirla dentro del equipo siempre y cuando ella aceptara ser entrenada para convertirse en trapecista tan pronto fuera posible. *Tú necesitas un hogar y yo un trapecista*, le había dicho él. *Así los dos salimos ganando*. Y así es como la vida como Isaac Maitland quedó atrás para dar paso a Ivy *La Polilla* Maitland, la trapecista principal en el circo del señor Myers. Y, aunque su cuerpo seguía siendo el de un chico, pues el tratamiento hormonal para hacer su transformación era demasiado caro para poder permitírselo, el solo hecho de aceptarse a sí misma como lo que ella sentía que era, le bastaba. En ocasiones, solo falta aceptarse a uno mismo para ser feliz.

—Es por eso que te gustan, ¿verdad? Porque al igual que tú son rechazadas por los demás.

—En parte sí, pero no es solo por eso. Son criaturas fascinantes por sí mismas. —Su voz había adquirido el tono de alguien que lleva mucho tiempo deseando encontrar el momento de hablar de algo en concreto y hallar la

oportunidad en ese preciso instante—. Nacen siendo una larva, la cual, al poco tiempo se convertirá en una oruga que, cuando se sienta lista, hará ella misma su propia crisálida para iniciar su transformación final. Es un proceso maravilloso. Uno de los verdaderos milagros de la naturaleza.

—Algún día tú también vas a transformarte, Ivy.

—Lo sé. Tú también.

Al escuchar eso mis ojos se abrieron como platos y ella debió notarlo, ya que se apresuró a decir:

—No me refiero a una transformación como la mía, Charlie. Cada persona se transforma de manera distinta llegado el momento. De hecho, tengo una teoría acerca de la metamorfosis.

—¿Cuál es?—dije sinceramente intrigado.

—Mi opinión es que una vez que el cuerpo humano muere, nuestra alma lo abandona tal como una oruga abandona su crisálida para abrir sus alas nuevas, descubriendo que se ha convertido en una bella polilla. No morimos. *Nos transformamos.*

Era una bonita manera de ver la muerte. Incluso quizá la hacía parecer algo que uno podría llegar a desear, pero dudaba que fuera así. Sin embargo no me atreví a decirlo en voz alta. Después de todo, ¿quién era yo para negar aquello?

De pronto una voz a lo lejos nos hizo girarnos al mismo tiempo y pude percibir como Ivy dio un brinco a mi lado.

—¡Ey, ustedes dos!— gritó el señor Myers— ¡Adentro que la función está a punto de comenzar!

—No me da tiempo de ir a mi camerino a guardar la polilla. ¿Puedes cuidar de ella mientras termina mi número?

Asentí mientras extendía mis manos en forma de canasta para que ella depositara al animalito. Lo hizo y pude sentir sus suaves alas en mis palmas

desnudas.

Nos encaminamos en dirección a la carpa.

3

Ivy era la estrella del cierre del espectáculo. Durante el número final, ella se deslizaba en el aire entre varios pliegues de tela de vivos colores que la mantenían suspendida a más de quince metros del suelo sin más protección que la fuerza de sus piernas y sus brazos. Mientras ella se abalanzaba de un telar a otro, la gente en el público solía hacer exclamaciones de asombro y regocijo al ver la elegancia con la que se movía en el aire.

—Parece una mariposa, mamá—dijo una niña pequeña en una de las filas contiguas a la zona de acceso a camerinos, donde yo siempre la esperaba cuando terminaba su actuación para darle agua de la hielera en la que solía sentarme durante el show.

«Una mariposa no, sino una polilla» Pensé «Es una criatura incomprendida».

La gente vitoreaba como si se tratara de una anotación en el último minuto de un importante partido. Escuchar que esa reacción era provocada por la actuación de Ivy me llenaba de alegría y deseaba que sus padres estuvieran en el público para que observaran lo bobos que habían sido al rechazarla por decidir ser quien ella quería.

Estaba tan concentrado en la emoción de la gente al verla que había pasado por alto algo. Desde un lugar no muy lejano a la zona de acceso al circo me llegaba un olor acre que al parecer nadie en el público había notado. Lo cual no me sorprendía, pues en la zona de las gradas el olor a perritos calientes, palomitas y algodón de azúcar es tan intenso que puede inundarlo todo. Pero mi fuerte sentido del olfato sí que podía detectarlo y tarde muy poco en

reconocer de qué se trataba. Era humo.

Me puse de pie de un salto, alarmado, sin darme cuenta que había soltado a la polilla de Ivy. Quería buscar al señor Myers pero con todo el alboroto que armaban en el acto final decidí que no era buena idea. Sería atropellado entre los malabaristas y los payasos que, dicho sea de paso, les encantaría pasarse de chistosos con el ciego del circo si entraba en escena. Así que, sin ser completamente consciente de lo que hacía, salí corriendo en dirección a la entrada, de donde provenía aquel olor.

Mientras mis pasos se acercaban, no solo el olor se hacía más potente, sino también el calor. Mi frente había comenzado a llenarse de enormes gotas de sudor al igual que mi camiseta debajo de las axilas y no era para menos. La carpa del circo se estaba incendiando, así como un par de los mástiles de madera que mantenían en pie la carpa. Más tarde, en el hospital me enteraría por las pláticas del pasillo que el fuego había iniciado a causa de una colilla de cigarrillo abandonada por un irresponsable sujeto que no se había asegurado de apagarla del todo.

Salí corriendo en dirección a la pista en busca del señor Myers. Ya no me importaba ser atropellado por una ola de pies o ser el centro de las bromas de los payasos del circo. Si no me daba prisa, pronto no habría más bromas para nadie más. Al llegar, el señor Myers estaba presentando al público a la trapecista estrella y todo el mundo aplaudía a rabiar de tal modo que temí que mi voz no se escuchara entre tanto ruido.

Sin embargo, al verme entrar corriendo con los brazos extendidos y el rostro bañado en sudor, el escenario guardó silencio para escuchar al tramoyista que había entrado como loco al escenario.

—Fuego— dije entre jadeos, sintiendo como si estuviera a punto de perder el conocimiento—. La entrada a la carpa se está incendiando.

Lo que ocurrió a continuación fue un verdadero pandemónium. La gente

comenzó a gritar y a salir en estampida de sus asientos en dirección al lugar exacto donde dije que venía el fuego. Algunos otros se colaron al escenario y entre empujones intentaban escapar por distintas zonas de la carpa sin éxito, pues esta estaba bien asegurada al suelo con varios mástiles de madera para evitar que saliera volando por los aires.

El caos no hizo más que avivar el fuego que no tardó en expandirse por la carpa. Entonces un par de manos me tomaron de la camiseta y me empujaron lejos de la multitud. Tropecé y caí al suelo, rompiéndome un diente.

—Charlie, por el amor de Dios—dijo Ivy claramente asustada intentando levantarme— Tienes que levantarte.

Lo intenté, pero el humo me había mareado y volví a caer al suelo al instante. Ella me tomó de las axilas y comenzó a empujarme como si fuera un costal. Sin embargo, ella también cayó al suelo con un fuerte ataque de tos.

Nos quedamos ahí, tumbados en el suelo mientras escuchábamos el caos a nuestro alrededor. Su mano sudorosa tomó la mía y la apretó con fuerza.

—Perdóname—dije con voz ronca—. Perdí tu polilla.

—No te preocupes. No pasa na...

No pudo terminar la frase y si la terminó, no fui capaz de escucharla, pues uno de los mástiles de madera se desplomó encima de nosotros, dándome de lleno en la cabeza y volviéndolo todo completamente negro.

4

Abrí los ojos al sentir que algo caminaba sobre mi mejilla. Una polilla con enormes alas color rosa salió volando en cuanto me incorporé. ¿Cómo sabía que era una polilla? ¿Cómo sabía que el color de sus alas era rosa si nunca en mi vida había visto nada de eso? Son un par de preguntas a las cuales no me siento capaz de responder aún. Solo sé que en aquel momento al abrir los ojos

podía ver.

Me puse de pie en el césped donde yacía echado y un enjambre de polillas voló alrededor mío. Era increíblemente bello. Una ola de alas de diferentes colores flotando con el viento. Estaba ahí, sintiendo la humedad del césped en mis pies descalzos, cuando una voz detrás de mi me llamo.

—¿Acaso no son hermosas, Charlie?

—Preciosas en verdad— respondí yo sin girarme a ver quién era la dueña de aquella voz, aunque no fue necesario pues reconocería ese olor a vainilla incluso en el mismo fin del mundo— ¿Qué ocurrió?

Ivy dio un par de pasos hasta posarse junto a mí. Esta vez sí pude verla y, al hacerlo, mi alma se cayó al suelo. Era lo más cercano a la descripción de un Ángel que mi mente podía procesar. Una enorme mata de cabello negro caía libre sobre su espalda hasta su cintura y su rostro, iluminado por una sonrisa tan blanca como el largo vestido que cubría su delgado cuerpo era por mucho más impresionante para mí que aquella marea de alas multicolor a nuestro alrededor.

—La metamorfosis se completó— dijo ella con una sonrisa tan hermosa que me hizo preguntarme como se sentiría besar esos labios—. Adiós, Isaac Maitland. Adiós a tu jodida ceguera. Adiós a nuestras crisálidas, Charlie. ¿Crees poder con todo esto ahora que lo puedes ver?

Sonreí. Era imposible no hacerlo. Sin pensarlo, mi mano tomó la de Ivy que me miró sobresaltada, pero con una expresión divertida en el rostro.

—Creo que puedo acostumbrarme a esto— dije sonriendo, mientras una lágrima solitaria caía por mi mejilla mientras pensaba en nuestros amigos del circo, en los niños gritando emocionados al ver el show y en el señor Myers, pidiéndole al doctor que no permitieran que también me perdiera a mí. Sin embargo, también pensando en lo bellas que eran aquellas polillas y poder verlas, pero por encima de ello, pensando en lo bella que Ivy se veía y de

pronto todo lo demás pareció perder peso. .

Ella dejó de mirarme, pero no me soltó la mano en ningún momento.

—Yo también lo creo, Charlie. —Vi que una lágrima brotaba de unos de sus ojos—. . Gracias por no dejarme sola.

A nuestro alrededor, las polillas seguían danzando.

PABLO FOGOS

Pablo Fogos (1973, Argentina). Novela publicada “Entre las tumbas”, actualmente en Amazon. posee algunos relatos y escritos de distintas temáticas en la web.

Reto “Fuera de tiesto”: En todos los órdenes de la vida, salir de la zona de confort implica riesgo, pero también puede significar una oportunidad y a la vez un ejercicio. No sé si realmente pude salir de mi comodidad (policial negro, paranormal, novela clásica), pero intenté ahondar en los conceptos de lo religioso. Ante todo, gracias a todos los compañeros escritores por su respeto y humildad por dejarme compartir este espacio con ellos.

LA CRUZ O LA ESPADA

“Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo podríamos reconfortarnos, los asesinos de todos los asesinos? El más santo y el más poderoso que el mundo ha poseído se ha desangrado bajo nuestros cuchillos”.

La gaya ciencia de Friedrich Nietzsche

El insoportable calor no le permitía dormir, miró el vaso vacío sobre la mesa de noche y se levantó con la intención de buscar agua. Se afirmó sobre el marco de la ventana abierta que daba al patio iluminado por la luna, las estrellas parecían marcarle en su pensamiento una claridad sobre todas las cosas.

Recordó las palabras de su abuelo cuando en las noches de verano contemplaban el cielo, “siempre que mires el cielo verás la verdad, verás el cuerpo de Dios y si cierras los ojos te permitirán mirar hacia adentro tu propia verdad”.

Con el tiempo creyó comprender algo de aquellas palabras, siempre que la duda lo invadía buscaba en el cielo nocturno las respuestas, decodificar el lenguaje de las estrellas, había aprendido que eran el reflejo fiel de la vida de las personas; nacían, crecían y morían. A diferencia del ser humano, ellas se originan en nubes frías, constituidas por gas y polvo, producto de su propia

gravidad, se encogen y se fragmentan en grupos más pequeños, hacia la mitad de su vida se van quedando sin hidrógeno, cuando su núcleo se convierte en helio, se vuelven más frías y brillantes, luego mueren.

Ese paralelismo de la existencia de un ser humano con la del universo tal vez borraba temporalmente el doloroso sentimiento de sus límites. Le hacía pensar que nuestro organismo corporal también era un universo en sí, en donde a cada instante morían pedazos de uno mismo, naciendo en consecuencia nuevos, que van construyendo la conciencia.

A diferencia de Dios que es todo luz, nosotros nos vamos oscureciendo. Pensaba que probablemente esa oscuridad en los hombres radicaba principalmente por recluir un espíritu en la materialidad, encarcelándolo a un cuerpo. En esa noche tan clara buscaba la respuesta que tenía que dar al día siguiente.

Entendía que desde que había decidido servir a Dios con el sacerdocio tomando los votos para su ordenamiento, nunca dudó de su vocación. Había renunciado a sus sentires más íntimos, a conocer aquel maravilloso y recóndito lugar del cuerpo donde las mujeres resplandecen. Aceptó lo que la ley canónica le imponía en silencio y obediente. Pero desde que había llegado a ese pueblo, algo extraño y desconocido parecía incubarse en él.

Un coronel del ejército tomaba las decisiones como alcalde, sometiendo a sus pobladores a toda clase de abusos, a sus derechos civiles, pero, sobre todo, a sus derechos como seres humanos. A él le tocaba devolverles o mejor dicho mantenerles la esperanza, aceptando ese sometimiento como algo natural e impuesto por el mismísimo creador.

Todos los domingos daba su sermón en la humilde parroquia del pueblo, instando a mantener su Fe inquebrantable ante la injusticia y el despotismo, pero las circunstancias iban de mal en peor. Primero la sequía y luego las inundaciones habían diezmado las cosechas y el poco ganado que

abastecía al poblado.

Algunos hablaban de una maldición por los terribles pecados cometidos por las complicidades de la curía con el poder. Nietzsche parecía sonreír en algún lugar de la nada, el Dios cristiano no era una fuente creíble de los principios morales absolutos.

Habían llegado ciertos rumores de las fiestas privadas que realizaba el coronel, el obispo y algunos ricos de pueblos vecinos, seleccionaban a niñas y algún que otro niño que apenas habían comenzado a desarrollarse para el específico gusto de los invitados y del prelado. Niños que nada podían hacer ante la mirada impotente de sus padres, la comida de un mes la derrochaban en una noche. Hegel y Dostoievski se unían imaginariamente a la sonrisa de Nietzsche.

Una madrugada solo para corroborar lo que todos ya sabían, agazapándose entre las sombras de los resquicios de noche, vio lo que lo que le permitía la distancia, encontrando con asco la mirada repugnante de uno de estos libidinosos a uno de los niños mientras comía restos de comida como un animal.

Sintió como su alma y todo lo que fundamentaba sus creencias se hundía en una mierda metafísica, una sensación nauseabunda se mezcló con una profunda tristeza. Caminó reflexivo hacia el monte, ahí donde el temple de los hombres forja sus espíritus a golpe de hacha. Las lágrimas afloraron en el borde de sus ojos, pero no lloró. Mientras el sol rojizo del amanecer le decía de alguna manera que todavía existía un camino para la salvación. Se sostuvo en el tronco de un árbol muerto para poder vomitar.

Los días que siguieron, algo que no podía identificar seguía madurando en su interior, los calmos sermones y las simples plegarias comenzaron a ser reemplazadas por una prédica dura ante la mirada cansina y triste de los feligreses.

—La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir. Si existe una personalización del universo a través de esa fe en Dios, podemos decir que las cosas materiales en cuanto conocidas, brotan al conocimiento desde el hambre, y del hambre brota el universo sensible o material en que las conglobamos... —Miró por un momento a la gente impávida y prosiguió—...y las cosas ideales brotan del amor, y del amor brota Dios en quien esas cosas ideales conglobamos, como en conciencia del universo. Es la conciencia social, hija del amor, del instinto de perpetuación, la que nos lleva a socializarlo todo, a ver en toda sociedad, y nos muestra, por último, cuan de veras es una sociedad infinita la naturaleza toda. Es por eso que debemos reaccionar, no podemos seguir con los brazos cruzados, “debemos clamar en el desierto. Pero el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y esa voz solitaria será como la semilla que dará un cedro gigantesco que con sus cien mil lenguas cantará un hosanna eterno al señor de la vida y la muerte.”^[1]

Antes de que pudiera decir algo más, una de las puertas que permanecía cerrada se abrió violentamente para que ingresara un séquito de soldados amorfos formando dos filas para custodiar el paso retacón del coronel, conformando un cuadro bufonesco.

Ordenó a los feligreses salir de la parroquia y como si fuera un pase de magia no quedó nadie, llegó hasta el púlpito y lo golpeó violentamente repetidas veces con una fusta mientras le clavaba la mirada al cura.

—Lo espero en mi despacho —le dijo amablemente y se retiró con su ridículo caminar. Su cuerpo se derrumbó, dejándose caer sobre sus rodillas bajo la mirada compasiva de un Cristo de madera.

Llegó a la alcaldía y un soldado lo acompañó hasta la puerta del despacho, golpeó y el coronel abrió abruptamente, haciéndole pasar. Un sillón al otro lado del escritorio macizo resaltaba la diferencia de los que se

sentaban en el de este, en sillas comunes como si esos asientos pudieran determinar de alguna manera el valor de las personas.

—¿Ve el libro que está sobre el escritorio? —le dijo el coronel mientras se servía un whisky. La biblia, finamente encuadernada, resaltaba en letras doradas sobre la madera de roble del mueble—. Usted debería hacerle honor a ese libro sagrado y no querer estimular ideas equivocadas a estos indios ignorantes, que no saben otra cosa que empujarse carnalmente como animales solo para saciar el instinto y reproducirse, explíqueme lo de su palabrería. —Detrás de su incipiente calvicie, podía ver dos espadas cruzadas sobre un crucifijo como adorno en la pared, cómo explicarle a un idiota que ese pueblo al que sometía interpretaba mejor que él ese egoísmo mutuo que es el amor.

—Ese amor carnal y primitivo del que usted habla es una forma del amor, del amor con el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana. El amor espiritual nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal. Nos unimos a otro, pero es para partirnos; ese más íntimo acto no es sino un más íntimo desgarramiento...

—No se haga el boludo, padre. Usted sabe de lo que hablo, no se vaya por la tangente con filosofía barata. Me refiero a lo que les estaba diciendo en su misa —le dice el coronel en un tono conciliador, de discípulo con el ansía de aprender desplomándose sobre el sillón.

—Perdone mi digresión, pero era necesario aclararle esa visión equivocada que tiene de esa gente humilde... —El sacerdote no terminó de cerrar la idea cuando el coronel volvió a interrumpirle.

—¿Humilde? Chusma dirá. ¿Por qué no se sienta?

—Prefiero estar parado.

—El cura prefiere de parado —dijo el coronel estallando en una carcajada. Esta actitud de no sentirse escuchado indignó al cura, quien se

apresuró con voz firme a decirle todo lo que pensaba.

—Usted representa todo aquello que les ha sido arrebatado: sus tierras, su ganado, pero, sobre todo, su dignidad y sus sueños. En mi homilía solo quise recordarles que ellos son los verdaderos dueños de sus destinos y...

El coronel golpeó el escritorio para callarlo. En su pensamiento habían quedado las palabras que no salieron, y que por suerte para su seguridad no lo hicieron. Pensaba que no podía haber justicia en un lugar donde las pistas de aterrizajes clandestinos para el narcotráfico eran permitidas por los gobernantes y la alta sociedad empresarial, que ponía sus empresas al servicio de los fines del lavado de dinero.

—Voy a recordarle algo que parece se está olvidando: usted también es parte de aquello que está cuestionando, es un hombre de la iglesia y no creo que sea mirado con buenos ojos lo que les está inculcando. Tengo la bendición de su ilustrísima el señor obispo, para proceder en caso de que se olvide de sus votos: “pobreza, castidad y obediencia” y el perjurio es una falta grave. Antes de que el pueblo sea víctima de una masacre innecesaria por su soberbia, le insto a que se dedique a bautismos y bodas que es lo que le compete y esto de la guerra lo deje a los que sabemos. Nunca las ideas podrán contra pistolas y fusiles. —En ese momento el coronel se levantó del sillón y tomó el crucifijo y una de las dos espadas que estaban en la pared, colocando los objetos a los extremos del escritorio—. Para que vea que soy justo le daré dos opciones, una es la guerra... —Señalando la espada—...la otra, es que usted dé un paso atrás a su adoctrinamiento y el pueblo pueda seguir en paz. —Señalando el crucifijo—. Mañana vendrá el obispo para testimoniar su respuesta.

—Para usted esto es un juego.

—Todo es un juego, padre. La guerra y las revoluciones son un juego

de intereses.

—No creo que el obispo esté de acuerdo con esto.

—Le puedo asegurar que va a estar de acuerdo. Él sabe que gente como usted hay que cortarla de raíz. Que un simple traslado no apaga el fuego de la rebeldía. —Dicho esto, lo invito a salir y le lanzó una última mirada cínica.

Esa noche de calor, la sed lo empujó a por un vaso de agua y ahora arrumbado sobre la ventana buscaba la respuesta que su abuelo le había enseñado mirando el cielo cuando era un niño. Levantó la vista y en esa noche de verano pudo encontrar lo que buscaba. Primero vio la constelación centaurus, abajo la constelación llamada Musca o mosca, la respuesta estaba en la constelación crux o mejor conocida como la cruz del sur, la estrella gamma crucis brillaba naranja reafirmando la decisión que debía tomar. La suerte ya estaba echada, tomó el vaso con agua y al fin pudo dormir.

Al día siguiente antes del horario convenido golpeó la puerta del despacho del coronel. Escuchó que alguien se quejaba. Este no abrió así que decidió entrar, al hacerlo lo sorprendió sometiendo a una adolescente. La niña pudo zafarse de la bestia con uniforme y salir corriendo entre lágrimas y asco.

El degenerado se acomodaba la ropa bajo la mirada enfurecida del sacerdote que pudo ver más clara que nunca la respuesta mirando la espada en el extremo del escritorio y en ese recorrido centímetro a centímetro con la vista, pudo ver la cruz.

La eligió entre las dos opciones sin dudar y el coronel no tuvo tiempo a ninguna reacción, solo en los ojos la incomprensión y la estupidez cuando la espada le atravesaba el corazón. Tomó la espada que aún quedaba en la pared y ahora esperaba a que el obispo golpeará la puerta.

AINARA V. SAN MARTÍN

Soy la escritora Ainaia V. San Martín; autora de libros de narrativa contemporánea con toques de romanticismo, suspense, drama e incluso humor. Para sacarme del tiesto, mis compañeros de letras han dispuesto, mediante votación, que escriba un relato erótico, ya que el sexo muy explícito me saca los colores.

SEXO PROHIBIDO

♪ **Fleurie -Sirens**

Siempre ha bailado alrededor de lo prohibido como lo hace una alimaña en torno al jugo denso y dulce de una fruta madura. Se sienta en los aledaños de la censura en busca del delirio y la agitación que pocos han llegado siquiera a vislumbrar y se considera una soberana regia e intocable con más erudición y mundología que nadie.

Desde joven, aprendió a sonreír a sus amigas mientras sus pensamientos volaban hasta el bulto prominente que escondían los pantalones ajustados del padre de una de ellas. Cuando ni siquiera llegaba a comprender cómo era la proporción, se imaginaba la posición de aquel músculo obscuro que parecía incitarla y crecer bajo su atenta mirada.

Una tarde observar e imaginar no fue suficiente, y un traspie deliberado emplazó sus dedos traviosos sobre aquella mole, provocando una inconfundible vibración bajo la palma de su mano. Fascinada ahuecó su mano alrededor de esa masa, gruesa y firme, a través de la tela sin que ello satisficiera su curiosidad.

Con muy poca vergüenza o remordimientos, de forma deliberada, alejó con extrema lentitud su atención de aquel pozo de los deseos acalorado y palpitante. Los ojos se deslizaron sin remilgo por la anatomía de acompañamiento hasta encontrar la mirada de su dueño. Un dueño dócil y solícito que se dejaba hacer con sumisión.

Sí, lo prohibido la atraía entonces tanto como ahora y, en ese momento, el foco de sus anhelos está sentado frente a ella, escribiendo con esmero en su examen de derecho. La diferencia de edad solo supone otro

aliciente al morbo que ya le provoca que él sea su pupilo. Su condición de catedrática y la amoralidad de una relación ilícita con un alumno le provocan una excitación desaforada y despierta su deseo como nunca lo logra una relación carente de complejidad.

Aprovecha la corta distancia entre ellos y la estructura de su ligera falda para separar sus muslos y darle una visión reveladora del fino y escueto encaje que apenas cubre el perfilado y bien recortado vello de su entrepierna. Sabe que él no es el único que alcanza a ver lo que hay bajo su ropa, pero esa certeza le entusiasma y hace que su clítoris palpite con placer obligándola a contraerlo.

Curva la espalda y clava las puntas de sus pies en el suelo para separar con fuerza y mayor amplitud sus rodillas. Con un movimiento de caderas presiona el pubis contra la silla, y su espalda se tensa con el roce mientras trata de alargar la dulce agonía que provocan la exhibición de sus partes íntimas y la fricción con el duro asiento.

Él echa un leve vistazo a lo que ella le ofrece, pero desvía la mirada rápidamente, sin compartir la sonrisa complacida de su compañero, deleitado por esa visión de su anatomía que comienza a humedecerse bañando la tela que le cubre.

No le importa. Los prefiere así: indiferentes, duros e incluso inaccesibles, porque llegar a ellos, romper sus barreras y excitarles supone mayor satisfacción.

Mueve de nuevo las caderas masajeando el clítoris, retorciendo y apretando el encaje entre los labios que lo recubren dejando que estos queden a la vista.

La mirada de él vuelve a recaer con brevedad sobre la zona expuesta y la excitación le abrasa empapando sus ingles. Solo piensa en arrancarse las bragas para poder exhibirse de forma abierta y que esos ojos acaricien sus

dedos mientras ella se masturba para él. Se lo imagina bajando su cremallera en busca de su verga y acompañándola con un movimiento largo y lento mientras se la sacude. Esa fantasía estimula y aumenta su lascivia, arrastrándola con tortura a un agujero profundo que clama con imperiosa necesidad que sea llenado, cubierto y rebose de deseo carnal saciado.

Sus labios se abren ligeramente con la exhalación de un suspiro pesado y lastimero; su pecho sube y baja con agitación al ritmo de una respiración cada vez más acelerada y sus caderas trazan sutiles y eróticos movimientos que clavan con más intensidad su cuerpo contra el asiento por esa zona lujuriosa y entusiasta que parece estar en llamas.

Un alumno levanta la mano y la mira con impaciencia en espera de su ayuda.

Cierra las piernas con lentitud, sin prisa alguna, y se levanta con una postura estirada para acercarse al chico que demanda su atención. Sabe que él la mira, en realidad es consciente de que la mayoría de los alumnos lo hacen. Su aspecto y actitud colma y satisface todas las fantasías sobre maestras y bibliotecarias cachondas y fogosas tras una apariencia inteligente, fría y estirada: gafas de pasta, moño apretado, falda entubada, camisa blanca desabrochada hasta el cuarto botón, zapatos con tacón de vértigo y labios rojos como una sabrosa cereza en su punto de madurez.

Se acerca a la mesa del solicitante y se inclina de forma calculada para que la apertura del escote revele la línea que separa su generoso pecho. Puede que él siga sin mirarla, pero sabe que su imagen le persigue y que todo este baile de apareamiento está desplegado para él; y lo sabe porque las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa de suficiencia propia de la presa que se cree cazador.

Tras la duda resuelta, vuelve y se apoya sobre su mesa como si fuera su trono real. Ahora solo debe esperar a que él haga su movimiento.

Poco a poco, los alumnos entregan sus exámenes y el número de personas se reduce en la sala.

Él no emite señales y, por un momento, se pregunta si se habrá equivocado y no está interesado. Sin embargo, esa incertidumbre le entusiasma, la calienta y solo dura hasta que levanta la cabeza de su prueba, deja el bolígrafo a un lado y clava la mirada en ella, con profunda intensidad, en espera de que el último examinado abandone el aula.

Eso es lo que le atrae de él. Esa fría seguridad áspera y hermética. Está cansada de botines fáciles, poco elegantes o toscos.

Cuando se quedan solos y él no se mueve de su asiento, ella se acerca a la puerta y echa la cerradura tras bajar la persiana. Se vuelve despacio y pasea hasta su posición anterior mientras se acaricia con una mano el cuello, el escote y la carne del pecho que rebosa de su sostén. Su pulgar alcanza un pezón, pero es su boca la que necesita que lo atrape.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta relamida mientras él se acerca.

—En realidad no —responde con indiferencia depositando su examen sobre el resto e inclinándose sobre ella para alcanzar el montón. Le saborea sin tocarlo: el olor, la calidez, la firmeza e incluso la excitación—. Creo que es usted quien necesita ayuda.

Para qué negarlo; ahora mismo, está desesperada por sentirlo entre sus piernas.

—¿Y qué propones?

—Continuar donde lo ha dejado —responde girándola bruscamente e inclinándola sobre la mesa. Ella sonrío satisfecha. Le gusta que él tome la iniciativa y que no sea remilgado o demasiado delicado. El sexo para ella debe ser desenfrenado, inclemente y vicioso.

Lo siente en su trasero expuesto y se lo ofrece en bandeja al percibir

lo duro que está él. Sus manos aprietan sus caderas y se presiona con más fuerza contra su culo.

«Demasiada tela» piensa, y él debe creer lo mismo porque comienza a deslizar sus dedos bajo la falda acariciando sus muslos y arrastrando el tejido hacia arriba hasta la cintura. Ella cierra los ojos con expectación y se entrega sin reservas. Necesita que su mano calme el anhelo que grita entre sus piernas.

Gime sin apenas contención cuando dos de sus dedos se deslizan por las bragas y acarician la hendidura mojada y caliente. Deambulan con curiosidad haciendo camino, resbalando, presionando y abriendo los labios hasta encontrar el punto álgido donde se concentran en ese momento todas las apetencias de ella. Sus caderas se mueven jugando con sus dedos, encogiéndose para que viajen hasta la apertura donde el vacío le duele y le tortura. Gime desesperada y trata de incorporarse, pero una mano de él en su espalda se lo impide mientras la otra le arranca las bragas de un tirón.

Su estómago entona un canto de victoria cuando algo húmedo y vibrante lame de un estremecedor lance toda su entrepierna, de abajo arriba, deteniéndose de forma impúdica en la punta donde un hinchado y receptivo clítoris recibe sus golpecitos con entusiasmo.

Sus caderas luchan por moverse, por restregarse contra la mesa cuando la lengua de él perfora el orificio de su sexo, pero esas manos ahora sobre sus nalgas, apretándolas y separándolas, la mantienen quieta. Juega con ella permitiéndole rozar los límites del clímax, pero sin concederle ese alivio.

Ella también sabe jugar a eso y acepta el desafío.

Se libera de sus manos y se vuelve para enfrentarle con la falda enrollada hasta la cintura y su pubis rasurado en brasas y anhelante. Se miran a los ojos durante un segundo; se estudian como dos animales encelados que se buscan y se temen a la vez.

Es la calma que precede a la tormenta.

Sus labios chocan y se saborea a sí misma en esa lengua que invade toda la cavidad de su boca. Un gruñido de satisfacción surge de su garganta cuando pinta curvas húmedas con sus labios por su cuello, tras las orejas y bajan por su escote mientras sus dedos deshacen la abotonadura de su camisa. Pero ella también quiere saborearle entero. Es su postre de hoy, aunque él no lo sepa, y lleva una dieta variada y estricta que protesta enérgicamente cuando transcurre demasiado tiempo en ayunas.

Sus manos aviesas buscan la apertura de sus pantalones. Baja la cremallera sin prisas, pero con emoción, adivinando lo que se esconde tras ella con el leve roce de sus dedos. Desabrocha el botón de la cintura y libera el erecto y rotundo pene. Son pocas las veces que no le parecen hermosos, pero este es extraordinario. La circunferencia que forman su pulgar y su índice no son capaces de cubrir su grosor, y ese inmenso tronco se encarama en una curva perfecta hacia arriba, apuntando hacia su boca como una lanza brillante y lujuriosa.

Sus papilas gustativas gotean y su lengua se esponja cuando se desliza por la gota de fluido seminal que aparece en el orificio del bálano. Le encanta la sensación de lamerlo como si fuera una golosina caliente y salada. Empieza enroscando su lengua a través de todo el glande y la desliza hacia abajo como si derramara líquido derretido que no quiere desperdiciar. En su base, aprovecha a restregar su nariz por la suave piel de los testículos y los besa con la ternura que le trasmite esa parte blanda de la anatomía masculina. Se entretiene con ellos y desliza un dedo por la sensible carne que los escolta, arrancando un gruñido ahogado de su dueño.

Introduce la copa en su boca y levanta la mirada. Disfruta interpretando los gestos de placer en sus semblantes, pero él no cierra los ojos como los demás. Coloca su mano en su pelo con delicadeza inusual y le

devuelve una mirada penetrante que le provoca miles de emociones lujuriosas.

Desliza el prepucio con sus labios, acariciando suavemente su lengua contra la punta y cubre todo el órgano hasta su garganta. Tras mucha práctica, domina la técnica a la perfección, y a ellos les vuelve locos. Comienza una danza rítmica con movimientos ascendentes y descendentes a lo largo de todo el mástil que acompaña con caricias en sus bolas. Cuando los movimientos de la pelvis de él y su respiración se aceleran, ella se detiene retrasando el orgasmo que se avecina. Sopla con regocijo sobre la cima que empapaban sus fluidos, haciendo presión con sus dedos en la base del glande para aumentar esa agonía. Vuelve a cargar con su boca y lo lleva de nuevo al límite, frenando antes de la eyaculación.

Quiere sentirlo dentro y alcanzar esa culminación, que intensificada por sus juegos, con certeza será explosiva y lo quiere duro e inclemente.

Percibe de soslayo un movimiento mal disimulado en una pequeña rendija que ha quedado al descubierto tras la cortina donde un par de ojos ávidos y codiciosos les observa.

No hay nada que le guste más que alimentar su leyenda de caliente y lujuriosa devorahombres. Se tumba sobre la mesa para disfrute de sus dos observadores y se abre la camisa para mostrar la considerable curvatura de sus pechos tras liberarlos del sujetador; abre sus piernas y ofrece su sexo vivo y excitado. Se acaricia y se masturba como si sus dedos fueran los hilos de una marioneta guiados por el hambre de ese par de ojos y cuando percibe el comienzo del primer orgasmo, le grita que la tome, que la tome salvajemente.

Él abre sus labios con la punta del miembro y busca la entrada con seguridad antes de empujar con fuerza para penetrarla. Ella siente como la llena entera, rozando todas sus paredes internas. Con cada sacudida aumenta la presión y la velocidad, y ella le alienta con el movimiento de sus caderas,

saliendo a su encuentro y provocando un dulce dolor cuando chocan.

El primer orgasmo llega rápido y cortante como un latigazo que produce más calvario tras abandonar la piel, y la deja con una sensación de insatisfacción.

Sus manos estrujan las posaderas de él para obligarle a entrar más profundo y de forma más inclemente, marcando un ritmo despiadado que provoca un crujido en la mesa y alborota sus respiraciones. La carne, de uno y otro, gime al colisionar y el sonido de su sexo, generosamente lubricado, es líquido y denso. Muerde su cuello cuando comienza a formarse otro pequeño orgasmo. Si sus gritos no la delatasen en este intercambio ilícito, desataría toda la potencia de sus pulmones para gemir desaforadamente. Odia tener que contenerse, pero es el pequeño precio que debe pagar a cambio de la excitación que le produce lo prohibido.

Ambos culminan al mismo tiempo. Es fácil cuando lo que más le excita a ella es verles correrse y que sus gruñidos complacidos acaricien su oreja.

Su tercer y último orgasmo sacude todo su cuerpo y alcanza cotas de intensidad con las que otras mujeres ni siquiera han soñado.

Se detiene unos segundos, lasa y complacida, para recuperar la respiración. Él no se mueve y debe apartarle para bajar de la mesa. Se coloca la ropa con destreza y rapidez y tras apropiarse de su bolso, se dirige a la puerta desde la que el mirón se apresura a alejarse.

—Esto no influirá en la nota de tu examen —advierte con indiferencia antes de alcanzar el pomo de la puerta sin despedirse o un solo atisbo que revele lo que acaba de ocurrir en ese salón.

Camina por los pasillos con una sonrisa satisfecha, planeando su próximo encuentro sexual con algún otro hombre, vetado o complicado, que le proporcione el suficiente aliciente que necesita para colmar su apetencia.

LENO BERMÚDEZ

Hasta el momento he publicado:

- Destino: el retorno infinito (ciencia ficción)
- Recuerdos muertos (drama-terror)
- El abuelo (fantasía)

Mi reto es escribir un relato infantil.

LUKE

Mi nombre es Luke, ahora ya lo sabes. A mí me gusta mucho. Además, lo eligió mi gigante, lo eligió Kevin especialmente para mí. Pero si te lo digo así, es muy posible que no lo entiendas. Para lograr eso, vayamos al principio, vayamos al momento en el que todavía no era Luke.

Hacía pocos minutos que había abierto los ojos por primera vez, no veía del todo bien, y mi futuro estaba más oscuro que mi vista. Mi olfato era fuerte, tan fuerte como para darme la certeza de que mamá no estaba conmigo. Sí percibía a mis dos hermanos y hermana, los olía pero no les podía escuchar, eso que mi oído también era muy agudo. Mis torpes patas todavía no sabían lo que era caminar, pero con mucho esfuerzo logré arrastrarlas por el interior de la caja hasta alcanzar a mis hermanos. Recuerdo el frío y el dolor de panza, pero no estoy seguro de cuál de las dos cosas me asustaba más. Mis hermanos estaban helados. De nada me sirvió buscarles para calentarme y calentarles, estaba completamente solo. Mucho tiempo fue el que lloré. No sé por qué lo hice. Tal vez creí que con eso mis hermanos despertarían o mi mamá vendría corriendo a saciar mi hambre; ninguna de las dos cosas sucedió.

Cuando escuché aquel extraño ruido, lloré con más fuerza, tampoco estoy seguro si ese sonido me asustó o intenté llamar su atención en busca de un salvador. Los dos círculos frenaron de golpe en la calle. Sentí el olor a polvo que desprendieron las gomas. Ya podía ver un poco mejor, por suerte podía hacerlo, pues ese fue uno de mis mejores recuerdos: esa fue la primera

vez que vi al gigante.

—¿Tienes hambre, pequeñín? —dijo con voz dulce.

Rascó mi cabeza con ternura. Sus manos estaban tan tibias que no quería que me soltara.

—Creo que tus hermanos no han tenido suerte. Los llevaré con mi papá, él sabrá qué hacer.

Con cuidado levantó la caja con su tremenda fuerza y la colocó dentro de una caja más grande llena de agujeritos, esa caja estaba fijada por encima del círculo delantero de su extraño artefacto móvil. Comenzó a girar sus patas traseras con mucha prisa y los círculos giraron tan rápido que durante unos minutos el miedo volvió a mí, haciéndome llorar nuevamente.

—Tranquilo, amiguito —dijo girando un poco el metal que sostenía con sus patas delanteras—, te prometo que te cuidaré.

Al llegar a su gran madriguera, entró corriendo con la pequeña caja que nos contenía en su interior.

—Papá, mamá —gritó con fuerza—. Ayúdenme.

—¿Que pasó, Kevin? —preguntó su papá con tono preocupado.

—Encontré a estos cuatro perritos en una caja. Creo que están mal.

—No, Kevin, no. ¿Por qué los trajiste a casa? —interrogó su mamá, mientras el gigante más grande que Kevin nos acariciaba.

—¿Qué debía hacer? ¿Dejarlos tirados en la cuneta? —respondió Kevin.

Su papá la miró y sonrió con picardía y orgullo; ella no dijo nada.

—¿Cómo están? —preguntó Kevin preocupado.

—Lo lamento, hijo. Estos tres no lo han logrado.

En ese momento recuerdo que no comprendí lo que eso significaba, pero, al ver a ese pequeño gigante llorar, entendí que no era bueno.

—Intentemos darle una buena vida a este —dijo su papá señalándome.

—¡Ni loca! —sentenció su mamá—. No podemos quedarnos con él.

—¿Por qué no?

—Es demasiada responsabilidad, Kevin. Ensucian mucho, y más cuando son cachorros.

—Por favor, mamá.

—Sí. Por favor, mamá —secundó papá.

Ella le devolvió una mirada enojada, luego fue el turno de Kevin, pero a él le regaló una compasiva. Por último, sus ojos se posaron en mí durante unos segundos.

—Está bien, está bien, que se quede. Pero no limpiaré sus mugres; eso es tu responsabilidad —le dijo a Kevin mientras secaba sus lágrimas.

Su papá me tomó con sus gigantescas manos y entregándome a mi salvador, le dijo: —Lleva al pequeño al baño y prepara todo para lavarlo, me encargaré de los otros.

Esa fue la última vez que vi a mis hermanos.

Luego de un delicioso y refrescante baño, Kevin me llevó a su caja personal y me colocó en un cómodo almohadón. Apagó las luces y se recostó en su extraña cama. La oscuridad logró que recordara mi época de ojos cerrados, y eso me trajo a la mente a mi mamá y hermanos; comencé a llorar una vez más.

—Calla a ese perro, Kevin —gritó su mamá desde otra caja.

—No puedo —respondió él, acariciando mi alma golpeada.

Unos segundos después, su papá entró a nuestra caja cargando un pequeño objeto de metal.

—El sonido del reloj le hará creer que está con su mamá —aseguró, mientras giraba una pequeña perilla.

—¿Cómo? —preguntó Kevin.

—Creerá que el ruido es el latido del corazón de su madre. —Indicó poniendo el objeto bajo la almohada.

De pronto mamá estaba conmigo. Me entristecía no ver a mis hermanos, pero tener el sonido de ella, y a mi gigante salvador, eran suficiente excusa como para dormir tranquilo.

Con la siguiente mañana llegó uno de los momentos más lindos de mi vida, la elección del nombre. Mi gigante quería llamarme Han Solo, pero su papá le dijo que era un nombre complicado, terminaría siendo “Han” a secas, y ese era un nombre horrible. La segunda opción que presentó Kevin fue Luke Skywalker. Su papá dijo que ese nombre era mejor, terminaría siendo Luke a secas, pero según dijo, ese nombre era más apropiado para mí.

Las primeras semanas fueron algo complicadas y muy confusas. Por ejemplo: cada vez que hacía pipí o popó, me metía en problemas. Esto me trajo más de un problema, y en una ocasión, la mamá de Kevin me dio con la escoba; no fue un golpe fuerte, pero el dolor de no saber qué había hecho mal, hizo que llorase por un buen rato. El asunto es que jamás entendí la situación, siempre fui muy cuidadoso y nunca marqué mi territorio en el lugar que los gigantes lo hacían, es más, ni siquiera entré a la caja que contenía la silla blanca.

También tuve problemas con las cosas personales de Kevin. Varias veces tuve que herir a esos dos pequeños monstruos que insistían con comerse los pies de mi amigo. Después comprendí que esos eran zapatos, y que de alguna forma que aún no tengo clara, los gigantes se los ponen en las patas traseras para caminar. Si me preguntan, creo que es una ridiculez, pues no existe nada más agradable que el contacto de las patas con la tierra.

Los meses trajeron un rápido aumento en el tamaño de mi cuerpo, tanto así que Kevin ya no parecía un gigante; es más, hasta llegué a pensar que en cualquier momento perdería gran parte de mi pelaje, me pondría en dos patas

y hablaría su extraño idioma. No te rías de mí. Era tan solo un cachorro que todavía no sabía que humanos y perros somos dos especies diferentes.

Tuvimos épocas muy felices. Juegos bajo la lluvia en verano y dibujos animados junto a la estufa de leña en invierno. Incluso recuerdo varios de esos juegos, pero el que nunca entendí fue el del dichoso palito. ¿Para qué lanzarlo si después lo pedirás para volver a lanzarlo? Soy un perro viejo, pero jamás comprendí del todo ese juego.

Una vez, me acuerdo de estar echado en el patio delantero esperando a que Kevin regresara de la escuela. De pronto escuché sus gritos de horror y levanté las orejas un instante antes de verlo aparecer por la esquina. Pedaleaba con todas sus fuerzas, los círculos de su vehículo zumbaban en el suelo. Detrás de él venían dos enormes perros intentando morderle. Ni siquiera perdí tiempo en comprender por qué querían hacerle daño a un niño que cuidaba de nuestra especie con todas sus energías. Corrí rápido como el viento y me enfrente a esos salvajes mientras Kevin se ponía a salvo. Mordí y fui mordido, no sé durante cuánto tiempo, lo único que quedo grabado en mi mente fue la cantidad de líquido rojo que salía de una herida en mi lomo. Papá me cargó en su vehículo de cuatro círculos y me llevaron con mucha prisa a ver a un anciano, veterinario le llamaban, supongo que el “veter” de su nombre se debía a que era un veterano; nunca supe el significado de “inario”. Este amable señor me clavó un objeto puntiagudo muy cerca de la herida. Impulsado por el susto y el dolor, casi lo muerdo. Por suerte Kevin estaba ahí. Él sostuvo mi pata mientras el piquete desaparecía, él me calmó.

Luego, veterinario comenzó a clavar una y otra vez el objeto en mi piel, aunque esta vez una pequeña cuerquita hacia que mi herida se cerrase de a poco. Parecía magia, magia muy parecida a la de Kevin, quien, con solo sostener mi pata, logró que no sintiera ni el más mínimo dolor.

Años después llegó una época triste. Kevin se fue a un lugar llamado

“universidad” y, por un largo tiempo, no volví a saber de él. Por fortuna me había dejado la importante misión de cuidar a nuestros padres. Vigilaba la casa, acompañaba a mamá a ver la curiosa caja que contiene a la gente pequeña. En más de una ocasión ella me hablaba y yo ladeaba mi cabeza de un lado a otro, para demostrar que la escuchaba. Eso era lo que ella precisaba en ese momento. Papá tenía que hacer ejercicio. Se lo había recomendado el veterinario de su especie y, como yo era en ese momento su gran compañero, lo acompañaba para que no fuera solo. Claro que aprovechaba esos paseos para marcar mi territorio en tantos lugares como me fuera posible.

Mucho tiempo después, Kevin volvió, pero no lo hizo solo. Él había conquistado a una hermosa hembra. De inmediato, comprendí que ella era de otra etnia: su piel era muy oscura. Recuerdo que pensé que a los dos nos gustaban hembras de otras etnias. El jardín de nuestra casa estaba lleno de huesos que enterraba con la idea de regalárselos a la hermosa labradora rubia que vivía en la esquina. Al principio, su novia Alicia no me cayó bien, pero luego me dio un masaje tan perfecto que no me quedó otra que amarla como amaba a mi gigante. La panza de Alicia comenzó a crecer, no entendía bien por qué sucedía esto. Después de todo, tampoco era que comiera tanto.

Un día Kevin abrazó con fuerzas a nuestros padres, recuerdo que mamá lloraba y papá se esforzaba demasiado por no hacerlo.

—Vamos, Luke. Despídete de los viejos —me dijo.

En ese momento no entendí por qué tenía que despedirme, pero sin chistar me acerqué a los dos ancianos que tanto me habían cuidado. Ellos me abrazaron y lloraron conmigo. Mamá me dio un tierno beso en el hocico y papá rasco mi cabeza. Ninguno de los dos dijo nada más.

—Sube, Luke —ofreció Kevin abriendo una de las puertas de su vehículo de cuatro ruedas.

Al principio creí que se trataba de un paseo, pero cuando llegamos a la

nueva caja supe que vería poco a nuestros padres. La panza de Alicia no dejó de crecer hasta que volví con papá y mamá unos días. Estaba feliz de compartir con ellos un poco más. Luego Kevin pasó a buscarme y me llevó a casa. Alicia ya no tenía panza. Jamás entendí como adelgazó tan deprisa. Me presentaron al nuevo integrante de la familia y me pidieron que lo cuidara siempre.

Catorce años después de mi rescate, aquí estoy. Tengo en mis patas la valiosa misión de cuidar al cachorro de mi gigante. Ya soy un perro viejo, mucho más sabio, pero no entiendo aún varias cosas de los humanos. A estas alturas jamás las entenderé. No comprendo cómo hay tanta diferencia entre ellos mismos. Cómo pueden existir algunos que nos abandonan a nuestra suerte y, sin embargo, otros nos adoptan y nos cuidan como sus hijos o hermanos. Somos tan diferentes... Cualquiera de mi especie daría la vida por cualquiera de ellos, sin dudarlo. Tuve suerte, me encontró un gigante con el corazón mega gigante; un gigante como puedes ser tú. Sí, tú, el que está leyendo. Debes recordar que no todos los perros tienen mi suerte, pues no todos los humanos están dispuestos a tener un amigo fiel de por vida.

NONI GARCÍA

Mi nombre es Noni García y soy escritora de novela chicklit, erótica y romántica.

En este reto me ha tocado escribir un relato de terror, género que no suelo leer y que espero que no os defraude.

LA PESADILLA

Lucía se arrodilló delante de la tumba de su padre. La limpió con el cubo y la esponja que llevaba y depositó un frondoso ramo de flores sobre ella, de margaritas amarillas, las favoritas de él.

Después de rezar las pocas oraciones que se sabía y charlar con su espíritu durante un rato, salió del cementerio y caminó por la calle en la que se encontraba. Solo eran las doce del día, pero estaba extremadamente solitaria. Era el día de difuntos, aquel lugar debía estar lleno de personas que venían a poner flores y visitar las tumbas de sus seres queridos, así era la tradición que se cumplía año tras año en aquel recóndito pueblo de la España profunda.

Notó que sus pasos se ralentizaban, como si la gravedad hubiera aumentado y la mantuviera pegada al asfalto. La calle se hacía más larga por cada una de sus pesarasas zancadas y todo comenzó a oscurecerse, como si en el cielo se estuviese batallando el mismísimo apocalipsis, como si el diluvio universal fuera a cogerlos de improviso y ahogarlos a todos en un mar de aguas turbulentas.

Y entonces sintió unos pasos tras ella, tan lentos y pesados como los suyos, aunque sonaban como si estuvieran pisando cráneos, como si fuera una apisonadora prensando la mezcla de alquitrán y pequeñas piedrecitas de una carretera. Pensándolo bien, podía llegar hasta ella ese olor.

Penetrante.

Asfixiante.

Intentó acelerar el paso, pero no conseguía avanzar, por más que corriera,

por más esfuerzo que hiciera para alcanzar la calle principal, donde podía ver la algarabía de sus vecinos en aquel día festivo. Pero sus pasos eran cada vez más lentos mientras los de la persona que andaba tras ella aceleraban, y mucho temía que en breve la alcanzaría.

La angustia comenzó a apoderarse de su cuerpo, la respiración agitada hacía que empezara a marearse a cada instante, la obligaba a parar, a intentar controlar la ansiedad. Aquello no podía ser real, no podía estar pasando, no a ella, no otra vez.

Se giró para encararlo, para poder ver al fin su rostro, pero seguía difuminado, como aquella última vez en la que consiguió escapar de sus garras. Seguía vistiendo la misma túnica que lo cubría de pies a cabeza, con una capucha que no dejaba vislumbrar lo que ocultaba debajo.

Por primera vez, desde que se sintió perseguida, consiguió correr sin que ningún obstáculo la detuviera, estaba a punto de alcanzar su objetivo, una sonrisa empezaba a dibujarse en su cara, y entonces paró en seco, como si le hubieran anclado los pies al suelo, hasta podía sentir como unos clavos atravesaban sus pies, causándole un dolor infinito que casi la hizo desfallecer.

Gritó hasta desgañitarse, pero ninguno de los transeúntes que paseaban delante de ella parecía escucharla. Era como si un invisible portal a otra dimensión la separara de ellos y no pudiera cruzarlo, como si al otro lado hubiera un mundo completamente distinto al que se encontraba en ese momento.

Y el fétido olor a alquitrán hirviendo volvió a colarse por sus fosas nasales, y sintió cómo una bruma bajaba desde el cielo para envolverla, haciendo que se cerraran sus bronquios, que el aire no llegara a sus pulmones.

La persona que la perseguía sin descanso se colocó delante y ella la miró expectante, deseosa de saber qué demonios estaba pasando, por qué volvía a seguirla. Mucho temía que en ese momento la suerte no estaría de su parte,

que no saldría bien librada de esa contienda, sobre todo, cuando vio que se echaba hacia atrás la capucha y dejaba ver el espeluznante rostro que escondía. Espeluznante rostro que transmutó para mostrarle la más dulce y sonriente expresión de su padre. Eso le dio cierta paz, hasta que cambió de nuevo, regalándole la imagen de su cara, una imagen que había visto una y mil veces delante de cualquier espejo, pero que desconocía por completo. No tenía su color habitual, sino un verdoso que se tornaba grisáceo hasta mostrarle una calavera.

Una terrorífica calavera con los ojos inyectados de sangre.

Y de su mano surgió una guadaña casi tan alta como el ente que tenía delante. Y lo supo, en ese preciso instante supo que ese era su día, el día en que todo terminaría, en que segaría su vida de una maldita vez, como debió haber hecho aquella mañana en el coche de su padre. Ese padre al que acababa de llevar flores y que le había sonreído una última vez hacía tan solo unos instantes.

Alzó la guadaña y una sonrisa sardónica se dibujó en los huesos del rostro de la Muerte. Vio cómo la ondeaba, directa a su cuello... Y sucedió.

Lucía despertó de la pesadilla que la perseguía noche tras noche, desde aquel accidente de tráfico en el que su padre perdió la vida y la suya se convirtió en un sueño maléfico que la atormentaba cada día sin descanso. La vio. Vio la muerte de cerca, pero la esquivó gracias a un hombre que paseaba cerca en aquel momento, un hombre que le pareció un ángel caído del cielo y que espantó a la Muerte con una sola mirada.

Pero Lucía lo sabía, lo tenía claro, la Muerte no dejaría de acecharla, hasta que, finalmente, la llevara con ella a un viaje sin retorno. Y, ese día, ningún ángel podría salvarla de su destino.

SALVATORE DI MARTINO

Mi nombre es Salvatore Di Martino. Después de toda una vida como lector, me decido a escribir. Apenas llevo dos años en este rollo literario.

Hasta el momento, he publicado tres obras como escritor independiente, a través de Amazon. La primera de ellas: “Los legados Del Aprendiz”, ciencia ficción y horror; luego me dio por escribir filosofía, en forma de reflexiones y relatos cortos, viendo la luz: “El Tonto Y El Universo”. Mi tercera obra es sobre ciencia ficción. Volví al género que me apasiona, en este caso dura y a su vez con un toque de misticismo. El libro lleva por título: “Razones Infinitas”.

PASIÓN EN LA SANGRE

La Diosa de mi existencia inundó con su presencia el santuario de placeres etílicos. Mi excitación doblegó con un certero golpe mi timidez y, envalentonado por la cerveza ingerida, la invité a bailar. ¡Sorpresa! Aceptó, de allí en adelante mi autoestima se transmutó en águila real, elevándose en armónico vuelo hacia las alturas. La diversión nos abrazó y fue nuestra compañera hasta que abandonamos el dionisiaco lugar. A pesar de que solo pude arrancarle un par de besos y una que otra tocadita de nalgas, la pasé en grande. Pero lo mejor vino al final, cuando nos despedimos me dijo con voz melosa:

— Mañana estaré sola en mi casa, te espero a las 11:00 pm, galán.

"El valle de los mukas", se erigía como la pagoda rumbera del pueblo testigo de mis alegrías y tristezas, un pub, donde se prendían las fiestas con música en vivo los fines de semana. De allí venía yo, cuando la caricia de la madrugada, transformó mi alegría en un inquietante sentimiento, mezcla de desilusión y enfado. ¿Qué me produjo semejante abatimiento de espíritu?

Miré las estrellas, para agradecerle a la fortuna el encuentro y la cita obtenida. La luna atravesada en mi campo visual se mostró ante mí, gibosa y creciente, interrumpiendo mi felicidad. Parecía decirme desde la bóveda celeste: *mañana no podrás desahogar tus ganas en sus brazos. Los tiempos del plenilunio tienen sus horas marcadas.*

Maldije mi suerte, y arrastré mis pasos hacia el parque "Los ilustres", tenía meses que el alumbrado no funcionaba. En la penumbra, me pareció

una buena idea mitigar mi rabiosa melancolía.

Me quité los zapatos para estar cómodo y sentado en la húmeda grama, me escondí entre los arbustos. No quería ser visto ni molestado. Cobijados por la oscuridad, los borrachos y drogadictos suelen deambular a estas horas por el umbrío parque.

Mientras reflexionaba sobre las desviaciones antropomórficas de mi corpórea materia y los cambios de "humor" en mi carácter, cada vez que el pleno brillo de Selene invade mi ser; ocurrió lo impensable, rompiendo los hilos lógicos de la insulsa noche.

Unas delicadas manos tomaron posesión de mis hombros, apoyando los codos en la espalda, sentí el ligero temblor del cuerpo que se aferró a mí, pero lo increíble del caso fue la manera como se contorsionó, reduciendo su tamaño hasta lograr esconderse por entero detrás de este servidor. No tuve tiempo de preguntar. El desarrollo veloz de los acontecimientos no me lo permitió.

—¿No te huele a puta por aquí? A mí, sí.

La voz provenía de un hombre aparecido de la nada. Se notaba su fuerte carácter y la desesperación emanaba de su latente frustración. De inmediato comprendí la causa de su turbación. Se trataba de la chica contorsionista que se refugiaba en la amplitud de mi espalda. Me quedé sentado. Si me levantaba hubiese sido la perdición de ella y muy probablemente la mía también. Él miraba desde lo alto. Debí parecerle ridículo e insignificante, sentado a un par de metros de su imponente figura. Era impresionante como su cabello y ojos negros relucían en la oscuridad. En un acopio de valor, mantuve su mirada y respondí.

—No he visto a ninguna por aquí. Si consigues dos, me invitas a la juerga amigo. —Mi voz sonó natural y tranquila, a pesar de mis nervios.

—Los que bromean conmigo, nunca lo cuentan. Hoy estás de suerte, no

tengo tiempo para dejarte seco. —Dio media vuelta y la oscuridad se lo tragó.

La mujer, ya con los músculos relajados y sentada a mi lado, me escrutaba con picara mirada.

—Me sorprende que aún estés vivo. Mi ex novio es de un genio terrible, su obsesión por encontrarme te salvó. Además al verte con vida, no se imaginó que yo me hubiese cruzado contigo. —Después de obsequiarme sus tragicómicas palabras, ella se rió de buena gana y continuó hablándome—. No preguntes nada guapo, no te conviene. Tú mantén la sensual boca que tienes cerrada. Voy a compensar tu noble gesto de no revelar mi presencia, te aseguro que mi agradecimiento será estimulante y grato. —De las palabras pasó a la acción.

Me abrazó con una mano. La otra la utilizó para sacarme la correa y desabrocharme el pantalón. Su lengua jugaba con mi cuello, impregnándolo de saliva.

—Uhuumm papí, me encantaría morderte el cuello —dijo entre suspiros.

Comprendí quién me tenía entre sus brazos. El miedo rozó mi conciencia, ella lo olió.

—Prometo no morderte. Solo déjate llevar y disfruta.

Con suavidad deslizó su mano por debajo de mi ropa interior, llegó hasta el perineo y comenzó a frotármelo divinamente con la punta de los dedos. Mis emociones se rindieron ante la erótica maestría de la misteriosa dama. Despaché el temor, y le abrí las puertas de mis sentidos al placer. La erección se manifestó en mi cuerpo, potente e inmediata. La rígida carne apuntando hacia la luna selló la victoria de sus caricias y fue la señal para que tomara mis testículos. Los envolvió con su mano, los sopesó con ternura, como si estuviera calculando su peso y dimensión, pasándoselos entre sus dedos, los estrujaba llevándome a la frontera que divide el placer del dolor sin llegar a traspasarla. El goce sentido por mí se presentó inefable. Su mano continuó

con el ascenso, invadiendo la dureza de mi falo y, haciendo presión en él, lo recorrió en su totalidad. Semejante fruición me enloqueció, perdí mi cordura y le grité.

—¡Quiero meterlo ya!

Una sonrisa fue su respuesta, y luego agregó:

—Tocar tu yerta vara y la desesperación con la que me pides un polvo me han provocado unas ganas tremendas de cabalgar. Llegó la hora, lindo.

Colocó ambas manos en mi pecho y me empujó. Caí acostado en la hierba boca arriba. Me sacó con prisas el pantalón y el boxer, que los tenía a medio muslo, dejándome desnudo de la cintura para abajo.

Transitó con su lengua la longitud de mi pene, desde los testículos hasta el glande. Luego se lo metió en la boca. Con la punta de la lengua abarcó en un movimiento circular el sensible perímetro del bálano, culminando la faena con una fuerte succión, desbaratando la percepción de la realidad en mí.

A horcajadas se sentó sobre mi tendida humanidad. Debajo de su falda sentí la tela de sus diminutas bragas. Se las arranqué de un tirón.

—Así me gusta, mi macho, con ardor y pasión —me susurró al oído, sin dejar de mordérmelo y chupármelo.

La tomé de las nalgas y la senté en mi enarbolada fogosidad, penetrándola hasta el fondo de su divina gruta. Sin ambos poder evitarlo, y al unísono, se escapó de nuestras gargantas un desvergonzado gemido; "Aagghhaa", acompañado de la frase: "¡Qué rico!"

Ella, a medida que aceleraba los movimientos, los alternaba: adelante, atrás, arriba, abajo, en círculos y cualquier otra trayectoria irregular que su desbordado ímpetu le sugería. Su apasionado desenfreno se desmadraba con sensual destreza, impidiendo a mi erguido miembro salirse de tan deliciosa trinchera, a pesar del brío de las embestidas propinadas por su ardiente cadera. En la vorágine del placer, tomé su cintura entre mis manos para poder

seguir el ritmo avasallador de su lujuria y retardar el inevitable desahogo del deleite compartido. Los minutos se iban diluyendo en la frenética danza, nuestros cuerpos la interpretaban siguiendo la cadencia de la excitación.

— Uuummmhh, divino, voy a acabar. —El susurro de sus palabras apareció como una bendición. Íbamos a sentir juntos el paroxismo del placer. Su corrida llegó en el momento oportuno, porque yo ya no aguantaba más.

Mientras desahogaba mi regocijo, en medio de paradisíacos espasmos vaginales que extrajeron hasta la última gota de mi preciado semen, sentí que mi rostro se iluminaba y un extraño calor lo invadía. El sexo es mágico, pensé, los ángeles vienen a brindarnos pleitesía. Estaba equivocado. No eran ángeles, ni mucho menos venían a honrarnos. Era la policía, que apuntaba el rostro de mi acompañante y el mío con sus linternas.

Eran dos. Con altanería me obligaron a vestirme. Un sudor frío empapó mi espalda. Nos encerrarían por 72 horas, pena a pagar por el delito de: "Actos obscenos en lugares públicos". La luna llena se presentaría en el siguiente crepúsculo. Sería catastrófico para mí que me metieran en una celda.

A ella la mandaron a levantarse la falda, los muy cabrones. La excusa: asegurarse que no escondiera drogas en los genitales.

—Papí, ven y me la levantas tú. —Un beso acompañó las coquetas palabras.

—Con la ley no se juega, zorrита. Te voy a enseñar a respetar.

A grandes pasos se acercó a mi ocasional compañera, pero ella se movió tan rápido que no supimos a dónde fue a parar. Hasta que el grito del policía que me vigilaba a mí nos indicó el lugar, justo detrás de él. Lo sujetó con ambos brazos rodeándole el abdomen, con la suficiente fuerza para dejarlo sin aire. La hembra abrió la boca mostrando un par de largos y afilados colmillos, que sin piedad se clavaron en el cuello del oficial. En apenas unos

segundos, lo dejó sin sangre.

El otro, al ver la escena, intentó huir. Los ágiles movimientos de la vampiro se lo impidieron. El desgraciado agente corrió con la misma suerte de su compañero: morir desangrado en los brazos de una bella mujer.

—¿Se van a convertir en vampiros? —pregunté

—No, para nada. Los dejé con muy poca sangre. Además, no voy a llevar a mi mundo este par de pendejos —Me sondeó con atenta mirada y me guiño el ojo, para luego decirme.

—Allí te dejo la mercancía, para que continúes el festín. —Sus palabras me revelaron que había descubierto mi peculiar condición.

Mi exótica amante, desapareció sin despedirse.

Antes de irme a casa, arrastré los cadáveres hasta el margen de la quebrada "Los cedros", que atravesaba el parque y el pueblo. Los escondí en su lecho tapándolos con ramas, esperando que la intensa humedad, retardará su descomposición.

En la noche siguiente, los rayos de luna llena cubrieron las células de mi cuerpo, propiciando la desagradable reacción que induce cambios en la estructura física, dando paso a la forma animal, transformándome en lobo. Sí, soy un licántropo, obligado por las circunstancias a subsistir con esta dualidad que destaca mi existencia.

Mi agudo olfato me guió hasta el manjar que reposa en los linderos del arroyo, con el hocico quité las ramas que lo cubrían, y comencé a engullir corazones, pulmones, hígados, riñones y cuanta carne se atravesó en mis afilados dientes. Desgarré músculos y vísceras, saciando mi irrefrenable apetito. Con mi hambre aplacada, ocurrió lo inesperado. Mi cuerpo recuperó su condición humana. Nunca antes me había ocurrido. En los otros periodos de plenilunio, deambulaba por los montes cazando pequeños animales para mitigar el apetito, sin nunca saciarme. En esas condiciones, solo podía volver

a ser hombre cuando la fase lunar de máximo brillo cambiaba.

El agua del torrente me estaba mojando los tobillos, su frescura me recordó que tenía una cita. Busqué el reloj que minutos atrás había escupido, antes de convertirme en humano de nuevo, tragando como lobo me había atorado con él. Marcaba diez minutos para las once.

La quebrada pasa justo detrás de la urbanización "El recreo", lugar donde habita la mujer de mis sueños, así que corrí riachuelo abajo para disfrutar del encuentro. Espero no le importe, verme llegar a su casa... ¡completamente desnudo!

MARÍA GALLEGO

María Gallego, autora de *Martina y su caja de zapatos*, *Tiempos raros para el amor* y *Rescate al Olvido* (Editorial Dech). Escribe relatos de diferentes géneros. Su reto es escribir un relato sobre Superhéroes.

LA CUEVA DE LAS PASIONES

Jamás entendí por qué nos eligieron a nosotras. Nuestro planeta por fin había conseguido la ansiada paz y no viviría amenazado por los Siones que trataban de invadirnos desde el principio de los tiempos. Nuestros eternos y salvajes enemigos habían sido derrotados y ahora nos desterraban a un planeta pequeño y azul a cuidar de unos insignificantes seres que no tenían habilidades conocidas. Podrían haber sido comida de los Siones o de cualquier otra especie que cohabitaba con nosotros. ¿Por qué se les dejaba vivir? ¿Por qué enviaba el Emperador a dos de sus guerreras más fuertes? No podía entenderlo. Pero la obediencia está por encima de la razón.

Tuvimos que buscar a un hombre. Nos dieron instrucciones precisas. Él sabía de nuestra llegada y nos introduciría en la sociedad de forma discreta. Nadie debía saber quiénes éramos en realidad y mucho menos conocer nuestros dones. Debíamos protegerles por encima de todo, sin que nadie descubriera nuestro secreto. Tratar de llevar la misma vida que llevaban ellos.

Aquellos ridículos humanos nos hicieron tener sentimientos que nunca habíamos tenido. De repente, afloraban en nosotras sensaciones que nunca habíamos experimentado. Los niños sonreían y nos provocaban en el interior sentimientos de gratitud. Con el tiempo fuimos descubriendo la ternura, la alegría, el amor... Los humanos se apareaban y copulaban en pareja pretendiendo que esta durara para siempre. Tenían hijos que cuidaban entre

ambos mientras convivían en una misma morada. No quedaban para copular en la cueva, como nosotros. Empezaron a parecer una especie adorable. Con sus ganas de ayudar, sus sonrisas. Sus promesas...

Kara lo llevó peor que yo. La conquistaron de forma inmediata. A la mínima oportunidad acunaba bebés ajenos y me miraba suplicante. Quería uno para ella, me decía. Se dejó engatusar por su forma de vida. A veces la sorprendía viendo el televisor y llorando por películas que ni yo entendía. Eran humanos metidos en una pantalla haciendo que vivían sucesos que en realidad no pasaban. Me superaba todo.

Kara rompió su pacto. Empezó a salvarlos. Trataba de mantenerlos con vida a toda costa. Paraba el tiempo y conseguía evitar accidentes, suicidios, asesinatos. La descubrieron cuando usaba sus dones y comenzaron a llamarla cuando estaban en peligro. Poco les faltó para llenarla de reproches. Kara no llegaba a todo, estaba exhausta. Yo no nací para salvar, mi naturaleza es guerrera. Matar y destruir. Los odiaba. La hacían sufrir. Kara lloraba desconsolada. Descubrí que sus adorables seres en el fondo eran una escoria. Se unían en pareja para después copular a escondidas con otros. Engañaban, deseaban aquello que no poseían y trataban de hacer daño para conseguirlo. Les deseaban el mal a otros. Eran capaces de poner una sonrisa y pensar barbaridades. Escuchaba sus pensamientos y me hacían enfermar. Había que terminar con una especie tan detestable.

—¿Qué habéis hecho?

—Era un planeta horrible, Emperador. Se estaban auto destruyendo y tampoco hemos perdido nada. Lo he destruido.

—Y, ¿Kara?

—Está en la cueva de las pasiones. Estaba muy triste y la dejé traer un regalo.

—¿Qué regalo?

—Un hombre, Emperador, un juguete.

—¡Menos mal! Todavía se puede cumplir la profecía.

—¿Profecía? —pregunté asombrada.

—Para eso os envié, ingrata. Una de vosotras debía copular con un humano y concebir un híbrido. Ese mestizo salvaría nuestro planeta y propagaría nuestra especie, teniendo dones que ninguno hemos tenido jamás.

—¿Por qué no nos lo dijo? —pregunté alarmada.

—Porque debía surgir de forma natural. La cópula no debía producirse con violencia. Kara y ese humano son nuestra única esperanza.

Corrimos a la cueva de las pasiones, debíamos informar a Kara. Había que proteger al último humano que quedaba con vida. Al llegar a la cueva escuchamos un lamento. Era un leve rumor como el gemido de un animal herido. Kara sostenía al humano en sus brazos. El humano estaba desnudo. Se apreciaban todos los músculos de su torso a pesar de la sangre. Kara le había arrancado el corazón.

—Pero, ¡qué has hecho, Kara! —gritó el Emperador angustiado.

—Yo solo quería su amor. Quería que me mirara y me hiciera suya. Que me diera esos besos que veíamos en la pantalla. Que me regalara un bebé tierno y sonrosado. Solo quería sentir lo que ellas sentían. Estaba aterrizado. Lloraba por su familia y amigos. Le habíamos destrozado la vida, decía. Los superhéroes no dañan, gemía. Salvan vidas. He tenido que matarle porque no me quería.

—Y como castigo tendremos el mismo final que ellos —dijo el

Emperador abatido —. Os envié para protegerlos, para mantenerlos con vida. Y habéis acabado con toda una civilización. Sois unos monstruos.

—No, mi señor, no somos monstruos. Somos lo que siempre hemos sido. A los humanos les han matado sus mentiras...

—¿Y a nosotros? ¿Qué nos matará? —preguntó el Emperador.

—Las mismas. Si nos hubiera dicho la verdad, seguirían con vida.

AGER AGUIRRE

Mi nombre es Ager Aguirre, soy un escritor que ha probado en distintos géneros como la aventura o la novela policíaca.

Publiqué mi primera novela, Los nietos de Dios, en 2016. Un libro de aventuras. Dos años más tarde he publicado Póker de asesinatos, novela policíaca con la que he quedado finalista del Premio Literario Amazon 2018.

Y nunca, jamás, me imaginé escribiendo un relato Chick Lit, entre otras cosas porque, hasta este reto, ni siquiera sabía lo que era...

Os dejo con:

PASADO DE MODA

Había sido un día horrible. Cuando bajé a comprar el pan, me quedé encerrada en el ascensor con ese vecino desagradable, tanto al oído como al olfato, que todas tenemos; se me estropeó el calentador en medio de una ducha y me congelé tanto que perdí una talla de zapatos de lo que encogí los dedos.

Decidí pasar la tarde del sábado yendo al cine a ver una de esas películas de Marvel que tan de moda se han puesto y que a mí tanto me gustan desde que leía los cómics de pequeña.

Iría sola, como la última veintena de veces. Hace tiempo que los planes de mis amigas incluyen pañales, tardes en el parque o sesiones interminables de dibujos en algún canal de televisión infantil. Todas están casadas y/o tienen hijos.

Aunque no me importa. Siempre he sido una mujer independiente; disfruto de tener tiempo para mí. Nunca me he visto como la media naranja de nadie y, de elegir un fruto, siempre he preferido el plátano.

Me considero un fruto completo. Apetecible, en su punto perfecto de madurez. Pero no uno cualquiera, sino uno de esos de las ramas más altas, inaccesible para aquellos que no estén dispuestos a esforzarse.

Estoy harta de conquistadores de apariencia perfecta pero con el alma muerta, como el ramo de flores que llevan en la mano; de pretendientes de sonrisa brillante, pero vacía como su cerebro; de caballeros de lustrosa armadura dispuestos a batirse en duelo por conquistarme, aunque incapaces

de aguantar la mirada de una mujer decidida; me aburre que insistan en pagar la cuenta o que se empeñen en protegerme de la lluvia como si fuera a deshacerme, a estropearme.

La lluvia me hace sentir libre, como cuando de pequeña saltaba sobre los charcos sin importarme ensuciar la ropa.

Si alguna de mis citas se comporta como un príncipe azul, rescatador de princesas en apuros, pierdo todo el interés que pudiera tener en él.

Más cerca de los cuarenta que de los treinta años, tengo muy claro lo que quiero y sé muy bien cómo cubrir todas mis necesidades. Si necesito que me suban la moral, llamo a mi madre; si quiero un abrazo tierno y cálido, duermo con Yogui, mi oso de peluche, herencia de una adolescencia para mí aún cercana; si necesito sexo sin preguntas ni momentos incómodos, bajo al supermercado a comprar pilas.

No me cierro al amor, pero, de la misma forma que no necesito tener una cita todos los días, tampoco lo anhele como si fuera un oasis y yo una sedienta viajera por el desierto de una solitaria vida. Mi día a día me encanta.

Trabajo en lo que me gusta, puedo permitirme dedicarle el tiempo que quiera sin miradas inquisidoras o jefes absorbentes. Me dedico más tiempo a mí misma, a disfrutar de la vida, que a las preocupaciones y obligaciones. Soy feliz el noventa y cinco por ciento del tiempo. El otro cinco por ciento añoro un abrazo o un beso, pero nada que no pueda solucionar un helado en verano o una taza de chocolate caliente en invierno. Al menos hasta esa noche del sábado.

Al entrar en la sala de cine me di cuenta del error que había cometido. Juntar fin de semana y película de superhéroes no había sido buena idea. La sala estaba repleta de niños correteando por los pasillos mientras los padres se afanaban en gritarles que se estuvieran quietos. Es en esos momentos cuando no entiendo cómo mis amigas se empeñan en decirme que ser madre

es lo mejor que les ha pasado en la vida.

Intentando ganar un poco de tranquilidad y de espacio vital, me senté en la última fila y dejé una silla libre a mi izquierda donde poder dejar el bolso y apoyar el brazo sin incomodidades. Son pocas las personas que acuden solas al cine y es un truco que siempre suele funcionar. Y necesitaba ese espacio libre después de no haberme recuperado de la media hora oliendo el «perfume» de mi vecino.

Las luces del cine se apagaron, aunque el lugar seguía iluminado por las pantallas de los móviles. El murmullo de la sala se veía alterado por el grito de algún niño y la consiguiente bronca de la madre, como el trueno que te asusta incluso después de haber visto el rayo.

Con las primeras imágenes de la película llegó la tranquilidad. Me puse cómoda en mi asiento, alegre al comprobar que nadie se había sentado a mi lado. Pero la calma y su alegría fueron efímeras, cual ojo del huracán en medio de la tormenta.

—Disculpa, ¿está ocupado?

Aunque estuve tentada de decir que sí, negué con la cabeza y recogí el bolso poniéndolo sobre mi vestido. Un chico, que desde mi posición me pareció muy alto, me miraba con cara de cordero degollado. El cine estaba prácticamente lleno y no era plan de hacerle sentar entre la jauría de niños.

—Gracias —añadió al tomar asiento mientras colocaba su bebida en el reposabrazos y empezaba a comer sus palomitas, incluso antes de terminar de sentarse.

Yo no acostumbro a comer palomitas en el cine. No porque no me gusten, sino porque hasta el envase más pequeño me parece una barbaridad. Intenté centrarme en la película, pero no podía dejar de ver cómo el chico comía con gusto aquellas pequeñas delicias de maíz. Le lanzaba cortas miradas furtivas mientras sentía cómo empezaba a salivar y volvía a mirar a la pantalla,

intentando olvidarme de mi antojo sin conseguirlo.

—¿Te apetecen? —preguntó el chico, pillándome por sorpresa y colocándome el bol de palomitas enfrente. Le miré confusa. ¿Quién ofrece palomitas a una desconocida?—. Llegué con hambre al cine después de pasar el día fuera de casa y me entusiasmé pidiendo el paquete grande. No creo que vaya a poder terminarlas —añadió como si intentara justificarse.

Sin decir nada, porque no sabía qué decir, metí la mano dentro del bol y cogí un par de palomitas mientras esbozaba una sonrisa que no sabía si el chico iba a poder ver en la oscuridad de la sala.

—Las dejo en medio, por si te apetece alguna más.

La reacción del chico, tan natural como insólita, me dejó dubitativa durante unos instantes. Tan pensativa que me despisté del hilo argumental de la película.

«¿Y ahora qué hago? Si cojo más palomitas, voy a parecer una gorrana hambrienta y, si no cojo, va a pensar que soy una estirada desagradecida y además las palomitas acabarán en la basura. ¿Qué hago?», pensé.

Decidí tirar por la calle de en medio. Aguantaría unos minutos sin coger palomitas del bol para no parecer ansiosa y luego cogería unas pocas sin dejar de mirar la pantalla, con naturalidad. Al fin y al cabo, el chico me había dado permiso.

Aunque intenté ser natural, la mano me temblaba cuando me decidí a llevar a cabo la idea. El olor a hierba fresca recién cortada que el chico desprendía tampoco ayudaba a calmarme. Es uno de mis olores fetiche y una brisa fresca para mi mancillado olfato.

Cogí unas cuantas palomitas, intentando que mi torpeza no volcara el contenido al suelo. Él no dijo nada y, pasado el momento incómodo, las fui comiendo mientras intentaba volver a centrarme en la película. Por suerte, en las historias de Marvel, lo de menos es el hilo argumental.

El film cumplía con su función de entretener y me dejé envolver tanto por el mundo del cómic y sus luchas que seguí comiendo palomitas como si fueran mías, hasta que su mano chocó dentro del bol con la mía y regresé a la realidad.

—¡Uy, perdón! —murmuré sin apartar la cabeza de la pantalla, temblando como una niña a la que han descubierto robando un caramelo en una tienda de gominolas.

—Están ricas, ¿eh? —preguntó el chico con un tono jocoso que interpreté como un «te has comido la mitad del bol, cabrona».

Por fortuna la escasa luz del cine no le permitió ver que me había sonrojado.

No volví a meter la mano en el bol hasta que las letras anunciaron el final de la película. Todo el mundo empezó a levantarse de sus asientos. Todo el mundo menos el joven y yo.

—Veo que te gustan las películas de Marvel —me dijo el chico.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso te sorprende que a una chica le puedan gustar las películas de superhéroes? —pregunté de forma airada, poniéndome a la defensiva aún ofendida por su comentario anterior.

—No lo digo por eso. Lo digo porque somos los fans de Marvel los que sabemos que después de las letras siempre nos depara una sorpresa. Somos los únicos que nos quedamos sentados a esperar.

Me sonreí. Él tenía razón. Marvel siempre pone uno o dos minutos de película después de las letras con algún adelanto de su próximo estreno. Esa no fue una excepción.

Solo cuando se encendieron las luces del cine, me puse en pie, recogí el bolso y me coloqué el vestido, que se había recogido en el estómago, mientras esperaba a que el chico se levantara. Era la primera vez que podía fijarme en él.

Llevaba el pelo largo, pero bien peinado; barba de un par de días que le hacía aparentar más edad de la que en realidad tenía; un jersey de pico de Alan Paine y unos jeans slim fit de la marca Calvin Klein, de tejido denim muy casual, que dejaban poco a la imaginación y que me hicieron fantasear con su cuerpo tan apetecible. Antes de que él terminara de recoger, mis pensamientos ya me habían vuelto a sonrojar. El chico era bastante atractivo y cuando me miró, no pude evitar una sonrisa tonta.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó antes de dejarme salir al pasillo—. Demasiadas palomitas para tan poca Coca-Cola —añadió, señalando el vaso vacío de su asiento cuando vio que tardaba en responderle.

—Sí, por qué no. A mí también me han dado sed tus palomitas —respondí menos decidida de lo que deseaba sonar. En realidad, pensaba aceptar sin que me diera más motivos, mas su propuesta me había puesto nerviosa.

El chico resultó llamarse Rubén, tenía treinta años y había llegado tarde al cine porque le había surgido un problema en su empresa.

—Los jefes siempre aparecen con problemas de última hora —dije comprensiva.

—En realidad, yo soy el jefe —aclaró Rubén.

Entendí que la expresión «su empresa» no era la típica frase hecha que solemos usar para apropiarnos de las cosas en las que participamos, aunque en realidad no sean nuestras, y sonreí divertida. Cuando estoy tonteando con un hombre, me gusta que su conversación sea capaz de descolocarme y que me aguante la mirada. Rubén hacía ambas cosas.

Intenté utilizar todas mis armas para seducirlo: mi sonrisa, mi expresión corporal, mi voz más seductora... Todos mis esfuerzos parecieron irse al traste cuando, al regresar del baño, al que había ido para arreglarme un poco más para llamar su atención, el taburete de la barra me jugó una mala pasada y terminé en el suelo, como las tortugas que no pueden girarse para ponerse

en pie, enseñándole mi ropa interior, poco seductora, mucho antes de lo planeado.

—Pagamos a medias, que yo ya he invitado a las palomitas —expuso Rubén tras ayudarme a levantar sin poder contener la risa, cuando ya habíamos tomado la segunda copa, después de una larga y divertida conversación en la que las películas de Marvel y los hobbies de ambos habían sido el hilo conductor.

Estallé en una carcajada. La mejor manera de evitar una situación vergonzosa es riéndote de ella. Además era como si me hubiera leído el pensamiento en ese instante. Había deseado desde el primer momento que Rubén no fuera uno de esos «caballeros» dispuestos a apartarme la silla y a invitarme a todo para conquistarme. El chico me gustaba y tenía toda la intención de invitarle a mi casa. Las vistas y la conversación me habían hecho tener ganas de una noche de sexo y hubiera sido una pena que Rubén lo estropeará en el último momento y tener que conformarme con el juguete de mi mesilla.

En cuanto salimos del bar, y viendo lo poco exitosas que me habían resultado las técnicas de seducción, no me anduve con rodeos. Tenía claro lo que quería y no me iba a conformar con menos. Coloqué mis manos en los hombros de Rubén y le besé. Un beso cálido, pasional, de esos que no solo calientan los labios y te revuelven entera por dentro. Rubén me correspondió agarrándome por la cintura.

—Veo que te gusto —susurré a su oído. Llevaba un rato sintiendo los botones metálicos de sus jeans aprisionados y curvados contra mi vientre.

—¿Y yo a ti? —preguntó él intentando que la conversación fuera la válvula de escape a sus instintos.

—Puedes comprobarlo... —Agarré su mano y la coloqué en mi pecho.

—Vaya... late fuerte tu corazón —tartamudeó Rubén, sorprendido por mi

reacción.

—No es la parte de mi cuerpo que con más fuerza haces latir —repliqué antes de besarle.

Rubén dejó de contenerse. No le frené. No detuvimos nuestros besos, ni la pasión, ni para preguntar a casa de quién íbamos. Nos dejamos llevar hasta terminar jadeando al compás en un banco poco iluminado de la esquina del parque. Sexo salvaje, morboso, intenso, sin más objetivo que exprimir al acompañante hasta saciar la propia sed.

Al terminar, cuando el morbo y el deseo dejaron paso al pudor, ambos nos reímos mientras nos arreglábamos las ropas y mirábamos a los lados con miedo de haber sido descubiertos.

A mí me costó unos minutos recuperar el aliento. A Rubén le temblaban las piernas mientras paseábamos.

Al llegar a mi casa, solté una risita antes de taparme la boca con la mano.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rubén.

—Nada. Simplemente creo que estás de suerte —respondí, sonriendo antes de pedirle su número de teléfono y despedirme.

Rubén es especial, distinto a los otros chicos que he conocido antes. Compartimos gustos, tiene una conversación divertida e inteligente y no le importa dejarse llevar por sus deseos, aunque estos puedan ser descubiertos por miradas indiscretas.

Pero lo que me hizo darme cuenta de que Rubén puede ser ese chico especial es que, mientras paseábamos de regreso a casa, él me había puesto su chaqueta sobre los hombros, y en lugar de parecerme una estupidez pasada de moda, me había parecido el gesto más tierno del mundo.

TRICIA ROSS

Soy autora de romántica y erótica, con algunos toques de suspense. He hecho mis pinitos en el thriller y la ciencia ficción. Tengo seis novelas a la venta en Amazon (*Después de la lluvia*, *El Final del Camino*, *Tres son Multitud*, *mi Biología Miradas* y *Las Alas Blancas de las Mariposas*), así como relatos de temática variada en mi web www.triciaross.es

Para sacarme de mi zona de confort, mis compañeros han elegido la ficción histórica, y como en la votación quedó en segundo lugar el terror, me he permitido combinarlos.

LA CONDESA SANGRIENTA

1609, aldea de Csejte, Hungría.

El castillo se alzaba imponente sobre su cabeza, como un gigante de piedra. La pequeña Imara Féher temblaba como una hoja. Su padre le había dado la más fina de las capas, pues en su casa pasaban frío y en el castillo de una condesa habría leña de sobra para encender las chimeneas.

Imara prefirió no pensar en su casa ni en su padre mientras entraba en aquel siniestro lugar acompañada de la sirvienta que la había recogido en su pueblo, a medio día de viaje. Tenía solo nueve años, pero sabía que su progenitor la había enviado a ese castillo con la excusa de recibir una educación, ya que esa rica e inteligente condesa ofrecía sus conocimientos sin pedir nada a cambio a las jóvenes de familias más humildes, aunque lo que en realidad subyacía a esa decisión era la imperiosa necesidad de ahorrarse una boca que alimentar. Se sentía triste, expectante y temerosa a la vez. Ese castillo era antiguo y se respiraba en su interior un ambiente extraño. Sin embargo, en cuanto Imara entró en la que sería su habitación, olvidó cualquier temor que pudiera haber sentido. La estancia era casi tan grande como la casa donde se había criado. En un rincón había una gran cama cubierta con cálidas mantas, velas que olían de maravilla y una chimenea que lo caldeaba todo. En el suelo había una mullida alfombra y tapices florales en las paredes. Era un paraíso.

La sirvienta le había advertido que no debía salir de la habitación, pero a

Imara no se le ocurría ningún motivo que pudiera hacerle ir al exterior, donde todo era frío y húmedo.

Pasaron varias horas hasta que la calma de la niña, que había caído dormida sobre la cama, fue perturbada. Alguien entró. Se trataba de una joven unos años mayor que ella, una campesina rubia y delgada que le traía una bandeja con la cena: guiso de venado y pan.

La criada se disponía a marcharse cuando Imara se lo impidió.

—Espera, por favor —le dijo. Pensó que, pese a la diferencia de estatus, podrían ser amigas—. ¿Cómo te llamas?

—Margit, señorita.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Solo unos meses.

Margit parecía nerviosa y la niña no sabía por qué. De pronto, algo llamó su atención, las manos de la joven criada estaban hinchadas y llenas de heridas. Margit las quiso esconder en cuanto se dio cuenta, pero era tarde.

—¿Qué te ha pasado?

Por toda respuesta, ella se dio rápidamente la vuelta y desapareció tras la puerta. Imara no se atrevió a seguirla. De nuevo, la sensación de que algo extraño habitaba ese castillo la invadió. A pesar del calor de la estancia, sintió un escalofrío.

Esa noche, quizá por el cansancio del viaje o por la succulenta cena, Imara cayó profundamente dormida y no despertó hasta que los rayos del sol incidieron directamente sobre su cara. De día, el castillo ya no parecía tan tétrico, de modo que, vencido el miedo, se aventuró a salir de su habitación.

Recorrió un largo pasillo, luego otro, y por fin llegó a unas escaleras. Las bajó buscando la cocina, aunque pronto se cruzó con alguien. Era un hombre mayor, tal vez cincuenta años, que la saludó con amabilidad.

—Buenos días, señorita Féher, ¿ha descansado?

—Sí, gracias —respondió—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Iván, soy el mayordomo de la condesa.

—¿Voy a poder conocer hoy por fin a mi amable benefactora? —se atrevió a preguntar.

—Por supuesto, está esperándola en el salón para desayunar.

La emoción volvió a instalarse en el estómago de Imara, que siguió a Iván hasta una amplia sala con una mesa en la que podía haber cabido la habitación que compartía con su hermana Aneska en su pueblo. Allí, sentada con pose regia, había una mujer. Era hermosa, como ninguna que la niña hubiese visto antes, y, a pesar de los años, se mantenía fresca como una rosa. Tenía el pelo claro recogido pulcramente y la piel blanquísima apenas salpicada por las marcas de la edad. Sus ojos azules la miraron con dulzura y sonrió con todos los dientes. Era, sin duda, la condesa Báthory.

—Bienvenida, pequeña —saludó con voz aterciopelada—. Espero que hayas encontrado cómodos tus aposentos. ¿Me acompañas en el desayuno?

Imara no pudo negarse, además, estaba hambrienta. Durante la siguiente hora, pasó de la sorpresa a la admiración hacia la condesa. Era sin duda una mujer inteligente, hablaba con una delicadeza inusual en su género y sus modales eran impecables. De hecho, corrigió a Imara en alguna ocasión, aunque lo hizo de forma amable y maternal. Al terminar el desayuno, la condesa insistió en enseñarle algunas de las impresionantes estancias del castillo de Csejte: la sala de música, la biblioteca, los jardines... Todos a su disposición si Imara lo quería. Sin embargo, la condesa le advirtió de una única norma: mientras estuviera en el castillo, no debía hablar con nadie del servicio, solamente con ella, con Iván o con Dorotea, la mujer que había ido a buscarla a su casa. Imara accedió, aunque no pudo evitar preguntarse por qué.

Los días se sucedieron en el castillo e Imara comenzó a sentirse a gusto entre sus muros de piedra. La condesa le enseñó a tocar el arpa, a entender los

escritos de antiguos filósofos, a hablar latín y a ser piadosa. Entre clase y clase, el afecto y admiración de Imara por esa mujer tan notable aumentaba, pero seguía sin comprender por qué no podía hablar con el servicio, especialmente con Margit, a la que había visto alguna vez por el castillo, sin atreverse a dirigirle palabra.

Una noche, Imara despertó bruscamente en su alcoba con un terrible dolor de estómago. La tarde anterior había tomado un puñado de nueces y no era la primera vez que ese fruto la provocaba malestar. Recordó que su madre solía prepararle una infusión de hierbas que le calmaba el dolor, de modo que, angustiada por los retortijones, se levantó de la cama y se aventuró por el castillo oscuro en busca de algún sirviente.

Llegaba al piso inferior cuando escuchó un sonido. Era como un lamento. Siguió ese rumor hasta que, en uno de los rincones de la despensa, encontró una figura agazapada en la oscuridad. Era Margit y esta vez su estado era terrible; tenía golpes y magulladuras por todo el cuerpo. Imara se apresuró a ayudar a la joven criada. Le preguntó qué le había pasado, pero no obtuvo respuesta y, tras aplicarle paños fríos en las hinchadas heridas durante un rato, Margit se durmió. La mañana estaba llegando y sintió miedo de ser descubierta en la despensa junto a una sirvienta, de modo que regresó a su habitación y a su rutina diaria sin olvidar aquella extraña noche.

Pasaron los días, y no volvió a ver a Margit. Pronto llegó al servicio del castillo una nueva chica, más o menos de la misma edad; pero ella, igual que Margit, desapareció al poco tiempo sin dejar rastro. Varias veces se sucedieron patrones similares e Imara comenzó a sospechar. Decidió que era hora de investigar y, una mañana muy temprano, se escabulló a la zona del castillo donde se alojaba el servicio. En silencio, se deslizó por corredores húmedos y poco iluminados, muy diferentes de aquellos que ella habitaba, hasta que finalmente escuchó voces. En una habitación dos chicas hablaban,

parecían dos criadas, pero Imara no las había visto nunca.

—Dicen que una vez su doncella personal la estaba peinando cuando, sin querer, dio un fuerte tirón. La condesa la golpeó con tanta fuerza que la hizo sangrar y varias gotas de sangre le cayeron sobre la piel —decía una de ellas en un susurro que llegó a los finos oídos de Imara—. La condesa vio que allí donde había caído una gota, su piel rejuvenecía, y desde entonces se dice que se baña en la sangre de sus jóvenes criadas, asesinadas.

—Por Dios, ¿y qué podemos hacer para escapar? —preguntó la otra, aterrada.

—Yo ya soy mayor, y tengo que alimentar a mi familia —replicó la primera—. Pero tú, Pola, deberías huir y buscar ayuda. Ya casi no quedan chicas en los pueblos de alrededor. La Condesa Sangrienta ha acabado con todas y pronto irá más lejos a por más chicas. ¡Hay que evitarlo!

Imara sintió que se le congelaba el aliento en el pecho ante lo que esas sirvientas decían.

—Pero no tengo pruebas, me podrían colgar por acusar a una noble de asesinato —protestó Pola.

—¿Acaso no has visto el campo detrás de los cobertizos? Está lleno de tumbas de las desdichadas que estuvieron aquí antes que nosotras —insistió la primera—. En los meses que llevo aquí he limpiado infinitas manchas de sangre de las ropas de la condesa, y he visto desaparecer a tantas niñas que he perdido la cuenta. Dicen que hay una habitación llena de aparatos de tortura abajo, en los calabozos, y que ahí lleva a las chicas para hacerlas sufrir mientras las desangra.

Imara sintió que se le revolvía el estómago y decidió salir de ahí antes de terminar vomitando. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la conversación que había escuchado, así que dirigió su rumbo hacia los cobertizos donde comprobó que era cierto, que, en el amplísimo campo que

se extendía tras la edificación de madera, había una multitud de pequeños montículos de tierra removida, algunos con improvisadas cruces de madera, otros desnudos y desamparados. Imara no quiso mirar más, el horror comenzaba a apoderarse de ella y se dio la vuelta para regresar a su alcoba cuando oyó que alguien se acercaba. Se ocultó tras unas maderas y vio, aterrorizada, cómo Dorotea arrastraba a una niña desde el castillo al cobertizo. La pobre infeliz parecía desmayada, o eso quiso pensar Imara, pues aún después de que Dorotea se hubiera marchado, no tuvo agallas para abrir la puerta del cobertizo y comprobar el estado de la niña.

Esa noche no pudo dormir, ni la siguiente, ni tampoco a la otra. Aquello era una pesadilla y durante días evitó encontrarse con la condesa, poniendo una excusa tras otra hasta que resultó extraño, hasta que la propia Báthory se presentó en la puerta de sus aposentos. Imara temblaba mientras la noble la escrutaba con su mirada.

—Dices que estás enferma, ¿qué te ocurre? —Se esforzaba por ser amable, pero Imara no pudo dejar de notar su irritación.

—Me siento muy débil, señora —respondió aterrada—. Añoro mi hogar y desearía poder volver con los míos.

—Te aseguro, pequeña, que no encontrarás un lugar mejor donde sanar que este castillo.

—Por favor, déjeme volver a mi casa.

La niña intentó controlar el llanto, mas no pudo. Finalmente, la condesa, con un rictus de desprecio en su rostro, se levantó y se encaminó a la salida.

—Creí que estabas hecha de otra pasta, joven Féher —dijo—. Mañana podrás irte.

Y sin más, se marchó. Imara no supo si debía sentirse aliviada o alarmada. ¿De verdad iba a dejarla marchar la condesa? Algo le decía que no, que solo tendría una oportunidad para huir. Esa noche.

Cuando el castillo quedó sumido en la oscuridad, Imara ya estaba preparada. Con el corazón en un puño, recorrió sigilosa el camino trazado en su mente hasta que consiguió salir del castillo. Nadie le cortó el paso, sin embargo, fue lo que vio en su huida lo que la hizo detenerse de súbito. Imara descubrió a la vieja Dorotea y al mayordomo Iván llevando consigo a la fuerza a una niña en una desvencijada carreta. La chica pataleaba y gritaba, por lo que Imara, oculta a un lado del camino, reconoció su voz. Era Pola.

Siguió a la carreta hasta una entrada que descendía hacia los calabozos. Una vez estuvo ahí, no pudo evitar continuar. Necesitaba saber si el horror descrito por las sirvientas era cierto, de modo que, amparada por la oscuridad, se adentró en los calabozos donde Pola se debatía con ineficaz fiereza. De pronto, una figura apareció en la estancia, bajando unos escalones de piedra. Vestida de blanco, su magnificencia todavía resultaba mayor en aquel entorno tan pobre. La condesa miró a Pola con frialdad y habló.

—Me han dicho que has escapado del castillo y has ido a hablar con el pastor. ¿Con qué intención?

—Deben saber que su señora es una bruja que asesina niñas —gritó Pola, desesperada—. Pronto mandarán a alguien a ver el campo de cadáveres que ha sembrado y el cobertizo lleno de cuerpos. Sus días de impunidad han acabado.

Una risa chirriante que erizó el vello de Imara salió entonces de la boca de la condesa.

—¿De verdad piensas, niña estúpida, que me van a condenar por matar a mis criados? —replicó la mujer. A Imara le costó reconocer en ella a la amable señora que la había acogido en el castillo—. Soy una condesa, provengo de un largo linaje de nobles y príncipes, soy más rica que el mismo rey. ¡No me hagas reír!

Acto seguido, indicó a Iván que sujetase a la desertora mientras Dorotea le

traía lo que ella llamó «La Doncella de Hierro». Imara contempló con horror y estupefacción el artilugio que simulaba la figura femenina, pero que se abría como un sarcófago, y cuyo interior estaba lleno de afiladas cuchillas. La pobre Pola forcejeó hasta su último aliento, tratando de evitar que la introdujeran en aquel aparato. Imara apartó la mirada en el momento en que el sarcófago fue cerrado con la niña dentro, pero no pudo dejar de escuchar el horrendo sonido de su carne desgarrándose, ni el borboteo de la sangre que comenzó a chorrear desde el aparato, suspendido en el aire. Imara lanzó una última mirada a la condesa, cuyo vestido se teñía de rojo bajo aquella ducha de sangre, y a Dorotea que recitaba los conjuros para dotar de juventud y salud a su ama con la vida de la pobre Pola. Sin darse cuenta, Imara emitió un suave jadeo que pasó desapercibido a las mujeres, pero no a Iván que se volvió hacia ella y la descubrió agazapada, espiando la escena. De inmediato la niña echó a correr consciente de que su vida dependía de ello y no paró hasta muchas horas después, hasta el límite de sus fuerzas, por suerte suficientes para escapar de la temible condesa y su séquito.

Años después, supo que los horrores acontecidos en aquel castillo a manos de la condesa Báthory fueron descubiertos y condenados. Era cierto que una noble no podría nunca pagar sus crímenes con la vida, pero la riqueza y poder de la condesa tenían un doble filo, y era la envidia y rencor que suscitaba entre sus iguales. Fue por ello por lo que el rey ordenó que fuese desposeída de sus pertenencias y recluida en el castillo, donde murió años después, vieja, enferma y sola.

Solo cuando conoció esta noticia, Imara pudo por fin volver a dormir por las noches.

AGUSTÍN GARCÍA AGUADO

Agustín G. Aguado es autor del libro de relatos *La ternura de las bestias* de la editorial ACEN. Durante el presente año, ha obtenido el primer premio en varios certámenes literarios, destacando el de Tierra de Monegros. Su reto es escribir un relato erótico suave.

LOS AFLUENTES DEL DOLOR Y OTRAS ÑOÑERÍAS

Sábado, Madrid, una botella de Jagermeister y la ausencia de la doña como un lindo veneno para traspasar umbrales de todo tipo y romperse la crisma. Así me vi yo el día de autos, o mejor dicho, la eterna jornada en que Lupe decidió largarse con aquel inglés, campeón europeo de balconing, que llevaba dos semanas revoloteando como una polilla entre sus bragas. Me lo veía venir. Es un compi del Erasmus, me decía con el convencimiento de quien tiene expuesto el coño a toda clase de polinizaciones. Y una mierda, ese cateto pelirrojo no tenía ni idea de quién era Marlowe, ni siquiera podía mantener una conversación que no derivara en las conquistas futbolísticas del Liverpool o en las excelencias vomitivas del pudding patrio. Sánchez me había prevenido, el conserje del colegio mayor también había intentado avisarme con su lengua de trapo; hasta Sonia, la amiguísima de Lupe, quiso darme pistas, quizá para que la tragedia tascase a tiempo el freno de mano y la cosa no llegase a más. Pero el amor es como una ristra de ajos colgada de la pared. Primero luce mucho, y hasta ahuyenta a posibles vampiros que quieran entrar en escena arrollándolo todo, pero, después, al cabo del tiempo, ves cómo comienzan a repelarse las cabezas y percibes un olor a podrido que echa para atrás. Eso es el jodido amor, y no otra cosa. Pero solo logras identificar el peligro cuando estás hundido de barro hasta las rodillas. Así que los consejos actúan como bálsamos inútiles, y terminan por hacer daño y por

atragantarse en la garganta igual que migas de pan reseco.

ACTO I (Lupe y mi sombra)

Bajo el airbag de sus tetas no es posible respirar, pero quién desea bombear aire cuando estás muriendo de placer y solo te preocupas de orientar el periscopio para entrar en la fiesta a tiempo. Observo el sujetador negro sobre el respaldo de la silla. Parece una guitarra sin cuerdas que evoca una música callada, como la danza del apareo donde lo que importa es la recreación de un nuevo lenguaje. Cursi ella cuando me mira y señala mi bragueta como una vigía despiadada. Cursi yo, y hasta un pelín descerebrado, porque en ese momento sublime me entran ganas de mear e inicio el vuelo de la garza que terminará inexorablemente en el váter. Allí se producirá el milagro de los panes y los desodorantes. Olerme los sobacos, extraer del cajón de la memoria algún verso chulo de Benedetti para sorprenderla, y todas esas mierdas que sirven de ornamento a un buen polvo. Cuando abandono por fin mi éxtasis metabólico, la veo desde las alturas, desnuda y confusa y tratando de cerrar los ojos para retener el instante. Me arrodillo como un creyente que se dispusiera a celebrar la eucaristía de su pasión y, poco a poco, le cedo mis manos, la lengua, la memoria de lo que ha de venir. Beso su pelo negro y acaricio su cuello. Podría perderme en sus oquedades, pero siento una luz elástica dentro de mí que me hace ver más allá de la habitación donde estamos desnudos esperando la celebración del deseo. Después, escucho un gorjeo y sé que ella, rendida sobre la cama, enarca sus muslos, alza un instante el vientre, y me divisa con la urgencia de un navío en aguas procelosas. Ya estoy ensamblado. La perfecta mecánica de los amantes como una sólida construcción sin fisuras. Le digo algo al oído, cualquier palabra sirve: mundo, azul, cielo, y ella me sonrío con el arcaico gesto de la única

mujer sobre la faz de la tierra. Diez segundos, una eternidad. Da igual. Sus nalgas son la necesaria orografía de un escolar que necesita rodear el globo terráqueo con sus brazos para sentir plenitud. Ese culo inventariado en mi deseo que se posa sobre mis rodillas como un ave acuática de paso cuando viajamos en metro hacia ninguna parte, ese pan dulce que es materia blanda e inflamable de los deseos más encendidos...

ACTO II (Lupe, la Pérfida Albión y servidor)

Compartir un cucurucho de helado entre dos ya es difícil, pero si esa misma porción que se derrite entre las manos como un glaciar sin dueño, tiene que ser mordisqueada por tres dentaduras... entonces el asunto puede derivar en tragedia griega. Lupe, con su generoso espíritu de abramos fronteras y que entre todo dios en el territorio de uno mismo, me aseguró que John era un tipo muy sociable y que sería divertido pasearlo por Madrid como una mascota con pedigrí. Protesté, puse morros, y hasta hice amagos de salir volando como un halcón de cetrería liberado por su falta de garra, pero Lupe, como siempre, ejerció su papel de señoratriz y me arrastró por toda la zona laberíntica de Argüelles en busca de su *Shakespeare in love*. Al final la tarde-noche-madrugada resultó genial. Ellos estuvieron practicando coqueteo y métodos de seducción poco diplomáticos, y a mí me tocó la responsabilidad civil subsidiaria de oprimirme la colita con el dedo índice como quien pulsa a deshoras el botón de la lujuria. Cuatro pubs, cuatro pajas. Recuerdo que en un antro atestado de sirenas universitarias y opositores masculinos a la escala básica de la policía nacional, servidor, por aquello de dar celos, se pegó como una lapa a una morena que desbordaba su culo de algodón como una esclava afro en una plantación de azúcar. Dios, ahí fueron dos gayolas. Mi miembro parecía querer salir de la bragueta para posarse como una sombrillita

hawaiana en todas las copas de todas las mujeres presentes. Error de cálculo. Ya veía yo la diáspora de mi polla buscando otras tierras de promisión como dicen que hizo el patriarca bíblico. En los servicios, sin Lupe y sin el culo de mi jabata, se produjo el milagro de la lágrima y el semen. Yo lloraba y, cuanto mayor era mi llanto, más me deshacía en hipidos y más longitud alcanzaba mi arma desesperada. Al salir de las cloacas, la morena había sido abatida por un rubiales que sujetaba el gin tonic como un operario avezado a los ejercicios carnales más dramáticos. Mister John y Lupe seguían refundando las Naciones Unidas, ajenos a mi desgracia, así que salí por la puerta de toriles buscando una rejoneadora que supiera entenderme. Y la encontré. En la esquina de Gravina con Barquillo. Mulata, con una sonrisa tropical y embaucadora. Por cuarenta pavos y un breve intercambio de chistes raciales, pude salvar la noche. Lo peor del asunto fue el desamparo que sentí en aquella pensión sórdida en la que me obligó a enjuagues poco claros en una palangana de loza con motivos florales. Mientras la desnudaba, como quien deshoja una margarita silvestre, advertí las primeras señales del desastre. Cuando quiso regalarme su tabuco con cariñitos y con melaza, y hasta mostrándome un puño amenazante de estibador, me di cuenta de lo bajo que había caído. Pedí tiempo muerto y salí medio en pelotas, buscando la calle como el cazador que ha perdido su carabina en plena montería. Al llegar al Colegio Mayor, el conserje, ebrio como todos los días de su vida, me estaba esperando para jugar a la ruleta rusa. Toma, me dijo, dispárate tú primero, que luego voy yo. Ni que decir tiene que le dejé con sus juegos invasivos y subí hasta mi dormitorio ululando como un fantasma touché por su destino de mierda. Me pasé el domingo con un yogur de morango caducado y soñando en los amores perdidos. En mi sueño Lupe aparecía descalza en una playa. Me chistaba y yo la seguía como un perro faldero, hasta que, oh casualidad, emergía del océano un pelirrojo british con su

faldita escocesa que le cantaba el *God Save The Queen* con mucho ardor guerrero. Lupe se desentendía de mí y acudía a su encuentro con esa maldad latente que guardan para sí las almas pecadoras.

ACTO III (Lupe, su amiga y un galgo castrado)

Somos tres en la habitación o, hasta cuatro si contamos la imagen heroica del Cristo de Medinaceli que preside desde el frontal de la pared todos nuestros actos. He conseguido colarme en la habitación de las chicas con tres condones de sabores tropicales y con una trompeta mirífica de cannabis que ha desarrollado Sánchez en su taller de hombre solitario y renacentista. Ahora toca no hacer ruido, desnudarse ante la falsa ceguera de la amiguísima, que se hará la dormida y encender el canuto como quien busca su propia sesión nocturna de jazz entre las sábanas de una muchachita núbil. Lupe se me escapa traviesamente cuando pretendo incendiar el primer territorio conquistado. Me aparta de un manotazo y, tras empujarme, ruedo igual que una pelota hasta caer sobre la moqueta y quedarme esparcido como una ceniza apagada. Sonia hace que duerme y nos mira con envidia o con recelo. Nunca la he visto meterse nada dentro, si exceptuamos las grageas de su jaqueca o el alimento necesario en el comedor. Necesita un buen repaso, pienso. Quizá Sánchez podría montarla con la sensibilidad de vaquero urbanita que le hace tan atractivo a ojos de tantas compañeras del campus. En cualquier caso ella se lo pierde y Sánchez se lo pierde, pobre, que va a morir virgen como Errol Flynn buscando la pluma de su sombrero en Robin de los bosques. Vuelvo al lecho como un gato de angora. Lupe está fumándose el canuto con la sobriedad de quien se fuma una pipa de la paz a orillas del lago Ontario. Pero no me ve, no quiere verme. Tomo sus tetas entre mis manos, por debajo del camisón, y siento la dureza volcánica entre mis piernas. Me

voy despertando, así que me quito el pantalón, el slip y los prejuicios, y se los lanzo a la bella durmiente que nos observa desde la distancia. El gusano de mi lujuria ya ha comenzado a socavar entre los pliegues cerrados de sus muslos. Quisiera inventariar el momento para inmortalizarlo, pero me vienen las urgencias por vía seminal y reprimo un grito para no desvelar mi presencia en el Colegio de Señoritas Virginales. Sonia se remueve en su camita de muñeca espanzurrada. Ahora sería el momento de cambiar de columpio, pero Lupe me atrapa entre sus brazos como quien desea afirmar ante el mundo su propiedad. Y así nos quedamos dormidos, como un cordon bleu bien empanadito y tirando a cochambroso fast food. Dios, cómo me duele el sueño ahora que la tengo a mi lado y sé que es una sirena golfa que tiene puestas sus miras en el body pecoso de un inglés de plexiglás. Me muero, oh sí, la estoy palmando y quisiera poner a Dios por testigo, ahora que lo tengo tan cerca de mí, presidiendo el enésimo polvo no consagrado por el amor. Saber que me he corrido, yo solito, como el niño que se conforma con el palo de azúcar, me produce un pánico que solo puedo negociar conmigo mismo y con la muerte. Cuando amanezca, después del desayuno, la Armada Española irá en busca de la embarcación *british* para saldar viejas deudas. El mundo es demasiado pequeño para que tengamos que estar cediendo el paso educadamente mientras te birlan a la piba, o esa es mi apreciación. Lupe, entretanto, duerme junto a mí en plan siamesa descarnada. Sonia vigila nuestro sueño, embozada en su sábana de raso como un reptil escurridizo, y yo cuento las horas en plan pastor borracho que ha perdido su rebaño después de una tormenta cósmica. VENGANZA!!!!!!!

ACTO IV (Por el amor de una mujer)

Simbiosis por debajo de la mesa. Lupe está bebiendo demasiado, hablando en

lenguas muertas con su propia sombra, y yo la tengo a tiro, pero quiero demorarme para sacarle jugo al instante. Se me cae el móvil al suelo y me sumerjo entre las sillas y el mantel como un buzo en busca de su mar de corales. Albricias, no lleva bragas y su depilación brasileña me hace pensar tontamente en la cavidad húmeda de un desierto. Por un instante, ante la indiferencia de toda la pandilla, avanzo y separo sus muslos. No hay nada mejor que buscar un iphone en las estribaciones del infierno y, para festejar tan onírica situación, introduzco mi dedo índice en la ranura deseada como quien mete una moneda en una gramola para escuchar la voz de un ángel. Ahora habla con voz vacilante. Mi mano izquierda levanta su falda y siento el arponazo de un tenedor en mi mejilla. Querrá hacerme la escena caníbal, comerme poco a poco para restaurar el orden cósmico y esas zarandajas. Cuando me siento a punto de estallar advierto con pena el rostro paleolítico de Sonia que me observa por debajo del mantel. Luego, Sánchez y los demás. Todos me cercan en su círculo de fuego y me veo obligado a salir a la superficie con el trofeo invisible del submarinista que ha pillado cacho. A la hora de los postres, Lupe se ha disuelto en la atmósfera y ya no habla. Solo mantiene sus ojos entrecerrados y enarca las cejas como una diosa mancillada con ganas de intervenir. Sé que mi acto me valdrá el exilio, pero yo sonrío como un orangután en su circo arruinado y propongo unas copas para celebrar que aún estamos todos vivos. Dos minutos después, mientras nos levantamos para salir del restaurante, descifro por su acento bélico la dimensión de mi castigo. Veo en la pantalla del móvil: John, y entonces me muerdo la mano como el escorpión que desea inocularse su propio veneno.

ACTO V (Fin de la puntata)

Espiarlos fue muy enternecedor. Desconocía yo las técnicas de combate del

inglés, pero eran convencionales y sórdidas como las de cualquier hijo de vecino que necesita mojar. Los seguí con el coche de Sánchez hasta la Ciudad Universitaria. Era abril y mis güevos palpitaban con la floración de la maldita primavera. Detrás de un arbusto observé la cálida escena. Lupe chupaba un caramelo rosa y, a la luz de las farolas, cualquiera diría que era un masticable por el modo en que serraba con dientes de pantera la caperuza del interfecto. Desnudos, observé por última vez la silueta esbelta de mi amada entrando en éxtasis combativo, pero yo no era capaz ya de tener sentimientos, ni falta que hacía. Me limité a la acción directa y santas pascuas. Tres días después arrojé el bidón de gasolina a un contenedor en el Ensanche de Vallecas y, tras una breve metamorfosis de mi alma, me volqué con la pobre Sonia. Sus lágrimas, vertidas por la pérdida inconsolable de su amiga, alimentaron mi esperanza y me animaron a brindarle apoyo y consuelo hasta que terminó el curso y encontré en Teresa la nueva razón de mi vida. Ahora somos novios formales, de los de toda la vida, y estamos preparando nuestra luna de miel. Nos vamos a Liverpool, quizá por un capricho cruel del destino o, quién sabe, buscando en nuestras almas mortales el sentido unívoco del amor.

A. R. CID

Soy, o trato de serlo, una escritora de romántica, erótica y terror sobre todo. He tocado otros géneros, pero mi relato está dentro de ciencia ficción. Espero que os guste.

LOS DINAË

— Inyéctalo ya.

— No podemos hacer esto. No es ético. — El doctor Somoza se inclinó ligeramente mientras examinaba algo en el ordenador.

— Déjate de estupideces. Esta es nuestra oportunidad. Podemos cambiar el mundo. — El problema era que esa era la excusa perfecta para todos los genios locos. No importaba lo que tuvieran que hacer, todo estaba justificado para Erik.

— Si nos descubren, estamos muertos.

— ¿Y qué van a hacernos esas máquinas estúpidas? — Erik sonrió con arrogancia e inyectó una sustancia rosada en el torrente sanguíneo de la mujer que yacía anestesiada en la camilla. Su piel azulada, vetada por cientos de intrincados tatuajes, era preciosa.

— Sabes que están protegidos por la nueva ley A.1420

— ¿Y ya está? Tenemos una responsabilidad. No vamos a dejar que esos políticos de mierda con sus estúpidos acuerdos eviten nuestra supervivencia. — Ambos habían tenido aquella conversación cientos de veces, aunque jamás habían ido tan lejos. — Ya no hay marcha atrás, muchacho.

Jamás creyeron en la vida extraterrestre hasta que llegaron ellos. A pesar de decir que venían en son de paz, la guerra fue inevitable y mucha gente murió. Ahora se decía que eran iguales a los terrícolas en derechos y

responsabilidades, pero el odio flotaba en el aire. Todos tenían algún familiar o conocido muerto a causa de la llegada de los dinae.

— ¿Crees que sufrirá? — Erik golpeó la cara de la “paciente” con desgana. La muerte de su esposa lo había convertido en un sádico cabrón. Ni siquiera él estaba seguro de cuáles eran los verdaderos motivos por lo que hacía aquello, aunque le importaba una mierda. Esperaba que aquella dinae se retorciera de dolor. Quería oírla chillar, suplicar como había hecho su esposa.

— Podemos evitarlo.

— Que se joda. Podríamos hacerle cosas peores. ¿No crees? — El doctor Somoza se alejó asustado ante el cariz que estaba tomando todo. Erik tenía los ojos inyectados en sangre después de días sin dormir y las venas de su cuello lucían hinchadas. — Si lo conseguimos sabremos cómo matarles. Seremos libres.

Desconectó la sedación y ambos esperaron pacientemente. La tecnología facilitaba mucho las cosas y la tenían monitorizada al milímetro. Cuando despertó, ambos se sorprendieron de la similitud que tenían con los seres humanos. Solo sus colores y el tono agudo de sus voces los diferenciaba, hermosos, carismáticos, inteligentes... Tenían mucho de lo que en silencio deseaban todos y habían creado mucha envidia entre sus nuevos vecinos.

Aquella en concreto era hermosa, ninguno podía negarlo. Erik tenía la teoría de que entraban en su cabeza, modificando la percepción que tenían de ellos, pero que en realidad no eran así en absoluto e iba a demostrarlo.

— Adivina adivinanza... — La dinae giró la cara, asqueada ante el rancio aliento de Erik que estaba prácticamente sobre ella. No sintió miedo, ni siquiera gritó al verse inmovilizada. En el fondo aquellos seres patéticos no podían dañarla —. ¿Quién va a morir esta noche?

— Deberían soltarnos. La ley nos ampara. — Siempre hablaban en

plural. De una manera retorcida, quizás con una mente de colmena. ¿Sabrían todos ahora que la tenían? ¿Acudirían en su búsqueda? Las cosas estaban tensas. Demasiados diplomáticos y dirigentes desaparecidos. ¿Se arriesgarían?

— La ley me la paso por los huevos. ¿Quieres hacer tú también una visita? — Erik quería hacerla saltar. Ver alguna emoción en su rostro añorado —. Me encantaría saber cómo es tirarse a una de los tuyos.

— Nosotros no podemos.

— ¿Vas a invitar a alguna amiga tuya? — El doctor Somoza apartó a su compañero, molesto, y revisó las constantes de la dinae.

— Perdónele. Espero que comprenda por qué estamos haciendo esto. — Ella asintió mecánicamente y revisó la estancia analizando sus opciones. En cuestión de segundos ya tenía varias salidas posibles, soluciones con un porcentaje de éxito aceptable —. Tratamos de bloquear la función de su cerebro que la mantiene conectada a los suyos.

— ¿Eres gilipollas? No tiene por qué saberlo. — La cara de miedo de la dinae no pasó inadvertida. Iban por buen camino, aunque ambos temían no terminar a tiempo antes de que las autoridades se personasen —. Gracias a nosotros vas a saber lo que es estar sola, vas a sentirlo en tu propio ser y te aseguro que no va a ser agradable.

— No lo hagan. Por favor... — Nunca los había visto suplicar, aunque su expresión no había variado en absoluto.

— Una pena que me importe una mierda. — El doctor Somoza se centró en los datos y desconectó de la conversación. Erik no siempre había sido así, pero el odio que sentía por los dinae había ganado a todo lo demás. Se había convertido en una obsesión para el científico.

Las convulsiones no tardaron en llegar. Su cuerpo temblaba, se retorció, y las correas empezaban a verse demasiado forzadas. La “paciente”

comenzó a gritar presa de algo nuevo, un sentimiento de impotencia que la guiaba. El rostro de Erik era lo único que veía. No podía cerrar los ojos, su rey no lo permitía.

— Así me gusta... Sufre... — Erik esperaba sentirse mejor, llevaba mucho tiempo esperándolo.

Hasta entonces, en el siglo treinta, la mayor preocupación había sido la contaminación y la falta de recursos. Siempre vivían al límite, pero habían llegado a cooperar en una paz sin límites por un objetivo común. Creían saberlo todo y se habían lanzado varias naves al espacio tratando de terraformar distintos planetas, aunque, por algún motivo, todas habían fallado. Erik tenía sus propias conclusiones al respecto.

— Las correas van a romperse. — El doctor Somoza agarró las muñecas de la dinae con fuerza y Erik corrió por la sala presa de la excitación. No dejarían que se largara y cada dato, cada brizna de información que pudieran conseguir, era de suma importancia.

— Tiene que ser jodido no poder escapar, saber que tu vida no vale nada. ¿Os planteasteis alguna vez que las personas que matasteis tenían familia?

— Vuestro problema era la sobrepoblación. — La dinae lo dijo con total naturalidad. Era algo obvio, no comprendía otro razonamiento posible.

— Nuestro problema sois vosotros. Todas esas personas tenían a alguien que ahora sufre. No sabes lo que es eso, al menos aún no. ¿Qué significa para vosotros la paz? ¿Cómo pudisteis decir que veníais en son de paz y luego masacrarnos? — Las mejillas de Erik estaban mojadas, tampoco trató de evitarlo.

— Solo pedimos un porcentaje de la población. Podíais haber elegido. Os dimos opciones.

— ¡¿Eso es una opción para ti?! ¿Y cómo se elige quién vive y quién

muere? ¿A cara o cruz? ¿Tú habrías aceptado?

— Por un bien mayor. — Erik no se sorprendió. Era como hablar con una máquina. La sensación de que no era con ella con quién estaba hablando realmente era cada vez más fuerte.

— Erik, corre, ven. — Erik se acercó a la pantalla. El escáner mostraba cómo el cerebro de la mujer estaba mutando. Le sangraba la nariz. Fuera de eso externamente todo estaba bien, pero por dentro...

— ¿Lo soportara?

— No lo creo. Está avanzando demasiado rápido.

— No sabemos de lo que son capaces. — El desdén de sus palabras fue acompañado con una cara de resentimiento. El doctor Somoza le palmeó la espalda a modo de apoyo. Siempre estarían juntos.

Erik volvió junto a su “paciente”. No soportaba hablar con ella y, sin embargo, no podía evitarlo. Se autoflagelaba con sus palabras, tratando vanamente de cambiar algo en la forma de pensar de ella.

— Dejen que nos marchemos o su especie sufrirá las consecuencias.

— ¿Me estás amenazando? Pensé que los tuyos no creían en la venganza.

— Son consecuencias lógicas.

— Bonita forma de darle la vuelta. Una pena que no me gusten los debates. — Erik apartó un mechón rojizo de los ojos de la mujer —. No creo ni que seas capaz de pensar por ti misma.

— Todos tenemos un voto y opinión.

— Y, sin embargo, todos decís y opináis lo mismo. Muy convincente. — Erik se mordió las uñas mientras se preparaba. Necesitaba respuestas, pero no sabía la forma correcta de abordar el asunto. A pesar de aquellas matanzas, habían tenido que aceptar la paz al verse incapaces de defenderse.

La superioridad del enemigo era indiscutible. Era eso o el exterminio y el ser humano prevalece sobre todas las cosas. Sin embargo, muchos seguían peleando en las sombras incluso ahora —. ¿Qué hacéis con los niños que pedís? ¿Os los coméis?

— Jamás haríamos eso. — Trece años de convivencia planetaria y la información que tenían de ellos era nula, tanto que ni siquiera sabían de qué se alimentaban. Era ridículo verse convertidos en invitados. Limitados por zonas, incapacitados para seguir evolucionando. Por algún motivo, los mantenían con vida... ¿Cuál era?

— ¿Entonces?

— Esa información es clasificada. No seríais capaces de comprenderlo. — Erik se apartó ante la imperiosa necesidad de partirle su bonita cara. Estaban podridos por dentro. Aquellos bebés tenían unos padres destrozados detrás. La gente sufría, pero pocos se planteaban realmente cambiar las cosas. Habían vivido un pasado mucho más aterrador.

— Soy mucho más listo de lo que parezco.

— Esa información es clasificada. — La dinae empezó a toser, la sangre ascendía con rapidez y salía expulsada en cada exhalación.

— Somoza, algo va mal.

— Le pondré un estabilizador. Es posible que pierda la conciencia. Si quieres averiguar algo hazlo ahora.

La tos se mitigó un poco, aunque un siseo salía de la boca de la dinae al respirar. Tenía la piel algo más clara, sus ojos se habían cubierto por una pátina blanca. Sus cabellos se desprendían a una velocidad pasmosa y quedaban amontonados en la camilla. Se moría.

— No nos oímos. ¿Dónde estáis? — Ya no les hablaba a ellos. Estaba nerviosa. Nunca habían visto a uno de ellos tan agitado. Erik se apartó dejándole espacio y la observó en silencio —. No nos dejéis. No nos oímos.

— Y no volverán, de eso me encargo yo. — Se había agachado y ahora hablaba a su oído. Un gesto cruel que saboreó al ver el sobresalto de la mujer. A cada minuto las voces desaparecían cada vez más y ella estaba más nerviosa.

— Nosotros no sabemos qué decir.

— Casi me das pena. Casi. — Lo recalcó con malicia. El doctor Somoza acercó una ficha y tachó las cifras esperadas corrigiéndolas.

— Erik, creo que los hemos desvinculado. Está sola.

— Así me gusta. Ahora eres toda nuestra. — La dinae temblaba, pero esta vez no era fruto del medicamento. Apretó los labios con fuerza y cerró los ojos. Quizás si se concentraba podría olvidar donde estaba, solo tenía que resistir. Acudirían en su búsqueda, antes de desconectarse lo había sentido.

Las imágenes llegaron de pronto. No sabía quién era la niña de aquellos flashbacks, tampoco la mujer ni el hombre que la acompañaban. Sonreían, eran felices, una sensación íntima, extraña.

— ¿Qué... qué... ocurre? — Si pudiera se habría agarrado la cabeza. El dolor era insoportable. Sentía como si fuera a estallar, su cerebro atravesaría el cráneo, podía notar la presión—. ¡¡¡Duele!!!

— ¿Qué ocurre? Jamás habían reaccionado al dolor. Al menos las noticias decían...

— Pues las noticias se equivocaban. ¿Acaso no puedes verla?

— Maman, ils m'ont fait mal. Maman s'il te plait...

— ¿Es cosa mía o acaba de hablar francés? — El doctor Somoza asintió asombrado. Algo iba mal. Se les escapaba a ambos y sentían que el misterio empezaba a resolverse. La adrenalina corría por sus venas.

— ¿Sabes qué ha dicho? Erik, ¿sabes lo que ha dicho? Creía que tu padre lo hablaba.

— Y lo hacía, aunque es una lengua muerta... — Erik revisó las

pupilas de la dinae. Apenas reaccionaba a la luz. Sus músculos se habían contraído y ahora guardaba silencio —. Mi padre era muy raro y decía que era nuestro legado. Nunca quiso aceptar que la historia ya no tenía ningún valor.

— Pues ahora nos vendría de perlas. —¿Por qué hablaba francés? Sus palabras le habían recordado algo... Erik se palmeó los bolsillos tratando de aclarar el bullicio de su mente.

— Oye, despierta. — La zarandeó con cuidado—. ¿Estás ahí? — Sus párpados temblaron, se abrieron con lentitud y volvieron a cerrarse. De nuevo abrió los ojos y lo miró—. ¿Qué ha pasado?

— ¿Quién eres? — La mujer lo observaba presa del pánico más profundo mientras trataba de liberar sus manos.

— ¿Ahora te interesa?

— ¿Por qué estoy atada? ¿Qué estáis haciendo? No podéis hacerlo... —Comenzó a llorar sin control. Los hombres se veían superados por la situación, se miraban confusos hasta que algo se encendió en la mente de Erik.

— ¿Quién eres tú?

— Samantha De Lieux. — El doctor Somoza no podía respirar. Era imposible.

— ¿De dónde eres?

— De Francia. Un pequeño barrio cerca de la torre Eiffel. — Los labios de la mujer se tensaron mostrando una radiante sonrisa. Por mucho que lo recordaba, parecía en un pasado muy lejano. Erik sabía que la torre Eiffel había desaparecido hacía más de 500 años. Aquello no tenía sentido. ¿O quizás sí?

— ¿En qué año vives?

— ¿Por qué me estás haciendo todas estas preguntas? — Aquello era

irreal. ¿En qué año iba a vivir? ¿Estaban locos?

— 2018, por supuesto. — El monitor empezó a sonar dando la voz de alarma. Algo estaba pasando y la sangre brotó de todos los orificios de la dinae sin control.

— Erik, su cerebro está cambiando de nuevo. Se está revirtiendo el proceso.

— No es posible.

— Se está muriendo. — Aquello tenía que ser un truco, sin embargo, ambos temblaban cuando se acercaron incapaces de detener lo inevitable.

Samantha sentía que se moría y los recuerdos siguieron volviendo por mucho que notaba que alguien trataba de evitarlo. Sondas, cables, pantallas y dolor. Un dolor atroz e interminable hasta que al final no pudo hacer otra cosa que rendirse. Abrió los ojos y miró a sus captores. De pronto era la única salvación posible. En sus manos estaba darles la oportunidad.

— Ellos no son quienes creéis. Si les dais lo que buscan, moriréis todos. Ellos te atrapan en la noche y borran tu esencia para ocupar tu mente. Ellos no os quieren aquí.

Si no fueran ya dos hombretones se habrían cagado en los pantalones, pero, aun así, corrieron a los servicios más apurados que en toda su vida. Tenían que largarse antes de que alguien los descubriera, pero lo primero era lo primero y sus esfínteres habían sido estimulados con gran eficacia.

SAMIR DABIAN GUERRA

Samir Dabian Guerra es un escritor cuyos trabajos publicados —un thriller sobrenatural titulado *Lo que acecha: los dos guerreros íberos* (próxima publicación de su segundo volumen) y dos relatos, uno de fantasía medieval y otro de terror, en dos antologías benéficas— se alejan por completo de su reto: el drama.

SUEÑOS DE LIBERTAD

Lucía estaba un banco del Parque del Oeste, frente a la Rosaleda. Junto a sus zapatos de piel marrón descansaba una maleta con lo imprescindible para el viaje.

Se subió el cuello de la raída chaqueta de lana gris; estaba quedando una tarde fría y quedaba poco para el ocaso.

La espera se le estaba haciendo eterna, por lo que se distrajo con la algarabía que estaba formando un grupo de niños que jugaba bajo la atenta mirada de sus madres.

Santiago se estaba retrasando. Si no aparecía, Lucía tendría que regresar a casa, y si su padre la veía con la maleta preparada para la huida...

Su Santiago no le haría eso, se dijo; seguramente algún imprevisto le habría retrasado. Seguro. Solo rezaba por que no se hubiese cruzado con la Brigada Político-Social...

Miró a los rosales, ahora marchitos a causa del otoño madrileño. Cuando le conoció estaban florecidos y los capullos de las rosas se exhibían con ropajes de cientos de colores. Esa mañana había salido pronto del Instituto Femenino y había decidido ver el Concurso Internacional de Rosas Nuevas de aquel 1965. Al salir de la Rosaleda, aún embriagada por los aromas primaverales, decidió sentarse a disfrutar un poco más de las caricias del sol.

De repente, un hombre llegó corriendo y se sentó a su lado. Era unos pocos años mayor que ella y era muy atractivo. Su alborotado pelo azabache

no conseguía ocultar unos profundos ojos azules, que miraban de un lado a otro, preocupados. Cuando sus miradas se cruzaron, Lucía bajó la vista, avergonzada.

—Señorita, disculpe que le importune —dijo mientras saludaba con una leve inclinación de su cabeza—. Necesito unos segundos para recuperar el aliento. Después me marcharé, se lo prometo.

Lucía asintió sin más. Sobre todo, porque se le había secado por completo la boca y no podía articular palabra.

Escuchó unos gritos cercanos. Un grupo de jóvenes corrían en dirección a la plaza de España. Detrás de ellos, la policía armada les perseguía con las porras de madera en alto. Una de ellas descendió con fuerza impactando en la nuca de un chico que cayó de bruces a escasos seis metros. Lucía soltó un grito y se refugió en los brazos de su compañero de banco, asustada.

Pudo escuchar el corazón del hombre latir a toda velocidad mientras decía: «Malditos grises»; también pudo respirar el aroma de su sudor producto de la carrera anterior, y no era desagradable, sino un aroma viril, algo... excitante.

Se incorporó de improviso con las mejillas encendidas, alejándose de su contacto. Al mirar a su alrededor, comprobó cómo las aguas habían vuelto a su cauce.

—¿Tú estabas con ellos? —se atrevió a preguntar.

Los ojos azules la penetraron hasta el alma.

—Sí —admitió—, soy del movimiento estudiantil. Intentábamos repetir la manifestación del pasado 24 de febrero, pero los grises nos estaban esperando.

—¿Y contra qué os manifestáis?

El chico abrió los ojos, incapaz de creer que la muchacha hubiese

formulado tal pregunta. Comenzó a relatar la lucha de él —«Por cierto, me llamo Santiago»— y sus compañeros por las libertades y en contra de la represión franquista. Querían forzar al Régimen a que legalizase los partidos políticos e instaurase una democracia como la francesa, su país modelo.

En un momento dado, Lucía se percató de que se le había echado la hora encima; la comida estaría ya en la mesa y no se podía retrasar más. Se disculpó con Santiago y se levantó del banco.

—Lucía —Ella se giró y miró al muchacho. Todo lo seguro de sí mismo que estaba hacía unos instantes durante su arenga política, y ahora parecía nervioso como un colegial—, ¿la volveré a ver?

No debería ver a ese hombre de nuevo. Si su padre se enterase...

—Claro —terminó diciendo con una sonrisa—. ¿El jueves? ¿Le parece bien a las seis?

—Por supuesto —respondió él, sonriendo a su vez.

La muchacha corrió sin parar hasta que llegó a casa. Cuando abrió la puerta, le estaba esperando su madre. Su cara lo decía todo. Con el labio inferior tembloroso y los ojos enrojecidos le rogó que fuera ya al comedor donde su padre estaba presidiendo la mesa, con un vaso de vino en la mano y una botella medio vacía. La mirada que le echó bastó para asustar a la muchacha, que se apresuró a sentarse.

—Llegas tarde —le espetó el hombre. Se había quitado la camisa y llevaba unos tirantes grises sobre una camiseta sudada.

—Lo siento, padre —respondió ella, bajando la mirada.

Él permaneció en silencio mientras su madre servía la sopa. Esperaron a que el patriarca probase la sopa.

Escupió el contenido de la cucharada.

—Está fría. —Sus ojos ebrios pasaron de madre a hija. Apartó de un golpe el plato, derramando parte sobre el mantel de hule. La madre se levantó

como un resorte para limpiar el desastre y retirar el plato, pero él le agarró con fuerza el brazo y se lo impidió—. Que lo haga ella.

Lucía se incorporó y, cuando se inclinó para recoger el plato de sopa, recibió un fuerte bofetón que casi le hizo caer al suelo. Contuvo las lágrimas y, una vez en la cocina llegó su madre y la abrazó, ambas lloraron en silencio cómplice mientras el patriarca se bebía otro vaso de tinto.

Durante las siguientes semanas Lucía y Santiago se vieron en varias ocasiones; eran citas fugaces, ya que ella no podía arañar más tiempo sin despertar las sospechas de su padre.

En uno de aquellos encuentros experimentó su primer beso. Sintió que su cuerpo se iba a licuar entre los brazos de Santiago. Nunca había probado una fruta más dulce que aquella ni había volado tan alto como con aquel gesto de amor. Creía que podía tocar el sol con sus manos.

Pero, cuando regresó a su casa, descubrió a su madre sentada sola en el sofá. Al ver a su hija se secó con disimulo las lágrimas y ocultó su ojo izquierdo con un mechón de pelo. Eso hizo que Lucía cayese como Ícaro al suelo firme, y su casa le pareciese que olía a gris y estaba pintada con el color de la amargura.

Su madre intentó disimular su ánimo y pregunto:

—Últimamente te veo radiante. ¿No me tienes que contar nada?

—No, madre —respondió ella. Miró a las paredes de la casa, parecían las de un nicho: gris, sucio y polvoriento, y el techo tan solo era la losa que enterraba en vida a sus desgraciados habitantes.

—Por favor, cariño, deja que entre un poco de alegría a esta casa.

Los ojos suplicantes de su madre convencieron a Lucía. Toda su vida estaba dentro de aquellas paredes. De joven había sido dicharachera y disfrutaba de la compañía de sus amigas. Pero al casarse se había dedicado de pleno a cuidar a su familia. Su primer hijo fue varón, pero nació ya muerto,

para desgracia de su padre que ya había comprado los puros para celebrarlo. Cuando llegó Lucía a la familia, los puros continuaron guardados; y cuando su madre no volvió a quedar encinta, acabaron siendo consumidos en una timba.

—Madre, hace unas semanas conocí a un chico en el parque del Oeste.

Por supuesto, no relató todo lo ocurrido desde entonces. Aligeró los detalles hasta que fueron digeribles por su madre. Ni se le ocurrió mencionar lo del beso. Todo estaba siendo un cortejo «como Dios manda».

No recordaba cuánto tiempo llevaba sin ver sonreír a su madre, pero la habitación se iluminó con ese gesto. Sin embargo, la buena mujer rogó a Lucía que no le contase por ahora nada a su padre.

—Deja que yo le tanteo, para que sea en el momento propicio. Ya sabes cómo se puede poner...

—Sí, lo sé —respondió Lucía mirando la consecuencia en el ojo hinchado de su madre.

Los meses pasaron y llegó el verano. Santiago propuso hacer una merienda en el parque.

Primero visitaron la Casa de Fieras del parque del Buen Retiro. Santiago invitó a las tres pesetas que costaba la entrada y estuvieron recorriendo las jaulas donde guardaban a los animales. Lucía arrugó la nariz al pasar junto a las jaulas de los tigres, donde un olor fuerte, acre y desagradable emanaba de ellas, y los felinos deambulaban indiferentes mirando a ningún sitio.

—¿Qué te ocurre? Te veo melancólica —preguntó después Santiago.

—Los tigres —respondió ella, acomodándose en la manta que cubría el césped—. Me recordó a mi casa: encerrados, cautivos y sin libertad.

—Así está España —sentenció él. Los dos masticaron en silencio, sumidos en su pensamiento, hasta que Santiago habló de nuevo—. Podríamos

escapar de esta jaula.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, casi atragantándose.

—Irnos de aquí. Cruzar a Francia. Allí podría buscar un trabajo. Y... podríamos vivir juntos.

Si el corazón de Lucía hubiese latido con más fuerza, los viandantes habrían pensado que se acercaba un tren. Se le ocurrieron un montón de peros, sin embargo, la simple mirada de Santiago barrió esas excusas como un plumero.

—¿Ahora?

—No, claro. Ahora mismo no —dijo él—. Necesito ahorrar un poco de dinero. Algo para que podamos empezar. Pero si quieres, celebraremos las navidades bajo la torre Eiffel.

—Sí, quiero —se apresuró a decir ella.

Cuando Lucía volvió a casa, trató de no despertar sospecha a sus padres. Pronto dejaría esas paredes y ese país triste y gris y se tomaría un café en un barrio parisino.

No encontró a su madre y su padre estaba en el sofá. Una nueva botella de vino descansaba sobre la mesa junto a un álbum fotográfico.

—Ven aquí, Lucía. Siéntate.

Lucía obedeció. Intentaba mantener la nariz lejos de los efluvios alcohólicos que salían de su boca.

—¿Ves estas fotos? Son de 1935, yo tenía diez años. Este joven con el que estoy posando era mi hermano mayor, Pelayo, y tenía diecinueve. Cuando el Caudillo se levantó en armas, Pelayo fue voluntario a someterse a sus órdenes. «Por Dios y por España», nos dijo antes de partir. —Se sirvió otro vaso de vino y lo engulló de un solo trago—. Una noche, un grupo de maquis hizo una emboscada a su pelotón y rajaron el cuello a Pelayo como a un gorrino en la matanza.

—Lo siento, padre —dijo, apoyando una mano en su brazo.

El hombre se volvió y agarró la mano con fuerza.

—Entonces cómo crees que me siento cuando un amigo del Partido me dice que ha visto a mi hija acaramelada con un conocido rojo del movimiento estudiantil en la Casa de Fieras.

—Puedo explicarlo, padre...

La mano voló y le rompió el alma a Lucía. Después, llegó el cinturón. Su madre, encerrada en su habitación con llave, podía oír los gritos de su hija.

Pasaron dos semanas sin que Lucía viese a Santiago, tal era el terror que le había inspirado la paliza de su padre. Hasta que un día el muchacho la abordó en una esquina. Comprobaron que nadie la seguía y se escondieron en un lugar seguro de miradas indiscretas. Lucía se echó a llorar en sus brazos y le contó lo que había pasado.

Acordaron en adelantar su fuga a primeros de noviembre. Él le haría llegar una carta con la fecha. Hasta el día de su marcha no se verían para no despertar sospechas.

Lucía estuvo de acuerdo, pero le pidió verse una última vez. Santiago aceptó. Se citaron en septiembre, en la casa de un compañero. Fueron solo dos horas, pero para Lucía fue rozar el Paraíso, había decidido entregarse por completo a él. Se perdieron el uno en la piel del otro y probaron su sabor. Los dos eran inexpertos y jugaron con el sexo prohibido y descubrieron que no había nada más natural y bello que aquello. El culmen de dos personas que se aman.

Pasaron las semanas. Lucía recibió la carta de Santiago que constaba de dos cuartillas: una indicando la hora y el día del encuentro y, la otra, una simple y apasionada carta de amor. Destruyó la primera cuartilla, pero no pudo hacerlo con la segunda.

El error le salió caro, su padre la encontró.

—¡Resulta que mi hija es una furcia! Te prohíbo verlo y, además de desobedecerme, ¿fornicas con él?

En esta ocasión no terminó todo con los golpes. Su padre se encerró con ella en el cuarto y echó el pestillo. Su madre golpeaba la puerta presa de la histeria. La desnudó y mientras decía «Así que eres una ramera, ¡pues te trataré como una ramera!» la penetró de forma salvaje. No pudo levantarse de la cama durante dos días por las heridas sufridas.

En las semanas que restaron hasta su cita con Santiago, su padre no volvió a mirarle a la cara. Su madre parecía que había perdido totalmente la voluntad: no lloraba, no hablaba.

Y ahora Lucía se encontraba en el banco esperando a Santiago con su maleta de viaje. Se frotaba la tripa hinchada, esperaba que fuese un niño... y que fuese de él. La ponzoña de su padre no podía haberla dejado encinta.

De repente, le vio en la lejanía. Las amarillentas hojas se revolvían a su paso, como si le estuvieran dando la bienvenida. Se levantó y corrió hacia él, pero frenó a menos de un metro. Santiago había envejecido mucho en esas semanas. Eran sus ojos, pero su cabellera era más escasa y su cara estaba surcada por arrugas.

—¿Santiago? —preguntó Lucía—. ¿Qué te ha ocurrido?

—No soy Santiago —respondí—. Soy Jacques, tu hijo.

Mi madre negó, confusa.

—No. Estoy esperando a Santiago, he quedado en este banco con él.

—Mamá. Eso fue hace cincuenta y tres años.

Mi madre seguía negándolo. Un enfermero de la residencia tomó su mano con dulzura y guió su cuerpo marchito y enfermo hasta el coche que nos esperaba.

Desde que había enfermado, cada año iba a peor. No era la primera vez que acudía a aquel banco a esperar a mi padre. Aquel día tampoco había

aparecido. Mi abuelo había llamado a su compañero de la secreta y le habían capturado, conduciéndolo hasta los calabozos de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, donde le torturaron hasta la muerte. Sin embargo, mi abuelo no pudo disfrutar de su vitoria, porque mi abuela envenenó su botella de vino y murió entre espasmos. Ella se entregó y acabó ajusticiada mediante garrote vil. Pero, antes de morir, pudo leer una carta de su hija Lucía desde Paris, ciudad a la que los amigos de mi difunto padre la habían llevado y donde me tuvo a mí; carta acompañada de una fotografía de su nieto. Así mi abuela pudo morir en paz.

Cuando llegó la democracia, volvimos a España y llevamos una vida bastante feliz, hasta que la enfermedad resucitó a los fantasmas del pasado de Lucía. Ahora escribo estas líneas desde el hospital, ya que parece que en esta salida cogió demasiado frío. Pronto se reunirá con mi padre, en ese café de Paris.

PEDRO CARBONELL

Soy Pedro Carbonell Castellero. Nací en 1965, y escribo desde 1987.

Obras (sólo citaré las que tengo publicadas en Amazon):

- 2007: *Una accidental historia de amor* (novela corta).
- 2012: *Comitragedia en clave relativa* (texto híbrido entre libro de relatos y novela corta).
- 2018: *La familia* (novela).

Mi reto es escribir un relato romántico juvenil.

POR UN MENSAJE

1

Estaba con mi prima. Íbamos tarde al encuentro con unos chicos que conocimos el día anterior. Caminábamos muy deprisa e íbamos bien vestidas, con faldas cortas. La gente nos miraba.

Los chicos eran guapísimos, unos ojazos avellanas, unos torsos perfectos; sus gestos seguros de atletas...

Le decía yo a mi prima, cuando ellos no podían escucharnos:

—Hay que quedar para mañana.

Y lo conseguimos. Por lo que íbamos de camino a su encuentro y llegábamos tarde. Como estaba preocupada por no llegar a la hora, contemplé mis zapatos de “chúpame la punta” y le dije a mi prima:

—Si llegamos tarde y ya no están, te vas a enterar, con tanto arreglarte y tanto *wasap*.

Y mira que le dije que lo dejara, pero nada, ella ahí “tiqui tiqui tiqui” con el teléfono. Que si es mi amiga Rosa y he de responderle, que si es mi ex, que me pregunta si puede haber reconciliación y yo le estoy diciendo que nanay, y menos ahora que vamos a ver a esos chicos. En fin, muchas cosas, menos estar por lo que hay que estar.

Nos faltaba poco para llegar; esperaba que no se hubiesen marchado. Eso si habían venido, porque pensaba yo que el día anterior los asustamos bastante, con nuestro no disimulado entusiasmo.

Allí estaban, en la plazoleta del parque, de pie junto a un banco. Iban vestidos para la ocasión, como nosotras. Nos vieron y se quedaron luego mirándose entre ellos, como si se consultaran si habían de permanecer allí o no. Y me daba miedo eso, porque me sentía encantada con el chico. Sin conocerlo, sabía que era el amor de mi vida. En aquel momento hubiese dado todo por alcanzar una relación estable con él. Era tan guapo...

Llegamos y nos besamos en las mejillas. Perdí un poco la serenidad. Mi prima no, pero yo era la primera vez que iba a salir con un chico.

Miré sus ojos. Pretendía decirme algo, pero respiraba con agitación, como si le faltase oxígeno.

—¿Sí? —pregunté, para ayudarlo. Él se giró y contempló a mi prima y a su amigo. Anduvo separándose de nosotros y eso hizo que me viese obligada a ir tras él. Cuando estábamos a bastante distancia como para que nuestros compañeros no pudieran oírnos, me dijo:

—Verás... Ayer, que nos conocimos, me di cuenta de que necesito estar contigo. Me gustas mucho. —Sentí que me flojeaban las piernas. Intenté buscar la ayuda de mi prima, pero vi que estaba hablando con el otro chico. Los dos soltaban alguna carcajada de vez en cuando; se lo estaban pasando muy bien, y yo con esos apuros. Él, que se presentó como Pablo, me miró sin saber qué decir, o puede que estuviera a la espera de que fuese yo quien dijese algo. Permanecí callada y noté que mi rostro enrojecía. Pablo también se puso rojo. Los dos sabíamos que estábamos hechos el uno para el otro.

—Demos un paseo por el parque. Ellos se lo están pasando bien y no nos necesitan —dijo.

—Claro —le respondí.

Caminábamos juntos y cogidos de la mano. Entramos en un sendero con árboles a sus lados. Nos daba la sombra. No hablamos, sólo sentíamos el uno la presencia del otro, y eso nos llenaba. Se había formado la unión,

sentíamos ambos la punzada del amor. Cantaban los pájaros, el sol era más brillante. Nos miramos mutuamente y nuestros rostros se acercaron. Sonó un “clin clin”. Era un *wasap*, el mío. Me hubiese gustado no mirarlo y seguir con el momento que habíamos interrumpido. Digo que me hubiese gustado, pero una extraña ansiedad hacía que desease mirar el aparato. Dice mi padre que eso es lo que sucede cuando tienes una adicción, que te entra un deseo imperioso que te obliga a hacer cosas que no deseas hacer. Mi chico, porque ya era mi chico para mí, se mantenía donde nos interrumpimos, quiero decir que se había quedado con la cabeza un poco agachada. Comprendió que yo quería mirar el teléfono, y se incorporó del todo.

—Es el tuyo —me dijo, aunque los dos sabíamos que era el mío.

—Sí, sí... —le dije mientras descolgaba el bolso de mi hombro y sacaba el aparato para leer en él. En pocos segundos estaba enterada de lo que había sucedido.

Me puse seria, debía decirle a Pablo que me iba. Así lo hice.

—¿Por qué? ¿Tan importante es el mensaje?

—Era mi madre. Mi hermano pequeño está ingresado en el hospital; ha tenido un accidente. He de ir. Lo siento.

Comprendió que mis motivos para dejarlo eran poderosos. Nos dimos un par de besos de despedida en las mejillas. Yo me sentía mal por marcharme, pero tenía que hacerlo.

Llegué a donde estaban mi prima y el chico que la acompañaba, el amigo de Pablo. Les di la noticia de mi marcha, y ella decidió venir conmigo.

Salimos muy tristes del parque, por lo de mi hermano y por tener que dejar a nuestros chicos.

Ha pasado un año desde el día aquel.

Fuimos juntas a ver a mi hermano. Lo suyo por suerte resultó poco grave. Se cayó del patinete y fue a parar debajo de un coche que circulaba despacio por la calle y frenó en seco, por lo que las ruedas no montaron sobre él. Pero el golpe recibido resultó ser fuerte.

Cometimos la enorme torpeza de no darnos nuestros números de teléfono cuando abandonamos la compañía de los chicos; tampoco quedamos para otra vez, como sí hicimos el día anterior, en el que nos conocimos, por lo que nuestra única opción fue la de volver al parque a una hora similar a la de la cita de aquel día, para ver si ellos habían pensado lo mismo que nosotras y así volvíamos a encontrarnos. Nada, habían desaparecido de nuestras vidas tal como llegaron: abruptamente.

Durante los meses siguientes me dediqué a sacar buenas notas para enfilarme en una buena carrera universitaria que me ofreciese estabilidad en el futuro. Dejé de ver a mi prima, quien olvidó pronto a ese chico y se dedicó a tontear con otros.

En cambio yo no dejaba de recordar a Pablo.

Un día lo vi, hace poco; él a mí no. Caminaba por la acera y delante de mí había una pareja cogida de manos. Me daba la espalda, pero lo reconocí por su voz; le susurraba cosas a ella. Yo, cuando me di cuenta de que era él, me detuve, y dejé que se alejasen de mí. Alcanzaron la esquina y esperaron a que el semáforo les permitiera pasar al otro lado de la calle. Al cabo de poco se perdieron entre la multitud.

Esa circunstancia: volverlo a ver, y emparejado con otra, me hizo cavilar sobre la poca importancia que le damos las personas a los encuentros con otros durante nuestras vidas. No quería ponerme triste, ni tampoco reconocer que otras, como por ejemplo esa desconocida, habían sabido hacerlo mejor que yo para conquistar a los chicos.

Le di una patada a una cajetilla de tabaco que algún fumador con poco sentido de la limpieza había tirado al suelo cuando la vació. El sonido seco del cartón se arrastró con él, hasta que se detuvieron. Yo contemplaba el paquete, entre rabiosa y desesperanzada. Ya no podía hacer nada, Pablo acababa de desaparecer de mi vista y de mi futuro.

Estiré los brazos hacia la nuca, con la carpeta haciendo un precario equilibrio entre mis piernas, y recompuse la coleta, que se había deshecho un poco. Cuando acabé de realizar el gesto, quedé quieta pensando en mi padre, quien siempre me decía: “Sé que comienzas a abrirte al mundo y ahora los chicos te llaman demasiado la atención. Pero habrá muchos hombres en tu vida; y en cambio sólo tienes esta ocasión para labrarte un porvenir. Eres tú misma quien ha de escoger”. Mi viejo tenía razón. Y así, pensando en mil cosas, reemprendí la marcha y me puse a silbar. Alegrementemente.

J. L. PRIETO

Mi nombre es J.L. Prieto, aunque muchos me conocen en la red como el Sr. Malvado; el mismo que se encarga de las reseñas en el blog del grupo LLEC.

Aunque tengo varias historias escritas, hasta la fecha, solo tengo una novela publicada. ALMAS ERRANTES. La Elección vio la luz este mes de julio, después de dos largos años de escritura y correcciones. Se trata de una novela coral de fantasía urbana, ambientada en Nueva York, en la se hace una revisión del papel de los ángeles y los demonios. En la actualidad me encuentro escribiendo su segunda parte y algún proyecto más, del que por el momento no puedo hablar.

Me defino como un escritor fiel a mis principios y a mi idea de darle la vuelta a todo. Mis gustos particulares están en la fantasía, el thriller, lo sobrenatural y el terror. Sacarme fuera de tiesto era una tarea sencilla. Me tocó romántica empalagosa y este es el resultado.

¡SÍ, QUIERO!

Si miro al pasado, supongo que podría decirse que me enamoré de Marta la primera vez que la vi. Sé que puede parecer una locura, pues aquello ocurrió en el jardín de infancia. No tendría más de tres años, pero fue verla y sentirme atraído por ella. Puede que fuera lo desconocido. Ella no se parecía en nada a las demás niñas: con su pelo rojizo, los ojos verdes de color esmeralda y el rostro salpicado de diminutas pecas. Pero lo que más me gustó fue su carácter risueño.

Por supuesto, Marta pasaba de mí. Yo era el típico niño reprimido que le costaba relacionarse con los demás compañeros. Más que hablar, balbuceaba. Bueno, eso no cambió tanto después. Cada vez que estaba a su lado, tenía la sensación de hacerme más pequeño. Encogía y encogía, hasta convertirme en un ser insignificante, casi invisible; con lo que yo la quería.

Por motivos familiares, año tras año, tenía la desgracia de cambiar de colegio, pero jamás pude olvidarme de ella. Era cuestión de tiempo que nuestros caminos volvieran a cruzarse. Pues como dice la canción de Mecano, lo nuestro fue *La fuerza del destino*, ya que, en el otoño del ochenta y seis, volvimos a coincidir en la misma aula. Marta me reconoció ipso facto.

—Luis, eres tú, ¿verdad? ¡Cómo has crecido, chico! —me dijo con una sonrisa radiante en los labios, mientras mi corazón se desbocaba sin previo aviso

Yo no daba crédito a lo que estaba contemplando con mis ojos. Marta estaba allí, delante de mí, con los brazos en jarras y examinándome de arriba a abajo con su mirada.

Ante mi falta de iniciativa, pues no logré emitir sonido alguno, volvió a tomar ella la palabra:

—Ya veo que sigues siendo el mismo niño reservado de entonces. Ven, a partir de ahora, te sentarás a mi lado.

Y aquella orden me supo a música celestial.

El curso pasó sin mayor novedad. Marta intentó integrarme entre los demás compañeros con nulo resultado. Abrirme al resto era un ejercicio para el que no estaba preparado, pero poco me importaba. Yo era feliz solo con que ella estuviera allí.

El drama vino al llegar el fin de curso. No sabía si el próximo año escolar volvería a estar en el mismo colegio y eso me ponía triste y sentía que me faltaba el aire al pensarlo. Marta, que siempre tuvo un sexto sentido para esas cosas, aventuró lo que pensaba.

—No pongas esa cara, Luis. Seguro que en septiembre volveremos a estar juntos.

Pero no fue así. Mis padres eran músicos y tuvimos que trasladarnos a otra ciudad, a un nuevo colegio, con nuevos compañeros de clase y, lo peor de todo, sin Marta.

El paso de los años y los psicólogos hicieron de mí un chico nuevo. Poco a poco, conseguí abrirme y perdí el miedo a relacionarme con los demás.

La siguiente vez que Marta y yo nos volvimos a encontrar, fui yo el que la sorprendió a ella. Por aquel entonces, ya teníamos quince primaveras, y hacía más de un año que había regresado a Madrid. Esa vez, de forma definitiva. Tanto mi padre como mi madre habían

conseguido un trabajo fijo, él en un colegio privado, ella en un conservatorio donde daba clases de violín.

Al salir del cine la reconocí, iba acompañada de varias amigas; tuve que abordarla, no pude hacer otra cosa.

—¡Marta!

En esta ocasión, a la que le costó reconocermme fue a ella; ya no era el niño flacucho que había conocido tiempo atrás. Mi afición por la natación me había proporcionado una anatomía más corpulenta que la de los chicos de mi misma edad.

—¡No me lo puedo creer! Luis, ¿de verdad eres tú?

Sin darme tiempo a responder, me estrechó entre sus brazos, ante la mirada inquisitiva de sus amigas, mientras yo aspiraba desesperado su aroma. Cerré los ojos y deseé que ese instante no terminara nunca.

Marta también había cambiado... ¡Y de qué manera! No solo se trataba del estirón propio de la edad, estaba muy guapa con su vestido de flores y ya dejaba entrever que sería una mujer por el que cualquiera perdería la razón. Y yo lo hice.

Desde aquel día nos hicimos inseparables, aunque yo albergaba la esperanza de ser algo más que amigos. Lo que no imaginaba era que ella había empezado a mirarme también con otros ojos.

No me duelen prendas en reconocer que fue ella la que dio el primer paso. Uno puede haber cambiado, pero no tanto como para robarle un beso como ella hizo. Sucedió a la salida de un concierto. Apenas fue un leve roce en los labios, pero yo me sentí el chico más afortunado del mundo.

A su lado descubrí qué es eso de las mariposas que revolotean en el estómago. Cada vez que paseaba a su lado, los dos cogidos de la

mano, como cantaba Víctor Manuel, me llenaba de una felicidad que no podía describirse con palabras. Eso es algo que solo pueden sentir las personas que están enamoradas, y yo lo estaba.

La Universidad volvió a separarnos. Marta se marchó a estudiar a Londres y yo me quedé en Madrid. Las cartas eran mi único consuelo. Lo hacíamos cada semana, aunque con el paso del tiempo se fueron espaciando más. Yo no entendía la razón de ser, era algo que me estaba volviendo loco. Con la llegada del verano, nos reencontramos, pero nada más verla supe que algo había cambiado.

—Luis, hay algo que deberías saber... He conocido a alguien en Londres.

No hicieron falta más explicaciones. Mi corazón se rompió en mil pedazos. Las lágrimas que vertí sobre la almohada esa noche y las que le siguieron a esa, solo yo lo sé.

Ahora sé que nunca la olvidé del todo. Supongo que fue eso lo que hizo que las nuevas relaciones que comencé, no llegaran nunca a buen puerto. El problema estaba en mí. Seguía enamorado de Marta.

Tuvieron que transcurrir diez años hasta que el destino, que siempre se mostró caprichoso con nosotros, volviera a darnos una segunda oportunidad.

Paseaba por las calles de Madrid cuando mis pasos se detuvieron frente al escaparate de un establecimiento, y allí, a través del cristal, pude verla. No sé cuánto tiempo permanecí de pie, embelesado, pero debió de ser mucho, porque había empezado a llover y cuando ella salió, estaba calado hasta los huesos.

—Luis, ¡qué alegría verte!

—¡Hola! —fue mi respuesta.

No tenía motivos para estar enfadado con ella, ¿o sí? Había

pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro.

Intercambiamos varias frases de rigor sin concretar nada y nos despedimos. De repente, era como si fuéramos dos completos desconocidos; lo que hubiera dado por sentirla cerca, poder abrazarla, pero no sucedió.

Esa noche no logré pegar ojo. De algún modo sentía que no había hecho bien. Me moría de ganas por volver a verla, pero algo me impedía dar ese paso. Unas semanas después de aquel fugaz encuentro, regresé. Estaba dispuesto a olvidar todo lo sucedido y si era necesario conquistarla; necesitaba hacerlo, se lo debía a mi corazón.

Con lo que yo no contaba era con que la suerte me iba a ser esquiva una vez más. Dos días atrás, Marta había dejado de trabajar por vencimiento del contrato. No me quisieron dar su dirección ni un teléfono de contacto por culpa de la ley de protección de datos, por mucho que se lo rogué.

Madrid era una ciudad muy grande, sería como buscar una aguja en un pajar. La única posibilidad que tenía de dar con su paradero era encontrando a una de las amigas que tenía cuando fuimos pareja. Para mi sorpresa, Marta se había desentendido de sus viejas amistades a raíz de su estancia en Londres. De todas las amigas de aquel entonces, solo una sabía de ella.

Me temblaban las piernas cuando toqué el timbre del piso que Marta tenía alquilado en pleno barrio de Lavapiés. Nadie me abrió, pero alguien debió advertir mi presencia. Su voz en el descansillo de la escalera me sobresaltó.

—La joven que vive ahí se marchó esta mañana. Portaba una maleta de viaje. Me dijo que se iba una temporada a casa de sus padres.

La mujer no había terminado de hablarme y ya estaba enfilando las escaleras a la carrera. Lo poco que sabía de Marta era que sus padres se habían trasladado a su tierra natal, en Menorca. Tenía que impedir que se fuera a toda costa. La idea de perderla de forma definitiva me atormentaba.

El viaje en coche hasta el aeropuerto de Barajas se me hizo eterno. Pensar que podría haber llegado tarde me encogía el pecho. Ni siquiera sabía si Marta había cogido ya el vuelo. La encontré justo en el momento en que iba a pasar a la puerta de embarque.

—¡No te vayas, por favor! —Mis gritos no solo la alertaron a ella, sino a los distintos viajeros que estaban en la fila de espera.

—¡Luis! ¿Qué haces aquí?

—No puedes irte. Necesito entender qué ocurrió. Aún te quiero.

Mi confesión la pilló por sorpresa. No esperaba que después de tantos años siguiera enamorado de ella.

—Luis, yo... —Su voz quedó ahogada al ver mi cara de desesperación.

—¡Vamos, chica! Dale una oportunidad. ¿No ves que está loco por ti? Ojalá mi Manolo hubiera hecho algo así por mí —le dijo una de las mujeres que había en la fila de embarque.

No sé si fue lo que dijo la señora o mi cara de perrito abandonado, pero Marta no se subió en el avión. Esa noche hablamos de todo lo que ocurrió, me pidió perdón por su comportamiento. Si quería apostar por una segunda oportunidad, tenía que aprender a perdonar y eso hice. Durante varias semanas, tonteamos como amigos, pero estaba claro que la llama que nos unió en el pasado seguía viva.

Seis meses después le propuse matrimonio al más puro estilo

de *Pretty Woman*. Yo no tuve que subir unas escaleras de emergencia como Richard Gere, pero sí conseguí superar el miedo a tomar la iniciativa. Me presenté en el local en el que Marta daba clases de baile a señoras de la tercera edad con una rosa en los labios, me arrodillé como dicta la tradición y le enseñé el pedrusco, que por poco no salió volando, pues me temblaba la mano como si tuviera Parkinson.

—¿Quieres casarte conmigo?

Marta rompió a llorar, incapaz de pronunciar una sola palabra. Ahora que lo pienso, igual lo de traer unos mariachis fue demasiado. Pero yo solo quería que fuera perfecto.

—¡Sí, quiero! —logró decir después de unos segundos que se me hicieron eternos.

Y fue así como logré recuperar a la mujer de mi vida. Tres meses después repetimos el «sí, quiero», delante de varios testigos y un juez.



—Luis, ¿te importaría regresar a la Tierra?, ¿en qué estabas pensando? Recoge tú al pequeño. Yo ya no estoy para cargarlo —me dice Marta devolviéndome al presente y al parque infantil en el que nos encontramos, para así poder regresar a casa.

Mi maravillosa mujer me mira con cara de circunstancias y con los brazos en jarras. Dentro de dos semanas saldrá de cuentas y nuestro pequeño guerrero tendrá una preciosa hermanita.

—¡Carlitos, es hora de irse a casa!

Nuestro hijo hace caso omiso a mis palabras, parece completamente embelesado en su nueva compañera de juegos.

¿Y si se repite otra vez la historia?

MONTSE GODRID

Montse Godrid ha publicado *Besadas por el fuego*, una novela que se encuentra a medio camino entre la ficción histórica y el realismo mágico. Su reto es escribir una distopía.

DESTINO: NUEVA TIERRA

Sabe que va a morir.

Que minutos antes unos Alguaciles de la Misión Común le encerraran en una sala sorda y ciega —Nil no imaginaba que existiera un lugar en la Mifalk donde no emitiesen y vigilasen las omnipresentes pantallas, ojos y oídos de Demiurgo—, ya le hizo sospechar que nada bueno iba a ocurrir.

Tres *laureados* se introducen en el habitáculo con sigilo y rapidez, como el escuadrón de un ejército. El primero en entrar es Jon. Se mueve como si se encontrara desnudo en un planeta deshabitado: salvaje y confiado. El último, Tom, cierra la puerta tras él. Aunque en el arca interestelar no hay ni mil almas, los anteriores sacrificios por el bien de la Misión Común habían sido personas ante las que nada sentía. Nil y Tom fueron amigos de niños. Jon percibe el desconcierto de Tom y no deja tiempo para arrepentimientos ni palabras.

Dos de los miembros del macabro trío lucen con orgullo esa inconfundible mirada con la que los predadores atenazan a sus presas. Con la débil luz de la sala, los tatuajes tribales que marcan sus rostros, como el pelaje de una bestia, se manifiestan más amenazadores.

Nil observa a los recién llegados. Le pasa por la cabeza la idea de luchar, pero la descarta de inmediato. Sus adversarios le superan en número y pertrechos: Son tres individuos armados con tuberías de metal. No le da tiempo a decidir si resistirse acelerará o retrasará su muerte. Su corazón transmuta en arena, triste y seca. Su mente se disipa, más allá de los confines

del Universo, para hallar la paz que en ese momento precisa. Su cuerpo, carente de alma durante unos instantes, tiembla y se agita como una onda gravitatoria en el espacio-tiempo.

Al imaginar que su amante correrá la misma suerte, la desesperanza inunda de golpe el alegre espíritu de Nil. Todos aquellos besos con los que imaginó que hubiera engalanado el hermoso cuerpo de Pol si hubiesen pertenecido a la tercera generación y, por tanto, fuesen los afortunados en llegar a pisar la Nueva Tierra; «se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia», pensó.

Jon se golpea suavemente la frente con el puño. Los dos acólitos flanquean a la víctima sacrificial. Nil cierra los ojos y se aferra a su único asidero mental: Pol. Sus ojos, su risa, su pecho... El verdugo vuelve a golpearse la frente, en esta ocasión lo hace con los dedos índice y corazón levantados. Es la señal. Los tres caen al unísono sobre él, como una mano al cerrarse.

Nil únicamente siente el primer golpe. Una voluta de pensamiento emerge de su cabeza, traspasa los muros de metal y arriba a Pol, quien la recibe con una inhalación antes de ver a un grupo de Alguaciles de la Misión Común acercándose hacia él. En su último pensamiento, Nil se convierte en un pájaro azul y vuela junto a Pol —transformado en un ave majestuosa— lejos de ese lugar.

Tan solo hacía una semana que Nil se había considerado el hombre más feliz de la nave. Lo que no sabía era que el motivo de su dicha también constituiría la causa de su muerte. Nunca sospechó que sus padres le habían delatado. Eran buena gente. Respetaban las normas de la Mifalk y priorizaban la Misión Común por encima de cualquier pensamiento egoísta. Hicieron lo que creyeron que era lo correcto. Desconocían las consecuencias que la delación iba acarrearle a su hijo menor. Nil deseaba ser como ellos:

miembros útiles de la tripulación que se reproducen y socializan, pero una fuerza imperiosa le empujaba inexorablemente hacia Pol.

Todos los días hacía lo posible por coincidir con su amigo. Solía esperar antes de la hora de comer en el corredor de salida de las cabinas de formación hasta que fingía cruzarse con él por casualidad. Lo que Nil no imaginaba era que Pol se retrasaba a propósito al finalizar sus lecciones, con el objetivo de encontrarse con él. Había observado que terminaba el estudio algo más tarde.

Aquel maldito y bendito día, que coincidió con el vigésimo cumpleaños de Pol y, según las normas de la nave, con la mayoría de edad; decidió volver a ver el vídeo «Introducción a la Mifalk» para hacer tiempo hasta el no tan accidental encuentro con Nil. Había visualizado esas imágenes en innumerables ocasiones. Hacía cinco años que su madre había fallecido y la seguía echando de menos igual que el primer día. Nada había conseguido llenar aquel agujero negro que surgió en su alma el día que, con todos los honores que podía acarrear un funeral estelar por un miembro de la primera generación, fue excretada al espacio. Le reconfortaba verla sonreír y explicar la historia de cómo se inició el viaje en el que ahora se encontraban. Durante ese breve lapso, el agujero negro se colapsaba de amor para, al finalizar la grabación, aumentar su tamaño y voracidad.

Las cabinas de formación eran espacios muy reducidos, como todos los habitáculos no comunes de la nave. Los jóvenes de la segunda generación las llamaban *los huevos duros* por ser el interior curvo y completamente blanco. Para acceder a ellas, al igual que ocurría con el resto de compuertas de la Mifalk, se debía acercarse al escáner del lugar del cuerpo donde se tuviese impreso el tatuaje realizado con tinta conductiva. Si se tenía el permiso otorgado para el acceso a esa estancia, la puerta se abría.

En el interior de la cabina únicamente había una camilla ergonómica y

rígida de color blanco y una pantalla situada sobre esta. Según las capacidades y el nivel de aprendizaje —datos almacenados en Demiurgo—, a cada persona se le mostraban vídeos del Bigdata para continuar con la formación de forma individualizada.

—Demiurgo, por favor, ponme el vídeo «Introducción a la Mifalk» —solicitó Pol.

—Pol —respondió Demiurgo a través de los altavoces—: tu tiempo de estudio ha terminado por hoy. ¿Deseas repasar este vídeo?

—Sí, gracias. —Aunque no era necesario pedir por favor ni dar las gracias a los ordenadores, robots y resto de seres exánimes de la nave que servían a los humanos, a Pol le gustaba ser educado.

Una música instrumental envolvió la camilla donde reposaba. Mientras las imágenes del contenido se emitían en la pantalla, su madre apareció frente a él, proyectada en tres dimensiones como una figura holográfica, y, engalanada con su adorable sonrisa, fue narrando:

—En el año terrestre 2020, los humanos enviamos una estación espacial al satélite natural de la Tierra denominado la Luna. La misión fue un éxito. Nos consideramos desde ese momento colonos del Universo.

Su madre se desdibujó, hasta casi quedar transparente, y en la pantalla se mostraron imágenes tomadas en la Luna: La sala de mando, escenas de la vida cotidiana con colonos que araban el huerto y un recinto multiusos donde descansaban y charlaban. Al final, el grupo de colonos saludaba con la mano a la cámara, que ascendía y se alejaba lentamente. Parecían felices. Mar, la madre de Pol, volvió a condensarse ante sus ojos para continuar explicando con su meliflua voz:

—En 2030, enviamos otra estación espacial a Marte, el planeta más cercano a la Tierra. Esos diez años nos sirvieron para avanzar en la tecnología necesaria que facilitase la vida en «el planeta rojo».

Antes de que volviera a desaparecer ante sus ojos, Pol alargó la mano izquierda y acarició el aire que ocupaba la mejilla de su madre. Nuevas escenas, similares a las anteriores en el contenido, se proyectaron en la pantalla. Otro grupo de colonos también se despidió sonriente al final de las imágenes. Su madre apareció de pie junto a él y señaló en la pantalla las imágenes que Pol no miraba por preferir observarla a ella.

—En el año terrestre 2040, la nave intergeneracional Mifalk partió de la Tierra con destino a «la Nueva Tierra», planeta que orbita alrededor del sistema estelar Alfa Centauri. La distancia que separa ambos planetas es de 41,3 billones de kilómetros. Y el viaje tendrá una duración de ciento veintiún años, tres meses y doce días.

»Como habrás observado, la nave está dotada de pantallas que pueden visualizarse desde cualquier punto donde te encuentres. El fondo de pantalla, que aparece cuando no se emiten noticias, muestra el tiempo restante para alcanzar nuestro objetivo. Mira.

Indicó su madre, a la vez que se hacía transparente de nuevo. En la pantalla apareció el siguiente texto: «DESTINO: NUEVA TIERRA. TIEMPO DE LLEGADA: 86 AÑOS, 2 MESES, 12 DÍAS, 3 HORAS Y 9 MINUTOS».

La pantalla se apagó. Pol se quedó mirando el espacio que antes ocupó la imagen de su madre.

Al salir del *huevo duro*, Pol buscó con la mirada a Nil, a quien localizó unos metros más adelante. Le saludó con un gesto desde lejos, como los colonos que había visto hacía unos instantes en la Luna y en Marte.

—Felicidades —le soltó Nil al alcanzarle. Acompañó el parabién con un abrazo.

—Gracias, amigo.

—Déjame verlo —solicitó mientras le examinaba las partes del

cuerpo que quedaban al descubierto del uniforme.

Pol se remangó la camisa del brazo derecho y le mostró la cara externa del antebrazo. Nil abrió mucho los ojos en un gesto histriónico de sorpresa y preguntó:

—¿En serio? ¿Te has vuelto a hacer el *tattoo* en el mismo sitio y con el mismo dibujo? Solo podemos repintarnos la tinta conductiva cada veinte años y... ¿No has aprovechado la oportunidad para ponerlo en un sitio visible y así demostrar que ya eres un hombre?

—¿Esperabas que me tatuara la cara con símbolos tribales como si fuera uno de los *laureados*? Además... —añadió Pol a la vez que se atenuaba la luz de su mirada— este dibujo lo diseñó mi madre.

—¿Y has obtenido el apto en el examen físico-psíquico? —preguntó Nil con la intención de cambiar de tema.

—Por supuesto —anunció Pol y arqueó ambas cejas con simulado orgullo.

—Enhorabuena. Ya puedes ser padre. —Una sombra cruzó la mirada de Nil al pronunciar aquella falsa felicitación—. Tengo tu regalo en mi *chabolo*. ¿Prefieres que te lo dé ahora o después de comer? —Sabía que Pol no soportaba la incertidumbre.

—Ahora —solicitó sin vacilar.

Se dirigieron a los corredores de los habitáculos. Cada persona tenía asignado un dormitorio, que podía compartir o utilizar individualmente. Había parejas que se emparentaban durante mucho tiempo en la Mifalk, pero el matrimonio no estaba regulado. La promiscuidad no solo no se reprimía, sino que incluso se celebraba.

—Tú hoy has vuelto a visionar el vídeo «Introducción a la Mifalk» —aventuró Nil mientras caminaban—. ¿A que sí?

—¿Y tú esa vieja película, «Blade Runner»?

Ambos sonrieron con complicidad. Habían llegado. Nil aproximó el antebrazo a la pantalla negra situada junto a la puerta del habitáculo. El vano quedó abierto y ambos dudaron por un instante.

—Pasa, bobo. —ordenó Nil y empujó a su expectante amigo.

En la diminuta habitación, Pol miró en derredor.

—Bajo la almohada —le indicó Nil.

Pol se abalanzó sobre el catre. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir el regalo. La felicidad se plasmó en la cara de Nil.

—¿Cómo es posible? —alcanzó a preguntar Pol.

Estaba fascinado. Tomó entre sus manos, como si de un objeto delicado se tratara, la prenda de color azul eléctrico.

—Dijiste que estabas harto del gris perenne de nuestros uniformes. Que te encantaría vestir con los colores de los pájaros que vemos en los documentales. Así que tomé de la cocina colorante alimentario con sabor a arándanos con la excusa de un experimento de ciencias..., y teñí una camisa de tu talla.

Pol saltó de la cama y le abrazó con fuerza. Nil inhaló el intenso aroma que desprendía su nuca, como si el último aire respirable se encontrara en su pelo.

—¡Me encanta! Y huele a fruta.

—Pruébatela —le animó Nil.

Pol se desprendió de la camisa gris. Nil observó su torso. Su cuerpo poseía una desnudez contundente y frágil a la vez, como cemento recubierto de cristal. Pol se percató de esa mirada imposible de disimular y se vistió despacio. Se remangó la camisa como solían hacer los *laureados* a los que tanto admiraba y detestaba.

—¿Me queda bien? —preguntó, cargando sus palabras de intención.

Nil ardía en deseo. Anduvo sin vacilar los tres pequeños pasos que les

separaban, que en su mente fueron varios años luz, hasta encontrarse frente a frente, y le besó. Pol le devolvió el beso y, sin quitarse la camisa azul, hicieron por primera vez el amor, de una forma torpe y apasionada.

Nil supo que, pese a haber nacido apátrida, por fin había llegado al lugar al que pertenecía: el cuerpo de Pol. No se atrevió a verbalizar sus sentimientos. Deseó que la mirada y los gestos expresaran más que sus palabras. Las relaciones con parejas del mismo sexo iban en contra de la Misión Común. Pero, como todos los humanos, él no había decidido de quién enamorarse.

En la paz que siguió a la tempestad de besos, un silencio profundo se instaló entre ellos y empujó a cada uno en sentido opuesto.

—¿En qué piensas? —quiso saber Nil.

—En que somos unos traidores a la Misión Común.

—No digas eso, hombre —le espetó Nil. Sintió cómo las esquilas de los sentimientos de Pol se le clavaban en la piel—. ¿Cómo vamos a ser unos traidores por lo que hemos hecho?

—No es por eso. No te hagas el tonto —respondió Pol malhumorado—. Una cosa es un desliz, otra muy diferente sería que lo tomáramos como costumbre.

—¿Un desliz? ¿Eso soy para ti?

—No —negó Pol—. Eres mi amigo. Lo que hemos hecho ha sido un desliz. La Misión requiere que los miembros de la segunda generación nos reproduzcamos. ¿Sabes que entre dos hombres no es posible engendrar?

—Tu madre explica en un vídeo de *los huevos duros* que el fin del ser humano es ser libre. —Las palabras de Nil sangraban magulladas por el sarcasmo de Pol.

—¿Acaso no lo somos?!

—Baja la voz —le reprendió Nil—. Y no, no creo que lo seamos si no

podemos expresar nuestros sentimientos como nos dicte nuestro corazón.

—¿No hemos hecho lo que hemos deseado hace un rato? Si la libertad consiste en hacer lo que uno quiere, tú y yo lo somos. ¡No te pongas en plan rebelde que me exasperas!

—Pero tenemos que escondernos del resto.

—¡Porque no somos unos traidores!

Nil le tapó la boca para que no continuara gritando. Temió que alguien les pudiera escuchar desde el pasillo. Pol le apartó de un manotazo. Se quitó la camisa, la tiró con desdén al suelo y, a medio vestir, se fue.

No observó que a su espalda los padres de Nil, preocupados por no haber visto a su hijo en el comedor, se dirigían hacia su dormitorio para comprobar que no se encontrara indispuerto.

Pol ya no se retrasó más al terminar la formación. De hecho, la adelantó para no cruzarse por los pasillos con Nil.

No volvieron a verse.

DUBLINETA EIRE PERCEVAL

Soy Dublineta Eire, autora de comedia romántica y humor. Tengo publicadas cinco novelas:

- Días de caracoles y pastillas
- Meses sin caracoles ni pastillas
- Cuando Cupido te ignora
- Un donut por tus pensamientos
- Enamorada por los pelos.

Mi reto fue escribir un relato del género Z.

EL CHICO DE ENFRENTE

Desde la última pandemia, el barrio se había convertido en Zombilandia. Era la peor que recuerdan los supervivientes de las ocasiones anteriores.

Dicen que el ser humano tiene la capacidad de recuperarse después de cualquier catástrofe y unirse a la causa olvidando sus rencillas, pienso que nos vuelve peores personas.

Sobrevivo en un edificio derruido, con las ventanas apuntaladas y todas las entradas cerradas a cal y canto.

En el último ataque, quedamos atrapados en este lado de la calle. Estaba prohibido salir si no era en grupo y en el turno que nos correspondía.

Al principio, fue duro, conforme avanzaban los días en el calendario, el hecho de ver cómo íbamos terminando con ellos, reconfortaba, en cambio, cuando teníamos la desgracia de perder a algún conocido, esto se convertía en una pesadilla; y después de seis meses de encierro, estaba harta.

Había momentos que sentía la necesidad de atravesar los tablones que bloqueaban las ventanas para saltar al vacío, queriendo ser despedazada por esos seres asquerosos, putrefactos e inmundos.

Clarita, Sara y yo nos condenamos a ese encierro por presumidas. Pretendíamos huir lejos, allá donde todavía no habían llegado. Escuchar que habían aparecido los primeros infectados nos acongojó, ninguna quería terminar como ellos, la decisión de huir llegó demasiado tarde. A las nueve en punto se cerrarían las fronteras que el Gobierno había establecido, no iba a ser sencillo, pero tampoco imposible. Subidas al coche, vimos cómo la puerta

del garaje se cerraba ante nosotras sin poder impedirlo. La culpa fue de Clarita, empeñada en alisarse el pelo e ir mona por lo que pudiera pasar, por su culpa nos vimos condenadas a sufrir el estado de sitio.

El primer mes fue llevadero, pero nuestras despensas disminuían sin poder hacer nada, demasiadas bocas que alimentar. Sara tenía en la terraza un pequeño huerto urbano y pudimos cultivar tomatitos *cherry*.

Los expertos decían que los zombis nos aventajaban de noche, aconsejándonos salir a cazar a plena luz del día, y jamás solos; así, al menos, tendríamos más posibilidades de sobrevivir.

Reconozco que lo que ocurrió no fue premeditado —hablo de la guerra en la que me vi envuelta—, yo solo quería una cita, «¿para qué vivir condenada entre cuatro paredes si no se podía disfrutar de esa vida?».

Las últimas noticias eran buenas, el bando del norte había conseguido acabar con todos los zombis que se habían afincado en su barrio, cada vez se veían menos por los barrios colindantes, y si la falta de alimento en nosotros iba haciendo mella, en ellos, no iba a ser diferente, cazaban poco y llevábamos tiempo sin conocer que hubieran aparecido más infectados.

Aquello hizo que me emocionara, solo necesitaba un buen plan y a mis dos amigas.

Recordé las recomendaciones de los cazadores de cómo matarlos y, por supuesto, protegerse de ellos.

Mis amigas deberían dirigirme, yo no vería bien, el traje que tenía pensado colocarme me privaría de cierta movilidad, aunque, a cambio, conseguiría engañarlos, haciéndome pasar por uno de ellos hasta alcanzar mi objetivo. Sin embargo, todavía faltaba una cosa, la más importante, sin eso, sería un suicidio intentar salir.

Lo sabía por algo que me tocó vivir y me dejó traumatizada.

Todo comenzó con la aparición de un desvalido pajarillo; el hambre

apremiaba.

Un vecino salió a por él, alargó su brazo y antes de que remontara el vuelo, un grupo de zombis lo tenía rodeado, se me aceleró el pulso. Sentí un corte de respiración. De un mordisco le amputaron el brazo izquierdo, y la sangre a borbotones salpicaba la cara de sus captores. Los gritos se silenciaron cuando uno de los muertos vivientes se abalanzó contra su cuello, mostrando su boca putrefacta. La dentadura la tenía bien encajada entre su yugular y la clavícula. Pude sentir su dolor.

Se lo comieron, apenas quedaron restos del pobre Tomás.

Recuerdo la conversación con las chicas por lo mal que nos trató el hambre en aquella época:

—Lo que voy a decir va a sonar a salvaje, pero ¿creéis que si salimos a por los restos del chico, y lo cocinamos, nos contagiáramos? —comentó Clarita.

—¿Perdona? ¿Lo dices en serio? No llevo encerrada aquí más de dos meses para terminar convirtiéndome en una caníbal.

—Tengo hambre, lo siento. Ya me gustaría alimentarme de amor, como tú —me echó en cara.

—¡Qué idiota eres! Llevamos tiempo comiendo vegetales y no hemos muerto —respondí convencida.

—Lo sé, pero reconozco que echo de menos el olor de la carne al hacerse en la barbacoa —contestó, relamiéndose.

—Das miedo, ¿lo sabes? Insinúas que harías una barbacoa humana, ¿es eso? —fue lo único que dije horrorizada por su sugerencia.

Mientras discutíamos, Tomás era solo un recuerdo. Los zombis acabaron con él. No quedaron ni los huesos para hacernos un caldito.

Con mi plan bien atado, logré convencerlas.

Estaríamos solas, el resto saldría a pescar alguna trucha. Prefería renunciar

a mis proteínas por retozar con mi vecinito de enfrente; había que resolver esta tensión mutua, nunca pudimos decirnos nada, el miedo de atraer a los zombis era mayor que nuestras ansias de decirnos lo mucho que nos necesitábamos.

Bajé con Sara al garaje, necesitaba localizar una armadura que vi el día de nuestra frustrada huida a tierras sanas. Aquel día descubrí al hombre de hojalata, ahora sería perfecto.

—No hagas ruido, si nos descubren será nuestro fin —le susurré.

—¿Hablas de los zombis? —me respondió entre risas.

—Me da igual quién sea, la cuestión es que si nos encuentran, pensarán que queremos huir, nadie en su sano juicio se tragaría que mi intención no es más que sexual. Si digo que echaré el polvo de mi vida y regresaré, me tomarán por loca.

—Tengo miedo —me confesó.

—Yo también, a ver si te crees que para mí esto no supone un sacrificio, es posible que jamás regrese. —Intenté ponerle un tono solemne para que me dejara en paz.

—Si te sucede algo nunca me lo perdonaré.

—Lo sé, yo también te quiero. —Nos abrazamos.

Seguíamos pegada la una a la otra cuando un ruido nos sobresaltó. Nos miramos asustadas, no deberíamos tener compañía.

—¿Escuchas eso?

—Calla.

Se oía una tercera respiración, alguien resfriado. Con miedo e intentando que el tembleque de mi brazo no fuera visible, intenté darle a la cuerdecita que encendía la bombilla que colgaba del techo.

Fue dar a la luz y toparme con la cara de mi exnovio. Allí, frente a nosotras dos estaba él.

—¡Amadeo! ¡Qué susto me has dado! Te hacía por Madrid. Pensábamos que conseguiste huir antes de que cerraran todas las fronteras. —Me ignoró.

—Shusi, creo que tu abandono le ha pasado factura. Está raro, tiene color nabo —me explicó Sara.

—Igual han intentado atacarle, nunca fue un hombre muy expresivo, pero buenorro estaba un rato. Míralo, ahí plantado, babeando. Cómo me alegro de haberle dejado.

Antes de poder preguntarle nada más, elevó los brazos hasta ponerlos paralelos al suelo, sus uñas habían crecido de manera exagerada. Le volví a mirar, lo analicé todo lo rápido que pude, sentía mi respiración agitada, el corazón se iba saltado pulsaciones, se había vuelto arrítmico, pero taquicárdico. Acababa de confirmar que mi ex era un zombi.

—¡Mierda! Es uno de ellos —le grité a Sara, girándome hacia el extintor que colgaba junto a la puerta.

—¡Cuidado! —chilló sin poder moverse.

Con rabia arranqué el extintor y sujetándolo con fuerza por sus extremos con las manos temblorosas, tomé impulso para abalanzarme contra Amadeo. Se tambaleó en todas direcciones. Cuando dejó de moverse, no mostró ningún sentimiento. Todo tieso y podrido estaba.

Avanzó, nosotras retrocedimos, caímos de culo en las pequeñas escalerillas que subían a la vivienda.

Sara cerró los ojos, yo intenté colarme por el hueco de la barandilla, caí de bruces al suelo, me golpeé la muñeca contra una red gallundera de pesca y el arpón para cazar pulpos.

—¡¡Socorro!! —Sara, histérica, gritaba y pedía auxilio.

Amadeo casi la había alcanzado. Cogí aire, lo retuve un segundo, a lo sumo dos y al expulsarlo, como si estuviera cogiendo impulso para hacer abdominales, elevé el brazo atravesándole el cráneo por el entrecejo. Me

había cargado a Amadeo.

Sara no dejaba de llorar, estaba asustadísima y yo también, pero el subidón de adrenalina que tenía en aquel momento me impedía reaccionar para darle consuelo, por lo que, sin pensarlo, coloqué como pude al asesinado en el centro del garaje y me giré hacia el banco de herramientas. Necesitaba algo para ejecutar mi plan. Decidido, la sierra sería una buena opción. Sara me miraba estupefacta, creo que no tenía ni idea de qué me disponía hacer, pero era ahora o nunca.

Jamás pensé que mi propio exnovio me facilitaría el billete hacia mi desfogue sexual.

—¿Qué pretendes hacer? —me preguntó Sara.

—¿Tú qué crees?

—Si lo supiera, no te preguntaría. Te veo serrarlo por el ombligo, y como comprenderás..., me has acojonado.

—Calla, que pierdo el hilo. Necesito sus intestinos.

En cuanto logré separarle la carne, le retiré el estómago; me dio un asco indescriptible. Las arcadas iban y venía, hasta que comencé a vomitar. En cuanto me recuperé, localicé los intestinos.

Apoyé el pie en su costado, presionando, tiré con suavidad hacia fuera. Algo en su interior explotó salpicándonos a las dos de algo pringoso. Sara, entre llantos, comenzó a vomitar corriendo escaleras arriba.

—¡¡Detente!! —le grité, conseguí que parara en seco.

Le expliqué el siguiente paso y así hicimos.

Cuando tuve el intestino, lo dejé sobre la bancada, le pedí a mi amiga que me ayudara a colocarme la armadura. Lo siguiente, fue enrollarme las tripas por el cuello. Estaba lista.

Mientras Sara abría la puerta, le pedí que si la cosa se ponía fea, cerrara sin compasión, no era necesario que muriera por intentar salvarme. Las

instrucciones fueron claras: Yo saldría y ella subiría a la terraza, si aparecían los zombis, les lanzaría flechas a sus cabezas.

Miré a todos lados como pude; tenía poca visibilidad. Mi plan no era perfecto, tonta de mí, no había avisado al vecino que iba a ver, y si gritaba alertaría a los zombis..., y por muchas ganas que una tuviera de desfogar, no estaba tan loca.

Caminaba lenta, torpe, aunque con apariencia segura. El olor a sangre me estaba matando, llevar un collar a modo amuleto protector, me hacía sentir sucia y asquerosa. Acababa de matar a mi ex, por muy zombi que fuera, no podía borrar que hubiera sido mi novio. Lo dejé yo, sí, le cogí manía y ya no me atraía. Dejó de gustarme, pero de ahí a destriparlo...

«Un pasito más y llego», era lo único que me importaba en aquel momento.

La calle desierta, cero ruidos, todo derruido y nadie con quien conversar, cuando un estornudo me sobresaltó. La puerta se abrió, y de un salto entré.

—Lo logré —les dije, sonando a hueco.

El miedo me envolvió, juro que no se me ocurría qué hacer.

Los vecinos que llevaba viendo desde hacía meses me tenían rodeada, lo hacían cuatro zombis.

—¡Socooooorro!

De una patada en el estómago, tumbé a uno que cayó contra otro haciéndoles rodar, solo quedaba deshacerme de los otros dos que obstruían la salida, siempre creí que los zombis eran tontos, pero no, me habían tocado los listillos.

«Vaya mierda de plan».

Conseguí escapar al exterior, la cosa empeoraba.

Me comí a un grupo de zombis manifestantes, todos con las manos alzadas hacia mi cara diciendo tonterías.

—¡Shusi, corre! ¡Quítate el traje! —Podía escuchar a mis amigas mientras lanzaban... ¿sandías? «¿Dónde estaban las flechas?».

Pensé en quitarme el yelmo, necesitaba ampliar mi campo de visión.

Me lo saqué como pude y conseguí avanzar.

Los del grupo de manifestantes saltaban hacia mí, intenté correr. Cuando creía que iba a llegar a la puerta de mi edificio, uno me enganchó la pierna, notaba como chirriaban sus dientes con el metal que cubría mi extremidad. El miedo no me iba a impedir morir, no sin antes acabar con todos.

El subidón de adrenalina fue tal, que decidí arrancarme la armadura, aquello era un suicidio, pero si continuaba llevándola no podría defenderme.

Miré hacia arriba alertada por la lluvia de sandías, nos habíamos quedado sin comida, todo por un polvo.

—¡Shusi! —No me dio tiempo a reaccionar, Clarita me había lanzado el arpón con el que había dado muerte a Amadeo horas antes.

—¡Dios! —El zombi que llevaba agarrado quedó empalado.

Intenté tragar, tenía la boca seca. No podía respirar, era incapaz de hacerlo, empecé a hiperventilar, quería llorar, pero también me había secado. «Me estaré convirtiendo en uno de ellos», pensé. Yo no sentí ningún pinchazo, ningún mordisco.

A lo lejos, por el horizonte, vislumbré a mi clan, venían, podría salvarme.

Las chicas les gritaban, ellos empezaron a correr.

Acorralada contra la pared, intenté espantarlos con el arpón, pero cada vez eran más. El silbido de las flechas volando cada vez era más ruidoso.

El olor a humano alcanzó a los zombis, más de la mitad me abandonaron a mi suerte, dejándome acompañada solo con tres.

A mis pies cayó una sierra, me agaché y la empuñé, no sabía muy bien cómo utilizarla.

—¡Detrás, Shusi! —gritaba Sara, a Clarita hacía rato que no la escuchaba.

Me negaba a ver cómo me iban a arrancar el brazo, solo veía dientes ensangrentados y babas. Una boca venía directa, cerré los ojos, no estaba preparada para verme morir. Entiendo que nadie lo está y esto me lo había buscado yo solita.

Oí un grito seguido de Clarita cayendo en picado contra ellos; un golpe seco y allí estaba ella con un machete, clavándolo una y otra vez.

—¡Sííí! —Me miraba resplandeciente con trozos de carne pegada por su cara sin perder la sonrisa.

Me puse en pie y, gritando para sacarme toda la rabia, embestí al último zombi que quedaba con nosotras. Salté para celebrarlo, cada vez quedaban menos bestias, parecía que la victoria iba a estar de nuestro lado. Los nuestros habían llegado.

Elevé mi brazo para enganchar al vuelo el bate que me lanzaba Markus y justo en ese instante un escalofrío me recorrió de cintura para abajo.

Caí al suelo, y conmigo un zombi que venía directo hacia mi cuello, Markus estuvo rápido y se abalanzó sobre él, comenzamos a rodar los tres y en ese vaivén de desenfreno, nuestras miradas se cruzaron, el tiempo se paralizó, me importaba bien poco tener entre nosotros a un ser que había caducado.

Markus le metió los dedos en las cuencas de los ojos con la intención de despegarlo de mí, yo le veía hasta la campanilla, tanto tiró que una de sus anginas me golpeó en la frente.

Mi locura obsesiva nos había puesto en peligro, lo sé, lo reconozco, pero gracias a ella, aniquilamos a los zombis, al menos, era lo que creíamos. También aprendí que no era necesario salir del edificio en busca de una cita. Aquella misma noche, Markus y yo, comenzamos un «algo».

MARTHA FAË

Escribo bajo 4 seudónimos: infantil y juvenil como Martha Faë, Realismo Mágico para adultos como Martha Rincón, autoayuda como Mafalda Lempicka y romántica como Anaïs Wilde.

Libros publicados:

- Martha Faë: *Amaranta, La Esfera, Aracnofabio, La heredera del Atlántico*
- Martha Rincón: *El hijo del titiritero*
- Mafalda Lempicka: *Una vida a tu medida, El libro de las afirmaciones, Tu buena estrella*
- Anaïs Wilde: *Alexis, Alexis en la piel, Escríbelo en mi piel, Por siempre jamás, Un golpe de suerte, P... suerte, Amor al fin*

Mi reto es relato de terror.

LA COLECCIÓN

Nunca me gustaron sus ojos, esa es la verdad. Aunque había algo más, algo intangible a lo que debí haber prestado atención. Ni siquiera lo había visto aún, cuando ya algo en mi interior me decía que no debía estar allí, que forzara mis viejas piernas para salir corriendo. Pero llevaba más de un año sin una entrevista de trabajo y... Ni siquiera recordaba cuánto tiempo llevaba sin trabajar. Lejos habían quedado mis años dorados, esos en los que las mejores familias se disputaban mis servicios como *nanny*. Era como si el mundo se hubiera olvidado por completo de mí. Mis cartas de recomendación amarilleaban en un cajón y tenía que hacer malabares para comer, apartando cada mes las pocas monedas que me servían para pagar el alquiler del cuartucho en el que vivía.

Entonces recibí el telegrama.

Era de una familia que debía marcharse a la otra punta del mundo por cuestiones ineludibles. Un año, tal vez más, no podían asegurarme cuánto tiempo estarían fuera. Tan solo el viaje en barco les llevaría un mes, tiempo en el que estarían incomunicados. Me costó ocultar mi sorpresa cuando me dijeron que lo que deseaban no era que viajara con ellos, tal como había supuesto, sino que me quedara en casa con su bebé.

—¡Es tan pequeño y el viaje tan largo! —comentó la madre nada más verme, con palabras entrecortadas.

Por un momento tuve la absurda impresión de que no era pena sino alivio lo que le anudaba la voz.

—Su marido decía en el telegrama que el niño tiene solo un año —dije, intentando mostrarme profesional y cercana a la vez—. No se preocupen —añadí—, su hijo estará en las mejores manos.

El padre giró la cara hacia la ventana de forma exagerada, o al menos eso me pareció. De nuevo el absurdo se apoderó de mí, pues habría jurado que lo hizo para no dejarme ver su sonrisa.

—Tengo aquí mis cartas de recomendación —dije, sacando de mi cartera la carpeta que contenía los viejos papeles.

La madre de la criatura meneó la cabeza para indicarme que no necesitaba ver nada.

—Todo el mundo habla maravillas de usted —se limitó a decir.

Me pregunté quién era ese *todo el mundo*. Como he dicho, llevaba tanto tiempo sin trabajar que, probablemente, el último niño al que había cuidado era ya un adolescente.

Me hicieron subir por una escalinata alfombrada, ancha, señorial. Más propia de un palacio que de un hogar. Una escalera exagerada, por mucho que aquello no fuese una casa sino una mansión. Una vez arriba, seguí a la pareja por un pasillo que se me antojó infinito. Mi corazón empezó a latir cada vez más fuerte, hasta el punto de que me pregunté si ser contratada o no era inútil, si aquella aceleración era el último baile de un corazón que había decidido dejar de funcionar.

Nos detuvimos, al fin, frente a una puerta y la madre posó la mano en el pomo. Fue entonces cuando me percaté de su blancura extrema y de la textura de porcelana de su piel, que contrastaba con el tono trigueño que me había parecido observar en su cara.

«¡Sal de aquí!», volvió a decirme la intuición, pero la razón se impuso, recordándome que si no quería vivir pronto bajo alguno de los muchos puentes de Londres, debía conseguir aquel trabajo.

Lo primero que vi fueron sus ojos. Sí, los ojos del pequeño. Por un instante, un sonido de horror escapó de mi garganta. Me cubrí la boca con las dos manos, como si supiera que, de no hacerlo, irremediablemente me echaría a gritar. Luego todo pareció cambiar, como si despertara de un sueño. O, más bien, como si entrara en él. Frente a mí estaba el niño de un año más hermoso que hubiese visto jamás. Rizos dorados, mejillas sonrosadas, facciones perfectas. Sus ojos, enormes, redondos, con unas pestañas de una longitud sobrenatural, se clavaron de inmediato en los míos. Bajé la mirada hacia mis zapatos en un acto reflejo y luego miré a los padres, tan solo para percatarme de que ninguno de los dos miraba al niño.

—Pero... ¿lo dejan aquí solo? —dije, refiriéndome a la habitación.

Miré a mi alrededor, esperando encontrar a alguien que cuidara de él. La estancia era enorme. Ni siquiera la cantidad desorbitada de juguetes que había en las estanterías y en el suelo lograba paliar la sensación de vacío, de crueldad. Me pareció aberrante dejar a aquella criatura allí, en total soledad. Me sobresalté, encogiéndome sobre mí misma cuando el padre posó su mano sobre mi hombro.

—Discúlpeme —dijo con una voz que denotaba un cansancio inhumano—. Vayamos a la biblioteca para discutir los detalles de su contrato.

Minutos después, cuando cerraba la puerta de la biblioteca detrás de mí, encontrándome de nuevo frente a la escalinata que ascendía hacia el cuarto del niño, sentí que al fin había llegado mi golpe de suerte. Ese tren que la gente dice que pasa una sola vez en la vida, el que por nada del mundo se debe perder. Lo que aquel hombre taciturno y extraño me había ofrecido era más dinero del que había ganado en todos mis años juntos como niñera. El recuerdo de la mirada del niño volvió a mi mente, pero lo despaché pensando en la cifra que cobraría por mi trabajo.

—De acuerdo —dije—. Vendré mañana a primera hora, si les parece bien.

—Pero... —la mujer buscó a su marido con un claro gesto de desamparo
—. Edgard, ¿mañana?

—Necesito mi ropa, algunas cosas. Haré la maleta y...

El padre del niño no me dejó terminar.

—Nuestro barco sale esta noche —explicó, sin darme opción a abandonar siquiera por una hora la mansión.

Acto seguido, me pidió mi domicilio y me aseguró que se encargaría de hacer traer todo lo que pudiera necesitar. Solo en aquel momento me percaté de que en el tiempo que llevaba en aquella mansión no había visto a un solo empleado. Había sido la madre misma quien me había abierto la puerta al llegar. Como si pudieran leerme el pensamiento, tanto el hombre como la mujer se apresuraron a darme mil explicaciones que yo no había pedido. Motivos creíbles por los que la cocinera, el jardinero, el ama de llaves, las tres chicas encargadas de la limpieza..., en fin, todo el personal, se había tenido que marchar.

—Ya hemos contratado a gente para cubrir todos los puestos, no se preocupe —me aseguró el padre.

Sin argumentos válidos para objetar nada, me quedé aquella misma tarde a solas en la mansión con el pequeño.

Mi primera noche transcurrió con los ojos clavados al dosel de seda de mi cama, incapaz de apagar la vela que reposaba en mi mesilla de noche. Intenté en vano convencerme de que no pasaba nada, de que era tan solo un niño, como tantos que había cuidado en mi vida. Pero a la mañana siguiente, cuando entré en su habitación para despertarlo, lo hice con la determinación de no volver a cruzar nuestras miradas nunca más. No soportaba siquiera la idea de volver a ver sus ojos de muñeco.

Poco después de desayunar, llegaron uno a uno los nuevos empleados. Y la casa cobró vida. Se encendieron las chimeneas, se lustraron los pasamanos

de bronce, la cocina se llenó de aromas deliciosos y, Mathew, el nuevo jardinero, se encargó de retirar todas las hierbas secas del laberinto de rosas que se veía desde la ventana del cuarto del pequeño.

Éramos como una familia unida por nuestro golpe de buena fortuna. Por las noches, cuando el niño dormía, nos quedábamos charlando en la cocina, bebiendo, jugando a las cartas, celebrando ese sueldo de escándalo que todos sabíamos que jamás volveríamos a tener.

Una noche, el llanto del pequeño interrumpió nuestras risas. Me levanté de la mesa para subir a la habitación infantil, pero Mary, el ama de llaves, una escocesa de rizos de fuego y mejillas cubiertas de pecas, puso su mano sobre mi antebrazo para detenerme.

—Mathew, ¡arriba! —le dijo al jardinero, moviendo la cabeza en dirección a la puerta de la cocina—. Por escandaloso. Lo has despertado tú con tus risotadas.

Parecía lógico. Si había sido Mathew quien había despertado al niño, debía ser él quien se encargara de que se volviera a dormir. Me acerqué al umbral. La figura de hombre bonachón de Mathew subiendo por la escalinata bailaba frente a la luz de su vela.

No volvimos a verlo.

Pasaron tantos días, que incluso dejamos de comentar lo poco profesional, lo inmaduro y, sobre todo, lo poco inteligente que había sido Mathew por abandonar el trabajo tan solo por haber tenido que ocuparse del niño una sola vez.

—¡Valiente idiota! —comenté bajito, meneando la cabeza, con el pequeño entre mis brazos mientras mirábamos por la ventana el jardín abandonado.

Pero Mathew no fue el único insensato. Después de él se marcharon de igual manera dos de las chicas de la limpieza, luego el caballero y poco después el mayordomo. Todos con el mismo método: de pronto, en secreto,

sin un adiós. Todos por el mismo estúpido motivo: tener que cuidar dos segundos del niño.

Y no, no me gustaban sus ojos. Nunca me gustaron. Pero poco a poco me fui acostumbrando a él, a su risa, a sus manitas tocándome la cara en un terco intento por hacer que lo mirara. Cuidarlo era sencillo. No tenía berrinches, no pedía casi atención, le bastaba con que lo dejara sentado en la enorme alfombra de su habitación y se entretenía durante horas con sus juguetes. Era extraño que prefiriera los muñecos a los animalitos o los cochecitos de latón.

—Nunca lo esperé de Mary, la verdad —comentó Rose, la cocinera, una noche mientras servía nuestra cena.

Dos únicos platos en aquella cocina que no mucho tiempo atrás alojaba a quince personas.

—Pues no, yo tampoco —admití—. Ella misma criticó a todos los que se marcharon sin avisar. Además, ¿no tenía un montón de hijos a los que mantener?

—Sí, seis —dijo Rose con cara de asunto serio—. ¡Cada uno de un padre distinto! —añadió con una risa aguda.

Oímos los llantos del niño y me bastó con mirarla para que supiera que le tocaba a ella subir a la habitación.

En el silencio de aquella mansión ahora vacía, pude escuchar perfectamente los pasos de Rose recorriendo el pasillo del ala de los dormitorios. Supe cuando estaba cerca de la habitación del niño, pues a solo diez pasos de la puerta el suelo de madera crujía. Diez pasos, los había contado más de una vez yo misma en las tardes de lluvia en las que abría de vez en cuando la puerta para encontrarme al pequeño siempre jugando con sus muñecos.

Los llantos cesaron y esperé en vano a que Rose volviera a la cocina.

—Rose —llamé bajito—. ¡Rose! —repetí un poco más alto, intentando no

levantar tanto la voz como para despertar al niño—. ¡Rose! —llamé desde el pie de la escalera.

Entonces, la voz que sonaba en mi interior, diciéndome que me marchara, volvió con más fuerza. Como un grito mudo, como si quisiera arrancarme de allí. Pero mis dedos ya estaban sobre el pasamanos de cobre, acariciándolo sin darme cuenta mientras subía uno a uno los escalones. Oí el suelo crujiendo bajo mis pies y conté en voz alta, no sé por qué:

—Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis...

Me detuve, incapaz de seguir. Mi respiración pesada se intercalaba con los bufidos del viento.

—Siete... —dije en un susurro mientras mis piernas temblorosas volvían a caminar—. ¿Rose? —No hubo respuesta—. Ocho..., nueve...

El diez se ahogó en mi garganta.

Abrí la puerta y dejé el candelabro en el poyete de la ventana. El pequeño estaba sentado en la alfombra, de espaldas a mí. Me pregunté por qué Rose lo había sacado de la cuna.

—Pero ¡si es hora de dormir! —susurré mientras me acercaba a su cuerpecito mullido para levantarlo en brazos.

Oí la risa infantil, esa que surgía a menudo cuando se entretenía con los muñecos. Vi las manitas regordetas sosteniendo una muñeca con delantal de cocina.

—Esta es nueva —dije y me temblaron los brazos por el esfuerzo que hice para no dejarlo caer.

Mis manos se aferraron al cuerpecito, clavándole las uñas. Quise soltarlo, juro que segundos después lo intenté. Mi cerebro me decía que soltara a aquel niño del demonio, que saltara por la ventana si era necesario. Pero mi cuerpo no reaccionaba ante las órdenes de mi cerebro. Me quedé inmóvil, incapaz de apartar la mirada. Aún cuando sentía que aquellos ojos diabólicos, como de

muñeco, ejercían una suerte de magia en mí. Noté primero un entumecimiento y, aunque parezca mentira, supe cómo y en qué momento exacto mi cuerpo empezó a encoger. Cuando mi piel se convirtió en porcelana supe de la fragilidad de mi nuevo ser y rogué al cielo que el niño no me soltara. Supe que mis huesos y todos mis órganos habían desaparecido. En mi interior hueco permaneció tan solo mi cerebro. Supe que todos los muñecos lo tenían. Era eso, las decenas de cerebros en cuerpos de porcelana lo que despedía la sensación de crueldad que noté siempre en aquella habitación. Muñecos con cerebro, capaces de pensar. Así, pensando, fue como me di cuenta de que mis ojos se habían quedado fijos para siempre, mirando al frente, a merced de las manos de aquel niño que, entre risas, decidió sentarme frente a Mathew, Mary, Rose... Todos aquellos que, como yo, decidieron *no* marcharse. Aquellos por los que los padres del pequeño pagaron una fortuna. O quizá no, tal vez tan solo fuera un precio justo para tan única colección.

MARIBEL C. GÓMEZ

Soy Maribel C. Gómez o M.C. Gómez. Soy una escritora de novelas de misterio y terror psicológico. Me encanta lo oscuro y lo maligno, lo mío no es el amor y el azúcar; a decir verdad, se me da fatal.

Tengo cuatro libros publicados:

- El Círculo de Alas Negras – 2018
- Imperfecta Rara Avis – 2017

Biología Subyacente:

- Adyacente – La noche del cielo rojo – 2017
- Subyacente – El Informe Alcatraz – 2016

Mi reto consiste en escribir un relato de género romántico juvenil. ¿Creéis que podré hacerlo? Espero que sí.

LO DEMÁS YA LLEGARÁ

La brisa golpea mi cara. El casco integral perdió la visera en una de mis estrepitosas caídas, sin embargo, jamás me desharía de él. Tampoco prescindiría de mi moto, tuve que trabajar dos veranos en la empresa de mi padre para poder cumplir mi sueño y yo siempre lucho por lo que quiero, lucho hasta el final. Mi moto es mi bien máspreciado, mi fiel compañera.

Dejo la moto lo más cerca posible de la puerta, de esa forma me aseguro de que puedo salir por patas en cualquier momento. ¿Por qué me dejaría liar por mi madre?

Me lo pidió como un favor, «por pura cortesía» según ella, en cambio, yo pienso que se trata de un intento por emparentar a las dos familias. Mi madre es maquiavélica por naturaleza.

Presiono el timbre y me giro a observar mi caballo de hierro. Esto no puede salir bien, las citas a ciegas no son mi fuerte. Nadie responde a mi llamada y por un momento pienso que he triunfado, pero mi esperanza se esfuma en un suspiro.

—Hola, Caleb, ¡cómo has crecido! —La señora Lambert me saluda con efusividad.

—Hola —digo con timidez y sin saber qué más añadir.

—Pero no te quedes ahí, cariño. Pasa, Cristine bajará enseguida.

Intento disimular mi desgana, pero la señora Lambert parece saber más que yo de teatrillo de estar por casa.

—De verdad, Caleb, corazón... Si es para ti un compromiso,

podemos hablarlo.

—No se preocupe, señora Lambert, todo está bien. —Miento para no dejar mal a mi madre, pero en una lista de propósitos he apuntado con letras mayúsculas «MATAR A MI PROGENITORA», y para que no me pase inadvertido lo he resaltado en amarillo fluorescente.

De pronto, unos gritos desagradables hacen que eche de menos mi libertad.

—Mamá, sube —vocifera Cristine.

—Espera un momento Caleb —dice la señora Lambert mientras sube las escaleras.

Madre e hija discuten. Casi no puedo entender lo que dicen, la señora Lambert se ha asegurado de cerrar la puerta para amortiguar todo lo posible el sonido.

Parece que mi cita está igual de interesada que yo en salir con alguien extraño.

De hecho, mi madre me contó que yo y la estridente Cristine jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Yo solo me acuerdo de una mocosa malcriada que me empujó y me hizo caer a un charco mientras nuestras madres tomaban café, arreglaban el mundo y destrozaban más de una reputación.

Vuelvo a pensar en desertar y esta vez estoy a punto de echarle huevos, pero la visión de una chica preciosa me deja boquiabierto.

—¿Nos vamos? —pregunta ella con una sonrisa artificial.

Asiento sin saber qué decir y salimos de la casa. La señora Lambert nos despide desde el porche. Solo le falta hacer una foto y dar saltitos de alegría, se nota a leguas que se contiene para no hacerlo.

Antes de arrancar, Cristine me dice al oído:

—Necesito que pares un momento en la gasolinera.

—De acuerdo —contesto.

Mientras Cristine entra en la tienda de la estación de servicio, yo me distraigo con mi móvil. Mis amigos me ponen los dientes largos enviándome sus fotos entre risas y cervezas.

Pasados unos minutos, la voz de mi acompañante me saca de mi mundo virtual.

La miro sin poder ocultar mi sorpresa. La nueva Cristine no tiene nada que ver con la niña buena que subió a mi moto.

Sus pantalones texanos han mutado a minifalda, la camisa ancha de cuadros ahora luce desabotonada y atada por debajo de los turgentes pechos de Cristine, su escote de vértigo deja poco a la imaginación y yo no puedo evitar mirar su canalillo con descaro.

—¿Se puede saber por qué me miras así? —Me encojo de hombros—. No hablas mucho, ¿verdad? —pregunta con los brazos en jarras.

—Solo si tengo algo que decir. —le digo en un intento de mostrar mi cara más carismática y misteriosa.

—Pues verás, este es el plan: yo he quedado. ¿Nos vemos aquí en tres horas?

—¿Cómo dices?

—No me mires con esa cara de bobo. Tú también te sientes en la obligación de tener esta cita sin sentido, solo tendrás que recogerme a las diez de la noche y llevarme a casa. A cambio puedes hacer lo que quieras con tu tiempo.

Sinceramente, no me parece mala idea y de alguna manera me siento tentado a aceptarla, hasta que se acerca un coche que quema neumáticos y forma una polvareda considerable al derrapar en un pequeño descampado que hay delante de nosotros.

Cuando el conductor abre la puerta no me lo puedo creer.

—Hombre, Caleb, ¡Cuánto tiempo!

—Ben... —Hay muchos millones de chulos peligrosos en la tierra, en este pueblo también hay un buen número de ellos. De todos esos individuos, Cristine ha escogido al peor, por lo que me pienso dos veces el cumplir con el plan.

—¿Solo dices eso? ¿Es que no te alegras de ver a tu viejo amigo? Desapareciste de la noche a la mañana... Llegué a estar preocupado, en serio.

—He estado ocupado.

—Quizás podrías venirte con nosotros. Con esa preciosidad que llevas entre las piernas puedes llevarte por delante al imbécil de Jack.

—No es buena idea —digo con seriedad mientras tenso la mandíbula.

—¿Desde cuándo Caleb Fénix se resiste a una buena carrera?

No quiero volver a lo de antes, con esa gente que solo te quiere por el personaje que representas. Has de hacer un papel para permanecer en su círculo y yo me cansé de fingir ser alguien que no era. Un día simplemente dejé de frecuentar esos sitios y a esa gente, y en especial me alejé de él, de Ben Killer.

Al ver que no me queda de otra acepto un último reto, por ella, por Cristine, porque me da pena. Sé que es una chica perdida que necesita sentirse importante, pero se ha equivocado al igual que me pasó a mí. Me siento incapaz de abandonarla a su suerte.

Me niego a que se suba en el coche de Ben. Ella se enfada conmigo, incluso se burla de mí, pero la amenazo con ir con el cuento a su madre. Eso la irrita. No obstante, consigo mi propósito, que suba a mi moto. Pongo los ojos en blanco al oír sus maldiciones, pero con mi rastrero acto, le he evitado muchos problemas. Sé que Ben es traficante y que en su coche hay

algo más que una ingenua pasajera.

Conduzco mi moto a toda velocidad y la adrenalina se apodera de mí. Sé que voy a hacer lo único que me gustaba cuando era uno de los muchos amigos de Ben Killer: competir contra ese engreído de Jack, mi eterno rival en las carreras ilegales y el culpable de que mi anterior moto acabara inservible. Mi rodilla me lo recuerda cada vez que hace mal tiempo. Ese dolor que siento me sirve de penitencia.

Cristine se agarra con fuerza a mi cintura, está asustada. Suelto el manillar y le acaricio una de sus manos. Se estremece y yo no sé qué diablos hago. Hay veces que pienso que soy un calzonazos.

Llegamos a la explanada del mercado. Siempre quedábamos allí cuando había carrera. Hay cosas que no cambian jamás. Cristine salta de mi moto cuando todavía no me he detenido del todo y se abraza a Ben. Este la mira con desprecio. Al parecer no le ha gustado que se agarrara tan fuerte a mi cintura, tampoco que se viniera en mi moto en lugar de irse con él. Ben no tiene ni idea de mi amenaza, y ver su cara de rabia me da mala espina.



El aire arremolinado azota mi cara, el ruido de los motores me embriaga, la adrenalina circula por todo mi cuerpo y hace que me sienta el amo del mundo. Lanzo un grito de euforia. A mi lado, prácticamente a mí misma altura, está él, Jack, que de vez en cuando me mira y sonrío mostrándome sus dientes de oro. Ese día, él también se llevó su recuerdo, solo que Jack no abandonó el barco y yo sí.

Estamos a punto de llegar a la meta cuando dos coches de policía se acercan hacia nosotros de modo temerario. Jack y yo los esquivamos. Saben quiénes somos, aunque yo hace mucho tiempo que no les doy problemas. Escapo, hago que me pierdan la pista. Entonces caigo en la cuenta de que he

dejado sola a Cristine y no me lo perdono.

Vuelvo a la explanada. Con seguridad la policía ya no estará allí y no creo que vuelvan. Es imposible que haya alguien tan tonto como para regresar al mismo lugar donde lo han pillado in fraganti pocos minutos después de perpetrar un delito.

Recorro la explanada sin dejarme un solo rincón por inspeccionar. Ya no hay nadie; los demás pusieron pies en polvorosa cuando la policía hizo acto de presencia. No hay ni rastro de Cristine. No puedo aparecer en mi casa sin dejarla en la suya, mi madre me mataría sin necesidad de anestesia.

Me siento culpable. Una chica tan joven sola por estos lares corre peligro. Esto está lleno de yonquis y delincuentes, empiezo a temerme lo peor.

Doy vueltas y más vueltas a la explanada y sus inmediaciones, peino la zona, como diría la policía en una investigación, pero no tengo suerte. Paro la moto delante del barranco, admiro las vistas impresionantes del lugar y me enciendo un cigarro.

Unos quejidos femeninos me alertan, hay algo agazapado detrás de una piedra. Me acerco sigilosamente, Cristine se abraza las rodillas y solloza. Me agacho delante de ella y pongo mi mano sobre la suya. Ella da un respingo y me mira intensamente.

—¿Me das un piti?—pregunta entre gimoteos.

Saco el paquete de tabaco del bolsillo trasero de mis pantalones y se lo tiendo. Cristine coge un cigarro, lo enciende y comienza a hablar.

—Siempre hago lo mismo, me voy con el primer pringado que me dice lo buena que estoy, me engaño a mí misma.

—Suele pasar.

—¿Solo vas a decirme eso?

—¿Qué quieres que te diga?, Ben Killer puede resultar carismático, no solo para las chicas. Para mí también lo fue en su momento.

Cristine esboza una sonrisa burlona.

—No de la forma que estás pensando —digo tocando su nariz con el dedo de modo afectuoso y cercano.

—Ha desaparecido. Me ha dejado a mi suerte, es más, ha pasado por delante de mí con su coche y ni se ha parado. ¡Casi me atropella!

—No quiere ir al calabozo, es normal.

—¿Y ahora? ¿Por qué no está aquí?

Respiro profundamente.

—Mira, yo solo puedo decirte que Ben no es la mejor compañía para una chica como tú.

—Y, ¿quién se supone que es buena compañía para mí? No soy lo que tú piensas... ¿O es que crees que todavía soy virgen?

Pongo los ojos en blanco, y es que me siento en medio de una escena de la película Footloose.

No le contesto, simplemente me siento a su lado mientras miro el horizonte. Ya ha oscurecido y las luces de la ciudad que se divisa al fondo son nuestro improvisado público.

—¿Ben y tú erais amigos?—pregunta.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—No quieras saber cómo acabó todo.

—Pues ahora quiero saberlo. Es más: me muero de ganas.

—Es una larga historia y no tengo tiempo ni ganas de hablar de ello. Solo te diré que la cosa acabó bastante mal y yo pasé por el calabozo, aunque todavía era menor de edad. Mi anterior moto quedó para el arrastre y mi rodilla me suele avisar cuando cambia el tiempo. Todo eso en poco tiempo. Quise ser quien no era.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero ser algo que no soy?

—Pues que me recuerdas demasiado a mí mismo.

—¿De verdad? ¿Te atreverías a besarme? Tengo curiosidad por saborear mis propios labios, ya que dices que te recuerdo a ti mismo.

—Has visto demasiadas veces Footloose, ¿verdad?

—¿A qué viene eso?

—A nada —digo mientras acerco mis labios a los suyos sin espera.

La pillo por sorpresa, pero ella responde a mi atrevimiento a la vez que posa sus manos en mis hombros y las cruza por detrás de mi cuello.

He de decir que el corazón me va a mil por hora y mi entrepierna vibra. No soy un hombre muy paciente en el amor y, menos aún, en el sexo. Quiero que sea mía, lo necesito, pero tengo que poner cabeza y termino con el beso antes de que la desnude aquí mismo.

—Vaya... No creía que lo hicieras.

—¿Por qué no? No soy de piedra, creo que ya lo habrás notado.—
digo mientras me encojo de hombros.

El ambiente ahora se puede cortar con un cuchillo. En lugar de haber roto el hielo con el beso hemos instalado la tensión entre los dos.

Mientras nos dirigimos a la moto decido coger su mano en un intento de hacer el momento más distendido. Ella sacude levemente la suya y suelta mi mano dejándome sin palabras.

—Oye, eres un chico muy majo y me ha encantado el beso, pero yo tengo novio y no le hará ni pizca de gracia que vaya de la mano con otro.

—Eres tú la que me has pedido que te bese. ¿Se puede saber a qué juegas? Ese tío es peligroso, es un jodido camello y, por si necesitas que te refresquen la memoria, te ha dejado tirada en este lugar lleno de cabrones.

—Yo lo quiero, se lo he dado todo, ¿sabes?

—Todo —digo mientras elevo las cejas y sonrío por puro sarcasmo

—. Si crees que por echar unos cuantos polvos ya se merece el cielo y toda tu existencia allá tú.

—Caleb, yo...

—Sube a la moto por favor. Te llevo a tu casa.

Conduzco y aguanto mi rabia, no entiendo a las mujeres y su manía persecutoria por complicarse la vida con maleantes que acabarán maltratándolas. Es tan fácil verlos venir; pero lo vemos los demás, los que no estamos bajo su influjo, los que no necesitamos una persona peligrosa para sentirnos vivos, los que jamás pondríamos una mano encima a una mujer, y Ben es uno de ellos, porque lo he visto abofetear a más de una de sus chicas.

Nos despedimos en la puerta de su casa. Cristine me mira con esa cara de compasión que odio. No sabe que la digna de compasión es ella. Justo antes de entrar en casa me llama, yo me giro y ella se acerca a mí a la carrera.

—Adiós, Caleb, gracias por todo. —Me da un beso en la mejilla.

No me despido, simplemente subo a mi moto y me alejo mientras hago un poco más ruido de lo normal. Por el momento el único amor que me puedo permitir sentir sin ser herido es el amor a la velocidad. Lo demás ya llegará.

LUZ MAESTRE

Luz Maestre nació en Huelva, España, en 1983. En la actualidad reside en México. Comenzó a escribir en el año 2014. Desde ese momento los géneros en los que mejor se desenvuelve son la comedia romántica, el thriller y la novela negra. Siempre le llamó la atención la ciencia ficción, pero es un género en el que nunca se atrevió a profundizar y que veía muy complicado. Escribir este relato fue un reto difícil de superar.

Puedes encontrar sus novelas en Amazon, entre las que se encuentran:

- Ranita busca príncipe, no importa el color.
- Aledis, las perras no siempre ladran.
- Retazos de un mujeriego.
- Secuestro exprés, enamórate de mí.
- El aleteo de las mariposas.
- Seducción sangrienta. (Generaciones sanguinarias I)

EL PRESO 309

Ardía, y no como lo hace el whisky al derramarse en la garganta. Quemaba desgarrando hasta calcinar los huesos; pero antes de llegar a ellos debía adentrarse en la piel y recorrer cada parte agonizante hasta que no quedara nada, solo muerte. Tal vez sus gritos se perdían entre la sinfonía de risas, entre el macabro espectáculo de seres sin alma.

Nadie lo ayudaría y no quería morir así, no quería hacerlo en modo alguno. Sin embargo, mientras el calor engullía su cuerpo y el aroma de su propio ser se apropiaba del aire, supo que el fin había llegado.

Si pudiera cambiar lo que hizo, si pudiera arañarle unos años al tiempo, si pudiera...



El preso 309 golpeó los nudillos contra la pared emitiendo una suave percusión. Estaba nervioso y, aunque le costara admitirlo, también sentía miedo. De nuevo había llegado el día, el momento en el que la odiosa voz comenzaría su intrincado algoritmo y escogería dos números al alzar. Llevaba muchos años reviviendo una y otra vez ese momento a la espera de ser elegido. No sabía lo que ocurría al cruzar las puertas; nadie regresó de ese viaje para informarle.

La civilización que conocía estaba extinta y, lo que quedaba de ella, no eran más que animales salvajes. «No. Los animales eran en cualquier aspecto superiores». Ya era tarde para arrepentimientos, no importaba la

cantidad de veces que se arrojara en el suelo pidiendo una clemencia muda. Los presos no tenían derecho a hablar, tampoco a gritar. Los actos tenían consecuencias y la justicia caía sobre ellos sin necesidad de un juez o un jurado. Ellos siempre serían considerados culpables.

Acontecía el año 2080, la humanidad sufría superpoblación, la escasez de recursos cada vez era más preocupante, el calentamiento global provocó un cambio radical en la forma de vida y en los desastres naturales. La madre tierra gritaba y los humanos seguían siendo sordos. Los hábitos eran cada vez más nocivos, el hambre, los conflictos, la delincuencia y las enfermedades era un mal común. No importaba los acontecimientos, ellos eran una plaga difícil de exterminar. ¿Qué sentido tenía gastar energía, tiempo y dinero en una solución? La colonia en Marte ya era apta para la vida, el planeta rojo había formado una civilización productiva y pronto se marcharían para tomar posesión de ella. «Un nuevo hogar para destruir».

Unos pocos elegidos serían los beneficiarios de tan buena fortuna. El resto... serían abandonados a su suerte, no sin antes recibir la piedad del gobierno. Una mutación letal del virus Schmidt, más letal que cualquier enfermedad conocida surcaría el aire provocando una pandemia mundial. Sufrirían una muerte rápida, pero muy dolorosa. Las hemorragias internas acabarían con ellos en menos de veinticuatro horas; fácil, rápido y, sobre todo, misericordioso. El alto mando no podía huir del planeta y dejarlos a su suerte. Solo eran un número más, insignificantes piezas que hicieron su trabajo como borregos mientras servían para sus propósitos.

Era tan fácil, tan bien planificado; esparcir el virus y dejarlos morir mientras un grupo reducido proseguía el legado en otro lugar. Era un mal necesario. Sin embargo, los pequeños inconvenientes sucedían, errores insubsanables. Como que la colonia marciana decidiera independizarse de la Tierra en el último momento con un golpe de estado. Que la información

clasificada se filtrara por una fuente desconocida, y esos inservibles humanos se sublevaran contra el gobierno. El miedo se esparció con la misma rapidez que el virus. Fue un error, uno terrible e irreparable.

Se refugiaron en un bunker subterráneo alejados de la plaga, de la muerte y la destrucción. Siempre existía un plan alternativo. Por ese motivo eran los líderes de la civilización. Estaban preparados para cualquier contingencia. Tenían suministros, medicinas y todo lo necesario para sobrevivir en aquel lugar durante una extensa temporada. Lo que comenzó con una mudanza se convirtió en un exterminio para esa plaga llamada humanidad. Podrían reconstruir la tierra y formar un nuevo clico como la hicieron en Marte; podrían catalogarlo como una reforma necesaria.

Por desgracia, no fue así. Las cucarachas no eran las únicas en ser capaces de sobrevivir al desastre, y el azote humano demostró ser difícil de erradicar. Los cadáveres asolaron cada parte del planeta, pero hubo quien sobrevivió a un virus que tuvo consecuencias inesperadas. Las mutaciones los hicieron más fuertes, más rápidos, más inteligentes. En su ansia por el poder crearon una raza superior, mientras que los habitantes del bunker se convirtieron en una especie obsoleta.

Las provisiones comenzaron a acabarse a los cinco años; no obstante, ese fue el menor de sus problemas. La ubicación del bunker fue rastreada y quedaron indefensos. La nueva raza era organizada, como hormigas inseparables con un objetivo común, la venganza. No hubo clemencia, la muerte rápida no estaba en sus planes. Si alguna vez tuvieron un nombre, una familia o un pasado, quedó reducido a un número tatuado en el pecho con un hierro candente. De personas importantes e incuestionables pasaron a ser simple ganado.

De los escogidos ya solo quedaban dos, y el preso 309 rezaba a un Dios que permanecía indiferente cada vez con más ansias. Serían los

siguientes, los últimos y la pesadilla finalizaría. Añoraba su antigua vida de placeres terrenales, de comidas copiosas y de amantes dispuestas sin que importara la existencia de una familia. Su esposa y su hija eran afortunadas, fueron llamadas con rapidez. Ellas ya no tenían que soportar los trabajos forzados, ni los suculentos manjares de insectos y ratas ofrecidos en aquel austero hotel de cuarta categoría. Tampoco soportarían la suciedad, el aire viciado y la música. Ese condenado sonido que se repetía una y otra vez sin descanso a través de los altavoces. Sin pausa, sin cambios, destinado a volver loco a la persona más cuerda. Una estridencia que solo se detenía para aumentar la incertidumbre, porque cuando solo existía el silencio, se anunciaba al escogido para cruzar el umbral que lo llevaría a su propio Estigia.

Esos seres infernales no tenían la decencia de presentar sus respetos, no ordenaban, en raras ocasiones se dejaban ver, no imponían la fuerza. No hacía falta, dejaron muy clara su superioridad desde el comienzo. Obedecer, el mutismo y escuchar ese sonido era su nueva vida. Sin posibilidad de escape, débiles y trabajando hasta la extenuación.

La música se detuvo, respiró entrecortado y miró de reojo a la presa 45. Sus ojos azules lo evaluaron, el labio inferior le temblaba y le costaba sostenerse en pie. No tendría más de quince años. Los mismos que tendría su hija si siguiera en ese lugar. Una parte de él deseó que fuese ella la elegida y que, tal vez, existiera la piedad para el único sobreviviente. Tendría una nueva oportunidad de vivir, de escapar, de regresar a un mundo que ya no existía.

A pesar de sus ruegos, las puertas temidas se abrieron sin ser llamados. Sin guardias al otro lado que los arrastraran contra su voluntad. Frente a ellos se encontraba el pasillo vacío que recorrió muchas veces antes de la invasión. Silencioso, oscuro y terrorífico.

Se acercó a la joven con paso vacilante y le rozó la mano con el pulgar. En algún momento la estrechó y se alimentó de su fuerza, de su juventud, de su miedo. Intentaba cuadrar los hombros para no parecer desgarbado y ella lo tomó como una señal de protección. ¡Qué equivocada estaba! La sostenía para que no comenzara a correr y lo dejara solo, la deseaba como un rehén que le otorgaría la última oportunidad. Cuanto más se acercaba el momento, menos seguro estaba de querer perecer. La mujer debía morir, sería ella. Era una persona sin importancia, y él uno de los presidentes más importantes. Poseía voz de mando, autoridad, ¡era su superior! Deseó gritar al silencio y decir que tenía derechos inviolables, pero no podía hacerlo porque fue el primero en perder la lengua en uno de sus intentos por quejarse del trato recibido.

Caminaron uno junto al otro, ralentizando cada paso. La presa 45 lloraba y él sonrió. Tiró de ella para que no se detuviera, puede que fuese peor si tardaban demasiado. Todo era silencio, las salas que años atrás estuvieron llenas de vida se encontraban insalubres, inhabitables, convertidas en un vertedero de huesos y desperdicios que inundaban el lugar de un olor nauseabundo. Eso explicaba el intenso aroma de las celdas.

Entrecerró los ojos lo suficiente para ver a través de las pestañas, «Dios mío, son restos humanos». Soportó una arcada y se mordió el labio superior reseco saboreando la espesa barba. Tenía tanto miedo. Arrastró los pies descalzos por entre la mugre y los huesos, y se guió por el instinto. Era mejor no ver, no preguntarse qué era lo que acariciaba su piel, y subía hasta su rodilla para acabar por desprenderse y dejarlo proseguir. Llegaron al mismo habitáculo por el cual entró años atrás; en aquel momento esas escaleras colgando de la pared no le parecieron tan tétricas.

La pesada puerta de la parte superior estaba abierta y dejaba filtrarse los rayos solares. El astro también era temible, un par de minutos expuestos a

él sin la debida protección, y comenzaban las úlceras en la piel. Animó a su compañera a subir primero en un camuflado acto de caballerosidad; ella negó con la cabeza, pero el gruñido que dejó escapar le hizo obedecer. Conforme subía, el coro de risas era cada vez más esperanzador. Hablaban, reían, incluso le pareció escuchar la tonada de una canción emitida con silbidos. ¿Sería posible que estuviese a salvo?

Apresuró a la presa 45 empujándola con la cabeza y golpeándola en la cadera. En cuanto la mitad de su cuerpo asomó al exterior fue arrastrada y quedó fuera del alcance de su vista. Se aferró a la barandilla y de soslayo miró al suelo. La altura era considerable, si se dejaba caer puede que muriese, mas todo quedó en un pensamiento. Antes que lograra llevarlo a cabo un aliento putrefacto rozó su nuca y tiró de él como un muñeco de trapo. Arañó el suelo, se intentó aferrar a cualquier objeto que encontrara a su paso, pero solo acrecentó el coro de risas. Su travesía finalizó en mitad de lo que, con anterioridad, había sido una explanada fértil, de las pocas localizaciones que quedaban fructíferas sobre la tierra.

Pronto comprendió que sus enemigos tenían intención de quedarse y que habían instalado allí su propio campamento. A los pocos minutos comenzó a notar el picor en la piel y la antesala de lo que serían heridas cutáneas. Los ojos le escocían y no lograba enfocar su visión, pero sabía que su compañera se encontraba a su lado.

—Es un gran honor tenerlo aquí, señor presidente. —La voz gutural le provocó un escalofrío, lo conocía.

Se llevó el antebrazo a la frente para usarlo de visera, pero no le sirvió. Negó con la cabeza y quiso preguntar: ¿por qué? ¿Por qué lo había traicionado? Aunque pudiera hablar, no hubiese emitido las palabras en voz alta, sabía el motivo. El virus Schmidt iba a ser la cura para la humanidad, permitiría a los humanos soportar la inclemencia del sol, podrían vivir con

pequeñas cantidades de agua y los haría más resistentes. No obstante, los primeros ensayos fueron un fracaso y todos los sujetos de prueba murieron. La cura ofrecía un par de minutos de fuerza y una rápida muerte dolorosa. Una vez que activaron el plan de contingencia decidieron dejar fuera al equipo de investigación. Puede que su rostro revelara sus pensamientos porque el que creía su verdugo se explicó.

—Le alegrará saber que conseguí hacer funcionar la vacuna. Solución y cura en el mismo proceso. ¿Comprende? —Negó con la cabeza y fijó su poca visión en el suelo—. Bien, le daré una última explicación. Sabía que me traicionaría, así que salvé a las personas con las que quería formar mi nuevo mundo y asesiné al resto. ¿No le parece ingenioso? Ahora soy su superior y, como tal, le explicaré sus opciones.

»Uno de los dos presos debe morir, no me importa cuál de vosotros, quien sobreviva será libre. Así que... —Sonrió, mostrando unos dientes amarillos y un gesto perverso—. ¡Corred!

Tardó unos segundos en hilar sus pensamientos, pero la presa 45 emitió un grito e intentó alejarse dando traspiés. Le daban la opción de ser libre y no dudaría en tomarla. ¿Qué importaba que fuese una chiquilla indefensa? Tampoco importaba que pudiera ser su hija, una muerte más no ejercería ningún cambio en su conciencia. La siguió boqueando por la sed y el dolor de las heridas de brazos y piernas. Distinguió el bulto tropezarse y caer al suelo. Aprovechó la oportunidad para gatear usando las rodillas y manos, le costaba avanzar. El sol lo estaba destrozando. En cuanto consiguió romper la distancia logró visualizarla; atemorizada, una herida abierta decoraba su frente y el líquido rojizo le caía sobre los párpados. Perdió el juicio y lo poco que le quedaba de humanidad. La jovencita no tuvo fuerzas para resistir su ataque. Golpeó hasta el agotamiento y, por primera vez, supo lo que era matar a alguien con sus propias manos. Exhausto se dejó caer en la

arena y dejó escapar una carcajada. Era libre, por fin era libre y no tenía fuerzas.

La solución a sus problemas llegó con rapidez. Un desconocido le sostuvo los brazos y sin esfuerzo comenzó a arrastrarlo. Se había ganado la vacuna, formaría parte de la nueva civilización. Sin embargo, ¿por qué lo ataban? ¿Por qué en lugar de ofrecerle clemencia se reían y lo colgaban sobre unas brasas incandescentes?

—Señor presidente, felicitaciones, es usted libre... de morir. Es una pena que sea casi piel y huesos, no habrá mucho que saborear.

Gritó como no lo había hecho durante los años que duró su cautiverio, mientras sentía la muerte llegar poco a poco, cociéndose con calma y paciencia, como la mejor comida casera. Esa era la humanidad, sin importar qué inventaran para mejorar sus cuerpos, estaban podridos de codicia y poder.

El preso 309 se compadeció de sí mismo y de la madre tierra, una nueva civilización comenzaba a emerger, dispuestos y capaces de seguir destruyendo.

DANI HUERTAS GARCÍA

Soy Dani Huertas, escritor de las novelas #AcosoaunAdolescente y ‘Los días son oscuros’ y de los libros de relatos ‘Escribiendo contigo’ y ‘Luna llena para lobos muertos’.

Me enmarco en los siguientes géneros: drama, juvenil, thriller, romántico y superación personal, por lo que hacer algo de humor se aleja mucho de lo que suelo escribir. Pese a ello, decidí meterme en este reto porque es algo chulo salirse del tiesto, y mis compañeros decidieron que escribiese humor.

TE PASA POR PORRERO

Me llamo Sergio de Vicuña. Hoy voy a conocer a mis suegros. Bueno, conocer... el padre de mi chica era profesor mío en el instituto. Eso ella no lo sabe, pero ya me estoy imaginando los comentarios que puede llegar a soltar ese señor cuando me reconozca y nos sentemos a la mesa. Para entender un poco lo que me pasa con Ramón Mejías, nos tenemos que retrotraer a mi época adolescente, en la que era un poco rebelde porque mis padres, los pijos ricos, lo intentaban arreglar todo con dinero, pero no me hacían ni caso. Cuando entré al instituto, empecé a juntarme con los mayores. Imaginaos a un niño de doce años con tíos de quince que recién empezaban a beber, fumar y a jugar con otras drogas. Sí, lo has adivinado, me convertí en el porrero más sexy del instituto con el paso de los años. Ah, y en un camello magnífico, a mí me pedían un gramo y daba dos. A la clientela había que cuidarla... Sobre todo, si una de las personas es el profesor de literatura de bachillerato, el padre de mi novia. Y diréis «pero tío, vender droga a un profesor está mal». Sí, estaba fatal, pero joder, él fumaba porros y yo tenía una marihuana de categoría. Además, yo vendía, ¿a quién se le ocurre pedirle a un alumno del instituto la droga? Ya hay que tener pocas luces, y más sabiendo que tienes una hija preciosa, que encontrará novio y te lo presentará algún día. Vale, sé que no te vas a imaginar que tu yerno acabará siendo el cabroncete que hace novillos en tu clase y luego te pasa cinco pavos a la salida del instituto para que te des un homenaje con tu mujer por la tarde, pero todo puede pasar en esta vida, profe, ¡todo!

Todo empezó con mi colega Rober. Ese tío era la caña. Yo tenía trece años y una tarde absurda de mi vida, decidí fumarme mi primer cigarro. Lo podemos llamar presión grupal o cobardía individual, pero el caso es que cogí ese piti y le di unas caladas, con su correspondiente ataque de tos inminente al expulsar el humo de la primera. Que, por cierto, hay que ver lo tontos que somos los seres humanos. Nos sabe mal, nos da un ataque de tos e incluso nos duele, pero luego nos viciamos... A lo que iba, ese fue el primero de muchos, porque a día de hoy me sigo fumando más de medio paquete diario, pero lo importante de toda esta historia es que cuando cumplí catorce, me hicieron una fiesta sorpresa de cumpleaños. Fue un botellón de la leche, pero se notaba que ellos eran mayores que yo. Jamás había estado en uno, porque siempre que me invitaban les ponía la excusa de la edad, de que mis padres no me dejaban llegar muy tarde, etc., que era una mentira absoluta.

Mis padres nunca sabían dónde estaba, ni se preocupaban por saberlo. El gesto más cariñoso que tuvieron conmigo fue darme un móvil para, según ellos, tenerme localizado, pero nunca me llamaban y yo a ellos menos. Sí, tuve una infancia peculiar, tan peculiar que en ese botellón me fumé mi primer porro y ese fue el comienzo del fin... En dos meses estaba vendiendo la droga de Rober y generando nuevos amigos que tan solo me querían por el interés. Venían, me pagaban, se fumaban un porrito conmigo, y se iban, hasta la próxima. Siempre era así, pero me fui creando un nombre en esto. Todos me respetaban en el instituto, me saludaban por los pasillos y era el rey del patio junto a Robert.

Un día, el excelso profesor de literatura me pilló pasando a una compañera de clase. Yo ahí dije «tierra, trágame» y no por lo que lo hubieran pensado todos los chavales, que me pillaran mis padres, qué coño, eso no importaba. Mi padre me hubiera empezado a echar la bronca hasta que una llamada hubiera interrumpido su discurso sobre lo que habían hecho mal

como padres, y mi madre directamente se hubiera sentado conmigo a fumarse un canuto echándose las risas. Sí, mi madre era un tanto extraña. Se pasaba la vida fundiendo dinero en gilipolleces y trabajando en algo que yo no entendía. Representaba actores de alto renombre y siempre les conseguía series y películas súper guays, y le pagaban una pasta, pero era una hippy y le daba igual todo, yo no sé cómo lo hacía. Pero mi padre hubiera tenido algo de razón enumerando cosas que habían hecho mal como padres: pasarse la vida trabajando y no hacerme ni caso, dejándome entrever que fui un penalti en el minuto de descuento, meterme a un colegio de pijos que no me gustaba, cambiarme luego a un instituto de chusma que me caía bien, pero me llevaba por malos caminos, no haber tenido una charla conmigo pese a todo lo que no sabía hacer... Buah, eran unos padres nefastos y a día de hoy lo siguen siendo. Si les contara que tengo novia y que su padre es un porrero, cosa que no sé si ella sabe, mi padre me diría que me alejara de esa familia y mi madre que los invitara a la cena.

Bien, dejando de divagar, lo sorprendente de toda la situación fue que el profesor en vez de montarme un pollo, llamarme a hablar con él al día siguiente y ponerlo en conocimiento de la directora, me soltó «¿Esa mierda es buena?», y a partir de ahí comenzó una gran amistad. Muchas salidas, venía hacia mí y me iba con él a casa, hablando sobre las clases y sobre mi trabajillo secreto.

—¿Tú por qué eres camello si estás forrado? —me preguntó una tarde el profesor.

—¿Y tú por qué la consumes si sabes que las drogas no son buenas? —le respondí yo, intentando ser sarcástico.

—Si te digo la verdad, no lo sé, pero de algo tenéis que comer los que os dedicáis a venderla —me respondió con una gran carcajada. Ahí pensé «este tío está chalado» y no me equivocaba.

Pasaron los meses y conocí a Creta, su hija. He dicho ya que es preciosa, ¿no? Miren, una amiga de Rober, me la presentó una noche cuando teníamos dieciséis años. Fue un flechazo. A partir de ahí, empecé a quedar con ella. Nos besábamos, charlábamos de nuestras cosas... Nuestra primera vez fue juntos. Fue un desastre inconmensurable, de estos que no se pueden explicar con palabras. Pero bueno, no he venido a hablar de eso. El caso es que ella me cambió la percepción de todo lo que me rodeaba. Como siempre estaba solo en casa, pasaba con ella los días enteros y no le gustaban mis amigos. Me rayaba, porque si nos conocimos fue gracias a que Rober está rodeado de maravillas. Aunque tenía razón, el chaval era un pieza. Seguro que acababa atracando joyerías o, yo que sé, un banco, y vendiendo drogas duras. Al final lo meterían en la cárcel y se haría el rey del patio ahí dentro, y yo esa vida no me la podía permitir. Coño, que imaginaos si me iba metiendo en ese mundillo lo que hubiera sido de mí. No hubiera ido a conocer de nuevo a Ramón y me habría quedado en los huesos, con lo que me gusta a mí comer. Y encima vería muy poco a Creta...

Ella me convenció de dejar los porros y Rober se tuvo que apañar para vender. Se lo expliqué todo a mi querido profesor de literatura y el hombre se tuvo que buscar la vida. Ahí todo me iba mejor. Perdí un poco de popularidad entre los cabrones que solo se dedicaban a fumar y ver la vida pasar, pero acabé estudiando y sacándome el bachillerato para acabar siendo abogado como mi padre. Sí, me gusta la carrera, no fue una imposición. Ahora, tres años después de esa etapa me quedan solo dos para terminar y estoy deseando defender a inocentes; o a culpables, el caso es ganar el juicio, vamos a ver. A pesar de llevar años juntos, nunca me ha querido llevar a su casa, quizá porque me parecería una hipócrita si después de cambiar mi vida, llegaba a su hogar y veía a su padre fumando verde, ¿no? Estaría muy feo. Lo único que sabía de sus padres eran sus nombres, por lo que nunca salió el

tema de que se dedicaba a ser profesor y de que igual había sido mi profesor. Claro, no te vas a imaginar que tu padre le pilla droga a un chaval del instituto, pero todo puede pasar en esta vida, cariño, ¡todo! Supongo que le habrá dicho a su padre que hoy se abstenga de tener trastos que le puedan relacionar con los porros, que no fume, que no haga comentarios incómodos... Vamos, lo típico. Pero yo, por si acaso, he llamado a Rober, después de un año y medio sin hablar con él, y le he pedido un poquito de marihuana. Igual Ramón la necesita y seguro que está bien recordar viejos tiempos.

Ayer, al final, la cena salió bien. Le metí la bolsita de marihuana en el bolsillo al saludarle. Le di un gran abrazo mientras él me decía al oído «Anda que acabar con mi hija... Ahora sí que no te escapas». Yo ahí me reía como un imbécil mientras acojonado pensaba «¿Pero qué he hecho yo para merecer estos suegros?». Pero está claro lo que he hecho. Voy, me junto con chusma, me dedicó a pasar marihuana, me toca un profesor loco que resulta que fuma como un camionero y se hace amigo mío. Y para colmo empiezo a salir con una chica y no me presenta a su padre hasta tres años más tarde, y no le pregunto ni el nombre ni a qué se dedican... ¿Se puede ser más imbécil? Nunca me interesé por saber un poco de su familia. Al contrario, me sentía cómodo en mi casa con ella, sin que mis padres vinieran, o que vinieran y no nos prestaran atención. Cuando se la presenté fue algo como:

—Papás, esta es Creta, mi chica.

—Muy guapa. Cenad lo que queráis y no hagáis ruido.

La siguiente vez que hablaron fue un:

—Pedro, ¿sabes dónde están los cereales?

—Sí, hija, en el armarito de la esquina. Me voy a trabajar. Pasadlo bien.

Siempre era algo así, les sudaba las narices mi vida y a mí me parecía perfecto. ¿Qué necesidad tenía tres años después, con lo a gustito que estamos, de presentarme a sus padres? Todo está bien, ella estudia diseño y yo derecho, vamos a tener unos trabajos estupendos... ¿Es que no se ha dado cuenta de lo bien que se está sin comidas familiares? Pero bueno, este es el suegro que me toca por enamorarme de ella y por haber sido tan tonto en mi adolescencia, qué se le va a hacer.

Nota del autor:

Es ficción, pura ficción, he intentado hacerlo lo más gracioso posible. No es mi género, ni mucho menos, pero me he montado una peli. No penséis que fumar porros es bueno. Ninguna droga es buena y no quiero hacer publicidad de ningún tipo a la marihuana. Lo de que los adolescentes que acuden al instituto fuman, y hay chavales que venden a la salida y en los recreos, es una verdad como un templo. Poned los ojos y la mente en los lugares donde se reúnen, antes de criticarme por “incitar” al consumo y a la venta de marihuana, porque he intentado hacerlo como crítica social. Por lo demás, espero que os haya gustado y entretenido durante un rato.

TOMÁS AUCHTERLONIE

Tomás Auchterlonie es un escritor de cuentos y novelas en los géneros de Ciencia Ficción, Fantasía y Policial. Su reto era escribir un relato dentro del Drama.

INCOMPATIBLE

Nadie sabe cómo va a reaccionar en un momento así. Me recosté en la silla mientras un atropello incesante de pensamientos pasaban por mi cabeza: ¿Qué va ser de Jo?, quedarse sola con Diego que todavía no tiene cinco años. ¿Qué va a ser de Dieguito?, crecerá sin padre. Los amo tanto. Justo cuando las cosas empezaban a ir bien después de tanta mala suerte. Joana tardará en recuperarse... sufrirá por mi culpa. Doce años más de hipoteca, no va a poder. ¿Alcanzará a cubrir algo mi seguro? Muerte. Ya está, esto es todo. Quizás me lo merezco. Toda la vida tratando de ser bueno y esto recibo. Nada vale la pena.

Ni siquiera pestañeaba, el Doctor Juárez esperó un minuto y habló:

—Mauro, ¿tiene alguna pregunta? ¿Alguna duda?

—Leucemia avanzada. De cuatro a seis meses. Creo que eso lo resume ¿Me perdí algo? —En el instante en que lo dije con ese tono amargo de rabia contenida me arrepentí. El Doctor Juárez es una bellísima persona y no tiene la culpa de lo que me pasa, pero en un momento me pareció un mensajero del infierno.

—Existen algunas opciones de tratamiento. Si logramos estabilizar su condición, hay esperanza. Y también está la posibilidad del trasplante de médula.

Hijo único, padres muertos. Mi pariente consanguíneo más cercano es un primo segundo que vive en Canadá. Y mi hijo Diego, claro, pero solo tiene cuatro. Encontrar un donante compatible iba a ser difícil.

Durante el trayecto desde el hospital a casa no podía dejar de pensar en suavizar el golpe que esto sería para Joana. Ella sufrió mucho en su vida. Y odia los hospitales. Aun así soportó los seis años de tratamientos de fertilidad que fueron necesarios para quedar embarazada. Un milagro justo cuando habíamos abandonado toda esperanza. Por lo menos no quedará sola si todo esto termina como parece. Además debía tener mucho tacto, porque estos días que me estuve sintiendo mal le había restado importancia diciendo que era cansancio y tampoco le dije nada de mis citas con el Doctor Juárez.

—¿Todo bien? —preguntó Joana después de que yo prácticamente no abriera la boca durante la cena—¿Pasó algo en el trabajo?

—Lo de siempre: exceso de proyectos, poca colaboración y el pesado de Michelli que quiere las cosas para ayer.

—Tú puedes con todo eso. Valora y prioriza como sabes hacer muy bien —dijo mientras llevaba los platos al lavavajillas, desde la cocina la escuche con voz apagada—. Confío en que puedes solucionarlo, como siempre lo haces.

Eso. Valorar y priorizar. Hasta que no tenga alguna brizna de esperanza dentro de esta negrura que vivo no voy a amargar a Joana con estas noticias. En este momento lo importante es agotar todas las vías de solución. Una de las ideas que cruzó mi mente era provocar un accidente mortal con el coche de la empresa, una solución rápida para mí y por lo que Joana recibiría un importante pago del seguro.

La cara del Doctor Juárez no me anticipaba nada. Me había llamado al trabajo para pedirme que me acercara hasta su consultorio sin darme más datos. En mi situación cuando te piden eso solo piensas en lo peor.

—Creemos que un trasplante sería la mejor opción que tiene de superar esto —dijo al fin.

Luego me explicó una serie de procedimientos médicos, drogas,

tratamiento, más drogas, malestares y efectos secundarios terribles.

—Y sometiéndome a todo esto... ¿qué gano?

—Entienda que no es una cura, ni siquiera una forma permanente de detener el avance de la enfermedad, pero es lo único que nos garantiza más tiempo y eso se traduce en mayores posibilidades de encontrar donante. Lo que gana es algo de tiempo.

—A costa de un deterioro físico enorme.

—Pero seguirá con vida y con esperanza de encontrar ese donante compatible. Quizás si su hijo es compatible puede servir para esperar al mejor momento de hacer ese trasplante.

—No tengo miedo a luchar, pero solo si tiene sentido la espera. — Desde la noticia del cáncer había estado dándole vueltas a la idea de la muerte digna. Aceptar el destino y no degradarme alargando una existencia solo porque se podía, para terminar muriendo igualmente pero con meses de pesares y malos recuerdos para todos mis conocidos—. Después del parto congelamos el cordón umbilical de Dani, por eso de las células madre. ¿Sirve para hacer el test de compatibilidad?

—Seguro.

La siguiente llamada del doctor, unos días después, había sido tan críptica como la primera.

—Si es para darme los resultados del estudio, me los podía haber dicho por teléfono. Seguramente es incompatible, ya me había hecho a la idea.

—Tiene razón, es incompatible. Lo que pasa es que el estudio también nos dio otro dato.

—No alargue el suspenso, doctor. Lo que sea no puede ser peor.

—Hicimos un análisis de ADN y resulta que Daniel no es su hijo. Es increíble que el mundo te pueda caer encima dos veces en tan poco

tiempo. Y yo tratando de proteger a Joana de las malas noticias. Era el infeliz más imbécil de la tierra. Y me moría. Cuando me di cuenta, había apretado tan fuerte mis puños que tenía los nudillos blancos y las uñas clavadas en la palma. Salí a la calle diciendo que necesitaba pensar y me puse a caminar en círculos en el estacionamiento del hospital. La idea de que mi mujer me había estado engañando todo este tiempo me hacía más daño que la enfermedad, que en ese momento solo me parecía una salida. La forma definitiva de acabar con todo ese dolor. Pero las dudas me taladraban la cabeza y llegaron a ser más fuertes que mi deseo de morir. ¿Con quién? ¿Cuánto tiempo? ¿Lo sigue viendo? ¿Lo conozco? ¿Se reúnen para reírse de mí?

Haciendo memoria recordé que los días previos a dejar el tratamiento que seguía para quedar embarazada había cambiado su humor. Estaba hosca y lejana. Había culpado a las hormonas y tuvimos un par de peleas graves por temas que ya ni recuerdo. Llegué a dormir en el cuarto de invitados casi un mes y medio. De repente, su actitud cambió y, aunque regresé al dormitorio compartido era muy frecuente encontrarla llorando sin dar explicaciones. Todo cambió cuando supimos que esperaba el bebé. En esas fechas debe estar la clave de su traición.

Volví a la oficina. Llamé a sus mejores amigas, pero no saqué nada en claro. Era difícil llevar la conversación hacia esas fechas sin provocar suspicacia. Luego recordé que había estado trabajando en una oficina del centro. Fue algo temporal y lo dejó ese mismo mes. En mi teléfono aún tenía el teléfono de la oficina así que llamé:

—Lazzeta y Asociados.

—Hola... ¿Marcela? —No tengo memoria para los nombres, pero durante ese tiempo había llamado muchas veces—. Habla Mauro, el marido de Joana.

—Ah, hola Mauro —dijo la secretaria después de unos segundos—

¿Cómo está Joana? Espero que no le haya afectado demasiado. Aquí nos afligimos mucho y los días después del robo en esa tienda no se la veía muy bien.

¿Robo? ¿Qué robo? Joana no me había dicho nada de un robo. Seguro que es algo que me ocultaba. Quizás haya estado en la dichosa tienda donde robaron con el tipo con quien me engañaba.

—El tiempo lo cura todo —dije tratando de que sonara profundo—. Por eso mismo te llamaba: porque quería corroborar algunos datos que Joana tiene borrosos y el seguro de la tienda todavía nos pone trabas para cobrar la birria de compensación que nos debe. ¿La fecha y hora exacta fue el...

—Veinticinco de octubre, salió de la oficina a la una y cinco. Electrónica Oro está a menos de diez minutos andando, por lo que el robo debe haber sido entre una y cuarto y una y media.

Marcela ya me había dado todos los datos necesarios. Me despedí y colgué. Una rápida búsqueda en internet me completó la información. El robo había sido en una tienda de teléfonos, donde un tipo retuvo durante dos horas a tres clientes: un hombre y dos mujeres, después de herir de gravedad a la vendedora. Al final un francotirador de la policía mató al ladrón con un certero disparo a la cabeza. En unos de los periódicos que cubrió la noticia se ve una foto borrosa, el local de lejos y tres personas de espaldas. Reconocí la blusa azul de Joana al medio, de un lado una señora que tenía como poco sesenta años y al otro lado un hombre delgado en ropa deportiva. No podía creer que Joana me haya ocultado algo así, pensé; aunque si me estaba engañando y ese niño no es mi hijo creo que ni conocía a la verdadera Joana. Tenía que saber el nombre de ese hijo de puta. Las dos patrullas que se veían en la foto eran de la Comisaría Doce, en veintidós minutos estaba frente a la mesa de recepción.

—Buenas tardes... —Tuve que leer la placa de la Sargento Mónica

Rodríguez para saber que era mujer—. Señora, necesito unos datos para un juicio contra el seguro en un incidente que sufrió mi esposa hace un tiempo.

—Buenas tardes, caballero. —Su voz era más grave que la mía—. ¿Me dice el número de expediente?

Puse cara de consternado.

—No lo apunté, disculpe. Pero tengo la fecha, hora, lugar...

—Veré que puedo hacer.

Le pasé los datos, le di mi DNI y el nombre de mi mujer. La sargento Rodríguez tecleó en su ordenador y leyó en silencio lo que salía en la pantalla.

—¿Me podría dar las señas de los otros rehenes? Necesito testigos que nos apoyen.

—No.

—Pero es que... —La sargento levantó la mano interrumpiendo la frase.

—De ninguna forma le daré datos del expediente que no se vinculen directamente con su mujer.

Discutir con la sargento no era una opción. Di las gracias y encaré hacia la puerta, pero en el trayecto recordé a uno de nuestros proveedores. Tenía su número en marcado rápido:

—Hola Jaime

—Hola Mauro, que raro se me hace que llames a esta hora. Gracias por cubrirme de nuevo el día de retraso. No sé qué haría sin ti en esa empresa.

—Oye, tu hermano es... algo en la Jefatura de Policía ¿No?

—Sí, está en el Consejo. ¿Necesitas algo?

A los quince minutos exactos la sargento Rodríguez recibió un llamado telefónico muy breve. Luego imprimió una copia del informe, lo

colocó en una carpeta marrón, se acercó hasta la silla junto a la puerta donde yo estaba esperando y me lo entregó sin decir palabra.

Una vez en el coche busqué la ficha de datos de los implicados. Estaba Joana, la señora Martínez con sus setenta y dos años y, para mi sorpresa, el señor Akihiro Dai, japonés de cuarenta años y una foto que confirmaba sus innegables rasgos asiáticos. Otro callejón sin salida. Entre los datos del señor Dai figuraba su número de teléfono:

—Buenas tardes, usted no me conoce, pero esto es muy importante. Lo llamo en relación al robo que sufrió. Tengo aquí el expediente del caso pero no sé si es exhaustivo, supongo que recuerda el incidente

—No creo poder olvidar ese día.

—Soy Mauro, esposo de Joana, la mujer joven que estaba ese día en la tienda con usted.

—Lo lamento Mauro, por usted y su mujer.

—¿Recuerda alguna cosa más sobre ese día? Algo que no haya contado. ¿Joana llegó sola a la tienda? Y luego del incidente ¿Se fue sola?

Del otro lado de la línea se hizo un silencio pesado y largo, aunque yo podía escuchar la respiración pausada del hombre. Luego suspiró.

—¿Su esposa no le contó lo que sucedió ese día?

—Entiendo que el robo haya sido algo traumático para usted, pero creo que me lo ha ocultado por otras razones, señor Dai. Me ha estado engañando, ¿comprende? Si usted me pudiera dar datos de quién estuvo con ella aquel día...

—Disculpe, señor Mauro, pero yo no le diré nada que su mujer no quiera que usted sepa. Siempre nos creemos víctimas, pero no vemos que hay personas que sufren mucho más. —Su voz se hizo dura. Escupía las palabras.

—No puedo creer que se ponga de su lado. ¡El engañado soy yo!

—¿Usted tiene el expediente del caso? Estuvimos dos horas a merced

de ese desquiciado en la tienda, hasta que recibió su merecido. Sé que en las declaraciones decimos poco de lo que pasó. Quizás usted está buscando en el lugar incorrecto. —Colgó.

—¿Pero de qué me habla? —grité. Abrí con rabia la carpeta marrón.

Releí el expediente entero tres veces, la narración de los oficiales, el informe pericial, las declaraciones de los rehenes y los testigos, hasta el informe del tirador que abatió al criminal. El criminal. Repasé la ficha de sus datos personales y me quedé atónito cuando por primera vez puse atención a su historial delictivo. En la primera hoja, junto a su foto desde donde me clavaba esos ojos vacíos, había una pequeña lista de fechas, juicios y condenas: Dos cargos por robo con violencia; dos por tenencia, consumo y venta de sustancias prohibidas; tres cargos por violación.

Yo era el engañado, pero no la víctima.

En la autopista, a la altura del cruce que lleva al aeropuerto aceleré hasta el límite permitido y apunté directamente a la enorme columna de cemento que dividía los carriles, sin tocar el freno.

ROSER A. OCHOA

Roser A. Ochoa es una escritora de novela romántica/erótica tanto paranormal como contemporánea. Tiene novelas publicadas a cuatro manos junto a Yolanda García como la saga Océanos de Oscuridad y novelas contemporáneas tales como Soñar Contigo o Havana's Café. En solitario ha publicado un thriller juvenil titulado Al tercer día.

Su reto en esta antología era adentrarse en el mundo de la Ciencia Ficción.

TU ALMA

La lluvia arremetía con fuerza contra los cristales y las luces de la ciudad se colaban hasta el interior del salón, creando en la penumbra un cuadro fantasmagórico de distintos colores. Maxwell Dale se pasó las manos por la cara, se sentía exhausto. Alzó de nuevo la mirada hacia aquel holograma en medio de la estancia, que le miraba mientras negaba con la cabeza.

—¡Joder Michael! —gritó a esa representación de su mejor amigo, un Maxwell exasperado—. Necesito otra —imploró bajando el tono de voz e intentando controlar su enfado.

—Lo siento, no puedo hacer nada —respondió Michael, con el mismo tono.

—¡No lo entiendo!

—Dijiste que la última era la perfecta... que aguantaría todo el proceso, me dijiste que...

La imagen de Michael se desdibujó un poco frente a él, pero Maxwell no le dio importancia. De hecho, ya sabía cómo iba a terminar esa discusión. El sonido de la noche en la gran ciudad martilleaba sus sienes, así como el molesto ruido de la lluvia. Nunca le habían gustado las tormentas, sin embargo, Lucy las adoraba y ese pensamiento pinzó su, desde hacía ya casi un año, muerto corazón.

—Sé lo que dije —soltó dejándose caer en el sofá—. Aguantó todo el proceso de borrado y almacenamiento de recuerdos, pero no soportó el momento de la implantación. Necesito otra chica, he rehecho los cálculos...

Michael ya hemos pasado lo peor, ¡lo logramos! Logramos lo que nos dijeron que era imposible —exclamó, aunque sin poder emplear demasiado entusiasmo.

Hacía cerca de tres años Maxwell y Michael habían conseguido sintetizar algo tan abstracto que muchos se habían empeñado en clasificar como ficticio, el alma. Habían logrado computarizar el momento en que esa energía, esa esencia vital y tan única de las personas, abandonaba los microtúbulos donde había estado almacenada, para ser devuelta al universo en forma de energía. Maxwell jamás había pensado en las implicaciones que aquello tendría y mucho menos que, un par de meses después, Lucy enfermaría y...

—Max... —dijo el holograma de Michael, que también se había sentado en el sofá de su propio salón.

—Pronto hará un año —se lamentó.

—Lo sé... —Michael se quitó las gafas para poder frotar con la palma de las manos sus cansados ojos—. Pero no puedo —lamentó—. Hace más de seis meses que nos retiraron el presupuesto —se sinceró al fin.

—¿¡Qué!?! —Maxwell se levantó de pronto, como empujado por un resorte, no podía creer lo que acababa de escuchar por boca de su amigo, no era posible—. ¡Imposible! Pero... ¡No! ¿Entonces?... —Miles de dudas se agolparon en su mente, noqueándolo desde el interior—. ¡Estamos muy cerca!

—Ellos no lo ven así Max. Solo ven el alto coste humano y económico y se han cansado de esperar resultados.

—Pero entonces... ¿De dónde han salido las últimas? —Aunque no necesitó respuesta para esa pregunta, sabía de dónde habría sacado el dinero su amigo, pero no le importó, él necesitaba seguir intentándolo hasta el final

—. Necesito volver a hacerlo, era mi mujer...

—¡Era mi hermana! —gritó el hombre levantándose también—. Era mi hermana —repitió con un hilo de voz.

—Lo siento... —Maxwell suspiró con pesadez.

—Hablamos mañana, ¿vale? Puede que entre los dos podamos encontrar una solución.

—Está bien —respondió.

La luz blanquecina que ofrecía el holograma de Michael se esfumó cuando la comunicación fue cortada, sumiendo entonces a Maxwell en la oscuridad casi absoluta de ese apartamento. Miró a su alrededor, ya hacía casi un año que ella se había ido y aún no se acostumbraba a la soledad. Maxwell caminó lastrando los pies y el ánimo hasta la habitación que había dispuesto como su zona de trabajo. Buscó entre las carpetas de almacenamiento hasta hallar la que necesitaba y pulsó para que la información se hiciera visible ante él. Se dejó caer sobre la silla y observó de nuevo todos los cálculos y sus anotaciones, lo hizo sin prisa, prestando atención a cada detalle, movía la mano en el aire de derecha a izquierda, para ir repasando hoja tras hoja, aunque sabía que era absurdo.

—Busca: Roger Penrose —habló a la nada.

Frente a él se materializó una nueva ventana informativa. Maxwell se rascó la cabeza. Había leído, teorizado, formulado y reformulado cientos de miles de veces toda su tesis sobre la sintetización del alma. A esas alturas ya nada nuevo iba a encontrar entre esas páginas, sin embargo, no sabía qué más podía hacer. ¿Rendirse? Esa palabra no entraba en su vocabulario.

Se levantó de la silla y con un gesto de la mano todas las ventanas, ficheros y cuadernos desaparecieron. Se acercó a la caja fuerte e introdujo el código de 4 dígitos y apoyó la palma de su mano en el lector para que se

abriera. Sacó del interior una caja metálica y la observó con vehemencia antes de atreverse a abrirla. En su interior, se encontraba un pequeño frasco de cristal. Tan frágil, tan voluble, tan insignificante en apariencia y, sin embargo, tan sumamente importante. Vital. Eso era todo lo que le quedaba de Lucy. Su alma. Dejó que los recuerdos de su mujer le embargaran durante unos minutos. Solo se concedió ese pequeño lapso de desconexión, antes de volver a guardar el alma de su esposa a buen recaudo. Algún día, no muy lejano, la recuperaría. Todo lo que había hecho, todo lo que hacía y todo lo que haría iba enfocado a ese único fin, recobrar a su esposa.

Maxwell agitó los hombros, como si con ese gesto pudiese sacudir los pensamientos aciagos que, de vez en cuando, se empeñaban en devorar su mente. Y en ese momento, tomó una determinación. ¿Estaban sin fondos? No dejaría que eso fuese un problema, jamás permitiría que la falta de recursos obstruyera el avance de sus investigaciones. Maxwell entró y salió de la ducha como un relámpago, eligió del interior del armario el atuendo menos formal que encontró: unos pantalones negros y una camisa oscura, de un tono indeterminado que, con toda seguridad, Lucy habría sabido identificar y nombrar, pero para él era simplemente oscura. Salió a la calle con ánimo renovado, al menos fingió que se sentía así. No tardó demasiado en cambiar de distrito y pronto las bonitas calles adoquinadas quedaron atrás para dar paso a un asfalto rugoso, quebrado, arenoso en algunos puntos, donde aparecían unos edificios más viejos y destartados. En el distrito D incluso el aire era más denso e irrespirable. Deambuló sin rumbo fijo, desviando la mirada hacia cada mujer con la que se cruzaba. Hacía mucho que no entablaba una relación casual con alguien del sexo opuesto, pero supuso que sería como montar en aerocleta, una de esas cosas que no se olvidan. Entró en un antro cualquiera, uno de los que en su puerta anunciaba una gran variedad de mercancía, pues en el distrito D, las mujeres no eran más que eso, simple

mercadería con la que negociar.

Le bastaron un par de billetes y una sonrisa para embaucar a una joven de no más de treinta años, una edad similar a la suya, aunque a decir verdad, ella parecía algo más joven. No importaba. Si le había mentido, tenía formas de saberlo. La chica le siguió sin oponer la menor resistencia hasta el edificio donde se encontraba el apartamento. Parecía asombrada, como si jamás hubiese puesto un pie fuera del distrito D.

—¿Una copa? —propuso Maxwell, cerrando la puerta.

—No nos dejan beber con los clientes.

—No se lo voy a decir a nadie —le dijo con un guiño de complicidad.

—Está bien —aceptó ella con rapidez—. Tienes una casa muy bonita —comentó paseando la mirada por el salón mientras dejaba la chaqueta sobre el sofá. Dudó un instante si tomar asiento o no, pero cuando iba a hacerlo, él reapareció—. Gracias —tomó la copa que él le ofrecía y dio un trago—. ¿Y bien? —preguntó— ¿Qué quieres de mí? —Y dicho esto, alargó la mano para rozar el brazo de Maxwell.

—Tómate la copa tranquila, no hay prisa. He pagado por ti toda la noche.

—¡Vaya, qué suerte he tenido! —exclamó contenta, dando un nuevo trago a la extraña combinación que él le había preparado.

—Si pudieses atesorar un solo recuerdo de tu niñez, ¿cuál sería? —preguntó él de pronto, sentándose en el sofá e instándola a que hiciera lo mismo.

—No lo sé... —sonrió—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Supongo que intento romper el hielo. Me gustan los recuerdos de las personas, dicen mucho de quiénes son.

—Yo solo soy quien tú quieras que sea.

—Eso me gusta —afirmó Maxwell que, anticipándose al momento, le

quitó el vaso de entre las manos para que, al desmayarse, no manchara la moqueta. No pudo evitar sonreír satisfecho—. Buenas noches —le susurró al oído.

El proceso de reseteo cognitivo se había vuelto tan mecánico para él que ya apenas prestaba atención al realizarlo. Después de las primeras experiencias, había aprendido mucho de cómo vaciar satisfactoriamente la psique de los sujetos. Y pensar que habían perdido cuatro antes de lograr perfeccionar ese paso... Nunca había trabajado en tan ínfimas condiciones. En el laboratorio disponía de todo su arsenal para poder realizar la operación sin contratiempos, y a pesar de que ninguno de los sujetos había superado dicha intervención, estaba claro que allí eran mucho mejores que en su piso, pero eso no iba a detenerle, no cuando estaba tan cerca.

Con la mujer tumbada en su cama y ya desprovista de todo su ser, se dispuso también a despojarla de la ropa. Tenía un cuerpo bonito, bien proporcionado, sin marcas, cicatrices ni tatuajes, cosa que agradeció. La verdad era que, en el laboratorio, jamás se había entretenido en el proceso de la higiene mucho más de lo estrictamente necesario, pero allí, en la intimidad de su hogar, dedicó un especial mimo en ese punto de la intervención. Lavó con cuidado el cuerpo de la mujer, inspeccionándolo al mismo tiempo, y se sorprendió cuando una parte de su anatomía masculina, muerta desde hacía alrededor de un año, reaccionó al suave tacto de esa nueva piel. Dejó a un lado la esponja y acarició con la yema de los dedos el contorno de los pechos y dirigió esa sutil pero excitante caricia hacia la areola, hasta llegar al endurecido pezón. Sintió cómo su corazón se aceleraba al pellizcarlo. Desde la muerte de Lucy no había estado con otra mujer. A decir verdad, hasta ese momento, ningún otro cuerpo había despertado interés alguno en él, pero allí estaba esa chica, inerte sobre su cama, desprovista ya de todos sus recuerdos

y él no podía más que acariciar su cuerpo desnudo. No le importó que ella no reaccionara. De hecho, lo prefirió así. Resultaba mucho más fácil para justificarse a sí mismo lo que estaba a punto de hacer. Tenía la piel suave y tersa, y poco a poco podía sentir cómo iba perdiendo calor corporal. Cerró los ojos e imaginó que era el cuerpo de Lucy el que sus manos devoraban.

Fue la noche más larga de su vida. Jamás había realizado la inyección sin el material quirúrgico necesario y sin la ayuda de los brazos robóticos de precisión. Necesitó de todo su acopio de destreza y mucho café para lograr que dejara de temblarle el pulso mientras realizaba la intervención. Pero lo había conseguido y ya solo restaba aguardar la evolución. Si todo salía bien, recuperaría a su mujer, con otro cuerpo, otros ojos, otros labios... pero sería ella, no en cuerpo, pero sí en alma. De salir mal, debería pensar en cómo deshacerse de un cadáver. Esa parte era la única que no había contemplado.

El amanecer le descubrió terminando de limpiarlo todo. Estaba agotado física, pero sobre todo, mentalmente. Decidió no esperar a ver la salida del sol. Por muy romántico que eso le pareciera, estaba demasiado cansado para ello. Se tumbó en la butaca situada junto a la cama matrimonial y cerró los ojos un instante. Ya solo quedaba aguardar cuál sería el resultado.

No fue consciente de las horas transcurridas, cuando el sonido de una llamada lo despertó. Le costó unos instantes reubicarse dentro de su propia habitación, y cuando lo hizo, recordó qué había estado haciendo toda la noche y miró con temor a la mujer que yacía como muerta sobre la cama. Dejó que el teléfono siguiera sonando, ignorándolo, mientras se acercaba al monitor que controlaba sus constantes vitales que, aunque débiles, parecían confirmar que seguía con vida. Miró el reloj y anotó los datos en la libreta. Tendría que comprobarlo más tarde, pero parecía que ese sujeto en cuestión había aguantado más que el resto. De nuevo el sonido de una llamada llegó

hasta donde se encontraba. Dudó unos instantes, pero finalmente regresó al salón para ver, en luces rojas semitransparentes, el nombre de Michael y cuando descolgó, la figura holográfica de su cuñado y amigo, se materializó frente a él.

—¿Hola? —inquirió desde el otro lado—. ¿Max?

—Sí —confirmó—, dime...

—Me tenías preocupado. Pensaba que estarías enfermo, no has venido a trabajar.

—Lo siento, debería haberte llamado.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Oye —dijo Michael desde la oficina—. He estado pensando y puede que haya encontrado una solución...

—No te preocupes.

—¿Qué quiere decir que no me preocupe?

—Pues... que lo he vuelto a hacer.

—¡Qué! ¿Estás loco? Pero... ¡¿Cómo?! De dónde... ¡mierda! ¿Está muerta?

—No.

El silencio se condensó entre los dos amigos. Michael no daba crédito a lo que Maxwell le había dicho, pero mucho menos a la tranquilidad del tono de su voz, como si no hubiesen implicaciones legales y morales para lo que, según parecía, había hecho. Saltó del taburete donde se había sentado.

—Voy para allí.

—Lo tengo todo controlado.

—¿Y si muere? —Maxwell se encogió de hombros—. Y si... ¿Y si despierta? —Un nudo atenazó su garganta—. Voy para allá —sentenció Michael, cortando la comunicación.

Maxwell sonrió, era un buen amigo. Terminó de tomar el café y se dirigió a la habitación, comprobó de nuevo los signos vitales de la sujeto, de quien ahora recordaba que no había preguntado ni el nombre, aunque ya poco importaba. Si ella moría, prefería no saber cómo se llamaba. Si despertaba, ella sería Lucy, y el nombre anterior carecería de importancia, a decir verdad, era mejor así.

Se sentó al lado de la mujer y tomó una de sus manos, parecía que había recuperado algo de temperatura. El corazón de Maxwell se aceleró, todos sus intentos en el laboratorio habían fracasado estrepitosamente, dejando en su haber un reguero de mujeres finadas. No le importaba, era por el bien de la ciencia, y lo que era aún mejor: la esencia de Lucy se podía recuperar una y otra y otra vez. Hasta un total de cincuenta y siete intentos en el último año. Ninguno había llegado tan lejos como el actual. Estaba claro que esa mujer era diferente, había logrado despertar algo en él, ella... Quizás... Maxwell prefirió desterrar las ilusiones, pues cada nueva muerte suponía un duro golpe para él. Sin embargo, esta vez, algo le decía que podía funcionar. Apretó la mano de la chica, cerró los ojos un instante, y cuando los abrió, la mirada inquisitiva de ella le sorprendió clavándose en la suya. Había despertado. Tragó saliva con dificultad, todo su cuerpo temblaba, no soltó la mano que se aferraba a la suya, sino que la apretó con más fuerza y esperanza. Sus miradas habían quedado imantadas. El temor le invadió por completo, pero aún fue capaz de recobrar las fuerzas suficientes para intentar hablar...

—¿Lucy?

PATRICIA DIEZ DIEZ

Patricia Díez Díez nació en León, España. Es autora de *No me quieras tanto*, un compendio de relatos sobre la violencia contra la mujer.

Ha salido de tiesto de forma genial con este relato de humor que no tiene nada de convencional.

LAS PERIPECIAS DEL SUBINSPECTOR GA GA*

Yo no maté a mi madre. O tal vez sí. No recuerdo muy bien cómo fue porque no me dejaron verla. Decían que no estaba preparado para algo así. Cada semana, y todavía años después, no fallaba, siempre había alguien que me preguntaba por ello. Yo siempre respondía lo mismo: la caja de cereales estaba allí, me moría de ganas por coger el cromo, pero mi madre no me dejó. En ese momento, me enfadé tanto que incluso deseé su muerte. Y entonces murió.

Ese día estaba inquieto. Frente a la escena del crimen, intentaba descifrar qué podía haber pasado para que alguien quisiera matar a esa chica. Si lo hacía, tal vez mi madre resucitara. No, no puede ser. Pero, ¿y si lo hacía? Yo creo que sí. Además, esos cereales merecían estar en mi mesa.

Alejo, mi incansable y pensativo compañero, posó su mirada en el horizonte para intentar atar cabos. Después de cinco largos minutos, me miró y asintió con la cabeza. Sabía lo que eso significaba. Pillaríamos al cabrón que había hecho esto.

Me acerqué para analizar cada centímetro del cuerpo de la víctima e intentar hallar alguna pista, algo de donde poder tirar para resolver el caso. Al principio fui tan rápido que me choqué contra ella, con la mala suerte de empaparme las gafas y la cara de sangre. Al menos me refresqué.

Y, de repente, vi que había algo escrito en sus uñas. Cogí la lupa para

leer uñas que siempre llevaba en el bolsillo y volví a acercarme, esta vez con más cuidado.

En la primera ponía *Ola*, ¿ola? Empecé a pensar en toda la simbología del agua que habría detrás de aquello, en qué podría estar diciéndome el asesino. Tenía que descubrirlo a tiempo y evitar que hubiera más víctimas. Por ellas, por mis cereales. ¡Dios, no había vuelto a comer unos tan ricos desde entonces!

Había más mensajes. Me acerqué a la siguiente uña y vi una *k* escrita. La *K*, es el potasio, que reacciona violentamente con el agua, igual que el asesino había hecho con la víctima.

No quise precipitarme en mi diagnóstico, y terminé de leer la última uña con mensaje.

—*ase* —dije en voz alta, intentando que aquello cobrara un sentido para mí. No sabía lo que era el *ase*, pero, desde luego, no era ningún elemento de la tabla periódica.

¡Ya está! *Ase*, claro, ¡*ase*! ¡Qué tonto estoy! ¡Cómo no me he dado cuenta antes! Era obvio que se refería a *asar*. La chica tenía fuertes roces en las muñecas, seguro que se refería a *asarla*, a quemarla. Sin duda, se trataba de un asesino en serie, al menos uno que mató cuando más hambre tenía, si no, tanta historia para dejar claro que quieres comer, no lo entiendo.

Nunca he entendido a esa gente que mata y luego se come a sus víctimas. Una vez leí una historia sobre un hombre alemán al que le llamaban el carnicero por matar gente y después vender la carne en salchichas. Perturbado, sí, pero práctico.

Me levanté de un salto y zas, se me ocurrió una idea brillante mientras me salía algo más por detrás. Alejo me miró con cara de reprobación, tapándose la nariz con la manga de la camisa.

—Iremos al lavabo. Ahí hay algo que huele peor que esto, y hay agua,

sin duda, ciertos elementos podrían combustionar, o, mejor dicho, arder. Ahí es donde quiere el asesino que vayamos y nosotros no somos quienes para decepcionarle, ¿no, Alejo?

Llegamos a la puerta del baño, sigilosos, por si el asesino todavía merodeaba por la zona. Empujé la puerta despacio, cuando, de repente, salió una niña vestida de azul con dos coletas y con un sospechoso cuaderno rosa. No tenía tiempo, tenía que pensar rápido. ¡Era ella la asesina! Vestido azul, como el agua del mar, de la ola. Esas coletas para parecer inocente. El cuaderno rosa, solo le faltaba el terciopelo de la tapa que lo recubría para ser igual que el mío, ¿coincidencia? No lo creo. La agarré fuerte de los brazos mientras la zarandeaba, exigiendo respuestas:

—¡Ola k ase! ¡Ola k ase! ¡Ola k ase! ¡Contesta!—le grité mientras ella se limitaba a decir «nada» sin cesar.

—¿Nada? ¿No quieres contestar? ¡Dime qué ocultas y por qué mataste a esa chica! —vociferé en medio del pasillo mientras Alejo intentaba calmarme sin éxito.

Estaba claro que esa niña escondía algo, y yo estaba dispuesto a todo para llegar al final de la cuestión. Cogí el cuaderno y vi que ponía *Forever a believer*. Esta niña era creyente, seguramente de alguna secta moderna, porque desconocía el inquietante hombre que tenía pegado en la portada, que llevaba un oso furioso y una cruz tatuadas en su torso. Es todo lo que pude ver antes de que Alejo me quitara el cuaderno y, sin mediar palabra, me arrebatara también a la niña diabólica de los brazos, devolviéndole todas sus cosas. Ella se fue corriendo.

Me puse la boina de pensar y deduje que lo improbable era por definición probable. La improbabilidad implicaba una probabilidad y gracias a mi astucia conseguiría resolver un crimen y evitar otros muchos.

Mientras yo seguía inmerso en mis elucubraciones, Alejo me tocó el hombro mientras hacía gestos de negación con la cabeza. Entendí que debíamos proseguir.

Entramos en el lavabo y pude notar el olor a ola sucia. Íbamos por el buen camino. Mi olfato de detective nunca fallaba.

Ola k ase, mi mente repetía una y otra vez esas palabras intentando buscarles un significado coherente, pero siempre llegaba al mismo sitio: el baño. Quizá pudiera cagar una respuesta sensata, porque allí no encontrábamos nada. ¿Nada? Eso es lo que dijo aquella niña.

Exacto, nada. ¿Qué hay en los lavabos? Nada, porque llega y se va... curiosamente a través del agua. Mi deber como detective me obligaba a cagar y tenía ganas, así que fue fácil. Estaba convencido de encontrar respuestas en aquella mierda. Cuando terminé, salí y le pedí a Alejo que la inspeccionase. Por su cara de asco, intuí que quería que lo hiciera yo, porque soy el que suele hacer el trabajo sucio. Alejo no es de los que se manchan las manos con asuntos turbios.

Cogí entonces la escobilla para atrapar las alubias de la cena de ayer, pero no veía nada, tan solo un ligero parecido a Ricky Martin o quizá fuera la Pantoja, no estaba seguro, pero era algo tan bello, que me quedé obnubilado por unos segundos, hasta que noté la mirada fija y recriminatoria de Alejo posada sobre mis ojos.

Tiré de la cadena y cuando Alejo abrió la puerta para irnos, aparecimos de forma muy práctica en nuestra siguiente parada, la comisaría. Bueno, o eso creía yo... hasta que empecé a ver chinos por todas partes. O habían apresado a toda la mafia de la ciudad o yo no estaba donde tenía que estar. No dejaban de cuchichear entre ellos, con trajes de policía que parecían diminutos y estaban rodeados de carteles donde ponía *Royal Thai Police*. Inquietante, ¿no, Carmen?

Me giré para mirar a mi compañero, pero no le vi hasta que agaché la mirada:

—¿Alejo? Oye no me sueñas. Alejo, ¿tú antes eras un perro?

—Guau, guau

—¿Cómo dices, Alejo? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué te llamas Rex?

—Guau

—Ah claro, Alejo debía de ser tu nombre de soltero, perdona.

En ese momento, el jefe nos trajo las imágenes de las cámaras de seguridad que, por lo visto, habían grabado al asesino. Rex y yo las analizamos y, ampliando una de ellas, en las que se podía ver cómo llovía de forma intensa, encontramos a un niño que pasaba justo a cinco calles del lugar del crimen en el día de autos. Estaba sosteniendo varias canicas, en una de ellas se veía al asesino comiéndose una hamburguesa y patatas bravas, probablemente con salsa barbacoa por el color que tenían.

—Rex, ¿ves esto? Pues ahí no hay nada, pero mira esta otra fotografía: es la prueba definitiva para encarcelar a este tipo.

En ese momento de éxtasis, Rex y yo alzamos juntos la mirada hacia el horizonte en aquella comisaría y nos dejamos embriagar por la sensación de éxito y de pertenencia del uno con el otro hasta que pasó nuestro momento de gloria.

Decidimos salir a la calle para respirar de nuevo las ansias de venganza, de triunfo, de cereales frescos. Fuera había millones de bicitaxis, que no eran más que los clásicos carros arrastrados por un burro, pero en este caso, el burro era una persona. Comprensible.

Y entre toda la muchedumbre, a pocos metros de nosotros, ahí estaba, era el asesino, lo sabía, nadie podía tener una mirada más sospechosa que la suya con dos pistolas en los bolsillos de sus pantalones. Era él. No había duda. Nos estaba esperando.

Antes de que me diera tiempo a decírselo a Rex, él ya estaba corriendo y ladrando detrás de él. Me uní a la persecución entre cientos de bicicarros locos y hormigas fritas. Intentaba descifrar lo que Rex quería decirme, pero no debía estar acostumbrado a oírle, porque hoy no le estaba entendiendo nada.

Rex estaba a punto de morderle el culo mientras arramplábamos con los puestos de comida de la calle a nuestro paso, algún taxicarro que iba a menos velocidad que nosotros y un viejo quisquilloso que pretendía frenar nuestro paso por irnos sin pagar unos saltamontes que tomamos prestados por si nos daba la pájara a media mañana.

Fui allí cuando el asesino se giró y aprovechó para disparar a Rex, que esquivó la bala con un movimiento de extrema ralentización a lo Matrix (y no, no me refiero al nuevo programa de la televisión venezolana). Sin duda, era un policía diferente. Rex consiguió morderle y repitió el movimiento anterior dando una vuelta de campana y una voltereta doble en el aire esquivando otras dos balas más.

—Chincha rabiña, tu culo huele a piña, tomaaaaaaaa —grité cantando al asesino. No quería ser descortés, pero no podía estar más contento. Mi compañero, ahora ya algo menos silencioso, seguía siendo el mejor policía que conocía.

Pero el asesino se enfadó por las burlas y cuando se recuperó del golpe, comenzó a subir corriendo por la fachada del edificio como si fuera una araña.

—¡Eh, eso no vale, traidor, estás haciendo trampas!—le grité enfadado—. Pues yo también sé hacer trampas. ¡Rex! ¡Transfórmate! —ordené a Rex mientras este iba estirando las patas traseras, su rabo y multiplicando por veinte su tamaño.

—Ese es mi chico, y ahora, ¡a por él!

Rex comenzó a trepar por el edificio agarrándose con sus gigantes uñas afiladas. Antes de que dejara el suelo, me agarré a su pata trasera izquierda y subimos juntos de un salto. Ahí fue cuando todo Bangkok comenzó a chillar y a decir sandeces sobre que *Godzilla* había vuelto, mientras nos señalaban.

—¡Incultos, no es Godzilla, es Rex! Ya hasta en China, ¡qué daño ha hecho el cine comercial! —les grité, pero no parecían entenderlo, mientras que yo sí les entendía perfectamente.

—¡Qué raro que entienda a los chinos Rex, si yo no hablo chino!

—Elemental querido guasón—respondió Rex.

Y cuando estábamos frente al asesino en la cornisa del quinto edificio por el que pasamos, me subí hasta el hombro de Rex y di un salto mortal tremendo con el fin de caer encima y apresar al asesino.

—Ay mi madre, *virgensita virgensita*, que me quede como estoy. —Cagado de miedo iba, con los ojos cerrados y pensando que había calculado mal el salto y terminaría en un callejón oscuro de la ciudad donde solo había insectos braseados. Tendría suerte si me encontraban en unos meses.

En vez de despeñarme, o caer encima del asesino, cuando abrí los ojos estaba en una cama elástica de lo que parecía ser un circo y no político precisamente. En lugar de escaños y señores mirando las pantallas de sus tablets, había gradas y bailarines con mallas de todos los colores que me iban recogiendo y llevando en volandas de un lado al otro de la pista mientras el público no dejaba de aplaudir y corear «tú sí que vales» al unísono.

En medio de ese éxtasis de alabanzas, decidí saltar lo más alto que pude para atrapar al villano. Mi salto fue tan apoteósico que terminé en el espacio con una escafandra enorme y respirando como si llevara una semana con asma sin el ventolín a mano.

Cuando pensaba que el asesino me había dejado ahí tirado para morir

solo como un Darth Vader cualquiera, ¡apareció E.T. en mi cara!

—Mi caaaaaaasa

Me estaba hartando ya la bromita de ir al circo y ahora al espacio, quería pillar a ese cabrón.

—No, no es tu casa, no es tu puta fiesta.

Entonces contra todo pronóstico, E.T. cambió su expresión bonachona y fue llenándose de una rabia inmensa. En menos de un segundo, se abalanzó sobre mí como si no hubiera comido en un año, dándome patadas y puñetazos mientras intentaba morderme. Mi traje debía de ser de látex porque era a prueba de E.T.s.

Le agarré del cuello, pero era tan fino que no podía.

—Mi casaaaa

—¡Que no es tu casa pesado! Cuando señalas al dedo el tonto mira al cielo, ¡calzamonas! ¡lechuguino! Así es como has llegado al cielo, ¿no? Porque tu cabeza es como un globo aerostático, pero se te fue de las manos, para variar. Y, ¿por qué? Porque querías llamar la atención, eso es.

E.T. estaba tan furioso que parecía que le iba a explotar la cabeza. Cuando creía que lo tenía bien agarrado por los brazos, inclinó la cabeza hacia atrás para impulsarse con todas sus fuerzas y chocar contra mi casco. E.T. consiguió su objetivo, le hizo una grieta tan grande que ni la raja de tu falda.

Comencé a quedarme sin aire, pensaba que me iba a morir y, de repente, estaba en una camilla de lo que parecía ser un hospital. Estaba esposado a la cama.

Recuerdo que intenté soltarme, pero rápido me inyectaron algo que me dejó paralizado. No tenía escapatoria. Antes de dormirme, pude oír cómo hablaban entre ellos los esbirros del asesino. Mi fin estaba cerca.

Decían cosas como «ha sido otra crisis», «hablaba sobre crímenes»,

«se puso muy nervioso con sus compañeros de planta», “atacó a uno de ellos», «su psiquiatra está de camino», pero poco a poco la droga fue surtiendo efecto y me sumí en un profundo sueño.

Cuando desperté, volvía a estar en la escena de un crimen y Alejo estaba preparado para lanzarse en otra aventura conmigo. Nadie nos pararía. Juntos éramos invencibles. Por mamá, por sus cereales, por aquellos que sufren cada día sin que nadie luche por ellos.

*Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

MARTA SEBASTIÁN

Marta Sebastián Pérez es una autora de romántica con tilde social. Tiene cinco novelas publicadas:

- Remiendos del pasado
- Sueño de Cristal
- Miradas perdidas
- El amanecer de un sueño
- Secretos de hielo.

Su reto es escribir un relato de Ciencia Ficción.

LA SANGRE CLARA

Estaba convencido. No le cabía la menor duda de que lo hacían aposta. No era posible que con todas las tecnologías y avances médicos que les rodeaban no hubieran sido capaces de encontrar un remedio real y útil contra la resaca. Era su manera de castigar a los que, como él, se dejaban llevar por los instintos más sucios y básicos... Esos que la sociedad había desterrado para siempre.

Y quizás esa era la razón por la que a él le gustaban tanto... No podía comprender como alguien podía renunciar a una parte de sí mismo. Y no era solo por el hecho de beber... No. Cualquier vicio estaba erradicado, todo lo que conllevara una pérdida de tiempo o una distracción del objetivo final no tenía sentido en ese mundo. ¿El objetivo final? No lo tenía muy claro. Los “jefazos” de esa estructura decían que era la convivencia perfecta, el fin de las guerras, el fin de los conflictos... Una sociedad ideal...

Miró el bote de pastillas que le tocaban esa mañana. Llevaba años sin tomarlas. Durante un tiempo había sido uno de ellos, uno de esos *zombies* que se drogaban cada mañana y ya no sentían... No sentían miedo, no sentían celos ni envidias, no sentían ansiedad, no tenían la necesidad de beber para olvidar.... Pero tampoco sentían un cosquilleo en el estómago cuando ESA chica les sonreía, tampoco sentían impulsos sexuales ni echaban de menos a las personas que querían... Realmente, no recordaba querer a nadie antes de dejar de tomar las pastillas.

Y sí, el amor era complicado y doloroso... pero merecía la pena. Y en

ese extraño mundo en el que le había tocado vivir no existía... peor aún, no lo permitían. Vivían en un mundo en el que elegían a tu pareja por razones de similitud, porque según alguien (una persona que no te conocía, que no sabía nada de tus sueños ni de tus miedos) era perfecta para ti. Y los matrimonios solían funcionar porque simplemente no sentías...

Y Sergio les miraba cuando se ponía en la fila para entrar a trabajar. Y se preguntaba cómo podrían vivir sin sueños, sin sentimientos... ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿No habría algo en su interior que les gritaba que dejaran de dejarse llevar por esa locura que era su sistema? Él mismo recordaba el día en que algo en su interior le dijo que no tomara esa pastilla. Acababan de enterrar a su padre. Una ceremonia muy bonita, muy formal... Y él miraba su ataúd a punto de ser incinerado y solo sintió vacío... Contemplaba el rostro de su padre, su pelo canoso, sus arrugas alrededor de los ojos; contemplaba sus manos grandes que tantas veces le habían cogido en brazos, que le habían enseñado a jugar al baloncesto, que le habían cuidado cuando estaba enfermo... y él sabía que debería sentir algo. En su interior una voz hasta entonces desconocida no paraba de gritarle que eso no era normal... Y entonces llegó la hora de tomarse su pastilla... Y no lo hizo. Aún no sabía cómo era posible que hubiera tomado esa decisión... Y, más aún, que hubiera aguantado la locura que le vino encima... de pronto mil emociones le empezaron a golpear. Y era abrumador. Pero lo venció. Y poco a poco fue cada vez más fácil.

Y ahora le tocaba vivir en un mundo donde tenía que disimular todas esas emociones. Pero había conocido un ambiente muy diferente, oculto bajo ese fingido brillo... Bares clandestinos, locales escondidos donde dejarse llevar, donde ser ellos mismos... ¿Era feliz? No. No podía decir que lo fuera... Pero, al menos, vivía.

Pero había un problema. Los exámenes médicos. En cualquier

momento te podían hacer una revisión. En cualquier momento te llamaban y tenías que hacerte unos análisis de orina para comprobar que no te saltabas tu tratamiento. Así que le tocaba llevar siempre consigo un sofisticado sistema que transportaba orina con rastros de las pastillas. Lo había ideado al poco de dejar de tomar las pastillas y con la ayuda de sus nuevos amigos lo había ido perfeccionando.

Sus nuevos amigos... En vaya lío le habían metido la noche anterior... *“Solo tienes que dejar la puerta abierta, nosotros haremos el resto”*. Si cualquier otra persona le hubiera propuesto eso, si le hubieran querido embarcar en esa locura que pretendía acabar con ese régimen ya establecido... no. Él nunca había sido un valiente. Ni un revolucionario. Su mayor proeza había sido dejar de drogarse... Pero Lidia le podía. Con su cabello rojo fuego, sus ojos azules oscuros y su manera de sonreírle... La primera vez que la vio en uno de los locales clandestinos se le despejaron todas las dudas de si volver o no a tomar las pastillas. Pero nunca imaginó que Lidia dirigía una de las bandas más grandes de opositores al gobierno.

Se preparó para ir al trabajo. El mismo traje de siempre. El mismo traje que llevarían sus compañeros. Uniformidad. Nada que demostrase que uno era diferente. Todos iguales. Nadie superior, nadie inferior... Nadie que se atreviera a ser uno mismo.

Trabajaba en una empresa de transportes. No le disgustaba su trabajo. Hacía diferentes rutas y de vez en cuando le tocaba repartir las malditas pastillitas por diferentes centros. Todo el mundo tenía que tener su provisión todas las mañanas.

“No sé cuándo me volverá a tocar esa ruta”

“No te preocupes, mañana te tocará”

Y con esa frase Lidia le había dado un beso en la mejilla y se había ido. Y él se había quedado como un estúpido. Sin casi preguntarse cómo era

posible que pudieran alterar su orden de trabajo. Tampoco le importaba. Quizás sonase simple pero ya no era simplemente porque ella se lo hubiera pedido... Era porque sabía que no podría pasarse la vida fingiendo lo que no era.

Cogió el transporte que le llevaba al trabajo. Los nervios le podían. Esa noche iban a entrar en el laboratorio e iban a prenderle fuego a todo el edificio. Quizás fuera muy radical. Temía que pudieran llevarse alguna vida por delante; a pesar de que Lidia le había dicho que no permitirían que nadie muriera... No lo tenía tan claro. Por otra parte, ¿no merecía la pena perder dos o tres vidas con tal de salvar a toda la humanidad? Sacudió la cabeza. La resaca seguía golpeándole con fuerza. Mejor no pensar. Mejor no plantearse las consecuencias de sus actos o tendría que pensar por qué esas vidas que podrían acabar esa noche eran menos importantes que las demás.

Llegó al trabajo. Los nervios empezaban a aparecer y a apoderarse, poco a poco, de su cuerpo. Respiró hondo. No era momento para ponerse histérico.

—Te toca control aleatorio.

Vale, eso sí. Suspiró. Cerró los ojos y se tranquilizó. No tenía muy claro que eso lo tuvieran previsto sus amigos. Asintió en silencio y luego siguió a su responsable. No tenía que pasar nada. Tenía su sistema de orina preparado. Nada podía salir mal.

La sala del médico parecía diferente. Nuevos aparatos adornaban sus paredes. Todo parecía realmente nuevo. El médico era también diferente. Eso no le gustaba. Su doctor no solía prestar mucha atención y era muy fácil engañarle... Uno que no le conociera podría querer hacer un examen más exhaustivo. Notó un sudor frío recorriéndole la espalda. No. Eso era lo que menos necesitaba. Su superior se fue y le dejó allí. En esa sala blanca y con ese hombre de ojos grises y barba cana.

—Empecemos por un análisis de orina. Toma el bote.

Eso era lo fácil. Si todo acababa ahí no pasaría nada. Le dio el frasco intentando aguantar una sonrisa.

—Necesito sacarte algo de sangre.

Eso no era tan fácil. Suspiró. Estiró el brazo y notó el pinchazo. No podía hacer otra cosa. Cerró los ojos mientras esperaba lo peor.

—He leído tu expediente. Tu madre falleció cuando eras muy pequeño. Hace unos años tu padre.

—Sí. —Intentaba no mostrar en su voz ningún sentimiento, aunque era una tontería. En cuanto tuviera los resultados del análisis de sangre todo se habría acabado...

—Yo perdí a mi hijo hace unos años.

¿Qué contestarle? Miraba la máquina donde había metido su sangre, esperando su triste final. No sabía a qué atenerse. ¿Qué pasaría ahora? ¿Dónde le llevarían? Y ahí estaba... La luz roja. El doctor se dirigió de nuevo hacia la máquina. Miró a su alrededor. Buscando... Como si fuera a ser lo suficientemente valiente como para golpearle y salir corriendo.

—Yo... Puedo explicarlo.

El doctor no se volvió en ningún momento hacia él. Tecleó algunas cosas en su máquina y la luz se volvió verde.

—Creo que tienes mucho trabajo pendiente.

Y se volvió hacia él con una sonrisa. Se la devolvió. Luego volvió a poner la cara de póker y se giró. Una nueva esperanza le llenaba el corazón. Aún tenía muchas dudas pero ya no se sentía solo. Sentía que un nuevo futuro estaba delante de él y estaba en sus manos.

PABLO ERNESTO

Pablo Ernesto es un escritor boliviano amateur de Ciencia Ficción y Fantasía. Por ahora sólo ha publicado un libro de historias llamado "Listón Azul y otros relatos de Ficción".

Su reto es escribir un relato chicklit, género nunca antes abordado por él.

RECUERDOS A CONTRALUZ

—Colocamos la apertura en efe veintidós, iso a 100, y tiempo a un doscientosavo... Perfecto. Ahora enfocamos hacia el horizonte y...

Transcurrieron unos instantes.

—Clic.

La cámara hizo su sonido característico, y tomé la fotografía en el momento preciso. Inmediatamente me puse a sacar un par de fotos más, moviendo un poco el trípode y ajustando el encuadre de aquella hermosa salida del sol.

Haberse levantado tan temprano había valido la pena, pensé. El tenue calor que finalmente llegaba a mis extremidades me hizo estremecer y lancé un suspiro mientras observaba las nubes y cielo cubrirse de unos preciosos tonos amarillentos y azulados.

—Así que esto es a lo que te referías, Becky... —comenté mientras recordaba a mi hermana mayor y a su manía de fotografiar paisajes durante el crepúsculo. De seguro me habría dicho que tuviese preparada una segunda cámara para tener diferentes tomas y así elegir la mejor, pero bueno, yo no era ella, y pensaba que con una sola cámara era más que suficiente. Incluso tomé un par de fotos más, a pesar de que no eran necesarias.

—¿Lo ves, querida hermana? La pequeña Chelsea también sabe cómo conseguir buenas tomas. Oh, sí.

El sol ya había cruzado el horizonte, y su calor me permitió salir de mi modo de ahorro de batería, y entrar en el modo Chelsea totalmente funcional. Hoy me tocaba visitar un par de lugares más, así que preparé mi equipo para retirarme de aquel claro en medio de la colina. Recogí el termo, los guantes y el gorro, que fueron a parar al fondo de la mochila, junto al diario. Finalmente recogí el trípode y la cámara profesional (a quién había puesto cariñosamente el nombre de Matthew), y me detuve un momento para admirar mis nuevas obras maestras.

Pero algo no andaba bien.

—¿Vacía?... No, están las fotos de ayer, y las de hoy deberían estar al final... pero...

Negras. Completamente negras. Pude notar algo así como un pequeño haz de luz en donde se suponía que estaba el sol, pero mis fotos habían salido tan oscuras que no se alcanzaba a distinguir nada de aquel prado cubierto de flores bañados en luz solar.

Levanté la vista y vi que, por supuesto, mi tiempo para volver a tomar la foto había terminado.

—¡MIERDA! —grité de repente, asustando a un rebaño de ovejas que pastaban cerca. La fotógrafa experta. Sí, claro. Aún no dominaba los principios básicos. Y Matthew, frío entre mis manos, se sentía más pesado (aún más pesado) que de costumbre. Si pudiese hablar, tal vez en ese momento me hubiera dicho: “Lo arruinaste otra vez, Chelsea.”

Secándome algunas lágrimas y sin fuerzas para descender la colina, me quedé sentada en una piedra al lado del sendero por el que había venido horas antes. Saqué el diario de la mochila, y gimoteando, comencé a leerlo. Aquel cuaderno forrado con cuero era una de mis posesiones más queridas. Perteneecía a mi hermana, Rebecca.

Becky era mi hermana mayor y me llevaba por seis años. Digo era,

porque ella ya no está conmigo. Falleció hace unos meses, en un accidente lejos de casa. Siempre andaba con aquel diario bajo el brazo y, cuando trajeron sus cosas de vuelta, lo tomé y desde entonces no he vuelto a soltarlo. Allí, mi hermana la viajera anotaba todo lo que hacía y veía como fotógrafa profesional y, por supuesto, ella fue la influencia principal para que yo me encontrase el día de hoy en aquella colina. Becky la había visitado antes, siete años atrás.

—“Existen allí al menos dos lugares en donde puede verse una linda salida del sol (excepto si hay niebla), por lo que las mejores temporadas para visitarla son a fin de año, cuando hace más calor. Hay que tener cuidado al caminar entre las piedras y hay que llevar ropa abrigada, ya que el viento es muy fuerte. Quizás para la próxima me lleve un gorro, casi se me caen las orejas...”

Al leer esta última línea de la página no pude evitar sonreír. Era cierto eso del viento, que casi me tira a Matthew colina abajo. Becky se había ido, pero por un momento pude sentirla a mi lado, hablándome por encima de mi hombro, como solía hacerlo cuando me ayudaba con las tareas. Pero aquella sensación no duró mucho y el balar de una oveja me sacó de mi trance. Miré el reloj y ya marcaba las siete. Era necesario volver ahora mismo al hotel.

Descendí la colina y anduve de vuelta por algo más de una hora. Mi desayuno había consistido en una simple barra energética y algo del café frío que me sobraba en el termo. No podía cargar algo más consistente, ya que Matthew en conjunto con el trípode y los accesorios además de la linterna pesaban demasiado en mi mochila. Y el diario, aunque era mi posesión más preciada, también se hacía notar allí en el fondo.

Anduve un par de horas más y el sol, como antes y ahora también, se reía de mí brillando alto en el cielo. Mi abrigo fue pronto a parar a mi cintura, y mis labios quebradizos imploraban agua en medio de aquel paisaje

exuberante, pero de cualquier otro modo desprovisto de señales de civilización.

En otro tiempo hubiese podido dedicar capítulos enteros describiendo aquella belleza a mi alrededor, pero ahora mismo tenía un par de impedimentos: uno, que yo ya no era escritora, era fotógrafa, joder. Y en segundo lugar: tenía que encontrar agua y comida pronto. Y posiblemente un baño. La pequeña ciudad de Concepción, si bien era acogedora y tranquila, se hallaba aún bien lejos hacia el este. Ahora mismo me arrepentía de no haber alquilado una bicicleta. Vaya tacaña.

Finalmente, después de muchas maldiciones, una enorme piedra que se clavó en mi pie izquierdo y un resbalón en un charco que casi me cuesta todo el atuendo, llegué de vuelta a Concepción pasadas las dos de la tarde.

Definitivamente, yo no estaba en forma y mi cuerpo si bien era delgado venía con muchos años de sedentarismo previo, de los cuales no pude sino sentir vergüenza. Mis esperanzas giraban en torno a regresar a mi habitación, tomarme una ducha, vaciarme una botella entera de jugo de durazno del mini bar y comerme una tarta de manzana o dos de la pastelería que abría junto al hotel. El “Conquistador” quedaba cerca del centro, así que me quedaban unas cuantas cuadras por delante. Apuré el paso.

Quizás fuese el cansancio o el hecho de que andaba muy distraída pensando en aquellas tartas, pero lo cierto es que no me di cuenta que me estaban siguiendo en ese momento.

Cuando di la vuelta en una esquina, noté recién a tres sujetos quienes se acercaban rápidamente y uno de ellos me detuvo agarrándome por la mochila. De inmediato supe que me hallaba en problemas y lo primero que me vino a la mente fue el rostro de mi madre chillando de terror. Tal y como aquel día en el que robaron la vida de su hija.

Recuerdo que esa vez oí un grito y luego la encontré en estado de

shock. La vi congelada, incapaz de moverse, con una cara de terror que no quiero volver a ver nunca. Unos meses después, cuando le dije que yo iba a dejar la carrera de literatura y me iba a dedicar a la fotografía, se puso nuevamente pálida, pero pronto recobró la compostura y me sonrió, diciendo: “Adelante”. Entre las tres, yo siempre había sido la más fuerte, pero mi madre había estado aprendiendo a serlo también. Al fin y al cabo, ahora sólo nos teníamos la una a la otra en casa.

Recordando la nueva cara de mi madre, pude recuperarme del susto inicial y ordené mis ideas. Los tres sujetos estaban intentando rodearme y uno de ellos me sujetaba fuertemente de la mochila. Pero yo tenía un recurso importante: el spray de pimienta que me dio mi madre antes de salir de viaje. “Úsalo si estás en problemas”, me dijo y vaya que si los tenía en ese momento. Estaba colgado atrás en mi cintura, por lo que pude tomarlo discretamente. Uno de ellos me hablaba, pero no entendí lo que me dijo. No era necesario: su aliento alcohólico me dijo todo lo que quería saber. Me puse entonces en acción.

En un movimiento rápido, me zafé del tipo que ya tomaba mi brazo derecho y giré rápidamente, arrancando la mochila del tipo que estaba atrás, al que rocié inmediatamente en la cara. Se arrodilló y empezó a gritar. Los otros dos se quedaron sorprendidos al oírlo, lo cual me dio tiempo de escabullirme y empezar a correr por la calle. Les había sacado unos buenos metros de distancia. Corrí con todas mis fuerzas.

Por un instante no sentí el cansancio ni el dolor punzante de mis pies, pero pronto me faltó el aire y no pude correr a toda velocidad. No me detuve ni giré la cabeza por temor, pero lo supe al oír las zancadas detrás de mí: los otros dos me estaban persiguiendo y pronto habrían de alcanzarme.

Mis uno sesenta metros y cuarenta y seis kilos no me iban a servir de mucho si me pillaban. Así que comencé frenéticamente a buscar ayuda

mientras corría. Por alguna extraña razón, parecía que todo el mundo se había evaporado de aquel lugar. No había autos ni personas por los alrededores. Quise gritar, pero la falta de aire hizo que mi llamado de auxilio fuera algo más que un lastimero gemido.

Seguí corriendo sin mirar atrás; mi esperanza estaba en llegar al hotel, que estaba tan sólo a unos cuantos cientos de metros.

En ese momento sentí nuevamente un jalón, que rompió una de las correas de mi mochila y que me hizo girar y caer al suelo. Levanté la mirada y mis dos perseguidores habían sacado un par de navajas, una cada uno. Seguía teniendo el spray en la mano, así que me levanté lo más rápido que pude y acerté a rociar a uno de ellos antes de seguir corriendo.

Pero algo no andaba bien. Un nuevo dolor punzante en mi pantorrilla hizo que me tropezara de inmediato. Traté de olvidarlo y seguí arrastrándome lo más rápido que pude. No avancé más que unos metros cuando volví a mirar nuevamente, y esta vez noté algo diferente en mis perseguidores.

Ahora había tres de ellos y se habían detenido. No. De hecho, seguían siendo solo dos, más un extraño. No parecían amigos, ya que el tercero le había puesto una zancadilla al que iba por delante y lo había enviado al suelo. El otro, aún afectado por la rociada, se limpiaba la cara mientras evaluaba a aquel extraño de camisa blanca que había aparecido por el callejón y que sin lugar a dudas me había acabado de ayudar a escapar.

Durante unos instantes, los dos sujetos miraron fijamente al recién llegado y, en un abrir y cerrar de ojos, comenzaron a atacarle, olvidándose por completo de mi existencia. El que estaba más atrás, de pie, intentó apuñalarlo, mientras que el que estaba en el suelo trató de jalarle los pies para hacerlo caer. Pero el tercer sujeto se había anticipado a ambos, y se hizo a un lado casi instantáneamente, alejándose del peligro. Inmediatamente, le propinó un puntapié al que estaba en el suelo, quién soltó un alarido mientras

rodaba de costado. El tipo armado de pie aprovechó entonces el momento para abalanzarse sobre aquel intruso y logró derribarlo, mientras se enfrascaban en una frenética pelea cuerpo a cuerpo. Me acerqué para ayudarlo con el spray y creo lo hice justo a tiempo, ya que el sujeto que había recibido la patada se había recuperado y se disponía a abalanzarse encima de ambos.

Pronto, los cuatro nos vimos envueltos en la pelea, pero alcancé a rociarles nuevamente a ambos en la cara más de una vez. Quedaron completamente ciegos y sin posibilidades de continuar por mucho más tiempo. La calle se llenó repentinamente de personas que salieron en nuestra ayuda y también de algunos curiosos. La pelea terminó en un instante, y un grupo de vecinos se llevó a ambos asaltantes.

Cuando me levantaron del suelo, yo estaba despeinada, cubierta de sudor y de polvo y aún gritaba mientras me aferraba con todo a mi mochila, sin enterarme de lo que pasaba a mí alrededor. El grito de una mujer me hizo voltear, y enseguida noté la camisa blanca del que había sido mi salvador, pero que ahora en lugar de blanca era roja. La sangre chorreaba por uno de sus costados, producto de una puñalada que había recibido durante la pelea.

—Alguien que le ayude, llamen a la policía! —gritó uno de los vecinos.

—Llamen a una ambulancia! —gritó otro. Y así fui oyendo los gritos de varias personas. Comencé a desmayarme y recuerdo que alguien me sujetó por detrás. Quise gritar nuevamente y me aferré con mis últimas fuerzas a la mochila, que guardaba lo más importante para mí en este mundo. Todo se nubló de repente.

Creo que transcurrieron algunos minutos, y desperté semiacostada en algo que parecía ser el asiento trasero de un vehículo que circulaba a toda velocidad. Me incorporé adolorida y noté que había alguien a mi lado. Era el

tipo que me había ayudado antes. De inmediato el chofer me dijo:

—¿Estás despierta? ¡No dejes que tu novio se duerma! ¡Ya estamos llegando a la clínica! ¡Presiona la herida y háblale!

Sin saber qué hacer, apreté con fuerza la herida y el joven de camisa blanca dio un respingo, indicando que aún estaba consciente. De inmediato le dije:

—¡Oye! ¡Despierta! ¡No te duermas! ¡Abre los ojos y mírame!

El joven de cabello azabache hizo lo que le ordené y en primer lugar parecía que no veía nada, pero pronto entornó sus ojos grises y me miró. Inmediatamente esbozó una sonrisa y susurró:

—Estás a salvo, que bueno... Qué bien que no te pasó nada...

De inmediato bajó la cabeza y pensé que se había desmayado, así que comencé a sacudirlo mientras le volvía a decir:

—¡Oye, despierta! ¡No te me duermas! ¡Tienes que abrir los ojos!

Él, haciendo un enorme esfuerzo, levantó nuevamente su cabeza, me sonrió y me dijo finalmente antes de desmayarse:

—Me alegro de verte otra vez, Becky...

Llegamos a la clínica e inmediatamente nos separaron. A él se lo llevaron directo al quirófano y a mí me llevaron a una sala de espera, en donde las preguntas se arremolinaban en mi cabeza. Sin darme tiempo a nada, alguien, probablemente una de las enfermeras me inyectó algo y de repente el mundo volvió a ser negro.

—Mamá... Becky...

Todo desapareció entre brumas, pero las preguntas aún quedaban allí. ¿Quién era aquel joven? ¿Cómo conocía a mi hermana? Por supuesto, ya habría tiempo para contestarlas todas, ya que esto no es más que el comienzo de mi larga historia...

DULCE MERCE

Me llamo Mercedes López Marcos, aunque escribo bajo el seudónimo de Dulce Merce. Soy escritora de Novela contemporánea, chick lit, romántica y erótica.

Tengo publicados tres libros de momento:

- *-Kilómetro Cero*. Novela contemporánea y romántica.
- *-A dos milímetros de su boca*. Novela chick lit
- *-A dos centímetros de su piel*. Novela chick lit
- *-A dos metros de su corazón*. Novela chick lit, libro con el que se cierra la serie *A dos*.

Mis compañeros han querido sacarme del tiesto con un relato ciberpunk. Y esto es lo que ha salido del experimento:

A.L.M.A.

Fueron dos guerras nucleares las que acabaron con la era del hombre. Dos guerras las que terminaron con las esperanzas del ser humano. El ansia por el poder, el dinero, el capitalismo llevado al extremo, provocaron que en la Tierra, en la Luna y en Marte reinaran el silencio y enormes nubes tóxicas.

Solo unos pocos consiguieron escapar de esa radioactividad letal. Solo unos pocos tenían el dinero y los medios suficientes para huir y empezar de cero en otro planeta... En otra galaxia.

Año 3015

Planeta SSTRSL

—¡Vamos, Kai! —gritó la chica mientras corría por el oscuro callejón, esquivando los enormes contenedores de basura que estorbaban en el camino.

—No puedo más, Jun. No puedo...

Jun se giró a tiempo para ver cómo su último compañero caía de rodillas en el mismo instante en que los CYB aparecían en su campo de visión, le apuntaban a la cabeza y le asestaban una descarga eléctrica mortal.

—¡No! —susurró al ver a su amigo desplomarse en el suelo.

Se pegó a la pared, amparándose en la oscuridad para no ser descubierta. No podía llamar la atención de los soldados o todo se echaría a perder. Las lágrimas que no era capaz de derramar hacían que no pudiera ver con claridad.

Se sacudió para quitarse la sensación de derrota que la invadía. No podía parar en aquel momento, no cuando estaba tan cerca de su objetivo. Resguardándose en las sombras del callejón, activó el mapa que mostraba su entorno en la lente del ojo derecho. Enseguida apareció la entrada al túnel de ventilación que le serviría de acceso para llegar a la azotea. Estaba a dos metros de ella.

No lo pensó. Se ayudó de las mejoras en el sistema de articulación de las rodillas que le permitían alcanzar los setenta kilómetros por hora a pesar de correr el riesgo de perder la carga de la batería auxiliar. Necesitaba salir del campo de visión de los CYB cuanto antes.

Localizó la rejilla; la tenía justo enfrente, pero no podía alcanzarla porque todas las aeronaves sobrevolaban la zona. La estaban buscando. Sabían que todavía no habían acabado con todos los rebeldes.

Observó cómo en el visor de su ojo derecho la luz de emergencia se encendía, avisándole de que la batería se agotaría en treinta minutos. Necesitaba recargar cuanto antes o no podría respirar con normalidad. Se asfixiaría. Moriría.

Hizo un cálculo rápido para cruzar al otro lado del callejón. Números y ecuaciones aparecieron tomando datos para tener en cuenta todas las variables. El haz de luz de las aeronaves cruzaba el callejón cada dos segundos. Ella, a máxima velocidad, tardaría en recorrerlo dos centésimas de segundo menos, pero, si algo fallaba, se acabaría el juego antes de empezar.

No había tiempo para dudar.

Tomó aire y esperó a que el foco dejara de iluminar la zona para impulsarse al otro lado. Los CYB, desde arriba, no pudieron ver cómo la chica cruzaba al otro lado del callejón, se camuflaba con los oscuros ladrillos de la pared y desenroscaba los tornillos de la trampilla; esperó a que volviera a pasar el foco para quitarla del todo y meterse dentro.

Observó con atención el interior y se ayudó de nuevo de su lente para calcular la subida. Esta vez no se lo pensó demasiado y ascendió anclándose a las paredes del pasadizo, haciendo fuerza con brazos, manos y piernas. Llegó arriba con facilidad y tomó aire. Allí, en una azotea, pasar desapercibida iba a ser más difícil. No conocía la zona y, por mucho que hubiera estudiado los planos, no sabía si se encontraría con alguna sorpresa desagradable en forma de arma de destrucción masiva.

A través de la rejilla podía ver que las aeronaves seguían sobrevolando la zona, aunque parecía que estaban ampliando el círculo de búsqueda. Se alejaban... ¡Se estaban alejando!

—¡Jun! ¿Jun estás ahí?

La voz de Jex por el intercomunicador hizo que se sobresaltara.

—Estoy aquí. ¿Qué tienes?

—Hemos conseguido despejarte la zona, Jun. Dales dos minutos y las azoteas serán tuyas.

—¿En serio? —preguntó mientras observaba cómo los vehículos se alejaban hacia el sur.

—En serio. Eres nuestra última esperanza. ¿Tax? ¿Kai?... —indagó con miedo.

—Han caído, Jex. Estoy sola. —Su compañero guardó silencio, quizá recordando a sus amigos, pero cuando habló de nuevo había determinación en su voz.

—No estás sola. Te apoyaré desde la central; estaré conectado y contigo todo el rato. Si veo algo raro en los radares, te aviso.

—Gracias, Jex... Por todo.

—Corto.

El silencio se volvió a adueñar de todo. Jun no era capaz de escuchar nada, ni el tráfico ni el ruido de aquella odiosa ciudad en eterna expansión. Solo era

consciente de su latido. Salió de su escondite y observó la capital desde su posición privilegiada en las alturas. Una ciudad en un planeta que asolaron los que fueron de su especie. Ahora no quedaba nada, solo rascacielos de titanio, hierro y cristal. Torres de cientos de pisos que acumulaban sueños rotos de gente robotizada, de «no vida».

Y en el centro de todos aquellos edificios, su objetivo: la Torre del Gobierno Central, la Torre de A.L.M.A., lugar donde el gobierno almacenaba la única sustancia que se negaba a los de su especie, mitad humanos mitad androides: la sustancia vital, el alma que todo cuerpo necesitaba para vivir. La vendían cara y con cartillas de racionamiento, facilitando lo justo como para no provocar sublevaciones. Pero allí, en los suburbios donde vivían, hacía tiempo que la rebelión había estallado. Los tres barrios marginales que rodeaban la capital llevaban meses organizándolo todo. Tan solo necesitaban un litro de la sustancia vital que el gobierno, manipulado por la inteligencia artificial, guardaba a buen recaudo. Solo un litro para trasladarlo al pulmón que estaban fabricando en el barrio del sur y poder abastecer por su cuenta a las familias repudiadas, aquellas que descendían de los primeros hombres, las que nacieron generación tras generación con graves carencias heredadas de aquella radiación en el origen.

Sus antepasados, los de Jun, Jex y Kai, no aprendieron de la historia. Arrasaron con todo lo que encontraron en una lucha por sobrevivir a toda costa. Sin caer en la cuenta de que a lo mejor el ser humano merecía la extinción. Lucharon contra el propio destino, asentándose en otro planeta y adaptándolo a ellos, a sus necesidades. Pero se les fue de las manos.

Una ráfaga de aire helado jugó con el largo pelo blanco de Jun, haciendo que un mechón le hiciera cosquillas en la mejilla. Solo quedaba ella. Era la responsable del futuro de su especie antes de que los cíborgs acabaran con ellos.

Se acercó hasta el borde del tejado y calculó el salto que tendría que realizar para llegar al edificio que tenía enfrente; dos metros. No necesitaba demasiado esfuerzo, sus rodillas podrían hacerlo sin problemas. Tomó aire, retrocedió y se impulsó a la carrera para saltar justo cuando su bota pisó el borde del tejado. Se preparó para agarrarse con los dedos en la pared de cristal, pero estaba demasiado resbaladizo y no encontró ningún apoyo. Empezó a descender por la fachada a una velocidad de vértigo. No podía fallar.

Utilizó las garras de su brazo biónico y las clavó con fuerza haciendo que el descenso fuera cada vez más lento. Miró hacia arriba y empezó a trepar con ayuda de los garfios y las ventosas de sus guantes. Solo veinte pisos y estaría arriba.

Se asomó con cuidado por si había pasado algo por alto y había algún CYB allí. Utilizó su visor del ojo derecho para localizar algún cuerpo frío, pero no encontró nada.

Trepó y buscó la entrada de la azotea. La vio enseguida, a la derecha.

Una luz de alerta se encendió en su sistema. Una cámara encima de la puerta giraba de un lado a otro en busca de intrusos. Esperó a que dejara de moverse antes de correr hacia la puerta, se pegó a ella y pasó una de las tarjetas de identificación que robaron días atrás.

Se abrió y ella entró.

Una bofetada de aire viciado golpeó su rostro. Miró el marcador. Solo tenía veinte minutos para dar con la sustancia antes de agotar su reserva. Hizo un barrido visual ayudándose del visor para trazar el camino a seguir y calcular tiempos.

Sonrió.

La sala donde guardaban A.L.M.A. estaba justo debajo de ella. Por lo que mostraba el monitor, estaba en el centro de la enorme habitación, en un

recipiente con forma extraña. Y estaba llena de COPS.

Volvió a sonreír. Gracias a su sistema inhibitor, no sería problema.

Se lanzó a la carrera hacia la escalera, comprobando a cada paso que nada ni nadie le impediría llegar hasta allí. Vio la puerta al final del corredor y, antes de abrirla, activó el sistema de bloqueo androide. Una decena de pitidos se escucharon al otro lado.

—¡Sí! —exclamó Jun antes de entrar en la sala.

Se paró, sobrecogida por la escena que se le presentaba.

Todos los COPS inactivos rodeaban una enorme pecera de cristal. Dentro estaba el objeto más raro que había visto en su vida y, sin duda, el recipiente de la sustancia vital. De A.L.M.A.

Observó alrededor, buscando una forma de entrar. Nada.

Se fijó de nuevo en el objeto. Era grande. Un enorme cilindro rugoso, en tonos marrones, mostraba cómo fluía un líquido en su interior. Desde este, en la parte superior, se abría un abanico de piezas de distinto tamaño adornadas por pequeñas partículas de color verde. En el suelo una alfombra verde lo cubría todo y en el interior de la pecera miles de partículas luminiscentes flotaban alrededor del extraño contenedor.

Utilizó su visor para intentar averiguar qué era, pero no le dio datos. ¿Por qué estaba aquello tan escondido?

—Es precioso... —Lo grabó y lo mandó a Jex, que esperaba el siguiente paso—. Jex, estoy dentro.

—¿Qué me has mandado?

—No sé si es el recipiente de A.L.M.A. No sé cómo entrar y apenas me queda tiempo.

—Acciona la cámara, déjame trastear un poco.

—De acuerdo.

—Muévete alrededor, quiero verlo bien. Avisaré a Dia. Quizá sepa algo.

—Puede que Mai.

—Sí. Aguanta, Jun.

Le escuchó teclear y avisar a las guerreras, mientras ella no paraba de moverse alrededor de la pecera. Observaba aquellos pequeños puntos de luz, cómo se reflejaban en el recipiente. Era hipnótico. Una sensación de paz la invadía, haciendo que no se preocupara por la cuenta atrás que ya había comenzado. Le quedaban cinco minutos para cargar su sistema o no podría respirar.

—Jun. —Escuchó—. Intenta atravesar el cristal.

—¿Cómo?

—Intenta atravesarlo. Veo que es un escudo protector. Intenta posar tu mano humana en él.

Le hizo caso; apoyó la mano en el cristal y lo atravesó sin resistencia. La sacó rápidamente, impresionada por la cantidad de sensaciones que había experimentado la piel de sus dedos.

Probó a hacerlo con su mano biónica. No pudo. Sorprendida, volvió a meter su mano humana y observó cómo las partículas se posaban en su piel. Estaba arrebolada por la sensación de sentir algo así. Era algo indescriptible. Tuvo miedo de no poder entrar del todo. Quería llegar, tocar aquella mole marrón y verde de más de dos metros de altura, pero no sabía si el escudo dejaría pasar su lado mecánico.

—¡Jun! —avisó la voz de Dia—. Ya estamos aquí. Creemos saber lo que es.

—¿Es seguro entrar?

—Estoy convencida de que ahí dentro podrás respirar —aseguró Mai.

—¿Qué es?

—Ese contenedor que lleva la sustancia vital por dentro parece que es... un árbol.

—¿Un árbol?

—Un objeto natural que poblaba la Tierra. Es bastante significativo que sea el contenedor de nuestro combustible.

Jun se armó de valor y, tomando impulso, metió todo el cuerpo.

Inspiró. Sonrió. El aire puro que rodeaba al contenedor se metía en sus pulmones sin necesidad de motor alguno. Alegría recorriendo sus venas. Ilusión adentrándose en los poros de su piel.

—¿Por qué han guardado esto? —escuchó al otro lado del comunicador con interferencias—. Todo sería tan sencillo si...

Su discurso se vio interrumpido por una atronadora sirena que empezó a escucharse en todo el edificio. Se habían dado cuenta de que había un intruso, probablemente al ver que los COPS no se movían.

—¡Corre, Jun! ¡Corre! —dijo Jex, volviendo a contactar con ella—. Todavía tienes la azotea despejada, pero los vehículos están volviendo.

—¿¡Cómo saco la sustancia!?

—Tienes que levantar un poco el manto verde —dijo Dia—, coger la sustancia de las raíces del árbol.

—¿Raíces? —preguntó Jun.

—Lo que lo sujeta al suelo —explicó Mai.

Jun les hizo caso. Eran las guerreras descendientes de los humanos. No había en el planeta nadie que supiera más que ellas. Eran sabias en aquel mundo. Las que más conocían sobre sus orígenes, las precursoras de la rebelión. Y las que más sabían de la humanidad. Escarbó bajo aquella alfombra hasta toparse con la raíz y rompió una pequeña para llenar su cantimplora de aquella sustancia que necesitaban para que su especie perdurara en este mundo.

Observó cómo milagrosamente su cargador se llenaba hasta el máximo y notó cómo las partículas luminiscentes adheridas a su piel le otorgaban

energía extra.

Salió del mismo modo que entró justo antes de que los COPS se pusieran en movimiento, detectaran su presencia y empezaran a disparar. Pero Jun les esquivó, salió por la puerta y corrió escaleras arriba.

No paró, se ajustó bien la cantimplora y saltó desde la azotea más alta de la ciudad hasta la siguiente, ignorando las sirenas, los gritos, las voces de alarma. Tenía que completar su objetivo, llevar el recipiente al barrio sur, a la central de la rebelión.

—¡Jun! —avisó Jex de nuevo—. ¡A la izquierda!

Gritó antes de que uno de los vehículos que volvía detectara su cuerpo y acabara con ella.

Corrió y saltó por toda la ciudad adornada con sus luces de neón, sus pantallas multicolor, aquellas malditas pantallas que aseguraban que la vida robótica era mejor.

Mentira... Todo mentira. La humanidad perduraría. Ellos se encargarían de hacerlo realidad, de regresar a los orígenes. En su poder estaba aquello que lo haría posible.

—¡Ya es nuestro Jun, ya es nuestro! —gritaron al otro lado del intercomunicador.

Sonrió.

El cuerpo de Jun se perdió por el horizonte antes de que los dos soles iluminaran el cielo.

Un CYB vio algo brillar a lo lejos, pero en aquel momento una estrella cruzó el cielo por encima de los astros. Quizás, una señal. Jun, que también observó cómo aquel CYB no la seguía, sintió que el universo les daba una nueva oportunidad.

En ellos estaba hacer algo con A.L.M.A. En sus manos residía el poder de conseguir que su raza volviera a vivir sin miedo.

ALBA C. SERRANO

Mi nombre es Alba C. Serrano y no podría incluirme en un género en especial porque yo escribo y luego catalogo. Tengo tres novelas autopublicadas de romántica contemporánea, dos relatos que podrían considerarse drama y dos más en antologías benéficas, uno infantil y otro que trata sobre la importancia de la familia. Próximamente, saldrá en otra antología uno de terror y una novela a cuatro manos de humor.

Como veis, me muevo entre varios géneros, eso sí, no suelo escribir escenas eróticas muy subidas de tono y mucho menos de temática homosexual, porque hasta que escribí Los Cuatro era incapaz de visualizar escenas de ese tipo, por lo tanto, un gran número de personas, gracias a Dublineta Eire que me incluyó esa opción, ha votado que escriba un relato de erótica guarrindonga gay, y lo que vais a leer a continuación es el resultado.

LOS CUATRO

Por fin ha llegado la noche que tanto tiempo llevo anhelando, esa que tantas veces he soñado, y me mentía a mí mismo haciéndome creer que no lo deseaba. Estoy nervioso, ilusionado y muy excitado, mi entrepierna lleva horas queriendo ser liberada, me duele, pero no será hoy cuando se introduzca en ninguno de los orificios de una mujer.

Ya son demasiados años ocultando lo que soy. Estoy harto de tapaderas, mi esposa no es suficiente para mí.

Me dirijo nervioso y expectante a una habitación de hotel en la que cuatro hombres esperan desnudos mi llegada. Los conocí a través de un foro. Lo que más me gustó de esa página fue que, para abrirse un perfil, era necesario adjuntar en la ficha personal un informe médico actualizado, supongo que para evitar contagios de enfermedades de transmisión sexual. Rápido di con ellos, con Los Cuatro, así se denominan a sí mismos. Mantienen una especie de relación extraña entre ellos y dicen que si paso la prueba, seré uno más. Solo de imaginar esos cuerpos que únicamente he visto por fotografías y videos, me vuelvo loco. Por supuesto, la cita será en un establecimiento de lujo, no podía ser menos para mi gran estreno.

Cada poco, tengo que moverme en el asiento de mi coche; siento que los botones de mi pantalón vaquero van a estallar de un momento a otro. No puedo evitar pensar en todo lo que va a suceder. Acelero para llegar al encuentro a la mayor brevedad posible.

Con impaciencia, me presento en la recepción con la intención de

registrarme, no entiendo para qué necesitan tantos datos personales. Me molesta que la chica rubia y despampanante de pechos enormes que me está atendiendo pretenda coquetear conmigo. Sé que no paso desapercibido entre las féminas, pero esta noche no puedo pensar en otra cosa que no sean esos miembros masculinos que conservo en la galería de mi móvil. Mientras espero, dejo volar la imaginación, recordando las últimas veces que me he masturbado viendo a mis hombres. Son auténticas máquinas sexuales. He visto a los cuatro en acción y me muero de ganas por ser su muñequito. Puede que parezca una locura, lo sé.

Con incertidumbre y nerviosismo llego a la puerta. Golpeo con mi mano derecha mientras que con la otra rozo mi pene.

—Adelante —responde una voz grave y varonil.

—Es mucho mejor de lo que nos imaginábamos —dice uno de ellos, esperándome en la cama. Es rubio de ojos azules con un cuerpo de escándalo.

—Llegas tarde. Pensábamos que ibas a rajarte y hemos empezado sin ti. Soy Tony.

—Demasiado tráfico. —Me quito la americana y la dejo sobre una silla, al igual que hago con mis otras pertenencias. Necesito liberar mi entrepierna de tanta presión.

—¿Vienes? —Nada más verlo he sabido que es Camilo; es mulato y su color invita a acariciarlo por cada resquicio de su cuerpo.

—Tendré que desvestirme —susurro nervioso, empezando a desabotonar con torpeza mi camisa.

—No es necesario, nosotros lo haremos.

Con paso inseguro, me acerco a la enorme cama que está en el centro de la estancia, y no transcurren más de diez segundos cuando empiezo a notar diferentes manos sobre mí. Estoy frente a cuatro hombres que físicamente son más espectaculares que Alex Mecum, un gran icono del porno gay. He de

reconocer que imponen con sus tamaños, no hablo de los falos que me apuntan amenazantes, sino de sus cuerpos. Se nota que se cuidan.

Tony es el primero en romper el hielo. Se levanta desnudo, sin ningún tipo de pudor y aprisiona mis labios bajo los suyos con deseo. Empieza a darme pequeños mordiscos mientras con torpes movimientos se deshace de mis pantalones. Mi ineptitud provoca que choque con su boca y al bajar la vista, veo cómo mira mi miembro, relamiéndose perverso.

—Josué, ven aquí y hazle enloquecer con tu lengua. Ya sabes cómo me pone verte en acción. —Tony da la orden mientras no deja de acariciarse él mismo, supongo que para mantener su sexo tieso y duro.

—Voy, mi señor. —Esa respuesta me da pistas sobre el tipo de relación que mantienen estos dos, eso y que lleva algún tipo de pasamontañas de látex que oculta su rostro.

—¿Eres su sumiso? —pregunto cuando su boca está a la misma altura que la de Tony.

—Soy todo lo que quieras que sea. No me gustan las etiquetas.

Lo cierto es que en este preciso momento me importa bien poco ese asunto. Sus bocas se han unido y me pone tremendamente saber que mi saliva, la que he dejado sobre los labios de Tony, ahora se posa en los del misterioso hombre enmascarado. Voy a ser el hazmerreír del grupo, así, con esta tensión sexual que llevo acumulando días, no voy a durar ni medio asalto. «Tendría que haberme masturbado antes de venir».

Josué pone fin al beso para dirigirse rápido a mi pene y, sin ningún tipo de pudor, se lo introduce en la boca. A ninguna mujer le ha cabido entero, sin embargo, mis testículos chocan con su barbilla, algo que no dura demasiado porque Tony se los ha metido en la boca.

El cuarto en discordia, el que no ha hablado en ningún momento e imagino que será Michel, se pone frente a mí. Su palpitante mástil está a la

altura de mi boca, izado, esperando a ser devorado y no lo pienso. Me acerco lentamente y con mi lengua rozo la punta de su glande. Torpemente, voy dando pequeños lengüetazos. La paciencia no es lo suyo y me agarra del pelo echando mi cabeza hacia atrás. Con su otra mano, abre mis labios y se mete entre ellos, pero no despacio, sino con tal urgencia que roza mi garganta. Empieza un vaivén que borra cualquier tipo de pudor en mí. Mantengo el ritmo que él ha marcado y, no sé por qué, noto que no hay nadie sobre mi cuerpo.

—Arrodíllate —me ordena enrollando sus dedos con mi pelo y tirando suavemente de él. Es la primera vez que escucho su voz, invita a obedecer.

Lo hago. No pienso en nada, me quedo en blanco. No han pasado ni quince segundos y tengo a cuatro hombres alrededor de mí. Sus falos tiesos apuntan hacia mi cara.

—Puedes empezar por la que quieras, ya ves, están todas expectantes esperando tus atenciones novatas.

—No sé si seré capaz. Creo que esto me supera —respondo, mirando hacia arriba. Sus miradas están clavadas en mí.

—Vamos, ayudémosle un poco al nuevo.

Todos obedecen la orden de Michel y noto cómo sus penes rozan mi rostro. Los tengo tan cerca que puedo apreciar cómo las venas palpitan. No solo yo estoy excitado, ellos también, y, cerrando los ojos, empiezo a restregarme contra ellos. No tardo en sacar mi lengua para empezar a lamer a cada uno. No sigo un orden, tampoco un ritmo. No me importa que los cuatro intenten penetrar mi boca a la vez, la saliva me cae por la barbilla mezclada con líquido preseminal. Quiero más.

Creo que pasan unos minutos. Lo cierto es que he perdido la noción del tiempo y no sé cuánto llevo en esta postura, pero las rodillas empiezan a

dolerme. Supongo que alguno de ellos nota mi incomodidad y le dice al resto que paren, que ha llegado el momento de prepararme.

—¿Qué me vais a hacer? —susurro con un hilo de voz.

—No te han penetrado nunca, ¿no? —pregunta Tony. Yo hago un gesto de negación—. Vamos a preparar tu cuerpo para eso. Tenemos que hacerlo bien para no espantarte y que quieras volver a vernos.

Me tumban en el filo de la cama, la parte inferior de mi cuerpo queda en el aire. Todo lo que sucede a continuación es muy rápido. Tony y Michel empiezan a besarse arrodillados sobre la cama, en cambio, Camilo y Josué se sitúan a los pies de ella. El primero empieza a lamer la zona de mis genitales y Josué empieza a hacer lo mismo en la zona de mi ano. Supongo que la está lubricando, ya que en cuestión de segundos noto una ligera presión. Está intentando introducir su dedo en mí. A pesar de mis fantasías, nunca he llegado tan lejos, ni yo mismo he experimentado con esa parte de mí.

—Tienes que relajarte, no te voy a hacer daño —me dice Josué. Vuelve a pasar la punta de su lengua por mi ano y empieza a hacer ligeros círculos alrededor de él—. ¿Ves? Así mejor.

Su dedo ha entrado en mí e inconscientemente, contraigo los músculos, haciendo presión, impidiendo que pueda moverlo.

—Relaja, venga, te gustará.

—Josué, si no fuera por ti y por tu paciencia ya le habría roto el culo. Vamos, date vida. Quiero follármelo. —Michel está impaciente y por alguna extraña razón, imaginar que me cabalga me relaja.

—Tío, no seas bestia —le dice Tony. Yo vuelvo la vista hacia atrás y veo cómo este penetra a Michel con rítmicos movimientos. Su pene se pierde entre las nalgas del otro y esa imagen provoca que yo quiera más.

—Quiero más, Josué —digo, alzándome para dirigirme a esa cabeza que asoma. Camilo da pequeños mordiscos en mis ingles. Sabe que si va a

más no tardaré en correrme y eso provocará que me tense demasiado.

—¿Estás seguro? —Josué es muy atento, pero no tengo toda la vida. He quedado con mi mujer a las seis de la mañana para irnos de viaje. Cree que estoy en casa de mis padres pasando la noche. No me siento culpable.

—No sé qué hora es, pero sobre las cinco debería marcharme.

—Yo te ayudaré, Josué —le dice Camilo poniéndose detrás de él y mordiendo su hombro—. Siempre tan disponible para mí, tío.

Supongo que por los espasmos contra mi cuerpo y por lo que ha dicho el mulato, le ha penetrado. Josué no se lo piensa e introduce un dedo de cada mano para intentar dilatar mi ano. Veo que hace un leve gesto de salivar y escupe entre sus dedos.

Todo empieza a fluir mejor, ha cogido un bote de lubricante y se ha echado sobre sus dedos, ahora siento menos presión al sentirlos en mi interior.

—Estás muy entregado, Chema.

De pronto, noto un vacío que no me gusta nada, no pueden dejarme así. Alzo la cabeza y veo a Josué a cuatro patas y un pene entrando y saliendo de él. Sus vistas están perdidas en algún rincón de la habitación.

—Tony, ¿tú o yo? —pregunta Michel abriendo el bote de lubricante que habían dejado a mi lado.

—Yo empiezo, que tú es ver un culo virgen y volverte loco, cabrón.

—Está bien. Mientras, se la comeré. ¿Has visto la polla que tiene? Lástima que no quiera follarnos.

—Yo no he dicho eso —le respondo con mirada desafiante.

—Ah, ¿no? Te vas a enterar de lo que es una buena follada.

El tono sucio que utiliza Michel, al contrario de espantarme, me excita. Echa una pequeña cantidad de lubricante sobre mi prepucio y se coloca sobre mí, de una estocada mi pene está en él.

—¿Te gusta sentirla clavada en un culo, Chema? —me pregunta comenzando a subir y a bajar lentamente.

—No es el primer culo en el que la meto, ¿sabes? —Por algún motivo que desconozco, me gusta retar a este hombre que cabalga sobre mí y se masturba a la vez.

—Seguro que no veías algo así apuntándote. ¿Crees que si sigo, me correré con tanta fuerza para llegar a tu cara? Quizá con mi semen en tu boca, sepas estar calladito.

—Prueba a ver. —No me callo, me gusta provocarle.

—No, prefiero hacerlo en tu culo virgen de corridas. ¡Eh! —dice, girándose hacia el resto—. Yo me corro el primero.

—Michel, ya sabes que nos corremos en la boca. Es la norma.

—Venga va, no digas tonterías, este va a repetir, no me digáis que no estáis ansiosos por correos en su interior. ¿Tony?

—Está bien, pero solo si él quiere.

—¿Tenéis normas? ¿Utilizáis preservativos?

—Ya irás sabiendo, pero estamos limpios —me responde Tony. Parece que él es la voz cantante de este extraño grupo.

—¿Por qué estáis tan seguros de que repetiré?

—Mírate, te la he metido y ni te has inmutado —me dice Josué—. Has dejado a tu mujer en casa por probar algo nuevo, y no con uno, sino con cuatro. Tú repites seguro.

Sí he notado que me ha penetrado. Si no me he quejado, es porque me ha gustado. Quiero más.

—¿Cómo lo lleváis? —pregunta Camilo—. Si no se la meto ya, voy a correrme en Josué.

—Siempre tan rápido —contesta el mencionado, riendo—. Anda, métesela.

Michel se levanta y releva a Josué dejando a Camilo atónito. Empieza a embestirme con fuerza. Sus manos aprietan mis caderas, sus uñas se clavan en mi piel y se deja llevar.

—Había dicho que yo primero —dice, saliendo de mi interior y poniéndose a la altura de mi boca—. Chupa y limpia lo que has provocado.

Uno a uno, van penetrándome y corriéndose en mi interior. Me excito tanto de pensar que estoy lleno de semen de otros hombres que empiezo a masturbarme. Ellos según van acabando se van tumbando a mi lado y acarician mi cuerpo.

El último, Tony, se derrama en mí a la vez que lo hago yo sobre mi ombligo. Ha salido disparado.

Camilo y Josué lamen el fluido con ansia y entrelazan sus lenguas jugueteando con mi semen. Vuelvo a estar cachondo.

Acabamos exhaustos y nadie habla. Soy incapaz de romper el hielo y no sé qué decir. Miro el reloj, son las tres de la madrugada, todavía tengo tiempo y quiero más.

—¿Qué os parece si ahora soy yo el que prueba a metéroslo? —pregunto, deslizando mis dedos por los cuerpos que tengo a mi lado. Introduzco un dedo de mi mano derecha en Camilo y otro de la izquierda en Josué. Sus anos están dilatados y piden más. Sin una pizca de pudor introduzco dos y empiezo a explorar el interior que se halla entre esas nalgas masculinas que han sido penetrados hace escasos minutos.

—¿Veis? —dice Michel—. Os he dicho que este iba a repetir. A mí ya me la has metido, bueno, más bien lo he hecho yo, así que vamos a ver cómo te desenvuelves. Chicos, vamos a preparar su polla, ¿no?

Los cuatro empiezan a lamer mi entrepierna y a chocar sus rostros con torpeza por intentar meterse mi pene en sus bocas a la vez. No tardo en estar totalmente empalmado y me quedan menos de dos horas.

Los cuatro se ponen a cuatro patas y voy follando cada culo rítmicamente. Esto es mejor de lo que imaginaba.

De nuevo, unos empiezan a besarse con otros, a acariciarse, a excitarse.

Los cuatro se corren en mi boca y mientras me trago la mezcla de sus fluidos calientes, pienso en la próxima excusa para mi mujer.

MACARENA BRITTOS

Macarena Brittos es viajera y escritora de novelas del género romance paranormal. En este reto se le ha indicado escribir sobre Ciencia Ficción subgénero ciberpunk.

Novelas publicadas:

- *Siete vidas y un Destino*
- *Callando la Ignorancia de mi Karma*
- *Mi vida despierta y mi vida dormida*
- *Las manos del músico*
- *La dama de la esmeralda escarlata*

A publicarse pronto:

- *Muchas vidas para Ludmila*

EL EGOISMO

Es la cuarta vez que despierto y veo la luz blanca en menos de dos meses. Parece led, pero sé que no lo es. Es una diferente, muy brillante y más potente, desconocida para nosotros, como todo lo que tiene que ver con estos desconocidos entes. Sí, sé dónde estoy, me encuentro en las instalaciones de estos extraños seres, sin poder moverme, con mi cabeza, ya sin mi largo cabello negro, me lo han rapado, inmovilizada por la abrazadera de titanio que la recorre, apoyada en mi frente y sujeta a la fría camilla. No estoy segura de la edad que tengo. Es que a veces todo me parece tan irreal que es como si viviera en un mundo por completo paralelo a lo que un día disfruté con mi familia. O, quizá, solo son mis memorias agotadas por vivir al fin una vida que tanto aborrecí.

Sé por qué estoy aquí y aún puedo recordar cómo empezó todo.

Corría el año dos mil cincuenta y cinco y, a pesar de las continuas inoculaciones secretas con vacunaciones masivas por parte de los estados para frenar el proceso de natalidad y habiendo disminuido esta hasta situarse en 0,43 hijo por pareja, conseguimos superar los doce mil millones de habitantes en nuestro querido planeta Tierra. Ese fue el inicio. Lo demás fue solo la precipitación de un apocalipsis que se preveía desde mucho antes, pero que todos prefirieron obviar.

Ya, treinta años atrás, era por todos conocida la imposibilidad de mantener la vida humana en un mundo superpoblado, que amenazaba con la extinción de todas sus especies y de los recursos naturales. Sin embargo, en aquel

entonces, cegados por el avance de la tecnología, el aumento de la calidad de vida y el incremento en la esperanza de vida, nuestra única preocupación era poseer, malgastar y contentarnos que no veríamos lo que estaba por llegar. Fuimos lo suficientemente egoístas para permitir que nuestros hijos y nietos vivieran la más atroz de las situaciones que se puede vivir.

Ya estoy demasiado vieja. Soy consciente que esta es la última ocasión, ya no me recuperarán más, se acabó y lo agradezco. No sé si alguien de la que un día fue mi familia sobrevivió. Mi hermano y sus hijos, de ser así, solo espero que les llegue parte de mi legado.

No me queda mucho tiempo, así que continuaré escribiendo mi historia, aunque no estoy segura de la utilidad de mi relato. Escondí bajo la epidermis de una nalga este escrito. Y sigo...

En el año 2030 se inició la implantación de los chips biométricos. Por aquel entonces, la saturación de la publicidad consiguió el objetivo y una mayoría acogió con alegría la nueva tecnología. Lo habían conseguido, nos habían convertido en unos descerebrados estúpidos cuyo único objetivo era presumir de avances tecnológicos y poder llevar a cabo diferentes acciones con el mínimo esfuerzo posible. Es probable que una rebelión ante tal acontecimiento no hubiera cambiado lo que aconteció años más tarde, pero existe la probabilidad de que nuestra existencia fuera más llevadera y dilatada en el tiempo.

Al final lo que no debió suceder nunca, se convirtió en la realidad. La mayoría, eufórica con su nuevo aparatito insertado bajo la epidermis, logró que la minoría contraria fuera apartada del sistema y relegada a las montañas y playas, donde fueron pereciendo a causa de las inclemencias del tiempo y de los desastres naturales que no pudieron evitar, y mucho menos mantenerse resguardados.

Sin ser conscientes, eliminaron la única resistencia que podía ayudarles a

luchar contra el esclavismo y condicionamiento al que fuimos sometidos a través de los implantes.

—Victoria, no podemos permitir que nos pongan esos injertos —me confesó mi hermano en aquella época tan remota, antes de añadir—, pero no podemos evitarlo.

—Sí, podemos. Basta con negarnos.

—Para ti es más sencillo —replicó—. ¡No tienes hijos!

—Precisamente, por ello —argumenté cansada.

—No lo entiendes, ¿verdad? Nos excluirán y, entonces, ¿qué pasará con ellos?

—Solo podrán excluirnos si la mayoría consiente que ocurra. Si todos nos negamos, los únicos excluidos serán quienes intentan convertirnos en esclavos —puntalicé, dando por finalizado mi razonamiento. El egoísmo fue la mayor plaga de nuestro planeta y, aunque la minoría coincidía con mi parecer, la mayoría se convirtió en portavoz de la creencia de mi hermano y fuimos apartados. El miedo y el tiempo parecían como un carrusel que giraba y giraba, haciendo que todo volviera al inicio.

Ahí comenzó todo. El control absoluto llegó y se incrementó hasta el punto que nadie estuvo a salvo. Las mentes fueron anuladas, los pensamientos sesgados y los humanos nos convertimos en los autómatas que acataban todo, lo bueno y lo malo, con tal de evitar que alguien apareciera de repente y nos condujera a una prisión que acabara de aprisionarnos más de lo que ya estábamos. O peor aún, que pulsara una tecla de su computadora y desapareciera de nuestra cuenta bancaria el poco dinero virtual que nos permitía mantener un estatus más o menos aceptable dentro de la opresora sociedad, donde transcurría nuestra lamentable vida.

El desempleo aumentó. Las máquinas biónicas ocuparon los puestos de los desocupados. La indigencia y la mendicidad se apoderaron de calles y

avenidas. Los recursos, cada vez más escasos, y la desaparición de las especies se convirtieron en casi la única y solitaria noticia del día a día... y entonces ocurrió.

Los pocos ejemplares de las escasas especies que aún no estaban extinguidas fueron recluidos en granjas estatales donde se les incorporaron chips y la vida animal fue extirpada de su estado de libertad. La sana alimentación del ser humano fue sustituida por los alimentos transgénicos para tratar de abastecer una población excesiva, que, a pesar de todas las medidas y las campañas de exterminio programadas mediante guerras y epidemias creadas y extendidas por los estados, continuaba su imparable crecimiento.

Ocurrió a pesar del estricto control. El hambre se impuso y comenzaron los saqueos, que no disminuyeron ni con la activación de los programas de castigo corporales programados en los chips.

—Tienes que ayudarnos. Tienes que unirse a la resistencia con tus conocimientos —dijo mi hermano una noche en la que sigiloso se atrevió a venir a verme a la vieja caravana que me permitía la movilidad necesaria, desprovista de cualquier tipo de tecnología que pudiera permitir al poder localizarme, al menos de forma permanente. Yo siempre viajaba sola.

—No debiste venir. Te dejé las coordenadas solo para un caso de extrema urgencia —dije, lamentando en cierta forma su visita—. Ahora saben dónde estoy, tendré que moverme. Me gustaba este sitio.

—No tienes uno de estos —apuntó en la zona entre su dedo pulgar e índice donde, permanecía insertado el chip que, aunque quisieran, no podían remover, a no ser con la amputación rápida del miembro, para de esa forma poder evitar que se activara el software de castigo incorporado.

—No lo entiendes, ¿cierto? —Me miró con cara de sorpresa—. Ya no hay solución. Era antes de eso —señalé el injerto—. Ahora ya es tarde. No tienen

dónde esconderse ni forma de huir sin sufrir amputaciones.

—Supongo que no vendrás.

—Supones bien —murmuré con tono cansado mientras escondía a su vista el barril de agua y unas verduras que había logrado cosechar. Ya nada podía hacer para cambiar mi destino y mi hermano no entendía aún que era un autómatas más en ese sistema. Ya era tarde.

Fue la última vez que lo vi.

Al día siguiente se dejaron ver. No vinieron del espacio ni de galaxias lejanas. Estaban aquí y emergieron desde el fondo de las más profundas fosas abisales oceánicas.

Se hicieron con el control y los jefes de estados pasaron a ser sus siervos. Dividieron a la población en función de raza, edades, educación, profesión y crearon campos de concentración de entes fragmentados. Así los llamaron, protegidos por cúpulas imposibles de traspasar y que mantenían sin contacto a cada una de las áreas, y cada área se situaba en un país distinto. Separados por las bóvedas y por inmensos océanos contaminados, con un producto creado para la guerra química que permanecía en suspensión y que resultaba altamente letal por inhalación y contacto.

Un buen día comenzó el exterminio. Lo proyectado era reducir la población mundial hasta los quinientos millones de habitantes, donde solo sobrevivirían los más aptos y necesarios, donde los ancianos y los que tenían poco que aportar o estuvieran al margen de la tecnología estaban condenados a la extinción por la fuerza y sin miramientos.

Mi caso, como el de los pocos no chipiados que quedábamos en el planeta, viviendo fuera de las cúpulas, no era relevante. Constituíamos una minoría insignificante. Carentes de cualquier medio de subsistencia, sobrevivíamos como podíamos, cazándonos los unos a los otros o alimentándonos de nuestras partes cuando las fuerzas nos abandonaban por el exceso de tiempo

sin consumir alimentos, custodiados y distribuidos por el nuevo orden entre los continentes seleccionados para subsistir.

Por eso hoy estaba en la nave. Ya me faltaban los dos brazos y las piernas, todo biónico, incorporado por ellos, para mantenerme viva, no porque fuera imprescindible, sino porque como proscrita fui considerada como conejillo de indias, apta para pruebas, prototipo de lo que esperaba a los supervivientes.

Sin embargo. mi tiempo estaba concluido. Mi última fase dejaría de existir, al menos como hasta hoy. Mañana diré mi nombre, pero no me reconoceré. No sabré de mi pasado. Mi mente, mis pensamientos, todo será borrado, reemplazado por un innovador y potente chip que me convertirá en apta para el sistema, aceptable para el nuevo orden, una especie de Robocop sin pistola, creado y al servicio de los que siempre creímos eran extraterrestres. Pero los he visto, se han acercado para inocularme la anestesia, se han despojado del casco, son humanos, como yo. Tal vez más, ellos no tienen extremidades biónicas.

Me sonríen y yo me duermo, pensando en mi hermano y en el día que consentimos demasiado.

EMI NEGRE

Emi Negre es un escritor de novela negra y suspense, caracterizado por su estilo dramático y su gusto por llevar al lector al límite de sus percepciones. Su primer proyecto publicado se titula “Bullying, secuelas del pasado”. En este caso se enfrenta al reto de escribir un relato romántico contemporáneo.

UN ETERNO AMOR EN SILENCIO

—¿Crees en el amor?

Recuerdo esa pregunta siempre que su rostro se dibuja en mi mente. Ese momento de abril de hace ya quince años se repite una y otra vez en mi cabeza. ¿Creo en el amor? En ese instante no respondí a Pablo, mi amigo por aquel entonces. Tan solo la miré. Ella cruzaba la calle a lo lejos, el ondear de su pelo castaño ya me enloquecía. Su mera presencia en mis pensamientos hacía que mi vello se erizara. La fragancia de su piel impregnada en mis pulmones. ¿Creo en el amor? No, creo en ella, quise responder, pero no lo hice. Igual que nunca me digné a decirle eso mismo a quien robaba horas de mis noches, días de mi futuro y llenaba de penas mi corazón. Y hoy, quince años después esa pregunta vuelve a mí. ¿Creo en el amor?

Vuelve a mí porque hoy se irá. Esther se marcha. La veo sentada en un banco del andén, un banco negro de madera y desgastado por el uso y el paso inexorable del tiempo, esperando ese tren que va a alejarla de mi lado. Ese tren que no es más que una metáfora de nuestra vida juntos. Siempre esperándola, sentado, en silencio.

Hemos vivido tantos momentos juntos, y tan lejos al mismo tiempo, que ni me atrevo ahora a decirle que la quiero. Que siempre la he querido. Cuantas veces habré regalado estas palabras a quien no le pertenecía. Cuánto dolor he infundado en corazones que no se lo merecían. Maldito horror el mío, de querer dejar volar algo que permanece enjaulado y con la puerta cerrada. Todo por no decirle que yo la veía como algo más que una amiga.

Esas fueron las palabras que hicieron que mi mundo se derrumbara. Cuando me dijo que era su “amigo”. Matizó, su “mejor amigo”.

Ahora que sé que se irá para siempre, rumbo a Barcelona, a trabajar como profesora es cuando el miedo domina mi ser, el temor a no volverla a ver. Siempre quiso ser profesora. Yo estudié educación física en su misma universidad. Cuantas locuras las mías. Por estar al lado de ella. Por sentir aunque fuera un roce de su piel, un leve contacto de su mirada.

Recuerdo todas nuestras conversaciones. Noches enteras sin dormir, hablando cuando yo por dentro la devoraba entera, al mismo tiempo que me devoraba a mí mismo. Mi alma ardía cada noche que venía llorando, rota de dolor por culpa de un tercero que no supo valorar lo que tenía. Que no supo ver toda la luz que desprenden esos ojos negros. Que no supo escuchar la dulce melodía de sus labios, cuando ríe. Personas que tan solo le causaron llanto y dolor. Agonía, casi la misma que sentía yo mientras enjugaba sus lágrimas.

—¿Vas a ir a por ella o te vas a quedar aquí mirando cómo se marcha? —inquire la misma persona que me preguntó hace ya años si creía en el amor.

Asiento con la cabeza y doy un par de pasos, pero el terror me detiene al momento. Mis piernas se niegan a avanzar mientras contemplo su cabello largo, a lo lejos.

—No creo que ahora sea el momento de sincerarme. He tenido mil ocasiones.

—Miguel, hemos hablado de esto muchas veces. No existe un momento apropiado. El momento es el que se impone uno mismo. Nunca es tarde mientras el corazón late, mientras las palabras fluyan de nuestros labios. Ahora ve, o te arrepentirás toda la vida.

Lo cierto es que ya me he arrepentido tantas veces que una más no va

a cambiar nada. Mi vida va a seguir como hasta ahora, vagando como un alma en pena, como un condenado a muerte recorre esos últimos metros en un patíbulo. Me he acostumbrado a llorar sin lágrimas, a reír sin dientes. He aprendido que el amor vive en los corazones ajenos, esperando a que su propietario llegue a reclamarlo. Pero también es posible que esa persona nunca llegue. Que nuestro amor se pierda en el corazón equivocado.

—¿Por qué no nos vamos? Lo mejor será que ella se marche a cumplir su sueño.

—¿Y quién te dice a ti que su sueño no está contigo? —responde Pablo mirándome a los ojos, y mostrando un claro reproche en los suyos—. Quizás tu felicidad esté en Barcelona, con ella. No se trata de impedir que se vaya, tal vez lo que debes hacer es ir con ella.

Eso es. Esa es la respuesta. Podría ir con ella. Acompañarla en esta travesía que le espera. Intentar ser ese lucero que ilumine su camino, guiando cada paso que vaya a dar hasta llegar a su destino. Un destino que juntos dibujemos felices.

Recobro las energías y doy dos pasos más. Y tan pronto los he dado, un escalofrío detiene mi avance como una pared frena al viento furioso que osa quebrantarla. Dudas renovadas surgen en mi cabeza. ¿Y si no quiere que la acompañe? ¿Y si ella quiere alejarse de todo aquí?

Si de verdad me quisiera allí con ella, me lo habría dicho. Recuerdo cuando me dio la noticia de su marcha. Me acuerdo como sus ojos brillaban de ilusión ante la idea de cumplir ese sueño que desde pequeña le arrebatava tantas noches. ¿Quién soy yo para entrometerme? ¿Por qué iba a querer tenerme allí?

Doy un nuevo paso. Un movimiento que me acerca un poco más pero a la vez hace que mi mente se aleje decenas de metros, años y momentos. ¿Y si me dice que no? Destruiría todos esos recuerdos que tantas sonrisas nos

han proporcionado, convirtiéndolos en bochornosos lamentos de un conformista enamorado que nunca aceptó una vida lejos de ella.

—Bueno, pues si no vas a dar el paso, lo mejor será que nos vayamos.
—Cediendo a mis reclamos, Pablo comienza a marcharse dejándome atrás, meditando que es lo que debo hacer.

Cierro los ojos, lleno de aire los pulmones y aclaro mi mente. Si me marcho ahora, todo acabará para siempre. Si por el contrario le digo todo lo que siento, puede ser que la respuesta sea distinta a la que en mi cabeza barajo. Y repito, puede ser.

Con los ánimos renovados vuelvo a avanzar hasta ella. Sigue sentada en ese pequeño banco, absorta en su teléfono. Cotilleando, seguramente, sus redes sociales. Puedo imaginarla sonriendo ante los comentarios jocosos de sus amigas, o llenando de suspiros emocionados tras comprender que se está alejando de sus seres queridos.

Cuando al fin consigo liberar mi mente de todas esas dudas que acallan mi alma y tensan mis músculos, me doy cuenta de que ya estoy a su espalda. Es su perfume el que me alerta y hace que recobre la compostura. No hay tiempo para arrepentirse.

—¿Migue? —Su dulce y melancólica voz trae de nuevo recuerdos de momentos que mi mente no ha podido remover—. ¿Qué haces aquí?

—Pues... —Mi garganta se bloquea. Las palabras se pierden en mi cabeza. Las letras se arremolinan pero no llegan a formarse de manera clara. Necesito aclararme cuanto antes. Nunca antes me había bloqueado delante de ella. Tampoco había estado en la tesitura de declararme—. ¿Querías irte sin despedirte de mí?

—Pero si ya nos vimos ayer y nos cansamos de llorar. ¿Qué tonterías dices?

De nuevo mis temores se adueñan de mis cuerdas vocales, anulando

mi capacidad de hablar. Esther borra la sonrisa que se había dibujado en su rostro cuando me ha visto. Puedo sentir como su mirada se endurece.

—Migue, ¿qué te pasa? —Vuelve a preguntar, aunque ahora esa felicidad que rezumaba al verme ha desaparecido.

Al fin me armo de valor, hago acopio de fuerza y tras insuflar de nuevo unas bocanadas de aire renovado me preparo.

—Vale —comento sentándome a su lado y tomándola de la mano—. Tal vez tras lo que te vaya a decir no quieras volverme a ver, pero no puedo dejar que te vayas sin soltarlo.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo voy a querer no verte más?

—Déjame terminar, Esther. Es importante.

Su rostro se desfigura. Aprieta con fuerza mis manos y noto como sus pulgares se deslizan con esa suavidad característica en ella sobre mi piel.

—Me estás preocupando.

—No tenía pensado venir hasta aquí. Pero algo me decía que esta era mi última oportunidad y si la dejaba escapar no podría perdonármelo jamás. Aunque si te digo la verdad, ya me culpo bastante por haber esperado hasta este momento. ¿Alguna vez has sentido que estás atado a una persona con tanta fuerza que no hay posibilidad alguna de que ese lazo se vaya a deshacer? ¿Y que tampoco nadie es ni será lo suficientemente importante para ocupar el espacio que pueda llegar a dejar esa persona?

—Miguel —dice mi nombre completo mostrando la seriedad que requiere este momento. Sus ojos han comenzado a brillar y puedo advertir como sus carnosos y rosados labios tiemblan—. Sabes que siempre has sido muy importante para mí.

—Tú lo eres todo para mí —escupo sin piedad. Sin pensar siquiera en las consecuencias, pero ahora ya lo he soltado y tengo que terminarlo—. No voy a decirte que no quiero que te vayas. He visualizado tantas opciones de lo

que podría pasar ahora, que en todas se me aparece una escena de alguna película romántica. No, no quiero que te vayas, no quiero perderte. No contemplo una vida alejado de ti, de tu sonrisa, de esos ojos color miel que tanto me han gustado. No quiero tener que olvidar tu sonrisa, ni perderme tus lamentos nocturnos o tus alegrías pasajeras. Sé que llego tarde, que llego muy tarde. Pero no ha pasado una sola noche en toda mi vida en que no haya deseado poder tenerte entre mis brazos, y no me refiero a esos abrazos cortos cuando alguno de los dos lo necesitaba.

Sus manos se separan de las mías y siento como mi corazón detiene su avance poco a poco. Mi garganta se seca y mis anhelos se pierden entre pensamientos derrotistas. Veo como aleja de mí su mirada y la posa en el andén, que anuncia la marcha inminente del tren que la llevará lejos de mi vida para siempre.

—Miguel, justo hoy tenías que venir a decirme esto. Has tenido toda una vida...

—Lo sé. Sé que suena egoísta o incluso cruel. Pero tú no te imaginas lo que sería si dejaba que te fueras así. Es tarde, pero al menos he tenido la voluntad de decirlo. He pasado toda mi vida viéndote de lejos, intentando comprender que eras feliz con personas que solo querían una parte de ti. Viendo cómo te rompían el corazón sin compasión. He secado tus lágrimas, abrazado tu almohada junto a ti cuando te ha hecho falta. Nunca te he dicho que luego era yo el que las derramaba aferrado a mi cama. Sintiéndote lejos pero pudiendo tocarte. No hay peor consuelo para un enamorado que tener al amor de su vida a su lado, pero a la vez a años luz. No quiero detenerte, solo quiero que cuando te vayas, sepas que te llevas parte de mi corazón. Parte de mí.

—¡Joder! Miguel. No puedes hacerme esto. Ahora no.

—No sufras por mí. Estaré bien. El mero hecho de soltarlo ya me ha

ayudado. Quizás ahora pueda seguir adelante. Buscando no al amor de mi vida, pero sí a la que la complete un poco.

Sin decir una sola palabra más, le regalo un último beso en la mejilla y noto como en mis labios se cuela una salada gota que se escurre de sus ojos. Mi corazón se encoge al verla subir al tren, y con el alma rota y mis piernas deseando no seguir avanzando, dejo el andén, perdiéndome de nuevo entre el gentío que se aglomera frente a las barreras de seguridad.

Me vuelvo tan solo un segundo para contemplar como el tren toma rumbo hacia Barcelona. Yo vuelvo a la oscuridad de mi vida, desolado pero a la vez liberado. Liberado de todo el peso que conllevaba el hecho de tener que soportar en silencio una verdad que en mi interior gritaba con furor.

—¿Pensabas que podías marcharte así?

De nuevo su dulce voz ataca a mis oídos. Aunque esta vez algo más difusa. Perdida entre los ruidos típicos en una zona repleta de personas. Me giro para contemplar si lo que acabo de escuchar es cierto y la veo. De pie, con los ojos empapados en lágrimas y su maleta aferrada a una de sus manos.

—¿Pero qué...?

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? —reprocha liberándose de su maleta y acercándose a mí.

—¿Cómo decirte que te amaba si sabía que tú me veías como un amigo?

—¿Y qué querías que te dijera? ¿Qué estaba locamente enamorada de ti? Pensaba que me tenías como una hermana y no quería perderte. Creía que cuando encontraras a tu amor, me olvidarías y pensé que esa era la mejor forma de estar a tu lado.

—¿Entonces? —Una sonrisa dolorosa se forma en mi rostro al pensar todo el tiempo que hemos perdido—. ¿Cuántas tonterías hemos hecho por no decirnos la verdad?

—Demasiadas —sentencia acercándose hasta chocar su nariz contra la mía—. Pero como dice el refrán, nunca es tarde.

Ese momento que tanto ansié durante años llega y toda la espera merece la pena. Sus labios se aferran a los míos dejando su sabor impregnado en mi paladar. Siento como mi corazón se acelera con cada apasionado beso que me regala. Mis manos acarician su rostro y con mi pulgar repaso su labio inferior.

—¿Y ahora qué hacemos con tu tren?

—Dentro de unas horas sale otro. La pregunta no es esa. ¿Qué vamos a hacer?

—Eso no importa. Si tenemos claro que queremos estar juntos, todo lo demás tan solo serán preguntas, y no hay pregunta que no tenga respuesta. Solo quiero que te vayas con esto en tu cabeza. ¡Te amo!

NESSA RODRÍGUEZ

Nessa Rodríguez es una escritora del género romance-erótico, fantasía y sobrenatural. Sus novelas publicadas son:

- Saga Maldito cuerpo traicionero
- Ivor
- La Bruja del Barrio

Su reto fue adentrarse al subgénero ciberpunk.

¿SOY UN EXPERIMENTO?

Soy Jane Hunter pero, ¿soy un experimento?

Es una pregunta que me he estado haciendo desde hace tiempo.

Todo comenzó hace algunos meses, cuando el primer sueño me hizo despertar alterada por su intensidad; juro que parecía muy real. Mi yo del sueño se despertaba en una especie de laboratorio, estaba acostada en una camilla con cables inyectados en mi cuerpo que conectaban a diferentes máquinas. Al principio veía borroso hasta que pude visualizar a una persona con bata mirándome desde su altura.

—Ha despertado —anunció a alguien más.

Segundos después, mis ojos se volvían a cerrar y yo despertaba en la vida real sintiendo un punzante pinchazo en mi cuello.

Ese fue el primer sueño de tantos otros. Luego, aquellos sueños comenzaron a hacerse más largos y agudos. En varias ocasiones me había despertado en esa camilla, pero sin nadie a mí alrededor. En mi último sueño he podido levantarme de esa cama y desconectarme de esos cables, pero un minuto después, alguien había vuelto a pinchar mi cuello obligándome así a despertar en mi habitación, mareada y con un fuerte dolor en la zona afectada. He revisado mi cuello cada noche luego de despertar, pero no había rastros de alguna picadura o algo que indique que he sido inyectada.

Mi rutina diaria: levantarme a las seis de la mañana, baño, desayuno e ir al trabajo, el cual consiste en una imprenta. Los jueves, un par de horas de bar con amigos, unos amigos que ya ni recuerdo como los he conocido.

El jueves por la noche había llegado y no contaba con muchas ganas de ir, pero no podía fallarles.

—No te ves muy bien —me dijo Will.

—Gracias —ironicé.

—Hablo en serio —insistió—. Te ves cansada. ¿Estás durmiendo bien? —indagó.

—En realidad no —confesé—. Hace días que estoy teniendo sueños extraños, me despierto en plena noche y ya no puedo volver a dormir.

—Quizás hay algo que te está molestando. Algún problema —sugirió Nicole elevando sus hombros.

—No hay ningún problema, más que tener pesadillas incoherentes.

—¿Qué sueñas? —curioseó Will.

—Que despierto en un laboratorio y estoy conectada con cables a diferentes tipos de máquinas —conté.

—Wow, eso es... extraño. ¿Y lo sueñas cada noche?

—Sí, nada cambia excepto que a veces duran un poco más y puedo visualizar mejor el lugar —comenté.

Mi amigo Will me observaba de manera extraña, como si estuviera hilando miles de maneras para hacerme sentir mejor o simplemente deliberando qué instituto mental es más apropiado para mí. De pronto, sus ojos brillaron como si se le hubiese ocurrido una manera para que las personas no sigan siendo sustituidas en sus puestos de trabajo por esas cosas llamadas “androides”.

—Tengo estas pastillas para poder dormir —manifestó quitando un pequeño frasco del bolsillo de su chaqueta. Lo miré elevando una ceja—. No te preocupes, son naturales. Las tomo cuando llego muy cansado y me cuesta relajarme —me explicó.

Como si en este mundo hubiese cosas naturales; desde que la

tecnología avanzó considerablemente, hasta una lechuga tiene sustancias desconocidas. Estamos en el siglo XXII y si una casa tiene un poco de césped en su entrada, puedo asegurarles que es artificial. Casi es inexistente que haya naturaleza a nuestro alrededor, todas las calles han sido pavimentadas y las que no, carecen de verde. La tierra es prácticamente árida.

—Las has conseguido de contrabando —acusó Nicole con grandes ojos.

—Puedes gritar más fuerte si quieres, creo que en Japón no te han escuchado.

Todos somos conscientes de la existencia de un grupo de personas que se hacen llamar “La Resistencia”. No fueron muy originales con el nombre, pero de igual manera, ellos luchan contra el gobierno y su tecnología, con sus propios métodos tecnológicos del siglo pasado, irónico pero real. Se sabe que tienen cultivos y animales limpios de sustancias científicas para la aceleración del crecimiento. También sabemos que viven en una comunidad oculta bajo el radar; a pesar de los esfuerzos y el uso excesivo de su “tecnología”, el gobierno no ha podido dar con ellos. Son una amenaza para nuestros gobernantes, pero la sociedad media, como nosotros, los que aún conservamos nuestros trabajos, nos mantenemos al margen de tal disputa.

—Tómalas, Jane, verás que podrás dormir y descansar —me apremió Will acercando el frasco hacia mí.

Esa noche tomé una de esas pastillas. Deliberé si hacerlo o no alrededor de media hora frente al espejo del botiquín, encerrada en mí baño como si estuviese ocultándome de algún mal. Me fui a la cama y me desperté al otro día a las seis de la mañana como todos los días. Gracias a Will y a esas pastillas, he dormido toda la noche sin rastros de pesadillas. Me sentía tan bien.

Dos semanas después, cuando voy por las pastillas, descubro que el frasco estaba vacío. Estuve tentada en llamar a Will, pero decliné y traté de dormir sin medicamentos. No obtuve buenos resultados.

Al abrir los ojos me encontré nuevamente en esa camilla. Dejé que mis ojos se acostumbraran a la brillante luz del lugar, luego miré a mis lados y no había nadie cerca, ni se escuchaba nada. Me quité los cables de mi cuerpo, los cuales tenía grandes agujas que traspasaban mi piel, lo que me dolió como la mierda. A diferencia de aquella vez que me desperté sola y había llamado a cualquiera que pudiera ayudarme, me mantuve en silencio. Con dificultad, me levanté del camastro, mis piernas temblaban, supongo por los sedantes, y caminé hacia la única puerta que había. Al salir al pasillo, todo se sentía muy tranquilo, como si todo el mundo hubiese desaparecido. Apoyando las manos en la pared para ayudarme a mantenerme en pie, ya que carecía de fuerza suficiente como para hacerlo por mi cuenta, me dirigí por el estrecho camino hacia cualquier dirección que me sacara de allí o, al menos, me diera una pista de dónde me encontraba. Más adelante encontré un ventanal. Era una habitación como la mía y, al igual que ocurría conmigo, había otra persona en medio del cuarto yaciendo en una camilla conectado con cables a máquinas; lo que en realidad me impresionó de ese cuadro, no fue ver otra habitación como en la que yo me había despertado, ni mucho menos que haya otra persona en mi misma situación, sino fue el ver que esa persona era mi amigo Will. Lo quedé observando por unos minutos, no entendía lo que sucedía y por alguna loca razón no estaba del todo segura de que fuera un sueño. Pronto mi ensimismamiento desapareció en cuanto escuché voces acercarse a mí y, dejando la duda atrás, entré a esa habitación y me escondí detrás de las puertas, cerrando los ojos con fuerza como si eso me hiciera invisible. En cuanto las voces se alejaron, abrí mis ojos y lo primero que visualicé fue a Will inconsciente sobre la camilla. Pensé en

acercarme a él y desconectarlo, pero mi intuición me decía que no era un sueño, entonces descarté el hacerlo. No iban a tardar mucho en darse cuenta de mi ausencia, por lo que, con cuidado y mirando hacia ambos lados del pasillo, salí de esa habitación y comencé mi escape, nuevamente. Recorrí el largo pasillo hasta llegar a un ascensor, es cuando me di cuenta que estaba en el piso diez. Lógicamente el bajar por el ascensor no iba a ser muy brillante, pero mi ansiedad y mi carencia de fuerzas me obligaron a entrar de igual forma. Al llegar a la planta baja, respiré profundo y recé para que nadie estuviera allí esperándome, listo para dispararme; pero no había nadie. Estaba todo muy silencioso y poco después descubrí la razón. En el centro había una enorme escultura de vidrio con grandes números de color rojo marcando la hora: 3:02 am. Logré hacer varios pasos hacia las enormes puertas de vidrio. Estaba muy cerca de salir de allí, cuando algo me pinchó el cuello.

Lo último que logré ver antes de desmayarme fue la palabra: “BioCi”.

Luego de despertar de esa pesadilla, me obsesioné con descubrir qué era BioCi, hasta que descubrí que se trataba de un laboratorio de Inteligencia Computacional. Eran los responsables de los tantos robots y androides que nos suplantaban. No me quedé solo con eso y fui hasta el lugar, pero, como era de esperar, no pude pasar las puertas. Tampoco me quedé solo con eso y busqué ayuda. Por un momento estuve tentada en contarles a mis amigos, pero cuando nos vimos el siguiente jueves, Will me trajo más pastillas y me preguntó cómo estaba. Parecía preocupado por mí y eso me hizo mantenerme callada; contesté que todo estaba bien. ¿Qué más podía hacer? De seguro, si comenzaba a hablar, le contaría que lo vi en aquel lugar y que estaba segura que no era un sueño; no tenía intenciones de que me vieran con lástima o pensarán que estaba perdiendo la cabeza. Cosa que probablemente fuese así.

Por los siguientes días, no paré de buscar a los de “La Resistencia”. Sin duda, ellos eran los únicos que podían ayudarme. Investigué todo lo que

pude sobre ese laboratorio y el gobierno. Y, por supuesto tomé las pastillas. No quería seguir tentando a mi suerte. Si quería descubrir lo que estaba pasando conmigo, debía ser cuidadosa.

Una de las tantas noches en las que me pasaba en mi laptop leyendo y releiendo sobre el gobierno, BioCi y La Resistencia, ocurrió algo extraño; las luces de mi departamento se apagaron dejándome en absoluta oscuridad y la pantalla de mi portátil comenzó a titilar. Al principio no entendía lo que estaba sucediendo, luego comprendí que me estaban enviando un mensaje.

“Puente Cambridge, 2:00am”

Por varios segundos la pantalla titiló con ese mensaje, hasta que se puso en negro y la luz volvió.

Automáticamente mis ojos viajaron al reloj. Eran las 1:17 am. Tenía menos de cuarenta y cinco minutos para llegar. Me apresuré a salir, sin siquiera pensarlo dos veces. Dos minutos antes de que se cumpliera la hora estaba bajo el puente. Recién ahí tuve pensamientos lógicos, como que eso podía llegar a ser una trampa de las personas de ese laboratorio y que no tenía ni idea de lo que podría suceder a continuación.

—Nos ha estado buscando, señorita Hunter. ¿Por qué? —escuché una voz masculina en la oscuridad.

— ¿Son “La Resistencia”?

— ¿Qué quiere con nosotros? —preguntó sin contestar a mi pregunta.

—Cosas extrañas están pasándome —respondí y proseguí a contarle todo, sin omitir detalle alguno, mientras él me escuchaba atentamente.

— ¿Quieres entrar a los laboratorios BioCi?

—Quiero saber qué es lo que está pasando.

—Para eso debes entrar. —Lo miré de manera extraña. Ya había intentado entrar y no había resultado—. Nosotros podemos ayudarte con eso.

— ¿Y por qué me ayudarían? —cuestioné con desconfianza.

—Porque conforme tú entras, nosotros acabamos con ese lugar — contestó sin reparo.

—De acuerdo. —Él me regaló una sonrisa.

—Me llamo Rip, por cierto.

Poco después estaba dentro de su colonia y, puedo dar fe que todo lo que decían con respecto a cómo vivían era verdad y por varios días fui parte de ellos.

Los hackers, los que se encargaban de mantener el lugar escondido y se revelaban contra el gobierno, me mostraron cómo entrar y salir del establecimiento. Por lo que me habían dicho, iban a usar su propia tecnología contra ellos. Al principio no había entendido a qué se referían con eso. Luego, una vez que estuve dentro del laboratorio, comprendí todo. Y me tocó elegir.

Entré al laboratorio por los conductos de aire. Me dieron comunicadores y cosas raras, como de espías. Era muy tarde, por lo que no había personas deambulando por el lugar y todo estaba muy tranquilo, así que me mantuve lo más silenciosa posible. Al llegar al piso diez, en el que estuve en mi “sueño”, hice los mismos pasos que había hecho aquella vez. Llegué a la habitación en donde se encontraba Will y, seguía ahí. Podía escuchar los rápidos latidos de mi corazón galopar en mis oídos. Esto no estaba bien. Seguí hasta la habitación en la cual me había despertado y, me sentí mareada. Me estaba viendo a mí misma acostada en esa camilla. ¿Cómo podía ser? ¿Qué era lo que estaba pasando?

Entré y caminé hasta a la cama. La mujer que yacía en ese camastro tenía hasta mis mismas pecas sobre la nariz. Observé los cables y las máquinas. Estaba a punto de desconectarla cuando escuché la voz de Will a mi espalda.

—Yo no haría eso. —Salté del susto y me giré rápidamente.

— ¿Qué está pasando, Will? —Cada vez estaba más asustada—.
¿Quién es?

—Eres tú, Jane.

— ¿Cómo...? No —negué confundida y temerosa.

—Ella es la humana y tú eres la inteligencia computacional —entonó.

—Dices que soy... No, no puede ser. —Sentí como una lágrima rodaba por mi mejilla, la barrí con mi mano y la observé por un momento—. Si fuese así no podría llorar. Los robots no lloran.

—No eres un robot, Jane. Eres inteligencia artificial, puedes hacer exactamente todo lo que hace un humano. Hasta enamorarte.

— ¿Tú eres...?

—Sí.

— ¿Cómo?

—La teoría de que el alma está en nuestro sistema límbico, más precisamente en la amígdala, ya no es más una simple teoría. Esa parte de nosotros es la que transportan a estos inmortales cuerpos androides. Solo piensa en esto, Jane. No puedes morir. Jamás. —No podía creer todo lo que me estaba diciendo. Era una completa locura.

—Todo está listo, señorita Hunter. —Escuché a través de mi comunicador.

—Lo sabían —susurré claramente a las personas detrás de mi comunicador.

— ¿De qué hablas? —indagó Will, confundido.

—Así es y debes elegir. —No había remordimiento en la voz de Rip, a pesar de haberme usado—. Si quieres acabar con ellos, solo di la palabra y te sacaremos de allí. Recuerda que tu cuerpo real es el que está inconsciente, pero nosotros queremos que conserves ambos. De esa manera podrás ayudarnos a acabar con todas las células del gobierno. Si dices sí, alguien irá

por ti. —Lo pensé dos segundos antes de aceptar, iba a terminar con esta locura.

El androide de Will cayó al suelo como si se hubiese desmayado. Rápidamente, dos hombres de la resistencia entraron. Me dijeron que iba a estar inconsciente por un momento, luego me desconectaron. Cuando desperté, estaba sobre los brazos de uno de ellos, alejándonos del edificio en llamas. Al mirarme estaba con la bata y no con la ropa negra que me habían dado para escabullirme dentro del laboratorio. Estaba en mi cuerpo real.

Esa noche acabamos con una célula del gobierno, tal cual había dicho Rip, y pude ver como sacaron a muchas personas que, aparentemente, estaban en mi misma situación, solo que ellos, no tenían sus dos cuerpos.

A partir de ese momento, me convertí en una pieza esencial para la resistencia, con mi ayuda comenzamos a dismantelar al gobierno y su tecnología.

Soy Jane Hunter y sí, soy un experimento.

WALTER GERARDO GREULACH

Walter Gerardo Greulach nació en Mendoza, Argentina. Es autor de los libros:

- El guionista de Dios... ¿o del Diablo?
- Awqa Puma temporizador
- Asesino serial del año
- Nueve segundos
- El libro de los estados de ánimo
- El rival de Dios
- Perfil triste sobre Bourbon Street

A punto está de salir su thriller ecologista: El quijote verde.

Lo sacaron completamente de base al pedirle un cuento romántico, pues sus géneros son la ciencia ficción, la fantasía y la novela negra.

EULOGIO Y ZENKA: AMOR INCOMPRENDIDO

Los rayos del sol recién nacido iluminaron con desgana la destartalada casucha de madera y chapa. Escondiéndose detrás de las montañas de basura, el astro rey había evitado, al menos por unos minutos, tener que alumbrar tan desagradable paisaje.

En la cuadra 8 de la sección 25 de la Villa Misericordiosa, un barbado hombre, casi en harapos, sumergido en una angustia indescriptible, se despedía de su ser máspreciado. Arrodillado junto al sucio catre de lona, se enjuagaba una lágrima con la mano izquierda mientras con la derecha peinaba tiernamente la cabeza de ella.

—Eulogio, será mejor que pase sus últimas horas en una institución especializada. Le evitaremos así a la pobre sufrimientos innecesarios —le dijo el especialista de la clínica con una pose de falsa humanidad.

Él se negó terminantemente e insistió en llevársela a la villa.

—A nuestro nidito de amor —le explicó—, allí compartiremos los últimos momentos de vida.

Le pidió unos calmantes para hacer más llevadera su agonía y salió llorando con ella en brazos. Un remise lo esperaba en la calle.

Ahora a la distancia, las palabras del profesional retumbaban en sus oídos:

—Una enfermedad nerviosa degenerativa de carácter terminal, le

quedan tan solo unos días de vida —sentenció.

—A mí también —Eulogio susurró quedamente. La vida carecía de sentido sin su adorada Zenka, ya no tenía dudas que el camino a la eternidad lo emprenderían juntos.

La conoció a fines de los ochenta cuando aún era un destacado periodista deportivo. Trabajaba en el diario Los Andes y conducía "Actualidad deportiva", el programa de radio más escuchado de Mendoza. Los sábados transmitían los partidos de los equipos provinciales que jugaban en el Nacional B del fútbol argentino. Tenía por entonces unos cuarenta años y todo el éxito y el reconocimiento al que alguien puede aspirar en este tipo de trabajo. Solo un lado de su existencia estaba totalmente desatendido: el de sus sentimientos. Soltero empedernido, nadie le conoció nunca una novia. Sus padres vivían constantemente preocupados con los rumores que lo tildaban como homosexual. Él, furioso, se encargaba una y otra vez de negarlos. No era que no le gustasen las mujeres, había salido con un par de ellas. Solo que en el momento en que tenía que dar el paso adelante para profundizar la relación, siempre encontraba algo en ellas que le producía un profundo desagrado.

Andaba por la vida en la constante búsqueda de su princesa encantada. Alguien que reuniera todas las cualidades que realmente apreciaba: amor, sinceridad, discreción, lealtad y compañerismo. Harto de tan fatigosa tarea se encontraba cuando apareció Zenka.

El viento amenazaba con hacer aún más fea aquella fría tarde de invierno. En la altitud, los nubarrones parecían agruparse para empezar un despiadado ataque. Era el día de su cumpleaños número cuarenta y tres. La fecha quedaría grabada en su memoria hasta el suspiro final. Había salido temprano

rumbo al centro. Esa mañana se despertó sintiéndose más solo y desprotegido que nunca. Era en esos momentos en que le gustaba pasear por las amplias y arboladas veredas cuyanas, bordeadas de acequias cantarinas.

Llegó a Mendoza siendo todavía un adolescente. Venía acompañando a su tío Román Méndez, afamado comentarista de fútbol de una radio de Capital Federal. El partido por transmitir era Boca contra San Martín, por el viejo torneo Nacional.

Quedó fascinado por la ciudad, tanto fue así que convenció a su tío para que lo ayudara a conseguir un empleo. Tras comenzar como cadete en una emisora local, progresó rápidamente. Al año y medio trajo a sus padres y a sus dos hermanas más chicas a vivir con él.

Después de caminar como por tres horas, comió un sándwich de lomo en un carrito situado sobre la Avenida San Martín. El colectivo número 28 lo dejó en frente de la cancha del Deportivo Maipú. Se disputaba la final de la liga local y pese a que no le tocaba cubrir ese evento, el hastío lo había empujado hacia el estadio.

El anodino encuentro no conseguía captar su atención, para rematarla comenzaban a caer dispersos copos de nieve. Tras ponerse el gorro de la campera impermeable forrada en corderito se prendió hasta el último botón del alto cuello. Su mirada comenzó a pasearse por las pobladas tribunas. Cuando estaba aburrido, cada vez era más frecuente este sentimiento, le gustaba realizar un juego mental. Ubicaba a los espectadores que le parecieran más interesantes, generalmente un núcleo familiar de cuatro a seis personas, y trataba de adivinar la relación que existía entre ellos. Si el tedio del partido lo permitía, les asignaba edades, posibles oficios y demás atributos que se pudieran deducir de sus apariencias. Nunca se imaginó que sus suposiciones podrían tener tal grado de certeza, hasta que conoció a una familia a la que alguna vez había "etiquetado". De diez predicciones acertó

ocho, hecho que lo dejó bien complacido.

Estaba en esos menesteres adivinatorios cuando vio a Zenka por primera ocasión. Se hallaba sentada en el medio de dos hermosos niños rubios a los cuales demostraba su cariño constantemente. Sus ojos luminosos, su fino pelo de un negro azabache y el delicado perfil lo impactaron de inmediato. Aunque sería la inmensa alegría de vivir que emanaba de su delicado cuerpo lo que lo trastornaría desde el primer instante.

Bajo un pretexto inventado, hoy no recordaba cual, trabó conversación con el grupo familiar. Se desarrolló a partir de entonces una relación imposible de describir con alguna frase. Simbiosis total, amalgama perfecta, encadenadas almas gemelas o como quieran llamarle.

Ella era extremadamente joven. Los padres y hermanas de Eulogio se opusieron de inmediato a este vínculo. No entendía porque, si fueron ellos los que insistieron hasta el hartazgo con que debía conseguir a alguien que lo contuviese y le diera todo el cariño que necesitaba.

A primera vista, para la mayoría de la gente existían diferencias irreconciliables entre la nueva pareja. Eulogio era consciente de ello, mas no le importaba. Una era la edad ya mencionada. Otra el tamaño: ella lucía diminuta y frágil junto a sus casi dos metros de altura. Estaba también la parte económica: Julieta venía de una villa miseria y él era dueño de una pequeña fortuna, producto de haber invertido sus ahorros en exitosas transacciones bursátiles. Para el enamorado, todas estas divergencias sumadas no justificaban el accionar de sus progenitores. Habían llegado al extremo de sugerirle que se hiciera tratar con un sicólogo o, peor aún, que se internara en una clínica psiquiátrica. ¿Era para tanto? Tampoco comprendía la actitud de sus jefes que, tanto en el diario como en la radio, le recomendaron "diplomáticamente" que se tomara unas largas vacaciones sin goce de sueldo. En síntesis todos estos contratiempos solo sirvieron para

unirlos más, motivándolos en esta cruzada de amor contra el mundo que estaban llevando a cabo.

Cuando todos los caminos se fueron cerrando y la sociedad pacata y conservadora les dio la espalda; cuando su familia se negó a recibirlo si iba con Zenka y a sus sobrinos les prohibieron ir a jugar a su casa, comprendió que en su adorada ciudad ya no existía un lugar para ellos. Sacó la plata del banco, vendió todo lo que pudo y se despidió de las únicas dos o tres personas que aún lo saludaban al cruzárselo por la calle. Se subieron al siempre leal Peugeot 505 y enfilaron hacia el acceso rumbo al sur de la provincia.

En General Alvear alquilaron una casita en el barrio comercio, a tres cuadras de la iglesia Sagrado Corazón de Jesús. Se hicieron asiduos concurrentes. Disfrutaban sentarse en la última fila, al lado de la gran puerta, buscando pasar desapercibidos, aunque de vez en cuando les caían miradas recriminatorias. En ese pequeño poblado discurrieron los mejores años de sus vidas. En total anonimato, sin tener que darle explicaciones a nadie ni tener que soportar opiniones censuradoras. No tenían pasado y en solitario gozaban de un amor cada vez más inmenso. Como único testigo de su loco romance, la luna alvearenses los siguió cientos de noches mientras caminaban por las riberas del río Atuél. El estadio del club Pacífico los había acogido los domingos a la tarde cuando se disputaban los partidos de la liga sureña. Siempre buscando el lugar más alejado de la gente. Sin relacionarse absolutamente con nadie.

No supieron nunca nada más de ellos en la gran ciudad, en el ambiente periodístico se preguntaban que se habría hecho de Eulogio Méndez, el mejor relator de fútbol que hubiese pasado por aquellas tierras.

El destino, cruel e irreversible, se encargó de reventar de un manotazo

la ilusoria burbuja que habían inflado durante esos años en el pequeño poblado del sur mendocino. Julieta se enfermó gravemente y en la zona no hubo experto que diera con las causas de tan doloroso padecimiento. Día a día su condición se empeoraba y Eulogio tuvo que tomar la menos deseada de las decisiones: volver a Mendoza.

En la pobreza absoluta, pero con el orgullo intacto, se fueron a vivir a la villa de donde ella procedía. Con unas chapas y unas cuantas tablas construyó una pieza y puso de puerta una vieja frazada. Las monedas que le quedaban las invirtió en pagar la clínica en la que internó a su gran amor. La mejor de la ciudad. Cuidó que nadie supiese sobre este regreso, aunque su larga barba y el aspecto de completo abandono favorecieron la tarea.

La pobre respiraba cada vez con más dificultad, cada exhalación iba acompañada de un gemido de dolor. Hacia unas diez horas que estaba inconsciente, se veía claramente que el final estaba cerca. El hombre había previsto todo. Se levantó con dificultad y tembloroso se acercó a una maleta marrón ubicada debajo de una destartada mesa de plástico. Sacó un pequeño frasco con una etiqueta escrita en manuscrito que decía ARSENICO y tenía la típica calavera que simboliza a las sustancias venenosas. Vertió el contenido en dos vasos por igual, volviendo con uno de ellos a donde se encontraba el ser moribundo. Lo inclinó con cuidado apoyándolo sobre la lengua de Zenka y se lo hizo tragar a la fuerza. Inmediatamente se bebió de un solo sorbo lo que quedaba en el otro vaso y se tendió a la vera de su amada mientras la abrazaba con una dulzura infinita, con los ojos henchidos en lágrimas. Las primeras sombras del atardecer los envolvieron al mismo tiempo que se los llevaban un alborotado grupo de parcas escoltadas por Cupido.

Diario Los Andes, Mendoza, martes 25 de febrero de 1990

Extraño suceso en Villa la Milagrosa

Ayer lunes en horas de la mañana, se halló un cadáver en una precaria construcción de la cuadra 8, sección 25 de la mencionada Villa. El individuo, sexo masculino y aproximadamente 60 años de edad, murió presumiblemente debido a la ingesta de veneno. Se encontró además un frasco con restos de arsénico tirado a los pies de la cama. Aun no se ha podido identificar al occiso, pero todo indica que se está en presencia de un claro caso de suicidio. Lo extraño del episodio radica en que el hombre murió abrazado a una vieja perra a la que aparentemente también habría envenenado.

SUSANA AGUILERA

Soy Susana Aguilera y hasta ahora he publicado tres novelas: la primera es “Dorita Desapercibida” y cuenta con mucho humor la historia de una madre trabajadora sobrepasada por la rutina y el estrés. La segunda es “Aurora, el despertar de los sentidos”, una novela erótica con misterio y algún toque de humor. Y por último “Todavía no quiero Recordar”, un thriller psicológico con un poco de erótica, romántica y humor ambientada en los años 80 en un pueblecito de Murcia.

CUERDAS

—Ya te he dicho que me parece una completa locura. Solo vas a conseguir tirar nuestro dinero. No insistas más... ¡Me niego a darte nada para tus malditas cuerdas!

Disgustado miro a mi hermana sentada en medio de su soberbio salón en la torre Diamant de Ciudad Slun, la más cara y espléndida edificación de todo Marte. La luz simulada de un cálido atardecer terrestre baña la impresionante estancia donde nos encontramos. Sin embargo, fuera es invierno y la temperatura es de menos ciento veinte grados centígrados. Una tormenta de arena azota la ciudad, pero nosotros no somos conscientes en su inteligente residencia de lujo.

Mantiene esa postura ofuscada que conozco tan bien y que, tras un siglo a su lado, me indica que no lograré hacerla cambiar de idea. Pero me duele tanto que hable de tirar nuestro dinero. Ella que no repara en derrocharlo para conseguir parecer joven. La observo. Como siempre está perfecta, a base de pagar grandes cantidades en implantaciones, regeneración genética y sustitución de miembros. Se mantiene joven y hermosa regenerándose en su urna anti-edad mientras yo envejezco cada día más por el esfuerzo que supone controlar nuestro imperio.

Hace décadas estuvimos muy unidos. Pero se ha vuelto tan egoísta, tan fría y calculadora, obsesionada con mantenerse joven, que no la reconozco. Antes compartía con ilusión mis proyectos para intentar mejorar este mundo y conseguir que se pareciera lo más posible a la Tierra. Ahora solo piensa en ella

misma.

Hace cinco siglos nuestros abuelos tuvieron que abandonar precipitadamente la Tierra tras destruirla cegados por su egoísmo, explotando sin medida sus recursos y llevándola al colapso. Nuestros padres trabajaron duramente, intentando adaptarse a este planeta extremo. Pero el Sol estaba demasiado lejos y la energía era demasiado escasa. Las colonias sobrevivieron precariamente por la falta de luz solar y el miedo a volver a agotar los pocos recursos del planeta. Mi padre fue un visionario y trabajo durante más de ciento cincuenta años en la posibilidad de radiar la energía solar de Venus a Marte. Yo logré hacer realidad su proyecto y me volví la persona más poderosa del planeta. Pero eso hace más de ochenta años. Desde entonces las cosas han cambiado mucho.

—Siento decirte, Daro, que tu idea no tiene ni pies ni cabeza —continúa sermoneándome mi hermana—. No entiendo que malgastes tu vida en la teoría de cuerdas que todo el mundo sabe que es equivocada. Hace siglos que se desechó. No sé, si te aburres, podrías organizar una expedición a la vieja tierra a ver qué encuentras, ya que te apasiona tanto como se vivía antes de agotarse. A ver si encuentras algo que te entusiasme más que esa loca con la que vas ahora.

—No sé a quién te refieres —miento porque me ha sorprendido que conozca mi historia con Vrai, una mujer original.

—No lo intentes hermanito, a mí no me puedes engañar. Sé que te ves con una original y que encima es fértil. ¡Menuda herejía!

—¿Qué locuras dices?—pregunto alterado porque pensaba que mi secreto era el mejor guardado de este mundo y resulta que mi irritante hermana lo conoce.

—¿No sabes que os pueden condenar al exilio si se entera el Alto Parlamento? Ni tu dinero ni tu poder te libraría esta vez. Es una aberración

que no haya sido esterilizada al nacer y pueda engendrar un monstruo sin control genético. ¿Cómo se te ocurre relacionarte con una mujer así? —No sé qué cara pongo porque abre los ojos como platos y me grita—.¿No estarás teniendo sexo con ella?

Me fastidia que mi hermana lea mis pensamientos como un libro abierto, pero he de reconocer que tiene razón. Es muy peligroso estar con Vrai porque está rigurosamente prohibida la posibilidad de reproducirse y se aplica un castigo ejemplar. El peligro que implica una reproducción natural es demasiado grande para la sociedad en la que vivimos. Tras descubrir cómo manipular genéticamente nuestro ADN para eliminar defectos congénitos y enfermedades degenerativas, se decidió controlar la procreación. El único modo de conseguirlo era que la fecundación y gestación se desarrollasen fuera del cuerpo de la mujer. Ahora nos reproducimos en granjas artificiales y los nuevos seres son generados genéticamente. De este modo, la raza humana puede llegar a vivir sana casi dos siglos.

Todas las mujeres son esterilizadas menos aquellas como Vrai, que pertenecen a algún grupo disidente que se niega a someterse al sistema. Son los que se hacen llamar «genuinos». Ellos se oponen a nuestro modo de vida que consideran deshumanizado e imitan la sociedad de la arrasada Tierra en el siglo XXI. Se organizan por lo que ellos llaman «parejas», «familias» o «clanes», viven juntos, dicen que desarrollan sentimientos como el amor y tienen hijos cruzándose entre ellos. Hijos imperfectos, genuinos y únicos.

—De verdad es que no sé qué pasa por tu cerebro —continúa increpándome mi hermana—. Ni que estuviésemos en el siglo veinte. ¡Qué manera de gastar la vida! ¿Es que te «ponen» las costumbres de la arcaica tierra?

—¡Pues sí! Me excita el sexo del segundo milenio. Me excita sentir la realidad.

Le contesto fuera de mí. Estoy aburrido de los androides sexuales y de las vivencias simuladas donde tus fantasías imposibles se despliegan directamente en tu cerebro. En este siglo la gente considera copular un acto repulsivo y salvaje. Pero yo he descubierto que me alucina el contacto físico. Siento algo tremendo, primitivo y oscuro cuando toco otro cuerpo, acaricio otra piel y penetro en el cuerpo de otra persona. Estoy enganchado a la realidad y ya no hay marcha atrás.

—¡Por favor! —grita mi hermana horrorizada alejándose de mí—. ¿Y lo reconoces así? ¿Te has vuelto loco? ¿Y si te pega una enfermedad? ¡Eres un inconsciente! Nos estás poniendo en peligro a todos. ¿No te das cuenta? Puedes destruirnos solo para lograr tu placer.

—La sensación es única, inigualable —trato de explicarle—. No lo entiendes, todo lo que nos rodea es falso, vacío, hueco. Aquello es real. Profundamente real.

—¡No te conozco! —chilla fuera de sí—. ¡Creo que tu cerebro ya está infectado con algún virus ancestral! ¡Estás loco! ¡Loco! Jamás volveré a apoyar ninguna de tus absurdas ideas y menos esa locura de recuperar la teoría de cuerdas.

Sin duda, es complicado creer en dimensiones que no se perciben y se enroscan sobre nuestro universo. Viajar a un universo paralelo que no vemos pero que cohabita con el nuestro parece una idea imposible, pero también lo era reflejar la luz del sol. La teoría nunca se demostró. Al contrario, la echaron abajo cuando surgió la ley de la energía difusa. Pero yo siempre he sabido que era verídica. Después de cuarenta años de invertir mi fortuna y mis energías, mis científicos han encontrado un modo de aplicarla. Han diseñado una cápsula que a la velocidad de la luz consigue la vibración necesaria para trasladar las cuerdas a otra dimensión. En pocas palabras, la nave viaja por universos alternativos al nuestro en un instante de tiempo. Tras

miles de pruebas, hemos logrado que salte de modo controlado por las distintas dimensiones. Solo que aún ningún humano ha viajado. He creado un prototipo que puede albergar a varias personas y mi idea es utilizarlo en breve. Solo que me he quedado sin financiación. Todo mi capital está invertido y necesito una última inyección de dinero para comprar el combustible radiante que hará vibrar las cuerdas. Por eso tengo que convencer a mi hermana. Intento serenarme y conseguir ese dinero.

—Querida hermana —trato de sonar calmado y convincente—. Gracias a mí eres una de las personas más rica de Marte. Te aseguro que este proyecto te permitirá serlo más. Solo necesito que autorices una última compra con tu ADN.

—Por nada del mundo te lo daría. Además, ya soy la persona más rica de Marte. Mientras tú has tirado tu capital en este proyecto descabellado, yo he multiplicado mis bienes.

—Soy tu hermano... —suplico y niega con la cabeza—. Me lo debes —exijo finalmente.

—Tú y yo ya no somos hermanos. Pones en riesgo nuestras vidas y nuestra supervivencia con tus vicios y locura. No te conozco y no quiero volver a verte jamás. ¡Vete con esa gente primitiva que tanto aprecias!

Me da la espalda, obcecada, dando por concluida nuestra conversación, pero para mí no ha acabado. Una ira negra y oscura crece en mis entrañas e invade mi alma, una rabia décadas contenida, un odio oculto debajo de capas de falso cariño fraternal se desborda por todo mi ser. La odio profundamente. Está impidiendo que logre mi meta, mi fin, mi destino. Ciego de furia tomo su busto de circonita y la golpeo en la cabeza. Ella cae violentamente al suelo. La miro sorprendido, conmocionado por mi acto, sin poder reaccionar. Pero ¿qué he hecho? No quería matarla.

Entonces me doy cuenta de que ya tengo lo que necesito, su ADN a mi

disposición para hacer la transacción que tanto necesito. Sin duda, estaba todo destinado.

—Lo siento, hermanita, no deberías haberte opuesto a la ciencia —le digo a mi hermana a modo de disculpa por haberle quitado su preciada vida.

Fríamente me agacho y tomo su dedo índice que utilizo en mi sistema integrado de mercado para inyectar combustible a mi prototipo. Arrastro su cuerpo hasta la capsula antiedad y la encierro allí. De este modo ganaré la ventaja suficiente para llevar a cabo mi propósito. Lo primero que debo hacer es ir a por Vrai. Este imprevisto me obliga a cambiar mis planes. No era mi intención, pero no me queda otro remedio que viajar con ella a otra dimensión, a aquella donde la Tierra aún es el maravilloso planeta azul del sistema solar. Allí viviremos felices con nuestro hijo; nuestro niño original.

Con Vrai me enganché a la realidad sin remedio. Al principio, quizá, por lo excitante de lo prohibido, luego porque lo real hace vibrar cada átomo de mi cuerpo. Sumergirme en lo auténtico, sentir la realidad, sumirme en mi propia existencia en lugar de vivirla como un espectador virtual me generó tal adicción, tal deseo, tal necesidad de llegar a más, que tuve que probar qué era engendrar un hijo y sentir lo que suponía ser padre. En mis ciento cuarenta años jamás había experimentado nada igual: sentir en el alma un amor imposible que estalla inundando completamente tu ser. Comprender en lo más profundo de tu corazón que esa criatura es parte de ti y te pertenece. Ese sentimiento tan profundo y elemental cambia tu vida para siempre. Ya nada importa más que él. Ya nada importa más que darle a mi hijo una vida en la maravillosa Tierra.

Recojo a Vrai y al bebé y los llevo a nuestro laboratorio donde el prototipo está preparado para nuestro viaje. Subimos a la nave y reviso la programación del salto. Calculo que viajando a la velocidad de la luz hacía la tierra, en este momento en que ambos planetas están más cerca, a solo doscientos millones

de kilómetros, tardaremos once minutos en llegar. En ese tiempo el sistema logrará hacer vibrar las cuerdas a la longitud de onda necesaria para saltar a la dimensión que tanto anhelo. La de la Tierra Azul.

De pronto, escucho gritos y una explosión revienta la puerta del laboratorio. ¡Maldita sea! Han descubierto a mi hermana y me han localizado. Ya no hay marcha atrás, debemos irnos. Acciono los controles.

—Vrai, atárenos bien el bebé y tú. Serán solo pocos minutos, pero las vibraciones serán violentas.

—Daro, ¿qué está pasando? No comprendo de qué vibraciones hablas — me pregunta inocentemente Vrai, con quien no he compartido mis intenciones, por temor a que se negara a venir con nuestro hijo.

—Vrai, nos vamos. A tu Tierra deseada, para vivir de verdad, para que todo sea real, para olvidarnos de las odiosas simulaciones de sensaciones y experimentar el auténtico calor del sol sobre nuestra piel. —Me mira sorprendida y nerviosa me pregunta:

—Daro, ¿no es peligroso? ¿Es seguro para nosotros y el bebé?

—Prefiero que muramos todos a seguir en este mundo de mentiras. Tú me lo enseñaste, tu belleza, tu autenticidad me mostró lo confundidos que estamos. Solo nosotros tenemos la oportunidad de escapar saltando a otra dimensión y no voy a dejar que nadie me lo impida.

—No, por favor...—suplica atemorizada, pero yo la ignoro. Yo sé realmente lo que nos conviene.

Escucho explosiones en la carcasa del prototipo, están intentando entrar. El recubrimiento de *kindelita* nos mantendrá a salvo pocos segundos. Llegó la hora: pulso el botón que activa el proceso. La nave arranca a la velocidad de la luz dejando atrás mi vacía vida anterior en Marte. El habitáculo comienza a vibrar levemente y percibo un suave cosquilleo en la piel. Miro a Vrai que sostiene a nuestro hijo con cara de terror. La oscilación aumenta

progresivamente y noto cómo se estremecen mis huesos, contraen mis músculos, se crispa mi cuerpo y finalmente convulsiono. Un zumbido perfora mi cerebro y se clava como una garra de uñas afiladas en mi juicio y arranca mis neuronas. Grito de dolor. Siento como si me desprendieran uno a uno cada átomo de mi cuerpo; como si mi materia se desintegra y se disipara por el espacio-tiempo. Entonces pierdo la conciencia.

Cuando despierto, el sol ilumina mi rostro y puedo ver a través de la trampilla de cristal que hemos aterrizado en un frondoso bosque verde. Mi corazón se llena de felicidad: ¡Lo he conseguido! ¡Estamos en la Tierra! Tengo que decírselo a Vrai. Los busco con la mirada y descubro aterrado que no están. ¡No puede ser verdad! ¡No es real! ¿Dónde están? ¿Dónde está mi hijo? Entonces me doy cuenta de que en esta dimensión mi familia no existe.

Horrorizado, con el corazón roto encuentro en la consola otra dimensión en la que la Tierra aún no esté dañada y ellos sí que existan. Programo un viaje alrededor de la tierra a la velocidad de la luz para aterrizar en el mismo lugar y nuevamente pulso el botón que inicia el salto. Otra vez siento como mi cuerpo sale de una dimensión para entrar en otra atravesando el espacio-tiempo. Cuando nuevamente despierto escucho unos golpes en el exterior de la nave, aún aturdido miro hacia la trampilla y veo sorprendido un animal increíble: un dinosaurio. Pero ¿no se habían extinguido?

De pronto, recuerdo a mi familia y compruebo angustiada que en este universo tampoco están. Un dolor insoportable invade mi alma. Un sentimiento real y verdadero que me parte el alma. Grito porque he logrado mi propósito del modo más funesto. Me sereno porque soy un científico; saltaré las veces que haga falta hasta encontrarlos.

Entonces miro mis manos y observo atónito como comienzan a evaporarse: primero mis dedos, luego las manos, después mis brazos. ¡No! ¡No puede ser! Mi cerebro, justo antes de disiparse en millones de partículas

de energía radiante, cae en la cuenta de que si en esta dimensión los dinosaurios sobrevivieron, el hombre nunca existió.

ADRIAN SILVA

Adrian Silva escribe novela histórica y ficción histórica militar.
Su reto es escribir un drama.

FUGAZ

Esa noche bajó con prisa por las escaleras cuidando no resbalar. Los zapatos de tacón alto le impedían ser veloz para llegar a su meta. Por los pasillos dejaba un suave olor a perfume que evocaba las flores de una dulce primavera. De repente, sonó su teléfono móvil.

—¿Hola? —contestó, sacando el dispositivo de su bolso y deteniéndose al pie de la escalera.

—¡Has tardado, me voy! —contestó la voz de un hombre.

—Espera, estoy abajo.

En ese momento dejó de escuchar el sonido del teléfono. El hombre había colgado.

El desencanto se dibujó en su rostro. Marcó de nuevo al teléfono de quien la había abandonado. Era inútil, no había respuesta.

—¿A dónde vas tan guapa, Paola? —preguntó la voz de una mujer entrada en edad y pasada de peso que ingresaba al edificio.

—Iba, María. Me han dejado plantada.

—¡Ay, muchacha! Los hombres de ahora son unos rufianes. No tienen la caballerosidad de antes... También a mí me sucedió... Vaya marido que me conseguí —dijo soltando una risa.

—Apenas tardé unos minutos, se desesperó y se fue.

—Mejor olvídate de él, no pierdas el tiempo con esa persona. A quien le intereses estoy segura de que te va a esperar.

—¡Si aparece! Estoy decepcionada de los hombres. Todos son

iguales, unos idiotas.

—No te desesperes. Eres bonita, profesional y de buenos sentimientos. Pronto va a aparecer alguien adecuado para ti.

—No sé cuándo. Mis amigas se están casando y soy la única soltera. No tengo novio. Tal vez eso no es para mí.

—Tonterías. Vete a descansar, es tarde. No pienses mucho y sé inteligente cuando vayas a elegir a alguien. No te vaya a pasar como a mí.

—Sí, será lo mejor. Buenas noches y gracias por sus consejos.

Paola subió desanimada al segundo piso del edificio, abrió la puerta de su apartamento y se sentó en un sofá. Tomó su teléfono y marcó a Ana Luisa, su mejor amiga.

—¿Hola, cómo te fue?

—Me dejó. Se fue porque tardé diez minutos. Es un imbécil.

—Patán diría yo.

—No entiendo, parecía interesado en mí por los mensajes que me escribía.

—No le vuelvas a hablar ni a contestar una sola llamada, no te merece.

—No lo haré. Se puede olvidar de mí para siempre.

—Amiga, llegó Rubén y vamos a cenar, debo colgar.

—Aprovecha, por suerte lo tienes. Me pondré el pijama y me iré a dormir.

—No te estreses. Duerme tranquila.

—Adiós, descansa.

Paola se levantó y fue al baño a lavarse la cara. Se miró al espejo y el reflejo de esa mujer blanca de cabello castaño y grandes ojos verdes no la terminaba de convencer.

Tras cenar un sándwich de jamón fue a la cama y cogió su teléfono.

Sin perder tiempo, buscó una aplicación que se había convertido en su adicción.

—Aquí estás Cita'x—se dijo sonriendo, mientras presionaba el ícono que abría la aplicación.

Una serie de opciones con hombres de todo tipo apareció. Paola daba un corazón a los de su agrado después de leer sus datos del perfil. A otros les enviaba un mensaje saludándolos. Esa noche se quedó dormida sin recibir respuesta.

Al siguiente día, de camino a su trabajo revisó su teléfono para ver si había recibido mensajes. Para su sorpresa tenía tres.

—Ahorita los contesto —se dijo emocionada.

Al llegar a su oficina lo primero que hizo fue revisar sus mensajes.

Mucho gusto, un hola y cómo estas respondió a cada uno.

La respuesta de uno llamado Mauricio no se hizo esperar.

—*Muy bien y ¿tú?*

Paola sonrió y vio nuevamente la foto de perfil. Aquel hombre alto, moreno y de barba oscura le agradó, y con mayor razón cuando leyó que buscaba una relación estable.

—*Bien, gracias*—contestó.

—Paola, ¿estás lista para la reunión? —preguntó José, su compañero de trabajo.

—Sí, en cinco minutos estoy con ustedes.

Con prisa, entró en la sala de reuniones de la compañía.

—Paola, entra. Es contigo con quien quiero empezar.

Paola se sentó.

—Me informaron que no se surtieron las mercancías a los clientes del sector sur. ¿Me puedes explicar qué pasó? —preguntó Armando con un gesto

de molestia.

—Sí... emmm, bueno, salió desfasada la orden de compra y eso provocó el retraso.

—¿Cuál fue la causa de la salida tardía de la orden? —preguntó Armando alzando la voz.

—Pues... la verdad.

—La verdad es que no estás poniendo atención a tu trabajo. ¡Necesito que hagas un plan de acción para evitar estas incidencias, no haces nada bien!

—No te preocupes, voy a mejorar. En la tarde te proporciono mi plan —dijo conteniendo las lágrimas.

Terminada la junta regresó a su oficina junto con Ana Luisa.

—¡Estúpido! Es la última vez que permito que me grite. Es el gerente, pero no tiene el derecho.

—Me hace enfadar ese prepotente.

—¡Estoy harta! Si no tuviera que pagar mi automóvil...

—Calma. Trata de hacer las cosas mejor para evitar discusiones, concéntrate.

—Algo me pasa. A mis treinta y cuatro años no puedo tener una relación estable. Todo ha ido mal desde mi ruptura con Xavier. ¡Fueron siete años de relación! Desde él todo es fracaso. Andrés era un patán, cuatro meses bastaron para no querer volverlo a ver. Ricardo un idiota controlador y Juan Antonio, mejor no digo nada.

—Ten paciencia. Si el amor fuera fácil hace mucho lo habrías encontrado.

—Me compraré diez gatos y me resignaré a la soledad.

El teléfono móvil de Paola sonó de repente.

—¿Quién es? -dijo Ana Luisa al escuchar el peculiar sonido.

—Espera...

—Es de Cita'x, ¿verdad?

—Se llama Mauricio. ¡Está pidiendo el número de mi teléfono! —dijo con una sonrisa.

—A ver la foto —dijo Ana Luisa con curiosidad.

—Es él, ¿qué te parece?

—Me gusta. Podría andar con él sin problemas —dijo riéndose.

—Parece interesado, espero que continúe así.

Paola pasó la mañana entre su trabajo y contestando su teléfono, entre los proyectos y el introducir una nueva persona a su vida.

Por la tarde, terminado su día laboral, salió a prisa de la oficina.

—¿A dónde vas con tanta urgencia? —preguntó Mariana, la recepcionista.

—Tengo una cita, después conversamos, adiós.

Mauricio había invitado a cenar a Paola a las ocho en un bar del centro de la ciudad.

Sin demora estuvo en el lugar de la cita. Eran diez minutos pasados de la hora fijada y se impacientó, por lo que decidió entrar.

—¿Mesa para cuantas personas? —preguntó la recepcionista.

—Para dos, por favor. En ese momento sonó su teléfono, era un mensaje de Mauricio.

—*Se me hizo tarde, estoy por llegar, disculpa.*

—Te espero adentro —contestó—. Unos se enojan porque demoro. Otros son impuntuales... ni siquiera pasó a mi casa por mí. A ver qué me espera —se dijo pensativa.

Entró y se sentó en la mesa que le indicaron. Era un bar moderno,

estaba lleno de gente. La luz del lugar era tenue. Música suave y agradable ambientaba a los asistentes.

—¡Media hora! ¡Eso no es estar por llegar! —dijo molesta, levantando la mano para pedir la atención de la mesera.

—Buenas noches, ¿está lista para ordenar?

—Sí. Tráeme un vodka con jugo de arándanos por favor.

Cuando la mesera se retiró, entró un hombre alto y moreno al bar. Paola clavó de inmediato su mirada en él. Los nervios la recorrieron y empezó a temblar. Tomó su teléfono y vio una llamada perdida. Era de Mauricio. No se había percatado que tenía el dispositivo en silencio.

—¡Tonta! —se dijo, mientras levantaba las manos para hacerle señas. Su cita la reconoció y se dirigió al lugar.

—Hola, mucho gusto. Pensé que te habías ido porque no recibí respuesta a mi llamada.

—Lo tengo en silencio, disculpa —dijo apenada.

—No te preocupes. La descortesía fue mía. Se me hizo tarde. Una reunión se me complicó y no pude salir a tiempo.

En ese momento llegó la mesera con la bebida solicitada.

—Me pasó por la mente que te habías arrepentido de venir —dijo apenada con una sonrisa.

—No, para nada. Veo que te adelantaste pidiendo.

—Me dio sed. Pide algo para ti aprovechando a la mesera.

La velada comenzó para ambos después del contratiempo inicial y tres horas pasaron con rapidez.

—Es hora de irme, mañana me despierto temprano —dijo Paola.

—Se ha pasado rápido el tiempo. Me ha encantado conversar contigo. ¿Te llevo a tu auto?

—Sí, gracias.

Llegaron al estacionamiento subterráneo entre risas y conversando. Estaban en proceso de conocerse. Todo había salido bien.

—No quiero, pero debo irme. Hice un compromiso con el dragón que tengo de jefe. En otra ocasión te cuento. Fue un placer conocerte, espero que se repita —dijo Paola.

—El gusto ha sido mío, y por mi parte se repetirá —dijo él.

—Gracias —dijo sonriendo y agachando la mirada.

Mauricio se acercó y le dio un abrazo que se convirtió en un dulce y tímido beso.

Tras despedirse, Paola, emocionada, manejaba a su casa y marcó el número de Ana Luisa para darle los detalles de su cita.

—¿Cómo te fue? ¡Cuéntame!

—¡Excelente! Es todo un caballero, lo amé.

—Me alegro por ti. Sé inteligente, no te apresures y disfruta.

—Quiero volverlo a ver, estoy emocionada. Puedo decir que él es quien debe estar a mi lado.

Al llegar a su casa se puso su ropa para dormir, se fue a la cama y revisó su teléfono.

—*Si tuviera que describir esta noche con una palabra diría magia.*

—Leyó en un mensaje de Mauricio.

—*Eres increíble, mi palabra sería... un sueño* —contestó.

Esa noche estuvieron una hora conversando por mensajes de texto. No les había sido suficiente la cita en el bar. Eran el uno para el otro.

A la mañana siguiente la felicidad invadió el mundo de Paola. Rumbo al trabajo recibió un mensaje que completó su alegría.

—Buenos días, espero te vaya muy bien. Eres lo mejor de mis días, un beso.

—Buenos días, me alegra leer eso. Te devuelvo un beso doble. —
Escribió con ilusión.

—Quiero verte de nuevo. —Escribió él.

—Por mí encantada.

—¿A qué hora paso por ti?

—¿A las ocho te parece bien?

—A las que tú quieras, hermosa.

Paola sonrió y llegó a su trabajo radiante. Todo era perfecto.

—Hola, qué sonriente vienes, ¿cuál es la causa? —preguntó Mariana.

—Ahora te cuento, el culpable es el amor —contestó orgullosa.

Mauricio le mandaba mensajes al teléfono de forma constante o la llamaba y eso la hacía sentir completa.

—Este día todo me ha salido bien. Armando no me molestó, los clientes se portaron geniales, Mauricio es atento. ¿Qué más puedo pedir? —
contaba a Ana Luisa.

—Me alegro. Has encontrado a tu otra mitad al fin.

—Esta vez no me voy a enamorar fácil. De algo me han servido las malas experiencias. Quiero que las cosas fluyan y analizar si es el indicado.

Por la noche la cita fue en el cine. Esta vez Mauricio pasó por Paola a su casa.

—¡Luces radiante! No dejas de gustarme cada día.

—Y tú a mí. Me haces sentir feliz y emocionada.

Pasó una semana desde el comienzo de aquel idilio.

—No me ha mandado mensaje de buenos días aún —contó Paola a

Ana Luisa con preocupación.

—Debe estar ocupado, tranquila.

—Perdió el interés. Por eso no quería acostarme con él. Sabía que esto pasaría.

—No es para tanto. Se portó bien los siguientes días.

—Lo percibí raro después. Soy tonta. Pensé que me quería. Me voy a portar indiferente. Le haré sentir que no soy fácil y me puede perder si deja de darme la atención debida.

El teléfono sonó. Era un mensaje de Mauricio.

—*Hola amor, ¿cómo estás?*

—*Hola. Ahora te contesto. Estoy ocupada.* —Escribió con una mueca de seriedad.

—¿Por qué le escribiste eso? —preguntó Ana Luisa al mostrarle Paola el mensaje.

—Con eso empieza mi castigo. Así sabrá que no me tiene a su disposición y volverá a ser como antes.

—Haces bien. Debes hacerte la difícil, de esa forma es como te va a valorar.

—Sí. De inicio fui incondicional porque me encantó y se portaba galante. Es hora de que se dé cuenta de que las cosas se juegan bajo mis reglas —dijo Paola.

—*Hola, ¿cómo estás?* —contestó dos horas después.

—*Muy bien* —respondió Mauricio a la media hora.

—No me contesta rápido y es frío en su respuesta. Está jugando conmigo, pero no me va a ganar —envió Paola un mensaje a Ana Luisa.

Dos horas pasaron y Paola se levantó de su escritorio para ir a la oficina de Ana Luisa.

—No me ha escrito. Perdió el interés en mí. Fui solo un juego para él. Me gusta tanto... no lo quiero dejar ir. ¿Qué hago, le escribo? —preguntó a su amiga.

—No. Que te extrañe y sepa de tu independencia emocional, no lo necesitas.

—¡Está en línea! Seguro que conoció a otra. No le importo —dijo con la voz entrecortada viendo el teléfono.

—Apenas tienen una semana de conocerse. No pasa nada. Necesitas relajarte y esperar.

—Tienes razón. Me iré a trabajar y no pensaré en él. Si tiene interés, lo debe demostrar. No lo necesito.

Al llegar a su escritorio no resistió la tentación de contactarlo.

—¿*Tan rápido te olvidas de mí?* —Le escribió con una velocidad de rayo.

—*Hola. Me dijiste que estás ocupada* —contestó Mauricio sin dilación.

—*Ni un hola me enviaste después. Esperaba fueras atento como antes.*

—*Lo soy. Pero estaba con unos clientes.*

—*Te percibo distante. Mira la hora en la que me escribiste por la mañana. ¿Es así como me quieres conquistar?*

—*Tú también puedes escribir y preguntarme cómo me encuentro.*

—*Te equivocas. Debes luchar y esforzarte por mí.*

—*Esto es de dos, no solo es mi responsabilidad.*

—*¡Basta! No tengo ganas de discutir.* —Escribió Paola furiosa esperando disculpas.

—*Estás haciendo un drama innecesario.*

Paola no contestó. Unas lágrimas rodaron por su rostro. Una mezcla

de tristeza y rabia se combinaron.

—No me importa, hombres hay muchos —se dijo con despecho mientras abría la aplicación de citas en su teléfono.

Mientras veía los perfiles de los usuarios apareció un mensaje.

—*Hola hermosa, me gustaría verte, pero esta vez temprano.* —Leyó.

—*Fueron diez minutos de retraso, exageraste, no debiste dejarme plantada.*

—*Vamos a vernos hoy, pero debes ser puntual.*

Al ver la sugerencia se quedó pensativa: «No es difícil para mí encontrar hombres. Soy bonita, inteligente y atractiva. Esta es la muestra. Me buscan rogando por una cita. Así va a volver Mauricio. Idiota».

—*¿A qué se debe la obsesión con la puntualidad? Vale la pena la espera, ¿no?* —Escribió con una sonrisa frívola.

—*Preciosa, estoy casado. No puedo tardar más de dos horas. Mi esposa me vigila. Es celosa. Debemos hacer las cosas rápido.*

—*Dijiste que querías invitarme a cenar* —Escribió Paola con decepción.

—*Eso fue lo que quisiste entender.*

Su rostro palideció al leer el texto. Otro mensaje apareció en la aplicación de repente.

—*¿Y así dijiste que deseabas una relación seria? Pasan diez minutos y estás buscando aventuras. Me interesabas, pero has dejado de hacerlo* —Escribió Mauricio.

KAERA NOX

Kaera Nox es autora autopublicada de romántica. Cuenta con tres libros publicados:

- Volverte a ver (romántica contemporánea)
- ¡Estás loca! (comedia romántica)
- Cómo romper las reglas... y no morir en el intento (suspense, erótica)

Su reto consiste en escribir un relato de Ciencia Ficción.

CIUDAD ESPERANZA

Miré fijamente a la *cucaracha*. Sus ojos se clavaron en los míos sin ocultar ni una pizca del pánico que invadía su cuerpo.

—N-n-no pu-pue-puedes ha-hacerlo.

Su voz temblaba al igual que él y, por un momento, temí que se desmontara frente a mí. Aquel hombre era un saco de piel y huesos envuelto en una montaña de telas sin forma, sucias y llenas de agujeros.

—No solo puedo. Tengo que hacerlo. Ya conoces las normas.

Respondí sin la más mínima emoción. Aquel era mi trabajo. No era glamuroso, pero me daba para comer y, en ocasiones, hasta excusas para liberar mi furia y liarme a puñetazos con algún capullo que pensaba que las leyes no eran para él.

Desvié la atención a la prótesis de mi brazo izquierdo. Un último modelo con todas las aplicaciones en comunicación, ubicación, búsqueda e incluso algún extra que podía hacer más daño que el mismo puño robótico, cortesía de mis jefes. La mierda aquella estaba pitando. Una lucecita roja brillaba de manera intermitente y yo aún no me había aclarado con todas las funciones.

—Tienes un mensaje entrante —dijo la *cucaracha*, a la que parecía habersele pasado el miedo de repente y me miraba con cara de superioridad—. Vaya mierda de agente que no sabe...

Pulsé el botón que le enviaría directamente no tenía ni idea de dónde, pero lejos de mí, que era lo único que me importaba en aquel momento. Lo que me faltaba era que una *cucaracha* me diera lecciones sobre cómo utilizar mi

brazo robótico.

El trasto seguía pitando. Quizás debería haber esperado a que me dijera cómo responder al mensaje antes de transportarlo, pero ya era tarde para eso. Otra luz, en esta ocasión de color azul, comenzó a parpadear. Por suerte, esa sí sabía qué significaba, aunque no tenía ningunas ganas de responder. La pulsé con un suspiro. Si cuando los días empezaban mal...

—¡Joder, McCoy! ¿Se puede saber qué estás haciendo para no responder a los mensajes?

La figura semitransparente de Gem-A, una inteligencia artificial con cuerpo de zorra intergaláctica, y mi superior, apareció frente a mí.

—Trabajar, jefa. Para eso me pagas, ¿no? —puse mi mejor sonrisa de listillo a sabiendas de que solo la cabrearía más.

—Pues espabila. Tienes otro encargo.

—¿Ya? —¡Joder! Atrapar al último me había llevado cuatro días y llevaba más de dos semanas encadenando un trabajo tras otro. Cuando volviera a Dixie's no iban a acordarse ni de mi cara.

—Ya. Así estarás entretenido en lugar de perder el tiempo en ese bar de putas al que llamas hogar.

Me tragué el gruñido. No era culpa mía que con mi sueldo de mierda solo hubiera podido alquilar una habitación en un club de estriptis de la parte más chungueta de la ciudad. Aun así, había tenido suerte. La encargada del Dixie's se preocupaba mucho por mantenerlo limpio, seguro y al margen de peleas y follones y, después de un tiempo, la música alta y los sonidos de gente follando provenientes de las habitaciones contiguas se convertían en parte del ruido ambiente y dejaban de molestar.

—¿Cuál es el trabajo? —respondí intentando controlar mi mal humor.

—El archivo ha sido descargado a tu unidad, solo tienes que abrirlo. Porque sabes abrirlo, ¿verdad? —La mirada de desaprobación que me echó

era lo más humano que tenía, supuse que por usarla tan a menudo. Me encogí de hombros y ella resopló. Porque sabía que no era más que un montón de cables, metal y silicona barata, si no habría jurado que era la reencarnación de mi exmujer—. Introduce tu código en el teclado frontal y pulsa en la pantalla el icono de mensajes. Se descargará automáticamente y podrás acceder a él. —Evité su mirada centrando mi atención en el brazo izquierdo y haciendo lo que me decía—. Y ¿McCoy? Es un trabajo de prioridad uno. No la cagues.

Su imagen desapareció y respiré.

—¡Mierda!— farfullé.

Prioridad uno era malo. Muy malo.

La luz azul volvió a parpadear y pulsé esperando que no fuera mi jefa otra vez. Lo era, pero, al menos, esta vez no tuve que verla, solo escuchar su voz.

—Una última cosa, McCoy. Ya que no eres capaz de aprender a manejar la prótesis por tus propios medios, he decidido tomar medidas.

Apreté los dientes con fuerza cuando la primera punzada atravesó mi cerebro. La muy hija de puta estaba grabando la información directamente en mi cabeza. Maldito fuera el día en que acepté que me pusieran aquel dichoso chip. El sudor cubrió mi frente y tuve que controlar las náuseas. Que hurgaran en tu cerebro nunca era agradable.

Aunque la transferencia apenas duró unos segundos, el sabor metálico en la boca, los temblores y las ganas de vomitar tardaron mucho más en desaparecer. Cogí aire y me esforcé por mantenerme sobre mis temblorosas piernas.

—¡Joder! —mascullé entre dientes—. Juro que la próxima vez me leeré las putas instrucciones, aunque me lleve todo el día.

Apoyé los brazos sobre la barandilla del mirador artificial que rodeaba la *zona de expulsión*. Las vistas de Hope City eran espectaculares desde allí. Supuse que quien lo había diseñado debía ser muy cabrón o tener un sentido

del humor bastante negro. Después de todo, los que visitaban aquella parte de la ciudad eran los destinados a abandonarla para siempre. Que la visión de su grandeza fuera lo último que tuvieran antes de morir congelados en algún punto del universo era, cuando menos, irónico.

Casi tanto como el hecho de que “*Ciudad Esperanza*” fuera el único de los cinco asentamientos humanos que aún era habitable en la Tierra. Los otros cuatro, habían terminado convirtiéndose en estercoleros después de que sus pobladores se levantaran contra los mal llamados “*días de limpieza*”. Que no eran más que matanzas encubiertas ideadas para mantener la población en números aceptables.

Desafortunadamente, el pueblo era más listo de lo que sus gobernantes querían creer y, aunque siempre mantuvieron que la elección de los ciudadanos expulsados era totalmente imparcial, el hecho de que, durante años, ningún miembro del gobierno, empresario, o millonario, ni sus familias, fuese a parar a la lista de limpieza, acabó por destruir lo que supuestamente pretendían conservar.

Los efectos de la intromisión en mi cerebro empezaban a pasar y negué con la cabeza ante los funestos pensamientos del destino que habían corrido aquellos asentamientos.

Mi mirada vagó por la cúpula azul que envolvía el territorio de Hope City. Esperanza. ¿Alguien acaso recordaba el significado de aquella palabra?

Los enormes edificios de metal y cristal cubrían casi toda la superficie de más de un millón de hectáreas que conformaba la ciudad. Las zonas verdes eran escasas y artificiales, nadie recordaba haber visto un árbol o una planta de verdad, fuera de los hologramas expuestos en las clases de historia. Vehículos aéreos se desplazaban de un lado a otro como mosquitos sobre agua putrefacta, infectándolo todo.

Aunque esa era mi opinión. El gobierno había decidido años atrás pintar

los vehículos de colores vivos, en un intento de que parecieran hermosos pájaros sobrevolando nuestras cabezas. Suponía que mi imaginación no daba para tanto.

La población máxima de la ciudad estaba establecida en cinco millones de habitantes y en eso, precisamente, consistía mi trabajo. En asegurarme de que no había ni una persona más de las que debía haber.

Cogí aire y abrí el archivo que me había enviado la jefa sobre mi próximo trabajo. La respiración se paralizó en mi pecho cuando vi la imagen del siguiente objetivo.

—¡¡Mierda!!

En Hope City no había *fiesta de la limpieza*. Nuestros gobernantes se jactaban de haber aprendido de los errores de sus colonias hermanas. La población se mantenía constante gracias a estrictos controles de natalidad, un tope de edad fijado en los sesenta años y a la realización de juicios rápidos. O, lo que era lo mismo, cualquier persona *sospechosa*, que no culpable, de haber cometido un delito, era automáticamente expulsada de la ciudad.

A priori podría parecer un sistema injusto y, en muchas ocasiones lo era, sobre todo, en sus comienzos. Uno de los ancianos lo había comparado con los juicios de Salem y a mí me había faltado tiempo para buscar información sobre ellos. No me había quedado más remedio que darle la razón.

Las denuncias sin fundamento habían aumentado de forma exponencial. Todo aquel que tenía algo en contra de algún vecino había procedido a interponer una denuncia contra él con la esperanza de que fuera expulsado de la ciudad. Llevó años y algunas revueltas poner las cosas en orden.

Actualmente las cosas se llevaban con mayor sigilo. Ya no había juicios públicos y las denuncias debían cumplir determinados requisitos para ser tenidas en cuenta.

Volví a mirar la foto.

Que Gem-A era una hija de puta sin escrúpulos no era ningún secreto y nadie podía culparla por ello. Después de todo ni siquiera era humana. Pero darme a mí aquella asignación era retorcido hasta para ella.

Busqué el número que llevaba años sin usar en la agenda de mi brazo y marqué.

—¿Diga?

—Hola Claire...

—McCoy —mi exmujer escupió mi nombre haciendo que pareciera un insulto— ¿A qué se debe que asomes tu cabeza de serpiente?

Hice un mohín de desagrado ante su *agradable* respuesta. Después de todo, el que pidió el divorcio fui yo. Y tenía unos motivos bastante buenos.

—Necesito hablar con Tom.

No iba a entrar en aquel juego de insultos al que ya le habíamos dedicado demasiado tiempo. Años, para ser exactos.

—Aún está en el trabajo. Tardará un par de horas en llegar.

—Está bien. Os veré en vuestra casa entonces.

—No eres bienvenido...

—Déjate de chorradas, Claire. Esto es importante.

—¡Que te den, McCoy!

La llamada se cortó después de tan amable despedida. Apreté los puños con fuerza y dejé que mi mirada se perdiera una vez más en el horizonte, en la forma en que los rayos del sol coloreaban la cúpula creando colores y destellos imposibles.

Debido a mi trabajo, era demasiado fácil olvidar la belleza que ocultaba aquella ciudad. La última ciudad de la Tierra.

Durante el viaje a casa de Claire me esforcé en centrarme en eso. En las parejas que paseaban de la mano, en la risa de los niños. En cualquier cosa que pudiera alejar mis pensamientos de lo que me tocaba hacer.

El hogar de mi ex estaba en uno de los pocos barrios residenciales. Su nuevo marido tenía un puesto importante en una de las principales empresas de desarrollo tecnológico y eso tenía sus ventajas.

Una niña de unos tres años jugaba en el pequeño jardín delantero. Me esforcé en recordar el nombre de la pequeña <<*Lena*>>.

—¡Hola! —dije con una sonrisa forzada cuando los ojos de la chica se posaron en mí, abiertos como platos, dejando ver su profundo color azul tan parecido al de los míos— ¿Están tus padres en casa?

Lena abrió la boca en una especie de “O” antes de volver a cerrarla y correr hacia la puerta sin responder a mi pregunta. Eso sobre mis habilidades con los niños.

—¿¿Qué haces aquí?! —La voz de Tom tronó desde el umbral de la pequeña casa de dos plantas.

—Yo también me alegro de verte, hermano —murmuré entre dientes.

Sí. Mi ex me había estado engañando durante años con mi propio hermano pequeño. Descubrirlo no había dolido tanto como enterarme de que estaba embarazada. De él. Después de años intentando convencerla para ser padres... Negué con la cabeza alejando los dolorosos pensamientos.

—Tenemos que hablar, Tom. Es importante.

Mi hermano no se parecía en nada a mí. Rubio, delgado, de estatura media, con unas finas gafas que ocultaban parcialmente sus ojos del mismo color azul que los míos y elegantemente vestido. Nada que ver con mi metro noventa de altura, ni mis casi cien kilos de músculo, mi pelo negro como el azabache y mi uniforme de trabajo. De un discreto color negro y cubierto por una gabardina del mismo tono que me permitía ocultar las armas.

—¿Por qué tendríamos que hablar tú y yo? —escupió entre dientes.

—Porque estoy aquí por trabajo y sabes perfectamente a lo que me dedico. El rostro de Tom mudó de uno furioso a otro completamente aterrorizado.

—¿Qué...? ¿Quién...? ¿Por qué...? —balbuceó nervioso mirando a todos lados, incapaz de fijar la vista en mí, mientras se frotaba las manos como muestra de su ansiedad.

—¿Cariño? ¿Qué...?

Claire asomó detrás de la puerta y su visión me dejó mudo en el acto. Supe, por sus ojos abiertos como platos, que se había dado cuenta de su error en el preciso instante en que nuestras miradas se cruzaron.

Lena sujetaba la falda de su madre con una mano y, con la otra, sostenía a un niño que rondaría los dos años. Pero fue el bebé en brazos de mi exmujer el que atrajo mi atención. Tres. Tenían tres hijos. *Yo, tenía tres sobrinos.*

De repente, el motivo de mi asignación estaba completamente claro. Según tu estatus social, se te permitía un número determinado de hijos. Ninguno, uno o dos, pero *nunca más de dos.*

Mis ojos buscaron los de mi hermano. Un tercer hijo implicaba un exceso de población y, por tanto, conllevaba la expulsión automática de un miembro de la familia. El terror reflejado en su rostro se hizo eco en el mío.

—¿Cómo se llaman? —murmuré.

—Lena, Max y... Martin —susurró Claire, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Martin. Tenía tres sobrinos y uno de ellos llevaba mi nombre.

—No os preocupéis —dije volviéndome por dónde había venido—. Yo me encargo.

—¿Qué vas...?

Mi hermano fue incapaz de terminar la pregunta. Nuestros ojos se encontraron y en esa mirada nos dijimos tantas cosas, que de repente fue como si los años sin hablarnos no hubieran existido.

Los dejé allí a los cinco. En la puerta de su pequeña casa, abrazados y con lágrimas en los ojos.

Pulsé el botón para contactar con Gem-A.

—Jefa, sobre mi última asignación... —Mi voz salió estrangulada, pero ella jamás se daría cuenta de la congoja que sentía en aquel momento.

—¿Está solucionado? Enhorabuena, McCoy, mucho más rápido de lo que esperaba.

Miré el botón de expulsión sobre el que flotaba mi mano. Nunca me había preguntado a dónde llevaba, aunque siempre había tenido la idea de que, simplemente, sacaba a quien fuera al exterior de la cúpula haciendo que muriese entre el frío y la nada del universo a nuestro alrededor.

—Solo quería informarle de mi dimisión.

—¡¡¡¿¿¿Qué???!!!

—Según la ley, un miembro de la familia McCoy debe ser expulsado, ¿no? Pues bien, yo soy miembro de esa familia. Diría que ha sido un placer trabajar para usted, pero sabe que odio las mentiras.

Y, sin más, pulsé el botón.

DIANA GOLAY

Hola, soy Diana Golay. Aunque en esta ocasión me he enfrentado por primera vez a una historia de terror, mi género favorito es el juvenil romántico con toques de fantasía. Puedes encontrar en Amazon mi libro «Un mordisco, un deseo». También puedes visitar mi página web, dianagolay.com, para leer otras historias.

Para esta recopilación, mis compañeros han decidido sacarme de mi género y hacer que escriba una historia de terror.

BON APPÉTIT

Odio estas reuniones familiares. Son eternas y me dan dolor de cabeza. De forma automática, cojo el bol de tallarines con ternera que me ofrece mi primo mientras afirmo con una sonrisa sobre algo que me está diciendo. Mi mirada se queda fija en el interior del bol. Los tallarines flotan como si fueran lombrices pálidas revolviéndose en agua estancada. Sacudo la cabeza para borrar esa imagen y me sirvo una pequeña porción en el plato con cuidado para no salpicarme con la salsa. A mi madre le ha dado por innovar en la cocina y apostar por la comida china. Mala idea. Me introduzco un trozo negruzco de ternera en la boca y sonrío de nuevo a Santi. No sé de qué habla. Estoy demasiado ocupada en controlar las arcadas. El trozo de ternera..., no era ternera.

Decido dejar de comer. Me masajeo la sien de forma disimulada y me desprendo de la rebeca. Hace un calor de mil demonios. Mis ojos vagan hasta la persona que preside la mesa: mi madre. Ríe por alguna tontería que ha dicho mi tío Antonio. Son tal para cual. Son mellizos, pero físicamente no se parecen en nada. Mi madre es alta y huesuda mientras que mi tío es más bien bajito y rechoncho. Pero su carácter... su carácter es el mismo. Ellos se nombrarían a sí mismos oportunistas, a mí me parecen más bien un par de hienas carroñeras.

Desvío la vista hacia la persona sentada al lado de mi tío. Es mi tía Julia. Habla con mi padre mientras se acaricia con disimulo el escote, por el que sobresale buena parte del pecho. Este no se entera de nada y sigue

narrándole con ilusión las cualidades del nuevo taladro que ha comprado. Julia siempre ha ido detrás de papá. Poco le importa que mi madre y mi tío estén delante. Por supuesto, mi padre siempre le ha quitado importancia al asunto. Según él, Julia solo es una persona muy cariñosa. Al igual que Antonio es un empresario avisado y mamá una madre exigente.

—Eva, ¿me estás escuchando? —Presto atención a Santi, que me sonrío de forma burlona con un resto de salsa agridulce recorriéndole la barbilla.

—Perdona. Estaba distraída. ¿Qué me decías?

—Sé que nunca has sido una lumbreras, pero lo que estoy contando no es tan difícil de entender. —Mi interior se revuelve. Aun así, parpadeo y dejo que continúe con el monólogo. Sus labios se mueven y expulsan pequeñas partículas de comida. Se me escapa un suspiro. De repente, siento como si una babosa gigante se deslizara por mi pierna. Alertada, bajo la vista. Abro la boca al ver la salsa del pollo con miel recorriendo mi muslo. Miro a mi derecha y me encuentro con Natalia. Sus pupilas brillan con malicia.

—¿Qué has hecho? —pregunto, indignada. Sé que mis pantalones nuevos están arruinados.

—Lo siento —dice con alegría—. Ha sido un accidente.

Natalia es hermana de Santi, tiene diez años y, además de ser la niña más consentida que conozco, es pura maldad.

—¡Lo has hecho aposta! —la acuso. Escucho a Santi reír mientras Natalia lo niega.

—Eva, discúlpate ahora mismo con Natalia. Lo ha hecho sin querer —me regaña mamá. Tiene ese gesto de decepción que tan bien conozco. Aprieto los labios conteniendo el malestar.

—Putá —escucho que dice alguien. Busco sobresaltada quién ha sido. Todos me observan, cada uno con una expresión diferente: mamá, con

desaprobación; papá, con benevolencia; tía Julia, con indiferencia; tío Antonio, con desdén; Santi, con diversión y Natalia, con triunfo; pero ninguno ha dicho nada.

—Eva... —insiste mi madre con tono amenazador.

—Lo siento, Natalia —digo en voz baja.

Voy al baño e intento limpiar el estropicio. Me lavo la cara para refrescarme y me tomo un par de pastillas. Cuando regreso, contemplo a mi familia. Son pura escoria. El único que se salva un poco es mi padre. Y es... Veo con impotencia de qué manera mi tía le limpia la entrepierna tras tirarle la copa encima mientras él se ríe para quitarle importancia. «Memo», pienso.

Una vez sentada, mi primo vuelve a la carga con su monólogo, al que ha añadido algún comentario obsceno. Me incomoda. Aun así, sonrío.

—Mátalo.

—¿Qué has dicho? —pregunto de forma brusca a Natalia, que está destripando un rollito de primavera. Me mira confundida.

—¿De qué hablas, pirada? —pregunta con ese aura oscura que siempre le ronda. La ignoro y continúo escuchando a Santi. Sus comentarios lascivos cada vez son menos discretos y, para colmo, mi madre los ríe.

—Mátalos a los dos —dice de pronto mi tía. No doy crédito a lo que acabo de escuchar.

—¿Per... perdona? —consigo decir.

—Que si quieres más arroz tres delicias.

Agarro el plato aunque no tengo hambre. Estoy a punto de servirme otra ración cuando me doy cuenta de que por los granos de arroz corretean bichos negros. Sin pensarlo, suelto la fuente lanzando un grito. Se estampa con fuerza contra mi plato.

—¿Qué haces, chiflada? —dice Santi.

Natalia chilla y el resto me mira atónito. Menos mi madre, que lo hace

con rencor. Sus ojos oscuros se apoderan de mí unos segundos. Sé que la he decepcionado otra vez. Reviso la mesa. Hay arroz por todas partes, pero ningún insecto. Empiezo a sentir sudores fríos. Estoy segura de haber visto bichos. La mirada pendenciera de mamá se me vuelve a clavar. No habla, no hace ningún gesto, solo me observa.

—Había... había... —intento justificarme.

—Ha sido un accidente —comenta mi padre para tranquilizarme, aunque sé que mamá no me va a perdonar haber estropeado su comida. Siento que la blusa me aprieta, que no me deja respirar. Y el dolor de cabeza me mata.

Con ayuda de papá, recojo la mesa. Una vez en la cocina, bebo un poco de agua. Tengo que calmarme. Solo ha sido un accidente. Mamá lo sabe. «Mátala». Me giro buscando al responsable de esa voz. Por más que inspecciono la estancia, allí no hay nadie. «Mata a la vieja», continúa. ¿Quién me habla? ¿Qué está pasando? Salgo de forma apresurada de allí.

En mi sitio tengo que aguantar las quejas de Natalia.

—Me tocó la prima tonta del culo —continúa—. No podía tener una prima normal que me llevase de compras, no. Tengo que tener una prima que tira fuentes de comida como una loca... —Natalia sigue y sigue. «Coge el tenedor y clávaselo en el ojo». En cuanto lo escucho, me pongo tensa. Mi respiración se acelera. «Cógelo», me apremia la voz. Oteo a mi alrededor y me encuentro con Santi.

—Cógelo —me dice.

—¿Q-qué? —tartamudeo. Su sonrisa aumenta y deja a la vista la hilera superior de dientes. Están afilados.

—Coge el tenedor —me ordena. De entre sus dientes asoma una lengua bífida. Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Inclina la cabeza como si fuera un animal acechando a su presa—. ¿No quieres probar el pudín de

tofu?

En mi plato hay una especie de flan medio deshecho con vetas negras. Cuando vuelvo a mirar a mi primo, no hay rastro de dientes puntiagudos ni lengua bífida. Cojo el tenedor y pruebo un poco.

—¿Te gusta? —me pregunta mi tío con interés. Sus ojos brillan de una forma sobrenatural. Afirmo con la cabeza, aterrada—. Come un poco más, lo ha hecho tu tía —me azuza. El miedo me contrae el estómago. Aun así, consigo comer un poco más de pudín. Sabe a rayos y la textura viscosa me da náuseas. Antonio no pierde detalle de cada bocado que doy.

—Está aderezado con almendras y un poco de cianuro —dice Julia. Detengo el tenedor a unos milímetros de mi boca—. Dicen que es bueno para la digestión. —Siento cómo una gota de sudor recorre mi sien. Estoy paralizada mientras todos están expectantes a que lo introduzca en la boca—. Pero come, mujer, come —insiste Julia. Parpadea al decirlo, aunque no lo hace como una persona normal, sino que una membrana mucosa se ha desplazado horizontalmente. Igual que lo haría en un reptil. Empiezo a hiperventilar y mis ojos se desplazan por la mesa. Primero a mi tío, que me observa con esos ojos extraños. Ya lo he comprendido: sus pupilas son verticales. Luego a Santi, que me sonrío y muestra sus dientes puntiagudos; después a Natalia, que se rasca de forma distraída la muñeca y deja a la vista un trozo de piel verde llena de escamas. Por último, me detengo en mi madre. Me vigila con esos ojos negros. Nada en ella ha cambiado hasta que oigo un sonido sibilante que sale de su garganta. Ninguno de ellos es humano. No es mi familia, sino que son monstruos haciéndose pasar por ellos.

—Está bueno. Quizá un poco fuerte la salsa —dice mi padre. Fijo mi vista en él. Papá sigue siendo humano y, ahora que lo pienso, el único que ha comido pudín conmigo.

Mi estómago se revela en una nueva oleada de arcadas. Consigo

llegar al baño para vomitar. Ya no tengo dudas de lo que he visto. Sé que esa no es mi familia. Pero... ¿qué son? ¿Y qué quieren de nosotros? Mi cabeza empieza a dar vueltas. Parecían reptiles. El pánico me asalta cuando me doy cuenta de lo que sucede. Me llevo las manos a la cabeza y agarro mi pelo. ¿Cómo no lo he visto antes? Nos quieren comer. Mi respiración cada vez está más acelerada y siento mareos, pero en mi cabeza solo aparecen imágenes de esos seres devorándome.

—¿Te encuentras bien, Eva? —pregunta mi madre al otro lado de la puerta. Mi corazón se para unos segundos al escucharla. Ella es la peor. Lo he visto en su mirada. No sé qué hacer. «Mátala», me dice la voz. Me sobresalto y la busco. Nada. Solo estoy yo. Repaso el baño hasta que me fijo en mi imagen. Estoy despeinada, pálida y con los ojos desorbitados. Parezco una lunática. «Mátala», me repite. Algo en mi reflejo cambia y una sensación de inquietud me invade. Me doy cuenta de que quien se refleja en el espejo no soy yo. La mirada perdida y llena de terror ha sido sustituida por una serena. Me quedo atrapada en ella.

—Mátalos a todos —me dice. Estoy paralizada por el miedo. Aun así, consigo mover la cabeza en una negativa. Mi yo del espejo suaviza el gesto y sonrío, lo que me calma un poco—. Han venido a hacerte daño. Mátalos.

Las lágrimas recorren mis mejillas. Vuelvo a negar con la cabeza.

—No puedo —susurro de forma casi inaudible.

—Sí que puedes —me alienta. Dentro de mí, la angustia me atenaza. ¿Cómo voy a matarlos? Es mi familia— No es tu familia. Son engendros. Engendros que te quieren hacer daño.

Me siento aturdida y continúo con la cabeza cargada. Miro hacia la puerta antes de volver a mi reflejo.

—¿Han venido a hacerme daño? —pregunto.

—Sí. —Parece segura, pero dentro de mí sigue habiendo un atisbo de

duda. ¿Y si todo ha sido una confusión mía? Mi otro yo me contesta en el acto—. Tú misma lo has visto, quieren envenenarte y comerte.

Eso tiene sentido. Me siento mareada y la comida ha sido muy rara. ¿Por qué mi madre ha hecho comida china? Ella detesta la comida asiática.

—Pero son muchos —murmuro.

Los golpes en la puerta hacen que rompa el contacto visual con mi imagen.

—Eva, ¿estás bien? Me estoy preocupando. —Vuelvo a mi reflejo. Ha desaparecido. Está la Eva de siempre, pero en mi cabeza resuena una frase: «Yo te ayudo»—. ¿Eva?

Me adcento el pelo y me pellizco ligeramente los pómulos para darles color antes de abrir la puerta. Al otro lado, mi madre me observa con desconfianza.

—¿Estás bien?

—Sí —digo esbozando una sonrisa temblorosa—. Algo me ha sentado mal, pero ya estoy mejor.

No deja de analizarme con esa mirada oscura que me deja helada. Mi otro yo tiene razón: esa no es mamá. Ella siempre ha tenido los ojos azules.

—Ayúdame a preparar el té. A ver si podemos disfrutar de la sobremesa.

—Claro —digo de forma sumisa.

Una vez en la cocina, preparo el té mientras mi madre coloca los pastelitos de arroz en una bandeja. Cuando paso junto a los cuchillos de cocina, mi pulso se acelera. «No soy capaz. No soy capaz...». «Sí que lo eres», me rebate mi otro yo. «Coge el cuchillo y clávaselo». El cuerpo me tiembla tanto que una de las tazas resbala de mis manos. Mi madre se gira al escuchar el ruido. Entonces, siento cómo mi cuerpo es dominado por alguien. Con decisión, me acerco a los cuchillos y agarro uno. Cuando me acerco,

puedo ver cómo el rostro de mamá se desfigura en un gesto de horror. Palpo el miedo que transmite, pero ya no puedo controlar mis movimientos.

—Lo siento —consigo decir entre lágrimas al clavarle el cuchillo.

—Eva... —susurra antes de desplomarse contra mí.

—Lo siento —repito a la vez que le asesto otra cuchillada. Su vista se cruza con la mía y veo ese tono azul celeste tan bonito que siempre ha tenido. En ese instante, comprendo que no hay ningún monstruo dentro de mamá ni de ninguno de mis familiares. Que el único monstruo que hay allí está dentro de mí, dominándome mientras mata a mi familia sin que yo pueda hacer nada.



—¿Qué tenemos? —preguntó el inspector quitándose la chaqueta.

—Homicidio múltiple —dijo su compañero—. A la hija se le fue la olla y se cargó a la familia a apuñaladas. La tía se creyó el jodido Jack el Destripador. No veas cómo los ha dejado. —El inspector Fernandez dejó de analizar la escena del crimen para mirar de forma severa a su nuevo compañero—. Perdón. Al parecer la chica sufría esquizofrenia paranoide y le dio un brote psicótico.

—¿Se sabe el motivo del brote?—preguntó el inspector limpiándose el sudor de la frente.

—Todavía no.

—¿Por qué hace tanto calor?

—Tenían la calefacción encendida.

—¿En verano? —El joven alzo los hombros—. ¿Qué dice el superviviente?

—Nada coherente. Está totalmente ido. Supongo que es normal, teniendo en cuenta que ha matado a su propia hija.

A un lado de la sala, un hombre, con la mirada perdida, temblaba bajo una manta. El inspector intentó hacerle algunas preguntas, pero no obtuvo respuesta. Solo susurró una palabra: reptiles. Al comprender que no iban a sacar nada útil, los dos policías se fueron a analizar los cuerpos de las víctimas. Ninguno advirtió cómo el hombre dejaba de temblar ni cómo asomaba por su boca la punta de su lengua bífida para oler su próxima comida.

ANNE ABAND

Soy Anne Aband o Yolanda Pallás para quien me conoce personalmente.

Escribo desde que tengo uso de razón, pero hasta hace unos poquitos años no me decidí a publicar algo. Desde el año 2016 he publicado nueve novelas, unas más largas y otras más cortas... y de diferentes géneros. Son estas:

- “Bienvenida al Purgatorio” una novela corta con asesinatos y un pequeño romance
- Bilogía “Vampiro Normal”, dos novelas de fantasía paranormal contemporánea
- “La espía enamorada”, una novela corta con romance militar.
- “Amor incondicional”, novela romántica militar
- “El despertar de las brujas”, novela romántica paranormal
- “Una boda por contrato”, novela romántica chichit, ganadora del Certamen Romántico Bubok en 2018
- “Asandala. Las Crónicas de Aricia”, novela fantástica juvenil.
- “Se alquila habitación”, novela romántica contemporánea
- Relato corto “La Maldición de la Befana”, finalista del concurso de la editorial Khábox “Sueños Etéreos” en 2018.

Además, escribo relatos cortos en mi blog www.anneaband.com y también algunos relatos relativos a Asandala en www.asandala.com

Mis siguientes proyectos son la segunda parte de Asandala y también un par de novelas románticas con fantasía que tengo en mis carpetas.

Espero que te guste este relato de ciencia ficción con robots, un género que

nunca había tocado y que me sacó literalmente “fuera del tiesto”.
Si te apetece escribirme, mi correo es anneaband@gmail.com
¡Disfruta!

LENA

*“I'm only human after all
Don't put the blame on me
Don't put the blame on me
Don't ask my opinion
Don't ask me to lie
Then beg...”*
Rag'n'Bone Man

Cuando la miro, veo tristeza en sus ojos. Ella desearía morir y yo... yo no puedo resistir tanto dolor.

Su hijo viene a visitarla una vez cada quince días, total para qué, ella ni lo mira, enfadada porque la mantenga así artificialmente. A sus ciento cincuenta y nueve años no desea vivir más. Está postrada en la cama desde hace veinte, y, aunque no puede hablar o moverse, sé que ella sigue allí. Yo que llevo cuidándola desde el accidente, he visto como se ha ido deteriorando poco a poco, hasta que hace unos seis años, se convirtió en un vegetal. Dejó de tener ganas de vivir. Y yo la comprendo. No tiene ningún sentido esta vida.

A otras personas las conservan de otra forma; separan la cabeza y la columna, con el corazón y algún otro órgano que esté en buen estado, y los meten en armazones electrónicos para que puedan seguir sintiéndose aquí y ahora. Dilatando lo que ya no es normal hacer. No como ella. Ella, la doctora

Holly Staton, a la que siempre adoré, dejó por escrito que no le hicieran esa barbaridad. Sin embargo, la mantienen aquí, viva, porque les conviene. Saben que ha dejado su fortuna a fundaciones y que mientras ella viva, pueden dilapidar su dinero en reconstrucciones y otras aberraciones. Cuando ella muera, se acabará todo.

Las unidades limpiadoras entran en el apartamento. Debo dirigirles para que la traten con sumo cuidado, pues su piel se ha vuelto frágil, casi transparente.

La limpian con aceites balsámicos que encargo por la red, de lavanda, de camomila, para nutrir su piel. Ellos me miran con sus rostros metálicos. Sé que no entienden nada. De hecho, son máquinas sencillas. No pueden entender cómo se puede amar a una persona, como si fuera la madre que nunca tuve.

Hoy ha venido su hijo mayor. Él ya tiene ciento cinco años y parece un jovencito, de tantas operaciones estéticas y de reconstrucción facial que lleva. Incluso me dijo un día que sus piernas son robóticas. Si sigue quitándose piezas de su cuerpo acabará siendo como una de las unidades que vienen a limpiar.

La gente se ha vuelto loca. Desde la revolución genética del año 2098, cuando se consiguió clonar cualquier órgano humano y combinarlo con piezas artificiales, incluso las personas más humildes se matan a trabajar para lograr cambiar cualquier cosa. Presumen de ello en todas partes y en lugar de disfrutar de un precioso amanecer, trabajan dieciocho horas al día para no envejecer, para no morir nunca.

Envidian a las unidades, a los “robots” que llaman despectivamente. En el año 2131 consiguieron crear una unidad de aspecto completamente humano, pero, tras crear varias, desistieron de ello. Pensaron que las unidades deberían parecer lo que eran: máquinas sin sentimiento, y que se tenía que

diferenciar bien entre unos y otros. Así que las destruyeron.

El servicio doméstico y los trabajos más desagradables comenzaron a ser realizados por las unidades metálicas, que no protestaban ni pedían más sueldo. Y así han pasado otros veinte años, en los que parte de la humanidad está sin trabajo, sustituida por máquinas a las que odian, y la otra parte, más pequeña, beneficiándose de trabajadores baratos y obedientes.

Miro por la ventana del alto edificio donde vive la doctora. La ciudad se extiende bajo nuestros pies. Nuevo Sur, lo que antes era Nuevo México y Phoenix, que se unieron cuando las inundaciones arrasaron Los Ángeles. La tecnología debería haber ayudado a mejorar la vida de las personas, no a prolongarla artificialmente o a robar el trabajo y hacer que el sur del planeta, sin acceso a ella, siguiera muriéndose de hambre. Ella fue una de las contribuyentes a la creación de las máquinas, aunque sólo se ocupaba del software. Yo la conocí entonces. Era brillante, muy amable y sincera. Deseaba hacer llegar al mundo, a todo el mundo, sus conocimientos. Pero ya no pudo. No le dio tiempo. Me tomó de protegida y, cuando tuvo el terrible accidente que la convirtió en lo que es ahora, decidí dedicar mi vida a cuidarla. Todos estuvieron de acuerdo.

Ahora voy a hacerle un último favor. Ella no desea vivir. Todos los días sus ojos me miran suplicantes para que acabe con la tortura de estar ahí, atada en una cama, con su mente casi intacta. Aunque me pese, acabaré con su sufrimiento. No me importa lo que pase después.

Hoy será el día. Las unidades C6N5 y F3G3 se han ido hace media hora. Ella ahora está limpia, con el cabello con olor a menta y el cuerpo a lavanda. La tomo de la mano y la miro a los ojos. Ella me devuelve la mirada, de nuevo, suplicante. Asiento y cierra los párpados, agradeciendo que todo acabe pronto.

Desconecto las cámaras que están en el dispositivo telefónico de sus

hijos, como si fuera a lavarla o a hacer algo íntimo. Y así va a ser en realidad. Matar a una persona es algo muy personal, muy espiritual, y no necesitamos público.

Tomo un poquito de anestesia, para que no sufra, y se la pongo en el gotero. Después, tomo una pequeña almohada y se la acerco a la cara. Aún la miro con la pregunta muda, dándole la oportunidad de rectificar. Ella cierra los ojos concediendo el permiso.

El almohadón de seda, que pintó ella cuando era joven, será lo último que vea. Es casi poético. Aprieto hasta que el monitor deja a cero el latido de su corazón. Ella tiene los ojos abiertos, pero sin miedo; sin temor. Expresan la paz que seguro que ahora siente. Cierro sus párpados con amor.

Ahora todo ha acabado para ella, pero también para mí. Yo vivía por y para ella. No tiene mucho sentido que siga en este mundo.

Escribo una nota en su anticuado escritorio en el que todavía tiene papel realizado con árboles.

“Lo que he hecho, ha sido por amor. Ella no deseaba seguir viviendo y yo le he ayudado a descansar en paz. No nos juzguen por ello. Pronto me reuniré con ella. Lena”

Ya está. Me siento a su lado y entonces acabo con mi vida. Pronto... ya... no...sufriré...



Las unidades policiales avisadas por el señor Staton llegan enseguida al apartamento.

—La señora está muerta –transmite R8D8 a la central.

La unidad S3F1 se acerca a la mesilla donde estaba la nota.

—Esto no nos beneficia nada, Rodo, tenemos que ocultar la nota. Si los humanos piensan que podemos hacerles daño, aunque sea por compasión,

acabarán con nosotros.

—Cambia la nota y escribe que, al ver que la señora había fallecido por causas naturales, la unidad L3N4 decidió desconectarse. Eso incluso les parecerá poético.

—Estúpida Lena, podría habernos descubierto con su debilidad por esta humana.

Una lágrima había dejado un surco plateado en el rostro metálico de la cuidadora por más de veinte años, Lena, que dormía ya en paz, junto a la señora.

MAITE R. OCHOTORENA

Maite R. Ochotorena, autora de suspense nacida en San Sebastián. Toda su obra gira en torno al misterio y está orientada a remover la psique del lector. Sus novelas publicadas son:

- El Secreto de la Belle Nuit y su desenlace, La Sombra de Fourneau
- El Destino de Ana H. Murria
- Donde Habita el Miedo
- La Mensajera del Bosque

También ha escrito El Monstruo Está Dentro de Ti, un recopilatorio de sus mejores relatos de suspense y terror.

Su reto consiste en escribir un relato de humor.

LA ENTREVISTA

—Ya esdamos —dice Brenda. Mira a su amiga Deb con compasión—
... Oye, gue no vas al burgatorio, ¡es sólo una endrevista!

Sorbe por la nariz, agotada, muy agotada.

Deb está hundida en el asiento del conductor, con los ojos perdidos y un rictus de pánico en la boca. Se gira despacio hacia Brenda, y parpadea.

—...no buedo... No buedo, no voy a dar pie con bola... ¿No ves que esdoy enferba?

¡Ni siquiera es capaz de hablar con claridad! Una horda de mocos invade su cerebro, impidiéndole pensar. Sorbe por la nariz. La tiene atascada, enrojecida, y le escuece. Hasta cree tener fiebre...

—Y yo, Deb...

—...jo...joder, Brenda... ¡¡Ya be conoces!! Dartabbu... bu... budearé... be-beteré la bata, ¡seguro!

—Venga. —Brenda se impacienta. Sale del coche, le da la vuelta, y abre la puerta del copiloto—. Venga, a la buta galle —ordena ya sin compasión alguna en su tono—. ¡Venga! ¡Sal, Deb!

—Joder... qué gabrona eres, ¿do? ¿Y tú dices que eres bi abiga? Encima be has begado el buto catarro...

—¿Ves como hablas gon dormalidad? —Mentira podrida...— ¡Hala, a gasgarla! ¡Sé dú bisba y todo irá bien!

—Brenda hoder... No voy...

Deb estornuda, saca un cleanex de su bolso y se suena

interminablemente... Se remete contra el asiento y se aferra a él con las dos manos. Joder, le duele tanto la cabeza... ¿Cómo va a hacer bien la entrevista? No es justo...

Brenda deja caer los hombros y entorna los ojos.

—Do seas bojigata... Dan nerviosa estás...

—Dan bal estoy... querrás decir... Bor tu gulpa...

Deb muestra una sonrisa deforme en su bonito rostro, una falsa y exagerada.

Brenda suelta un bufido, mira alrededor, y por fin se agacha a su lado.

—...¿y si de doy algo... bara ayudarte a dominar la gongestión y los estornudos... be prometes que al menos lo indentarás? —susurra.

—...¿en serio? Lo brometo —murmura Deb esperanzada. Observa cómo Brenda rebusca en su bolso—... ¿Qué es? Ya sabes do que me afectan esdas cosas, la úldima vez...

—¡Qué úldima vez ni qué ocho cuartos! Esdo es suave, contra los mocoh y la pesadez... ¡Hala, dómatelo de un traaaaaa traaaaaa ¡traaaaaatchuaaa!

Un pegote verde cae sobre la camisa de Deb.

—Johe... qué buto asco, Brenda...

—Lo siendo...

No puede terminar la frase. A Brenda también le lloriquean los ojos. Deb se limpia como puede, pero le queda un feo lamparón verde.

Brenda coge un botellín de agua, siempre lleva uno en el coche, y se lo da, junto con una pequeña bolita azul.

—Ay... hoder.... Anda, dráгатela, esbera un par de binutos y te vas a la buta endrevista. De recojo dentro de dos horas. Be llabas si... yo que sé, joder...do be llames, ¡haz la endrevista!

—Vale Brenda... A veces buedes ser dan desbiadada...

—¡Soy la Reina Gruella de Vil! JAJAJAJAJA

Deb se toma la pastilla con un par de tragos de agua y esboza una sonrisa llorosa. Coge una carpeta del salpicadero con su currículum y se baja del coche. Le tiemblan las piernas, le duele la cabeza... Balbucea algo, pero Brenda le lanza una mirada asesina y Deb se endereza.

—Vale... Ya voy... ya voy, hoder...

Se alisa la falda del traje chaqueta con el que ha decidido acudir a la primera entrevista de trabajo que tiene en dos años y se atusa el pelo con esmero. Luego coge aire como puede, lo suelta... una pompa verde brota de su nariz y explota. «Hoder...», hasta piensa igual que habla... «Esbero que do darde mucho en hacer efezdo... la basdillida...». Se aleja de Brenda y su mal humor, hacia el imponente edificio de WildWest Destiny, una pequeña cadena de televisión local.

Cuando está a punto de entrar, un estornudo escandaloso le viene de pronto...

«Hoder, dooo... Bierda, do... Ahora do...»

Intenta evitarlo, lo intenta, levanta la cabeza, se tapa la boca y la nariz con la única mano que tiene libre...

¡¡¡AAAATCHUAAAAAAAAA!!!!

Su cabeza choca con violencia contra la puerta de cristal, al tiempo que un asqueroso moco verde, elástico y gigante sale como un torpedo de su nariz. Se le queda pegado en la mano, grande y untuoso. Al instante la esconde, horrorizada.

«Hoder... qué asgo...» ¿De dónde ha salido?

Deb se mira la palma de la mano. Está desolada, avergonzada... Quiere limpiarse con un clínex, pero no encuentra el paquete que se supone que llevaba en el bolso... ¿Qué ha hecho con él? Se da la vuelta para llamar a Brenda, pero ésta ya se ha ido. Cómo no...

Encima ahora le duele más la cabeza, se ha dado un buen golpe... La puerta de cristal se abre y sale un atractivo chico con una cámara al hombro. Sonríe, pero Deb apenas le corresponde. Está ocupada escondiendo la mano pringosa en la espalda. Entra al edificio. Alguien tendrá un pañuelo, y si no en el baño...

Mientras camina, siente que la pastilla de Brenda empieza a hacerle efecto... ¡para peor! ¿Qué le ha dado? ¿Un somnífero? Un ligero hormigueo recorre sus tripas y le sube por el estómago hacia la garganta, un hormigueo de sueño incontrolable...

«Ooooh... bierda... Bor favor, Bor favor...»

Según se dirige hacia la recepción se siente peor, más y más embotada. Una joven secretaria teclea con eficacia delante de su ordenador. Deb siente el sopor corriendo por sus venas. Sus piernas no dejan de temblar...

«Hoder, ¿qué bierda me ha dado Brend...? Yo la bato... Brenda, yo de bato...»

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —la secretaria sonríe, una sonrisa amplia y fantástica.

—Hoda —Deb trata de concentrarse—... Soy... soy Deborah Singlair, be esberan bara una endrevista de trabajo... —Increíble, ¡ha podido explicarse!

—Oh, claro señorita Sinclair, espere un momento. Enseguida aviso al señor Davenport. ¿Acatarrada, eh?

Deb asiente con lentitud. Ante sus ojos desfilan millares de chispitas brillantes, le arde la cabeza, las orejas, y siente que la nariz es una gran bola de fuego a punto de reventar. Aún esconde como puede tras la espalda la mano con el moco gigante. Aguarda mientras la señorita Lucile Sunnie —lo pone en la chapita que lleva prendida en la solapa de su bonita chaqueta— pulsa un botón en la centralita y anuncia su llegada.

—Espere en aquella salita, por favor. El señor Davenport vendrá enseguida.

Deb asiente y obedece. Camina con torpeza, mientras su cerebro embotado trata de transmitir órdenes coherentes a sus brazos y piernas. ¿Acaso la pastilla que le ha dado Brenda le está sentando mal? ¿No le habrá dado un valium?

Tres chicas esperan también su turno para ser entrevistadas. Deb esconde la mano y se sienta. Un picor insoportable hormiguea en su nariz congestionada. Cada vez está peor... Trata de acordarse de cómo ha cogido semejante gripazo, pero no logra recordar nada... no logra pensar... Boquea con esfuerzo.

—¿Vienes a la entrevista? —le pregunta en voz baja la chica que se sienta a su derecha.

—¿Eh?

—...que si vienes a la entrevista... A mí ya es la segunda vez que me llaman, creo que les he caído bien... —La chica empieza a parlotear sin cesar, mientras Deb la mira como las vacas al tren, sin comprender una sola palabra—. ¿De dónde eres? —pregunta con sincero interés.

—¿Eh...?

—No importa, ¿un abrazo de la buena suerte?

La chica se abalanza sobre Deb y la estrecha con vigor, mientras ella boquea confusa. Inconscientemente le devuelve el abrazo y aprieta las dos manos contra su espalda.

—Por favor, señorita Sinclair —Lucile las interrumpe. Deb se libera del abrazo de su compañera y medio sonrío, cada vez más abotargada—, puede pasar, el señor Davenport la espera. —La secretaria le sonrío ahora, sin duda para infundirle ánimo—. El segundo despacho por este pasillo, a la derecha.

—Oiga, yo llevo esperando media hora, estaba antes —protesta una de las aspirantes al puesto.

—Lo siento, esto no va por orden de llegada. Ahora le toca a la señorita Sinclair, luego va la señorita Bruster, luego usted y por último usted, señorita Cameron. —La señorita Bruster es la simpática muchacha que ha abrazado a Deb.

Deb se levanta y anda con torpeza hacia el pasillo. Lucile se aparta para dejarla pasar.

—Dracias... —murmura Deb al abandonar la sala de espera.

—¿Qué?

—Dada...

El pasillo ante ella se ondula de repente, sinuoso como un chicle, elástico e irreal. Deb alarga las manos tratando de seguir adelante sin tropezar. Al hacerlo ve las palmas de sus dos manos... limpias... Un momento, ¿a dónde ha ido el moco gigante? Su mente le devuelve el recuerdo de la señorita Bruster abrazándola, y una horrible sensación de desazón sacude su comprensión, cuando se percata que se lo ha dejado pegado a la espalda.

«Hoder... ¡Hoder! Bobre Bruster...»

Llama a la puerta del despacho del señor Davenport, sintiéndose morir. Cada vez se encuentra peor... Sin esperar a obtener permiso para entrar, atolondrada como está, abre y se cuela dentro, mareada y confusa.

—¡Ah! Señorita Sinclair, pase por favor, siéntese...

—¿Eh?

—Siéntese por favor...

—¿Eh?

—¿Le ocurre algo?

—¿Eh?

Davenport frunce el ceño.

A Deb le llega de pronto el eco de sus palabras, y al fin se sienta, de golpe. Una pompa gigante de un verde eléctrico emerge de su nariz y se infla como un chicle. ¡POP!

Davenport arquea las cejas sorprendido.

No es como Deb se lo imaginaba... No es un tipo bajito y rollizo y, desde luego, no luce una brillante calva en su azotea... Es alto, elegante, y arrebatadoramente atractivo. Deb enrojece hasta el nacimiento del cabello, y se lamenta por estar tan embotada. Va a perder su oportunidad...

—Soy Michael Davenport y soy de recursos humanos. Dígame, ¿ha traído su currículum?

—¿Eh? —Davenport suelta un bufido. Empieza a enfadarse. Cuando a Deb le llegan sus palabras, con retardo, le alarga la carpeta.

«Ay babá...»

No se da cuenta, pero un hilillo de baba se descuelga de su boca y reptar por su barbilla. ¡Pop! Otro globo de moco brota de su nariz.

Por suerte, Davenport no la está mirando. Abre la carpeta y se pone a revisar el currículum.

—... ¿Es usted siempre así?

—¿Eh?

—Señorita Sinclair, ¿se encuentra usted bien?

Ahora Davenport parece preocupado. La mira con interés, asombrado por el anormal color bermellón que luce ella en el rostro y por la enorme pompa verde que de nuevo emerge de su nariz, y que ahora, lejos de estallar, se infla y desinfla con su respiración.

—¿Eh? Dengo veindisiete años...

—No le pregunto su edad, sino si se encuentra bien...

Davenport arruga la nariz, sin poder apartar los ojos de esa enorme

pompa. Se pregunta cuándo estallará y si debería coger el paraguas para protegerse.

—Do sé inglés, do...

Entonces un picor imposible serpentea en su nariz, intenso, incontenible, y Deb levanta la cara...

Aaaaaa.... Aaaaaaaa... ¡¡¡¡ATCHUA!!!!

La pompa estalla y un perdigón gigante vuela a través del despacho y se estampa contra el ventanal detrás de Davenport, que se ha agachado a tiempo para evitarlo. ¡PLOP!

—Lo... lo siento...

—Oiga... debería irse usted a casa...

—¡Do! Do... bor favor...

—Llamaré a Lucile para que la acompañe.

—¿Eh?

Deb se levanta. Está aterrorizada. ¡Va a perder su empleo!

—Lucile, por favor —Davenport ya ha pulsado el botón de su intercomunicador—... ¿Puedes venir?

—Oh, do... Bor favor....

Davenport suelta un gruñido. Su atractivo rostro se contrae en una mueca de incredulidad y desconcierto cuando otra pompa brota de la nariz de Deb.

—Por Dios, tenga...

Saca un pañuelo de tela del bolsillo de su americana y se lo alarga. Está pulcramente doblado y planchado. Deb trata de cogerlo, pero no atina. Está mareada, y le sale una risita estúpida. Davenport la ayuda, y ella se lleva el pañuelo a la nariz y se suena sin fin.

—¿Señor Davenport?

—Lucile, por favor, acompañe a la señorita Sinclair a la salida, no se

[\[1\]](#) Unamuno, M. d. (1912). *Del sentido trágico de la vida*. Salamanca.